

Isabella Marín

«¿Pensaste alguna vez en mí, Liv? ¿O en nosotros? Porque yo pensé en ti cada minuto de los últimos diez años.»

Enséñame
a
Olvidarte



ENSÉÑAME A OLVIDARTE

Isabella Marín

© Isabella Marín, septiembre 2016

Diseño de la portada: Alexia Jorques

Foto: Fotolia.com

Primera edición: septiembre 2016

Corregido por Correctiva

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Epílogo](#)

*Para todas mis lectoras (sois demasiadas y ya no os puedo nombrar).
Gracias por seguir confiando en mi trabajo.*

Capítulo 1

Supe desde el principio que amarle tan intensamente iba a traer ciertas consecuencias. Lo supe, y aun así, le amé. En realidad fue bastante sencillo hacerlo, incluso algo natural. Nada estaba planeado. El amor surgió sin más; me golpeó de repente con su aplastante fuerza y trastocó todo mi mundo en un abrir y cerrar de ojos.

Yo misma me daba cuenta de que su nombre se colaba en casi cada frase que salía por mi boca. Empecé a buscar más y más su compañía, cada vez que sus ojos se desplazaban hacia los míos, todo lo que me rodeaba se desvanecía en el aire, y lo único que quedaba era la intensidad azul de su mirada. Sencillamente, él empezó a fluir por mis venas y ni siquiera cuando acabó con todo lo que yo había sido hasta ese momento, ni siquiera cuando todo se quebrantó, fui capaz de dejar de amarle.

Desde entonces he visto el mundo, podría decirse que lo he conquistado. He hecho de todo, lo he experimentado todo y he estado en todas partes, pero nunca más he podido sentir lo que sentía cada vez que él me besaba. Claro que de aquello hace mucho, mucho tiempo...

Han pasado más de diez años desde que crucé la frontera de Vail, un pequeño pueblo del centro oeste de Colorado. No le eché ni un solo vistazo al retrovisor de mi viejo Ford para despedirme de mi antigua vida. Ni siquiera les dije adiós a las puntas blancas de las Montañas Rocosas, que se quedaron atrás, solemnes, impertérritas y casi tristes por mi partida.

La sucesión de momentos que formaron aquel día aún desfila dentro de mi mente, como si todo hubiese tenido lugar ayer mismo, no hace tanto tiempo. Recuerdo, por ejemplo, que el aire arrastraba un ligero olor a humo, supongo que de las chimeneas recién encendidas. También recuerdo que el cielo estaba teñido de un deprimente gris plomizo. Había una densa cortina de nubes cubriéndolo, como un

oscuro techo, y eso impedía que los rayos del endeble sol de otoño lo atravesaran.

Aunque no es nada de todo eso lo que hace que me estremezca cada vez que evoco los recuerdos de mi huida. Hay un recuerdo más, el más poderoso de todos, uno que por mucho que lo intente, nunca he sido capaz de expulsar. De vez en cuando regresa a mi mente en forma de *déjà vu*, cuando menos me lo espero, y es como si pudiera sentir otra vez la gélida caricia del viento del noroeste que se filtraba a través de mi ventanilla bajada. Nunca pude sacarme esa sensación de la cabeza y creo que nunca lo conseguiré. Su toque fue algo similar al agarre de los esqueléticos dedos de un ser fantasmal. Al principio, se acercó a mí para traermé un poco de consuelo, pero en cuanto bajé la guardia, cuando más vulnerable estaba, me apuñaló el corazón con unos dardos de hielo, congelándolo todo, menos mi dolor.

Acababa de cumplir diecinueve años. Tenía el rímel corrido, los zapatos manchados de barro y el corazón roto en millones de helados y diminutos pedazos. Mientras conducía sin apenas visibilidad y sin ser capaz de dejar de sollozar, me hice a mí misma dos promesas. Uno: jamás volvería a pisar Vail. Y dos: nunca, jamás, bajo ningún concepto, volvería a permitir que me partieran el corazón. Lo que se traducía en que no tenía intención alguna de volver a amar.

Hoy, una década más tarde, acabo de romper la primera promesa.

Nada más pasar por delante del cartel que reza: *Bienvenidos a Vail, Colorado*, aminoro la velocidad para poder disfrutar de las vistas. A pesar de todos los malos recuerdos que me despierta este sitio, he de reconocer que, si hay un paraíso sobre la faz de la tierra, ese es mi pueblo natal. Vail, construido al estilo de una villa alpina y emplazado en el corazón de las Montañas Rocosas, fue fundado en los años sesenta y, en poco tiempo, se coronó como la base de una de las más famosas estaciones de esquí del mundo entero. En invierno, se convierte en un glacial paraíso abarrotado de turistas y aficionados a los deportes de la nieve, como el snowboard y el esquí, mientras que

en verano es un oasis verde y lleno de vida, rodeado de pinos, cristalinos riachuelos, y amplias y esplendorosas zonas para pasear y disfrutar de la austera belleza del paisaje de montaña.

Mis padres aún viven aquí, en una casa de piedra oculta por frondosos árboles y por altas montañas que forman un protector valle a su alrededor, pero yo no he vuelto ni siquiera para visitarlos. Las pocas veces que nos hemos visto en estos últimos diez años, ha sido porque ellos vinieron a Washington, mi ciudad de acogida. Al recordar mi perfecta vida en el centro político del país, maldigo por enésima vez las circunstancias que hoy me hacen volver. Para mí, Vail supone el Paraíso y el Purgatorio a la vez.

Me sorprende que aún no me haya cruzado con nadie. En los pueblos pequeños eso es casi imposible. Siempre hay alguna anciana paseando por la calle o algún jovencito enredando con la bici. Pues hoy no hay nadie, salvo por un perro que está rascándose las pulgas mientras me sigue con su marrón mirada desde el lado derecho de la carretera. Supongo que este letargo se debe a que está lloviendo y tiene pinta de hacer bastante frío. No podía haber elegido peor el atuendo: unos zapatos descubiertos, a juego con un vestido negro cuya tela es tan fina que resulta casi transparente. Después de tantos años fuera, se me ha olvidado que mientras que en Washington estamos a veinticinco grados, en Colorado, si rozamos los dieciocho, es que hace un calor del carajo y la gente empieza a preocuparse por el calentamiento global.

La sirena de un coche patrulla me arranca de mi contemplación. Miro por el retrovisor y veo que están dándome las luces rojas para que me detenga. ¡Maldita sea! ¿De dónde diablos ha salido ese coche? *Si no hubieses estado mirando las musarañas, lo habrías visto venir, me regaño a mí misma.*

—Detenga el vehículo en el lado derecho de la carretera y permanezca en el interior —me indica el policía por el megáfono, pese a que yo ya he señalizado hacia la derecha. *¡Este tío es tonto!*

Me detengo y, mientras espero las consecuencias de mis ilegales maniobras, me examino en el espejo interior para asegurarme de que no se me ha corrido el maquillaje, y de que aún llevo el pintalabios rojo que me puse hará media hora, cuando, nada más cruzar la frontera del condado de Eagle, paré a tomar un café en una gasolinera. Quiero causarle una buena impresión al *sheriff*. Tal vez me libre de la multa, quién sabe. Al menos voy a intentarlo. Por norma general, poner ojitos me funciona de maravilla.

Satisfecha a causa de la imagen que me devuelve el espejo, bajo la ventanilla y miro por el retrovisor al hombre de un metro noventa que se me acerca perezoso. ¡Menudo cuerpazo! No le veo el rostro, puesto que tiene la cabeza bajada y lleva una gorra para protegerse de la lluvia, pero su modo de caminar y la impresionante sensualidad que desprenden sus movimientos, me aseguran que el nuevo *sheriff* de este pueblo está para comérselo. En mis tiempos, el *sheriff* era el señor McGrath, un hombre viejo y siempre malhumorado, que me sermoneó más de una vez por intentar comprar alcohol siendo menor de edad. Gracias a Dios, nunca se enteró de que incluso llegué a consumirlo (en más de una ocasión). En un sitio como Vail, eso acarrea la expiación.

Mientras yo me deleito siguiendo con felino interés los andares del *sheriff supermodelo*, él levanta la cabeza, lo cual hace que mis oscuros ojos se crucen con el azul hielo de los suyos a través del retrovisor del conductor.

Y entonces, mi corazón deja de latir por completo.

Él frena en seco, separa los labios y se queda mirándome como si el aire hubiese dejado de alimentar sus pulmones. Su hermoso rostro muestra una expresión de lo más descompuesta, el ceño arrugado, las pupilas dilatadas, y algo me dice que mi rostro trasparenta exactamente lo mismo que el suyo. Creo que tarda todo un siglo en encontrar las fuerzas para acercarse a mi ventanilla.

—Liv... —murmura, y aún parece muy descolocado.

—En carne y hueso.

Rezo para que la sequedad de mis palabras disimule los verdaderos sentimientos que me invaden al verle.

Con un reflejo de admiración danzando en sus intensas pupilas, curva las esquinas de la boca en una sonrisa seductora.

—Más hueso que carne, por lo que veo.

Esa ronca voz desata todo un infierno de recuerdos dentro de mi cabeza. La última vez que le vi, esa firme boca estaba recorriendo todo mi cuerpo; esas fuertes manos, ahora hundidas en los bolsillos de su pantalón azul oscuro, me acariciaban como nadie lo había hecho antes. Reprimo todas esas imágenes y me esfuerzo por sonreír. Vendería mi alma al diablo antes que dejarle la sensación de haberme pasado la última década sufriendo por él. Las chicas de los pueblos pequeños solemos tener un desorbitado orgullo.

—Hola, Mason —saludo como si nada—. Me alegra volver a verte.

Hace además de abrir la boca y decirme algo inteligente, tal vez insolente, según su costumbre, pero, por alguna razón, esta vez no le salen las palabras, así que cierra los labios y se limita a mirarme fijamente, como si estuviera viendo por primera vez algo que le fascina, le intriga y puede que le asuste un poco. Pasados unos veinte segundos, se aclara la voz, frunce el ceño y luego esboza un atisbo de sonrisa, bastante avergonzado por haberse quedado en blanco delante de mí. Yo, dueña de una glacial indiferencia que finjo de maravilla, aguardo paciente hasta que él recupera la compostura.

—Vaya... perdona que me haya quedado mirándote como un gilipollas. Es que me ha sorprendido mucho verte. Han pasado...

—Diez años, ocho meses y cinco días —acabo su frase, aunque me muerdo la lengua nada más decirlo. *¡Joder, Olivia!*

Eric Mason me muestra una insufrible media sonrisa. Ya veo que tras esos iniciales segundos de debilidad, vuelve a ser el mismo Mason de siempre.

—Bueno, yo no llevo una cuenta tan exacta, pero ya veo que tú sí. Me paso una mano por mi oscura media melena, cuyas puntas

alisadas apenas me rozan los hombros, rodeando mi delgado rostro de labios carnosos y pómulos altos y planos.

—Pues claro que la llevo. Estamos hablando de la mejor época de toda mi vida. ¿Cómo no iba a llevar la cuenta de algo así? —repongo con ensayada dulzura.

Se inclina sobre mi ventanilla, apoya los codos en el cristal bajado y me dedica una sonrisa digna de uno de los mejores galanes de la época dorada de Hollywood. Cary Grant estaría royéndose las uñas de pura envidia ante este innecesario derroche de *sex appeal*.

Durante un breve instante, contemplo la idea de subir el cristal y pillarle la cabeza con él, pero tengo que descartarla (para que conste, muy a mi pesar). Que yo recuerde, las agresiones a la autoridad se suelen castigar con todo el peso de la ley en el estado de Colorado. Lo que es una auténtica pena. Si hay alguien que se merezca que le corten el cuello, ese es el capullo de Mason.

—Así que la época en la que tú y yo estuvimos saliendo fue lo mejor de tu vida, ¿eh?

Le dedico la sonrisa más dulce de la que soy capaz. Aeste hay que bajarle los humos de inmediato.

—Mason, me refería a los diez años, ocho meses y cinco días que he pasado sin verte a ti.

Hace una mueca de desagrado, se endereza y carraspea.

—Ya, claro que te referías a eso —murmura secamente—. Y dime, Liv, ¿qué te trae por estas tierras después de toda una década recorriendo el mundo?

Ah, que me ha parado para solicitarme una declaración de intenciones. Y yo pensando que era por haberme saltado el estúpido *stop*.

—Seguro que ya sabes que ha fallecido mi tía Joy.

—Siento tener que informarte de que llegas tarde. La enterramos hace tres días.

En los pueblos pequeños siempre se habla en plural, puesto que

las actividades suelen ser colectivas. Da igual si se trata de una boda, un bautizo o un entierro, la gente de aquí forma una piña en todas las ocasiones, para apoyarse los unos a los otros, me imagino. Yo en Washington apenas tengo contacto social, salvo por el hombre que me da el beso de buenas noches, sus amigos y mis compañeros de trabajo.

—En realidad, voy a la lectura de su testamento.

—O sea, que para el entierro no encuentras tiempo, pero para hacerte con las tres pertenencias de la pobre anciana, sí.

Le dedico una mirada de lo más fulminante, a la que él responde con una sonrisa ladeada, muy a lo Mason. No he conocido a nadie más capaz de sonreír de ese modo. Cabe mencionar que tampoco he conocido a alguien cuya sonrisa me afecte tanto. Solo Mason puede conseguirlo. Siempre será Mason.

—Pues no, listillo. Resulta que mis padres no pudieron localizarme y no me he enterado de que había fallecido. En Irak no suele haber cobertura de móvil durante los bombardeos.

Las cejas de Mason se fruncen hasta casi juntarse.

—¿Irak? Vaya, señorita reportera, recorre usted tierras muy peligrosas.

—Gajes del oficio.

—Hum.

—Mira, Mason, me ha gustado verte, de verdad que sí, ¿pero crees que te importaría dejarme pasar? Llevo un poco de prisa.

—No tan rápido —se aclara la voz mientras se saca la libreta de las multas del bolsillo y adopta un aire de lo más severo—. ¿Sabe usted por qué la he parado, señorita Novak?

Maravilloso. ¡Y yo pensando que me iba a librar de la multa por habérmelo tirado hace diez años! Ya veo que no hay manera.

—Deje que lo piense, agente... mmmm... no sé... ¿porque es ilegal ser tan atractiva? —le propongo, apoyando el codo contra la ventanilla.

Mason, dirigiéndome una mirada rápida antes de volver a centrar su atención en escribir algo en la libreta, se muerde el labio inferior para frenar una sonrisa. Le doy gracias a Dios por ello. Este hombre resulta devastador cada vez que sonrío. Después de todo lo que pasó entre nosotros, sigue siendo el mismo diablo guapísimo que me derrite el corazón y los huesos de las rodillas con solo sonreír. Me muero de ganas de abandonar este estúpido pueblo y dejar atrás al estúpido de Eric Mason. No veo la hora de largarme. *Dos horas. Solo vas a estar aquí dos horas*, me recuerdo a mí misma, y ese pensamiento me arranca un suspiro de satisfacción.

—Tome, señorita. Y procure ir con más cuidado la próxima vez. El *stop* significa detenerse, incluso si sabe que por ahí solo pasa un coche cada tres horas.

—Ya —cojo el papel que me ofrece, lo miro, para saber a cuánto asciende la broma, y frunzo el ceño—. Mason, ¿qué demonios es esto?

Se inclina para que nuestros ojos estén a la misma altura.

—Mi teléfono, por supuesto.

Sonríe lentamente y yo casi dejo escapar un gemido. El rostro de Mason está demasiado cerca del mío, de modo que puedo examinarlo fascinada. Me doy cuenta de que ha mejorado con el paso de los años. A los veinticinco años, Eric Mason era un joven espectacular, de pelo rubio oscuro y unos intensos ojos azules que destacaban en un rostro duro y bronceado. Ahora, a los treinta y cinco, es un hombre corpulento, con el rostro igual de duro y bronceado, solo que tapado por una oscura barba de dos días. Cada vez que sonrío, se le forman unas finas arrugas alrededor de los ojos y eso es realmente arrasador. Demonios, un ex novio no debería ser tan guapo. Se supone que un ex novio debe ser calvo, con barriga cervecera y tres hijos esperándole en casa, no un *sex simbol* de metro noventa cuya sonrisa me derrite miles de neuronas. ¡Oh, venga ya! Esto no es normal. Probablemente, sus abdominales harían que al mismísimo Miguel Ángel se le cayera el cincel de la mano. Esto *sí* es perfección, no ese tal

David, a quién yo, sinceramente, no le veo nada perturbador.

—¿Liv, estás bien? Te veo algo pálida.

Empeñada en ignorar el evidente magnetismo del hombre que me contempla sonriendo, alzo una ceja de forma interrogante.

—¿Y por qué iba a querer yo tu teléfono?

—Bueno, como no me has llamado en los últimos diez años, ocho meses y cinco días, he dado por hecho que ya no lo tenías. ¿Por qué sino ibas a marcharte de Vail sin tan siquiera despedirte de mí?

¡No puede ser tan imbécil como para no saber por qué me largué!

—Por la misma razón por la cual te largaste tú, Eric. Lo nuestro no tenía futuro.

Su rostro es recorrido por una contracción de dolor, que se asoma y desaparece tan pronto que empiezo a dudar seriamente sobre si ha sido real o tan solo se trataba de mi imaginación.

—Liv, sabes perfectamente que no fue eso lo que pasó. Yo me fui porque...

—No-dirás-ni-una-sola-palabra.

Mueve la cabeza, preso de la desesperación.

—No lo entiendes. Yo no te abandoné. Ya sabes lo mucho que yo te...

Subo la ventanilla lo más rápido que puedo y, si bien él, exasperado y bastante furioso, golpea en el cristal con los nudillos, me niego a volver a bajarla. Sus explicaciones me importan un bledo. Lo único que quiero es participar a la lectura de ese estúpido testamento y largarme de aquí tan rápido como la vez pasada.

Meto primera con manos trémulas y salgo, dejando a Mason envuelto en una nube de polvo. Aliviada de ver que no se dispone a seguirme, ni a detenerme por desobediencia a la autoridad, elevo el volumen de la radio y empiezo a cantar en voz alta el *Simply Irresistible* (hay que ser cabrones para poner esta canción justo ahora) de Robert Palmer, con la esperanza de que eso pueda apartar de mi mente el fantasma de Eric Mason. Pero ese fantasma es tan poderoso que soy

incapaz de evitar recordar la primera vez que el chico rebelde del pueblo y yo interactuamos.

Fue hace catorce años, once meses y veintidós días, y sucedió, por supuesto en Vail, Colorado.

Mamá se había empeñado en que yo vistiera de rojo. Solía decir que no hay mejor color para las morenas, y en concreto, para mí, debido al contraste producido entre la intensidad de la tela, el rojo de mis mejillas y el oscuro brillo de mis ojos. Fue un buen argumento para convencerme a que me pusiera el condenado vestido rojo que ella había elegido para mí. Mi madre siempre ha sabido como manipularme. De hecho, lo hacía con tanto arte que yo acababa pensando que, en el fondo, había sido idea mía. Si yo me hubiese parecido más a ella y menos a mi padre, hoy sería presidenta de los Estados Unidos de América, sin la más mínima duda. Pero no es el caso. Yo, en vez de manipular, siempre he formado parte de la categoría de personas manipuladas. Y, en consecuencia, lucía ese vestido.

La prenda no era fea, hay que admitirlo. Tenía falda con vuelo, tirantes finos y estaba ajustada al talle, como si la hubiesen cosido para mi delgado cuerpo. Yo era una niña delgaducha y alta de quince años, nada del otro mundo. Pese a ello, los chicos del pueblo estaban locos por mí. Creo que les ponía mi superioridad intelectual y mi legendaria arrogancia. Desde luego, si las niñas arrogantes se clasificarían por rangos nobiliarios, yo habría sido la reina.

Una vez, contando yo diez años, un chico de mi clase me envió una carta de amor. En absoluto movida por su gesto, cogí un bolígrafo rojo, le corregí todas las faltas de ortografía y se la devolví. ¿Cómo sino iba a aprender el muchacho a escribir correctamente si nadie le informaba sobre sus fallos? Yo era esa clase de niña, la que informaba a los demás sobre sus fallos; la típica sabionda que poseía más información que los demás. Aparte de eso, también poseía una sonrisa

muy peculiar, aún la conservo a mis casi treinta años; era esa clase de sonrisas que dicen: "he hecho algo malo y tú no lo sabes". Eso enloquecía a los chicos de mi pueblo.

Atodos, menos a uno. Eric Mason. No es que me importase. Eric y yo no nos movíamos en los mismos círculos. En los pueblos como el nuestro, a la gente se le conoce o bien por su oficio, o bien por alguna característica fuera de lo normal. Por ejemplo, en el lado bueno está el cura, el médico, el profesor, el ingeniero, el panadero y el carnicero. En el lado malo, el borracho, la solterona, la facilona, los simpatizantes del partido comunista y los ateos.

Yo era la hija del médico, mientras que Mason, el hijo del borracho. Mi padre salvaba vidas, el padre de Mason se hacía pis en la única cabina de teléfono que había en el casco urbano. Sencillamente, Eric Mason y yo éramos como el agua y el aceite.

Yo me pasaba el día leyendo a Shakespeare y escribiendo mis propios poemas. Mason holgazaneaba en el río, pescando, bañándose y haciendo solo Dios sabía qué clase de maldades. Me sacaba seis años, lo que le convertía en alguien de una generación muy lejana a la mía. A esas edades, seis años suponen una diferencia colosal.

Cuando yo aún jugaba con las Barbie, Mason, ya con novia, no tenía reparos en meterle mano durante las misas de los domingos. Claramente, él iba a la iglesia solo porque su novia era la hija del pastor. Todo el rollo de Dios no iba con él. En una ocasión, mientras le estaba hurgando por debajo de la camiseta a su novia, me sorprendió mirándoles boquiabierto. Si bien me hubiese gustado disimular o aparentar algo de indiferencia, me fue imposible. Me resultaba demasiado fascinante todo lo que estaba haciéndole a la muchacha como para apartar la mirada. Él, la mar de divertido, me guiñó un ojo antes de volver a sus quehaceres. Yo, ruborizada hasta las puntas de las orejas, procuré prestarle atención a la palabra del Señor, pero eso era muy difícil. Solo podía imaginarme cómo sería que sus manos me

tocaran a mí en vez de a esa insulsa. Oh, y me lo imaginé bien imaginado durante toda la misa. Adecir verdad, aún me avergüenzan esos pensamientos. Eran demasiado impuros para una niña tan pequeña.

Recuerdo que había quienes decían que Mason era un camello. Nunca me llegué a creer ese estúpido rumor. ¿A quién iba Mason a venderle droga en nuestro pueblo? Con lo paletos que eran mis vecinos, habrían sido capaces de echar la cocaína a los *muffins*, en vez de levadura, y luego quejarse de que estos no habían subido lo bastante, y llamar a la puerta de Mason para reclamar su dinero de vuelta. No, nunca he creído que Mason fuese un traficante de droga. Solo era un niño con el que yo no quería juntarme.

Siendo yo pequeña, íbamos a tirarnos en trineo por una cuesta a las afueras del pueblo. Mason iba también, pero yo nunca me tiraba con él. Me tiraba con todos los demás niños, menos con él. Una vez, cuando quiso llevarme el trineo cuesta arriba, puesto que, a su juicio, pesaba bastante para una niña de nueve años, yo le di una patada en la espinilla y le dije que si un gitano como él tocaba mi trineo, iba a rociarlo con gasolina y prenderle fuego, ya que no podría volver a usarlo después de que me lo hubiera profanado. Recuerdo que se echó a reír a carcajadas y me dijo:

—Algún día te bajaré los humos, pequeña princesita. Algún día...

Yo le saqué la lengua y me empeñé en subir mi trineo hasta arriba del todo, para luego deslizarme cuesta abajo a una velocidad que habría aterrado al mismísimo Satán. Mason se sentó en el tronco de un árbol, se encendió un cigarrillo y me contempló con una sonrisa socarrona en las esquinas de su boca. Él era un adolescente guapísimo por aquel entonces, pero yo era una niña tan insensible que sus encantos me dejaban más fría que la nieve por la que resbalaban las cuchillas de mi trineo.

Total, que años más tarde, contando yo quince años, me hallaba en el club social (el único club social de nuestro pueblo),

acompañando a mi novio Billy a nuestro baile de fin de curso. Llevaba el pelo rizado, según la moda de la época, mis primeros zapatos de tacón, y mamá me había dejado pintarme los labios de rojo, con lo que estaba yo de lo más complacida. Billy era un chico de mi edad, solo me sacaba cinco meses, y salía con él sobre todo para que mis amigas no se burlaran de mí por no haber besado a ningún chico hasta los quince. Ya bastante humillación era que no tuviera aún la regla y que mis pechos fuesen bastante más pequeños, comparados con los de las otras chicas.

Billy y yo nos habíamos besado por primera vez la noche anterior. Claro que no con lengua, ya que yo no sabía cómo se hacía eso y, por lo visto, Billy tampoco. No había sentido nada cuando nuestros labios se habían rozado; de hecho, me resultó un acto casi repugnante. ¡Billy había comido cebolla! Tanto alboroto para esa mierda. De verdad que no entendía por qué a todo el mundo le chiflaban los besos. Yo bien me podía haber pasado otros quince años sin volver a besar a un chico.

—Nena, ¿qué tal si nos vemos dentro de diez minutos en el pasillo de la enfermería? —me susurró Billy en un descuido.

Sí, claro, para seguir besuqueándome. Ni muerta pensaba ir. Ya había tenido bastante con los besos de la noche anterior.

—Mira, Billy, lo he estado pensando mejor y he llegado a la conclusión de que no te amo. Lo siento.

Nunca he tenido tacto, ni demasiado decoro, para desesperación de mi madre. Yo siempre soltaba las cosas tal cual, sin nada de preámbulos. Me parecía lo más justo. Claro que, al ver cómo el labio inferior de Billy empezaba a temblar, maldije mi falta de cortesía.

—Pero ayer dijiste que me amabas —lloriqueó, con enormes lagrimones escurriéndosele por las mejillas.

¡Bah! ¡Y encima llorón! Yo nunca lloraba, y menos delante de otros. Era demasiado orgullosa como para mostrar mis debilidades en público.

—Cierto, te lo dije, pero solo fue porque tú dijiste que me amabas

y era evidente que esperabas que yo te lo dijera de vuelta —me incliné sobre su oído para que nadie más me escuchara, no quería avergonzar a Billy en público—. Tengo que confesarte una cosa. Esto que quede entre tú y yo —adopté un aire ceremonioso, como si estuviese dándole algún premio, no cortando con él—. Billy, la verdad es que la rana de mi primo George me resulta más agradable de besar que tú. Y eso que me dan miedo los anfibios —me miró confuso y yo entorné los ojos ante esa falta de perspicacia—. Lo que intento decir es que ya no seremos novios a partir de ahora.

Billy estalló en sollozos delante de todo el mundo como si yo le hubiese dicho que Papa Noel era un invento comercial y que el Ratoncito Pérez era en realidad la rata vieja que habitaba en el sótano de sus padres. La gente nos miraba, me señalaban con el dedo y se reían, y yo quería que me tragara la tierra en aquel preciso instante. Sacudí a Billy con todas mis fuerzas para que se callara de una vez, pero él empezó a sollozar aún más alto.

—¿Cuál es el problema, señorito? —preguntó alguien con voz burlona—. ¿Por qué llora usted de forma tan desgarradora?

Levanté la cabeza y me topé con la sonrisa socarrona de Mason.

—No-es-asunto-tuyo —gruñí entre dientes.

Mason, tan guapo que cortaba el hipo (por desgracia, el hipo de Billy, no), me estudió con una mirada muy concentrada y una arruga en su entrecejo.

—Hay un niño llorando por tu culpa, pequeña bruja. Claro que es asunto mío. Soy el encargado de la fiesta y mi deber es auxiliar a los críos. Así que dime, ¿a este qué le has hecho?

Me hice la ofendida.

—¿Qué te hace pensar que yo lo he hecho algo? Puede que esté llorando porque se le haya muerto la rata. Por cierto, ahora que he sacado el tema, ¿qué clase de niño en su sano juicio tendría a una rata por mascota?

—¡Es un hámster! —me gritó Billy entre llantos.

Entorné los ojos.

—¡Como sea, Billy! No deja de ser un roedor.

Mason dejó escapar una carcajada ante la irritación de mi voz. Luego, se tornó de cara a Billy.

—Dime, muchacho, ¿qué te ha hecho esta?

Billy se frotó ambos ojos como un crío pequeño. Me entraron ganas de patearle ambas espinillas, pero bien pateadas.

—Dijo que le resulta más agradable besar a las ranas que a mí —y el alma en pena prorrumpió en nuevos espasmódicos sollozos.

Mason echó la cabeza hacia atrás y estuvo riéndose ruidosamente durante mucho tiempo.

—Así que besaste a tu amigo y no te gustó —afirmó con un brillo maléfico iluminando el frío azul de sus ojos.

Me crucé de brazos y le dediqué una mirada desafiante.

—Repito por si tienes problemas con los oídos y no te has enterado aún: no es asunto tuyo.

—Ya te digo que es asunto mío —colocó ambas manos en los hombros de Billy, resopló y atrajo la mirada de este hacia la suya—. Escúchame, muchacho. Encontrarás a otra chica mucho mejor que esta, a la que besarás, te la follarás y luego te casarás con ella, como un caballero debe hacer. Y, créeme, dentro de cinco años no vas a acordarte ni de esta noche, ni de esta mala pécora. Ahora ve a lavarte esa cara antes de que te patee el culo y así tengas verdaderas razones para moquear.

Eso, de algún modo, tranquilizó los espasmos de llanto de Billy. Limpiándose la nariz con la manga de su traje negro, se fue arrastrando los pies. Mason y yo nos quedamos de pie al lado de la barra de los refrescos, bastante aislados de los demás. Él llevaba una camisa de cuadros en blanco y negro, y se la había arremangado. Nunca había visto a nadie a quien le sentara tan bien las mangas dobladas. La gente solía hacerlo para realizar alguna labor doméstica que suponía ensuciarse las manos, no para lucir las mangas

arremangadas en un día de fiesta. Pero Mason, por razones que yo no comprendía, estaba de lo más atractivo con esa ropa.

—Estarás contenta, señorita —espetó, cruzando sus robustos brazos a la altura del pecho.

Puso la misma cara de severidad que solía poner mi padre cada vez que me sermoneaba por haberme portado mal. Muy a menudo, por cierto. Yo era un trasto.

—Billy es un cretino —escupí entre dientes.

—¿Y por qué lo besaste entonces?

Hice una mueca. ¿Acaso no era evidente?

—¡Pues para saber lo que se siente, Mason! Imagínate que mañana me atropella un autobús. No puedo morir sin saber lo que se siente al ser besada por un chico.

Mason dejó de sonreír y me contempló con una mirada muy penetrante. Había un brillo casi siniestro en sus ojos y eso me puso los pelos de punta.

—Dudo mucho de que ese memo supiera enseñártelo —me susurró con aire de lo más serio.

Sin que yo pudiera escabullirme, me agarró de una mano y me arrastró hacia la puerta. Como estábamos en una zona oscura y Billy ya no llamaba la atención de los demás con sus desgarradores llantos, nadie nos vio salir. O si nos vieron, no dijeron nada,

—¿Pero qué demonios estás haciendo?

—¡Calla!

Ya fuera de la sala que acogía el baile, me empujó contra una pared y se pegó a mí. El pasillo estaba completamente a oscuras y no había nadie por ahí. Me inquietaba bastante estar a solas con Mason y, además, tan cerca el uno del otro. Pero también me excitaba. Bajo el calor de su macizo cuerpo, notaba un cosquilleo recorriendo mis venas y un repentino hueco en el estómago.

—Mason... —le dije a modo de advertencia, pero Mason no me hizo ni caso.

Estaba mirando embelesado mis labios, lo hacía de un modo tan intenso que me provocaba descargas eléctricas a lo largo de la columna vertebral. Estuve pensando seriamente en que yo debía de estar incubando alguna mortífera enfermedad. ¿Por qué sino me iba a latir el corazón con tanta furia? ¿Por qué iba a sentir ese cosquilleo en el estómago? Y lo más importante de todo: ¿por qué diablos ardía yo en deseos de besar a Eric Mason?! Claramente, la enfermedad debía de ser terminal y ahora estaba afectándome el cerebro. No podía haber otra explicación a todo aquello.

Masonladeó la cabeza hacia la derecha y, con ese mismo brillo siniestro de antes reflejado en sus pupilas, empezó a deslizar las yemas de los dedos por debajo de los tirantes de mi vestido. Apenas estaba rozando la piel de mis hombros, pero yo estaba temblando como si estuviese sufriendo algún ataque febril.

—Sabes, pequeña, delicada y arrogante Olivia, algunas veces, cuando estoy solo en mi habitación, sobre todo en las largas noches de invierno, fantaseo con besarte y tocarte... —torció los labios mientras arrastraba un dedo por la base de mi cuello—, así como te estoy tocando ahora.

Mi respiración se alteró cuando él bajó la cabeza hasta que nuestros labios acabaron a la misma altura. No era capaz de controlar el temblor de mis rodillas y creo que Mason se dio cuenta de ello porque sonrió, complacido por el efecto que estaba causando en mí.

—Mason...

—Eric —me corrigió él, y esta vez su voz sonó ronca y tierna.

—Eric —susurré yo—, suéltame, por favor.

—Por supuesto.

Pero no me soltó. Sus labios se precipitaron sobre los míos, mientras que sus manos se hundieron en mi pelo y me echaron la cabeza hacia atrás para obtener un mejor ángulo. Intentó, con la ayuda de su lengua, abrirme la boca para poder introducirse dentro. Su insistencia me arrancó un gemido.

Solo tardó un segundo en conseguir que separara los labios. Y cuando lo hice, su lengua tomó posesión sobre mi boca, dominándola con experta maestría. De manera involuntaria, me pegué a su duro pecho y, sin tan siquiera ser consciente de ello, deslicé la lengua dentro de su boca e imité todo lo que él estaba haciendo. Esta vez el que gimió fue Eric. Sus manos vagaron por mis costados y yo notaba llamas por todas las zonas que él había estado rozando. Su lengua entraba y salía de mi boca, empujaba para luego retroceder, provocaba para acabar cediendo. Y, sinceramente, me volvía loca.

Entonces comprendí por qué tanto alboroto con los besos. Y también comprendí que, a partir de ese día, iba a querer besar a Eric Mason por el resto de mis días.

—Baila conmigo —jadeó Mason cuando al fin fue capaz de apartar la boca de la mía.

Yo estaba completamente mareada. Muy descolocada. Pero, más que todo eso, estaba muy excitada. Y, al estar tan cerca de él, podía sentir que no era la única. ¡Eric Mason me deseaba! ¡Y yo a él! Era de locos.

—¿En el pasillo?

—Claro. Se escucha la música desde aquí, ¿no? Además, no estamos cerca de todos esos estúpidos críos que me desprecian por ser quién soy.

Se me encogió el corazón al darme cuenta de que, dos minutos atrás, yo despreciaba a Mason por ser quien era y no perdía ni una oportunidad de llamarle gitano o mala gente, cuando, en el fondo, no era ni una cosa, ni la otra. Y si lo era, ¿a quién demonios le importaba ya?

—Está bien —le susurré.

Me cogió los brazos, me los colocó alrededor de su cuello y, aferrándose a mi cintura, empezó a moverse despacio. Sentía que la cabeza me daba vueltas. No entendía cómo era posible que precisamente Mason consiguiera tambalear mi mundo de ese modo.

—Mason...

—Eric.

—Eric...

—¿Mmmm?

—¿Ahora somos novios?

Se echó a reír.

—No, bichín, no lo somos.

Lo miré ceñuda.

—Mi padre me llama bichín.

—Lo sé. Se lo escuché ayer en la ferretería y me pareció un nombre adecuado para ti. Eres un bichín.

Su sonrisa no me impresionó en absoluto. Yo quería saber por qué Mason se negaba a ser mi novio. Era porque yo aún no tenía bastante pecho, ¿a qué sí? ¿O por mi mala reputación como “destrozacorazones”?

—¿Por qué no somos novios?

Inclinó la cabeza para buscar mis ojos a través de la oscuridad del pasillo. Mason me sacaba como veinte centímetros de altura y eso que los niños de mi clase me llamaban *jirafa*, no precisamente por ser bajita. Para vengarme, yo los llamaba a ellos *sucias sabandijas*. Lo de ojo por ojo me funcionaba muy bien.

—Porque no pretendo acabar en la cárcel. Aún es pronto para nosotros, diablillo. Tienes que crecer. Cuando seas mayor...

—¿Entonces por qué me has besado? —le interrumpí con impaciencia. No tenía tiempo para sus conflictos interiores.

El problema lo suponía descubrir que, en el fondo, Eric Mason era un caballero que no pretendía aprovecharse de mi inocencia. Maldita sea, yo quería que se aprovechara. ¡De inmediato!

—Porque... —se calló de pronto, buscó mis ojos y me examinó con el ceño fruncido—. Pues no lo sé, bichín. No tenía que haberlo hecho.

—Pues a mí me ha gustado —repliqué malhumorada.

Su boca se movió en una sonrisa tierna.

—Amí también. No puedo negar que me ha gustado más de lo que debería. Pero como he dicho, aún eres muy joven para mí. Cuando crezcas, búscame. O mejor, te buscaré yo a ti.

Me limité a bailar y a mantener la boca callada durante un rato.

—Eric... —empecé de nuevo.

—¿Mmmm?

—Y mientras crezca, ¿tú vas a tener otras novias?

Esa idea me aterraba. Solo de imaginármelo besar a otra chica de ese modo tan pasional como me había besado a mí, me producía un sentimiento que no sabría indicar, algo que oscilaba entre terror, furia y comportamiento homicida.

Una risa gutural escapó de su garganta, y recuerdo que yo pensé que me gustaría oírle reír por el resto de mis días.

—Sí, y tú también. Disfruta de la variedad mientras puedas porque cuando seas mayor, serás solo mía.

Eso sonaba bien. No lo de la variedad, eso me daba igual, sino lo de ser suya. Debía empezar a practicar de inmediato mi firma con el nombre de señora Olivia Mason.

—¿Mason, me lo prometes?

Mason se detuvo, me alzó la barbilla y bajó sus azules ojos hasta encontrar a los míos.

—Te lo juro, bichín —me susurró, acariciándome los pómulos con las yemas de sus dedos.

Y entonces, volvió a besarme.

Mi plan es perfecto. Solo he de ir al notario y asistir a la lectura del testamento de la tía Joy (sinceramente, dudo de que me haya dejado algo más que alguno de sus gatos; era una mujer más tacaña que el avaro de Moliere). Después, saldré como un cohete de Vail. ¿Qué puede salir mal?

—¡Cari-ño! ¡Cari-ñito!

He ahí la respuesta a mi pregunta.

—Oh, no... —freno en seco nada más entrar en la oficina del notario y miro horrorizada a mis familiares lejanos y no *tan* lejanos, cuyos ojos se han girado hacia mí.

En unos pocos instantes, el desconcierto se apodera de la sala.

—¿Esta quién es? —susurra alguien a mi derecha.

—Olivia, la hija de Grace —contesta una mujer de aspecto rubicundo, sentada justo al lado de la puerta.

—¿La pequeña Liv? Vaya, la última vez que la vi era una mocosa.

No soy capaz de moverme. La gente a mi alrededor empieza a susurrar, especulando sobre las razones que me hicieron abandonar el pueblo en mi adolescencia. *Un hijo bastardo... No, ¿qué dices? Mira qué cinturita. Si esta ha dado a luz, yo soy bombero... Pero escucha, ¿no era la novia del camello del pueblo?... Claro, por eso se fue. Tenía un problema con las drogas... ¿Las drogas? De eso nada. Se fue para hacerse bailarina exótica en Las Vegas...*

Decido que lo más sensato es ignorar sus teorías antes de que me dé un ataque de ira y me desquicie delante del ilustre notario, que aguarda sentado detrás de un macizo escritorio de madera a que lleguen todos los familiares de la difunta.

—¡Cariñito, aquí! Te he guardado un sitio.

Entrecierro los ojos y rezo para que mi madre desaparezca como por arte de magia. Por supuesto, esto no pasa. Ella permanece sentada en su asiento, llevando una ridícula pamela amarilla que va a juego con su traje dos piezas de chaqueta y pantalón. ¡Parece una tarta de limón con patas! Quiero que la tierra se abra, me trague y me permita hundirme hasta las profundidades más oscuras y aterradoras. Seguro que enterrarme viva en el núcleo interno de la Tierra asusta menos que esto. ¿Qué demonios hace mi madre en la oficina del notario? Se suponía que no la habían incluido en el testamento, puesto que ni mi madre, ni mi padre, se hablaban con la tía Joy.

—¡Liv, cariño! —agita una de sus enguantadas manos, como si sus

gritos no resultasen ya bastante llamativos.

Camino hacia ella, dedicándoles una sonrisa tensa a mis parientes.

—¡Mamá! —exclamo a través de los dientes apretados—. ¿Qué haces tú aquí?

Mi madre sonríe con inocencia.

—¿Y dónde iba a estar yo sino? Para una vez en diez años que vuelves a casa... No iba a dejarte escapar tan pronto.

Me armo de paciencia mientras me dejo caer en una silla, entre ella y el primo Brad, a quien no me he tomado la molestia de saludar. Cabe mencionar que él tampoco lo ha hecho. Nunca nos hemos llevado demasiado bien con la familia de mi madre.

—Mamá, no hagas planes. Como te dije, espero a que se lea el testamento y me largó. Tengo muchas cosas que hacer.

—¡El trabajo! —se despierta gritando el anciano tío Cade, sentado en la siguiente fila, justo delante de nosotras—. ¡Tengo que ir al trabajo!

Su nieta, Simone, coloca una mano en su hombro y le obliga a volver a sentarse.

—Abuelo, hace veinte años que te jubilaste —le recuerda.

—¿Quién dices que es el cochino que no se ha bañado? —grita él.

—¡HE DICHO QUE HACE VEINTE AÑOS QUE TE JUBILASTE!

—Oh, sí, sí, me gusta mucho el helado, pero el médico dice que no puedo tomar azúcar.

Ahogo una risita.

—Sigue sordo, ¿eh? —le susurro a mi madre.

—Como un cura en el confesionario. Si no se empeñara en no llevar el aparato... —gira la cabeza hacia mí y me muestra una sonrisilla—. En fin. ¡Pero qué guapa estás, hija mía! Por cierto, he hecho pastel de carne para cenar.

¿Por qué finge ignorar el hecho de que yo pienso largarme de

aquí en exactamente... eh, una hora, veinte minutos y ocho segundos? Inspiro hondo, exhalo despacio y me obligo a mí misma a no rugir delante de toda esta gente.

—¡Mamá! ¡No, no, no y no! No intentes camelarme con tu... —busco alguna palabra horrible, pero la imagen de ese pastel de carne se cuela dentro de mis pensamientos y solo se me ocurren epítetos como —: maravilloso... sabroso... deliciosísimo pastel de carne. ¡Ni de coña me voy a quedar en este pueblo hasta la hora de cenar!
—exclamo, esta vez con eficaz vehemencia.

—¿Quieres un poco más de pastel, cariño?

Miro a mi madre con mala cara y ella aguarda, con mi plato vacío en la mano. No puedo creer que sea tan embustera. Y no puedo creer que yo sea tan débil como para ceder a la tentación de su pastel de carne.

—Anda, échale otro trozo a la niña —aconseja mi padre, quien está presidiendo la mesa.

Su intervención me hace salir de dudas. Si mi padre considera que debería tomar un trozo más, tomaré un trozo más. Afín de cuentas, él es el médico. ¿Quién soy yo para llevarle la contraria?

Nos hallamos en la cocina, una estancia de amplios ventanales, techos de madera y encimera de granito gris, no demasiado grande, pero sí suficiente para una familia de tres miembros como la nuestra. Lo que más me gusta de la residencia de mis padres es que el interior es el auténtico de una casa de montaña, todo granito y columnas de madera. Oh, y los ventanales. Son enormes, para que podamos disfrutar de las vistas que ofrece el privilegiado entorno en el que tenemos la suerte de estar. Siempre he soñado con tener una casa como esta, en este mismo pueblo. Sin embargo, vivo en un *loft* de dos mil metros cuadrados, a cinco minutos a pie de la Casa Blanca. Pero, oye, eso tampoco es para quejarse.

Giro la mirada hacia mi padre, quien tiene la nariz hundida en el *Washington Post* de esta mañana y lleva las gafas de leer puestas. Ha envejecido desde la última vez que le vi, el año pasado. El pelo de mi padre siempre ha sido tan negro como las plumas de un cuervo, pero ahora tiene las patillas llenas de canas. Mi madre, en cambio, está como siempre, morena, enérgica, excelente cocinera y una maestra de las artimañas.

—¿Y dices que esto lo has escrito tú, bichín?

—Sí, papá, eso lo he escrito yo. Es a lo que me dedico, ¿recuerdas? Soy periodista del *Washington Post*.

—Ajá. Pero sigo pensando que eso no te hace feliz, bichín
—murmura distraído.

Como nadie está mirándome, me permito el lujo de hacer una mueca. ¡Y bien a gusto que me quedo!

—Aquí está la tercera porción de pastel —canturrea mi madre mientras coloca el plato delante de mí.

Se sienta a mi derecha y, mientras yo devoro la comida, ella se dedica a escudriñarme con una mirada que parece capaz de detectar hasta el más mínimo atisbo de impurezas en mi cutis.

—Mamá, deja de mirarme tan atentamente. Estás poniéndome muy nerviosa.

—Es que llevo mucho sin verte.

—Me viste la semana pasada —le recuerdo, con la boca llena.

—No es comparable. La cámara web se ve borrosa.

Entorno los ojos hacia mis adentros.

—Eric va a alucinar cuando te vea —prosigue, encantada por su propio comentario—. Estás más guapa que nunca.

—Lo bueno de todo es que Eric no va a verme —rezongo en voz baja.

Omito mencionar que Eric ya me ha visto. No me apetece tener que contárselo ahora, sobre todo porque eso supondría rememorararlo y no creo que sea capaz de hacerlo sin sentir... lo que sea que ver a Mason

me haya hecho sentir. No sé si duele verle, o si me resulta excitante, o si me inquieta. Adecir verdad, prefiero no analizar esos sentimientos. Nunca. Hay cajones que es mejor mantener cerrados para siempre.

—¡Qué sueño me da tu artículo, Olivia! ¿Desde cuándo estás metida en campañas electorales?

—Desde que Darren organiza una.

Mi padre, entre bostezos, cierra el periódico, se quita las gafas y presiona el puente de su nariz con dos dedos. Cruzo una mirada con él, reparando en los oscuros círculos que rodean sus ojos grises.

—Papá, te veo raro. ¿Estás bien?

Compone una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy bien, bichín, solo algo cansado. Tu madre me ha arrastrado por todos los almacenes hoy.

Miró a mamá, quién finge estar examinándose la manicura, pintada de un intenso y brillante rojo vino.

—¿Y por qué arrastraste a papá por los almacenes, si puede saberse?

—Para buscar una nueva cama, cariñito.

¡Ay, no! Ya me sé yo como va a acabar esta conversación. Como todas las que he mantenido con mi madre desde que abandoné Vail. *Olivia, tienes que volver a casa... No, mamá, no voy a volver... ¡Debes hacerlo! ¡Estoy muriéndome! ¿Cómo puedes ser tan insensible?... Mamá, no estás muriéndote. Papá dice que solo tienes el azúcar alto... ¡Y más alto pienso tenerlo como no vengas de inmediato!* Esta, claramente, es una de esas conversaciones.

—¿Y por qué necesitabas una cama nueva, mamá? —articulo las palabras lentamente, esforzándome por no perder los nervios y gritarle.

—¡Es evidente! ¿Dónde ibas a dormir si no?

Me pongo en pie tan precipitadamente que casi vuelco la mesa.

—Mamá, ¡no! ¡Déjate de trucos y embustes! No voy a quedarme.

Me esperaba que mi madre intentará rebatir mis argumentos, o

que me camelara con un par de *brownies* o unos *muffins*, como siempre ha hecho. Eso me habría resultado soportable. En cambio, ella se echa a llorar y contra eso sí que no puedo luchar. La quiero demasiado como para verla sufrir por mi culpa.

—¿Cómo he podido criar a una niña tan insensible? —balbucea.

Dejo caer los hombros, completamente superada por la situación.

—Venga, mamá... —me acerco a ella con cautela y rodeo su delgado cuerpo con los brazos, en un torpe intento de consolarla—. No llores, por favor.

—¡Una única hija! —solloza—. ¡Una única hija tengo y nunca viene a verme! ¿Tienes idea de lo duro que resulta ver que los hijos de tus vecinos vuelven a casa por Navidad, Acción de Gracias y Pascua? ¿Tienes idea de lo deprimentes que son nuestros cumpleaños?

Se me parte el corazón al verla tan triste.

—Mamá, yo siempre estoy con vosotros en vuestros cumpleaños —murmuro en voz queda.

—¡Por Skype! —repone entre llantos—. Haces una llamada de una hora por Skype, nos mandas un cheque millonario y piensas que eso compensa tu ausencia. Pues déjame decirte algo, Olivia. ¡NO LO HACE! Ni el dinero, ni tus llamadas compensan el hecho de que nunca vengas a vernos.

Entrecierro los ojos ante esa mezcla de dolor y acusación que desvela su mirada. Sus palabras me han llegado tan adentro que me siento como si acabara de recibir un golpe en el estómago.

—Lo siento —susurro culpable, abrazándola con más fuerza—. Prometo que me quedaré un par de días esta vez, ¿vale?

Se enjuaga sus brillantes mejillas y me mira con desconfianza.

—¿Te quedarás? ¿De verdad?

Asiento, sonriéndole.

—¿Hasta la *Fiesta de los Fundadores*? —propone, de lo más entusiasmada.

Mis pupilas se dilatan de pronto. *Fiesta de... ¡¿Qué?!*

—Mamá, pero si esto es dentro de...

—Dos semanas —me interrumpe, complacida.

—¡Ni hablar! ¡Mamá! ¡No voy a quedarme en este pueblucho durante dos semanas!

Adopta un aire ofendido.

—Está bien. Entonces, límitate a mandarme otro cheque de cien mil dólares como la vez pasada. Recemos para que eso me sirva de consuelo.

Cojo aire en los pulmones y lo suelto ruidosamente.

—Papá, di algo...

—Tu madre lleva razón.

Hunde la nariz dentro de su periódico ante mi mirada fulminante.

—Con decir algo, no me refería precisamente a eso —gruño.

—Lo siento, bichín, pero cuando la lleva, la lleva.

Soltando un largo soplando de exasperación, miro a mis padres. Mi madre me observa esperanzada mientras que mi padre finge estar leyendo el periódico, aunque yo sé que es incapaz de leer ahora. ¡A la mierda mis planes!

—Está bien. Me quedaré hasta la *Fiesta de los Fundadores*, pero, para que conste, no me parece bien que empleéis el chantaje emocional conmigo.

—El chantaje emocional siempre funciona, cariñito. ¿*Muffins*?

—propone, tan serena como si nada hubiese pasado.

Muevo la cabeza con reprobación. ¡Qué embustera es!

—¿Por qué no?

Con repentinas energías, se pone en pie y empieza a revolotear por la cocina. Parece mentira que estuviera llorando tan desconsoladamente hace menos de dos minutos.

—¿Vas a querer café, Liv?

—No, mamá. Pretendo dormir esta noche.

—Pues por eso. Yo siempre tomo uno antes de irme a la cama. Me ayuda a conciliar el sueño.

—Sí, tú eres la clase de persona que se tomaría un par de anfetaminas para tranquilizar sus nervios.

Mi padre suelta una carcajada.

—Eso es cierto. Tu madre es inmune a la tila.

—No soy inmune —le contradice ella desde la nevera—. Pero soy tan nerviosa que la tila no me basta algunas veces.

—No hace falta que lo jures —murmuro para mí misma, mientras les doy la espalda y me coloco delante de la ventana, mirando el jardín.

Ya está entrada la noche, con lo que no puedo vislumbrar las montañas que nos rodean; sin embargo, sé que están ahí, observándonos y, de algún modo, protegiéndonos. Contemplar la silenciosa oscuridad que reina en torno a la casa consigue calmar mis nervios, tensos después del día de hoy. Es impresionante el silencio que hace en Vail durante la noche, nada que ver con el aglomerado centro de Washington. Tan reconfortante me resulta la quietud de la naturaleza que casi se me olvida el hecho de que deba quedarme en este pueblo durante catorce días. En el mismo pueblo que Eric Mason, tras haber dicho específicamente que él y yo jamás debíamos volver a hallarnos en el mismo estado. A ser posible, ni siquiera en el mismo país... o, ahora que lo pienso mejor, ¡en el mismo jodido planeta!

Un movimiento entre los arbustos que rodea la propiedad de mis padres atrae mi atención. Escudriño la oscuridad, intentando averiguar qué es lo que lo ha provocado, pero la noche sin luna es tan negra que no consigo distinguir nada.

—Papá, creo que hay alguien en el jardín.

—Son las zarigüeyas, bichín. Así que la vieja tacaña te ha dejado la casa, ¿eh? Es una buena propiedad.

Aún no me lo creo. ¡La tía Joy me ha dejado su casa! No entiendo por qué a mí. Soy la única de sus sobrinos con la que no tenía nada de relación. Estaba convencida de que no iba a dejarme nada. Solo vine a la lectura del testamento porque mi madre me dijo que el notario no podía abrirlo en mi ausencia, y que tenía que solidarizarme con mis

primos y mover el culo para que los demás pudieran conocer el testamento. Ahora me pregunto si eso era cierto o tan solo ha sido otro de sus trucos. Conociéndola, no sé qué pensar. Es capaz de eso y mucho más.

—Sip, ya ves. Tengo una casa en mitad de la nada. ¡Yupi!

—exclamo sin nada de entusiasmo.

Le doy la espalda a la ventana y camino hacia el centro de la estancia.

—Supongo que vendrás más a menudo ahora, ya que tienes tu propia casa —se aventura a afirmar mi madre mientras me alargaba un plato con dos *muffins* de chocolate.

Lo cojo y me siento en una butaca, al lado del horno de leña.

—Supones mal. No tengo intención de volver por aquí en mucho tiempo.

Ella sonrío como si supiera algo que yo ignoro.

—Eso está por ver. Por cierto, Eric sigue soltero.

El *muffin* se me queda en la garganta, pero me esfuerzo por no toser. No quiero que mi madre vea lo alterada que me deja la mención de ese hombre.

—Mamá, me importa un bledo. No quiero hablar de Mason.

Claro que a mi madre le da igual eso, ella sigue contándome cosas mientras toma asiento al lado de mi padre, en la reluciente mesa de madera de roble. *¿Qué le echará para que brille tanto? ¿Manteca de cerdo?*

—¿Sabes lo que me dijo un día?

Me veo obligada a dejar de pensar en chorradas y mirarla.

—No tengo ni idea, pero estoy convencida de que tú me lo vas a contar de igual modo.

—Puedes estar segura de que lo haré, señorita. Esto te concierne, y mucho. Dijo que si no podía tenerte a ti, no iba a tener a ninguna otra.

¿No te parece eso muy romántico?

Más que comer, lo que hago es devorar el postre. Tal vez el azúcar

me deje la mente paralizada, para dejar de pensar él.

—El colmo del romanticismo —contesto secamente—. Así que Mason ha hecho votos de abstinencia, ¿eh? —inquiero, ya que es evidente que esta charla da para rato.

¡Mentirosa! Te mata la curiosidad de saber qué es lo que ha estado haciendo al amor de tu vida en la última década. ¡Admítelo de una vez! Muevo la cabeza para acallar la voz de mi consciencia, y le presto atención a mi madre.

—Cariñito, se ha acostado con todo el pueblo. Posiblemente, también con los pueblos vecinos. Es solo que se niega a casarse —aclara, con un destello de admiración bailando en sus ojos.

—Ah. Vaya, qué considerado. ¿Y a ti te parece bien que esté aprovechándose de esas pobres mujeres cuando no tiene intención de mantener una relación seria con ninguna de ellas?

Mi madre entorna los ojos.

—Cariñito, las que se aprovechan son ellas. Mason ha dicho claramente que solo se casaría contigo y con ninguna otra. Nadie puede acusarle de aprovecharse de una chica. No es su estilo.

Pero resulta que sí lo es.

—John —mi madre se gira de cara a mi padre y este levanta la mirada del periódico—, te dije que debías ir a la lectura del testamento. Fue más entretenido que esos premios donde ese actor... ¿cómo se llama?...en fin, no me acuerdo, acudió borracho como una cuba, tirándose pedos.

Suelto una carcajada. No he visto esos premios, gracias a Dios, pero dudo de que fuesen más entretenidos que el *show* protagonizado por mis codiciosos parientes.

—Sí que lo fue —admito entre risas—. Sobre todo cuando el notario empezó a repartir los dieciocho gatos entre mis primos. Flipamos todos.

Al recordar aquello, mi madre y yo empezamos a desternillarnos de la risa, balbuceando incoherencias provocadas por las carcajadas.

—¿Así que ninguno de esos avariciosos se llevó más que un pobre minino?

Mi madre emplea el delantal para secarse las esquinas de los ojos.

—¡Qué va! Se lo ha dejado todo a Liv. Tenías que haberlo visto, John. Fue un escándalo.

Más que un escándalo, fue un circo. Sobre todo cuando el notario tuvo que explicarle al tío Cade, ¡al sordo tío Cade!, que solo le correspondía un micifuz llamado *Sohijodeputa*. El pobre hombrecillo se llevó un puñetazo en la nariz, ya que el anciano pensó que estaba insultándole. Se necesitaron veinte minutos y unas ocho personas para hacerle entender al tío Cade que *Sohijodeputa* era el nombre de la criatura con bigotes. La tía Joy, por lo visto, conservó su retorcido humor hasta el lecho de muerte. Hay gente que nunca cambia.

—Voy a salir un momento para llamar a Darren —aviso a mis padres mientras me yergo.

Me desplazo hacia el otro extremo de la estancia y saco el móvil del bolso.

—Llévate chaqueta. Ha refrescado —advierte mi padre.

Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla.

—Solo voy a estar fuera un instante.

En cuanto salgo por la puerta trasera, la que da hacia el bosque, empiezo a lamentar esa mala idea. Fuera se ha levantado un viento casi invernal, que silba entre los árboles, cruel y cortante. Decido no entretenerme demasiado. De pie a unos dos metros de la puerta, marco el número de Darren y espero, cambiando el peso de una pierna a la otra.

—¡Liv, qué agradable sorpresa! ¿Estás de camino ya?

No sé por qué, pero me invade una oleada de nerviosismo.

Presiento que mi estancia en Vail marcará un antes y un después en mi relación con Darren.

—No, la verdad es que no lo estoy. De eso quería hablar contigo.

Pese a los miles de kilómetros que nos separan, puedo notar que está poniéndose tenso.

—¿Qué pasa? ¿Todo bien por ahí?

Trago saliva, esforzándome por dominar los fuertes latidos de mi corazón. Por Dios, ¿por qué me pone tan nerviosa decirle esto?

—Sí, todo va de maravilla, solo que necesito estar aquí dos semanas para arreglar algunos asuntos.

Al otro lado de la línea se produce una pausa.

—¿Dos semanas?

—Dos semanas.

—¿Y el viaje a Nueva York? Liv, no puedo cancelarlo. Es muy importante para la campaña.

¡La campaña! ¡Siempre la puta campaña! ¿Y qué pasa con lo que es importante para mí?

La mención a su campaña electoral me cabrea. Sé que no tengo razones para sentirme así, Darren siempre me ha apoyado en mi trabajo. Lo lógico sería que yo le apoyara en el suyo. Realmente no entiendo que es lo que me pasa esta noche. Es como si tras haber cruzado la frontera de Vail, algo hubiese cambiado en mi interior; un mecanismo que se haya apagado, o, tal vez, se haya puesto en marcha, convirtiéndome en la misma Oliva de hace diez años. Solo llevo en este pueblo un par de horas y ya está pasándome factura. ¿Qué más va a pasarme en estas dos semanas?

Decidida a controlar mi repentina aversión hacia Darren (aversión que no soy capaz de explicarme), me esfuerzo por conseguir una voz serena.

—Lo siento, vas a tener que irte solo. Yo no puedo.

Resopla hastiado.

—Está bien. Iré solo. Es solo que me hacía ilusión que me acompañaras.

—¿Para exponer a tu prometida trofeo delante de tus votantes?

—repongo cortante.

—¿Qué? No, claro que no —su voz se vuelve más grave por el enojo—. Porque te quiero y echo de menos pasar el tiempo contigo, cariño. ¿Qué te pasa? ¿Por qué demonios dices eso?

Abro la boca para disculparme por mi ataque de mal genio, pero un ruido entre los arbustos me distrae de la conversación. Giro sobre los talones y me esfuerzo por ver algo a través de la oscuridad.

—¿Liv? —insiste Darren.

—¿Eh? —murmuro distraída mientras me dispongo a examinar esa zona—. No, por nada, lo dije sin pensar. Lo siento.

—Suenas rara. ¿Seguro que estás bien?

—Maravillosamente. Escucha, mejor te llamo mañana porque... —mis palabras se desvanecen.

¡Conque las zarigüeyas! Un rayo de luna consigue traspasar la oscura cortina de nubes y yo puedo ver cómo Eric Mason está de pie en la otra punta del jardín, medio envuelto entre las sombras de la noche.

Y está mirándome fijamente.

Lleva un vaquero azul y una camisa blanca, descuidadamente arremangada por debajo de los codos, de modo que deja a la vista unos antebrazos fuertes, de pronunciadas venas y piel curtida por el sol. No puedo negar que es una de las imágenes más irresistibles que he visto en toda mi vida.

—¿Liv, sigues ahí?... ¿Liv?... ¿Cariño, me escuchas?

Como una autómatas, cuelgo el móvil sin tan siquiera despedirme de Darren. No puedo centrarme en otra cosa que no sea Mason.

A lo largo de los años, todos los detalles relacionados con mi adolescencia desaparecieron en el olvido. Se me olvidó todo, salvo una cosa: la intensidad de una mirada azul hielo. La misma mirada que ahora mismo está clavada en la mía.

—Buenas noches —saluda con voz controlada, suave.

Tiene las manos en los bolsillos y un aire indiferente que es de todo, menos natural. Su ensayado autocontrol no puede engañarme. El

brillo de sus ojos delata su nerviosismo.

Trago en seco y me esfuerzo por ponerme en marcha, puesto que me he quedado paralizada a varios metros de distancia de él.

—¿Qué haces aquí? —sé que es capaz de percibir la nota temblorosa de mi voz, lo cual me avergüenza.

Desdeñoso, tuerce los labios.

—Pasaba por la zona.

Lo miro incrédula.

—¿Pasabas por la mitad de la nada a las diez de la noche?

—Es muy habitual en mí. Me aburro en mi casa.

—Y sales a pasear.

—Exacto.

—Y tus pasos, de algún modo, te llevan hasta mi jardín.

—No digas tonterías. Vengo en coche —explica, de lo más sereno.

—Oh, claro. Eso lo cambia todo.

Los dos callamos durante unos segundos.

—¿Con quién hablabas? —pregunta de pronto.

—¿Y a ti que te importa?

Se encoje de hombros, mostrando de nuevo una planificada indiferencia.

—Era por hablar de algo.

—No vamos a hablar, Mason. Voy a entrar en casa, voy a subir a mi habitación y voy a dormir durante diez horas seguidas. Estoy hecha polvo después del viaje. Gracias por pasarte por aquí.

Le doy la espalda y empiezo a caminar en dirección a la casa, pero no llego demasiado lejos. En unos instantes, Mason se posiciona a mis espaldas y me detiene agarrándome por los hombros. Rezo para que no sea capaz de notar cómo me tensa a su lado.

—Espera un segundo.

Me giro hacia él resoplando con fastidio.

—¿Qué?

Sus manos se mantienen en mis hombros y sus ojos sostienen los

míos. Está tan cerca de mí que siento que empiezan a flaquearme las piernas. No puedo estar tan cerca de él.

—Solo quería decirte que me alegro mucho de volver a verte y que... —se detiene para carraspear—, en fin, que te he echado mucho de menos.

Rodeándome entre sus brazos, me abraza con fuerza durante más de un minuto. No encuentro las energías para apartarme, estoy hipnotizada por esos intensos ojos azules. Oh, Dios, estoy tan enganchada al perfume de su cuerpo...

—No deberías estar aquí —le digo con voz débil y temblorosa.

—Nunca en mi vida he hecho lo que debía.

—Eso también es cierto —mascullo.

Ríe entre dientes y yo no consigo frenar una sonrisilla. Soy incapaz de impedirlo, Mason empieza a fluir de nuevo por mis venas y sé que me va a costar mucho esfuerzo arrancármelo otra vez del corazón. Oh, maldita sea, ¿por qué he tenido que regresar a Vail? Me siento como un alcohólico que, después de muchos años de abstinencia, prueba su primera gota de bebida, y ahora, ebrio y exultante, se da cuenta de que su deseo más irrefrenable es ahogarse en más y más alcohol; beber y no detenerse nunca.

—Qué descansas, Olivia —me susurra, con mi cabeza entre las manos.

Deposita un beso en mi frente y, sencillamente, se va. Inmóvil, lo sigo con la mirada mientras se aleja. A medida que se mueven las manecillas del mi reloj, me doy cuenta de lo desastrosa que es la situación.

Una vez más, Eric Mason me tiene encadenada a su amor y presiento que romper las gruesas cadenas que me atan a él va a resultar mucho más difícil que la vez pasada. Difícil, aunque no imposible.

Al día siguiente me levanto casi a la hora de comer. Conducir tantos kilómetros, sin apenas descanso, ha puesto su huella sobre mi cuerpo. Me duelen todos los músculos como si me hubiese pasado la noche bebiendo y ahora estuviera experimentado la más mortífera de las resacas.

Bajo a la cocina para tomar un café. Mi padre, sentado en su butaca, al lado de la ventana, está leyendo el periódico.

—Bichín, ya iba siendo hora de que te levantases —murmura, sin tan siquiera levantar la mirada. Debe de ser una lectura fascinante.

—Buenos días a ti también —saludo entre bostezos.

—Querrás decir buenas tardes —me corrige mi madre, quien lleva su oscura melena tan arreglada que parece haber salido hace un momento de la peluquería.

Mientras ella revolotea por la cocina, corriendo del fregadero al horno y del horno a la nevera, yo la examino con el ceño fruncido. Se ha ondulado el pelo, se ha puesto un elegante vestido beige y lleva las perlas de la abuela. ¿Por qué va tan elegante un sábado a mediodía?

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué te has arreglado tanto?

Se detiene para mirarme y, deduciendo por cómo arruga los labios, creo que no le gusta demasiado lo que está viendo.

—¿Y tú por qué vas tan desaliñada? ¡Son las doce!

—Perdone usted porque no me haya alisado el pelo nada más levantarme.

Si detecta mi sarcasmo, no lo muestra.

—¡Pues tomate el café y ve a acicalarte de prisa!

Murmurando algo entre dientes, me desplazo hacia la encimera, cojo la cafetera que mi madre (¡bendita sea!) me ha dejado preparada, y me echo una taza llena de café.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —bostezo de nuevo, antes de acercármela a los labios y tomar un sorbo—. No pienso salir de casa.

—Yo no he dicho nada de salir —se encamina hacia el otro extremo de la encimera, donde empieza a preparar una ensalada—.

Por cierto, ha llamado Eric.

Sumida en un océano de ensayada indiferencia, tomo otro sorbo de café.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Agarro uno de los periódicos que hay en un rincón de la encimera. Tiene fecha de hace dos semanas, pero no me importa. Empiezo a hojearlo con aplomo, solo para tener algo que hacer. O tal vez porque necesito una razón para eludir los ojos de mi madre. Estoy convencida de que con su mirada de lince es capaz de detectar mi nerviosismo.

—Contigo, nada —dice, estudiándome—. En realidad, quería hablar conmigo.

Simulo estar leyendo con mucha atención un artículo sobre pesca, pese a que no soy capaz de pasar de la tercera palabra.

—¿Y eso? —pregunto como quien no quiere la cosa.

—Para preguntarme si podía pasarse a comer hoy con nosotros —expone mientras adorna el bol de la ensalada con un par de aceitunas negras.

Satisfecha, se queda contemplándolo como si hubiese creado alguna especie de obra de arte y no una simple ensalada mixta.

Suelto la taza de café encima de la encimera con tanta brusquedad que mi padre levanta los ojos del periódico y me lanza una breve miradita de reprobación.

—¿Y tú qué le has contestado, mamá? —realmente me esfuerzo por mantener la calma. Aun así, se nota que estoy hablándole a través de los dientes apretados.

Encogiéndose de hombros, deja el bol de ensalada encima de la mesa y se gira de cara a mí.

—Le dije que haría pato asado —me responde, con su enloquecedora serenidad—. A Eric le encanta cómo me sale el pato asado, ¿sabes?

—¡Mamá! —grito, desquiciada—. No pienso comer con el estúpido

de Eric Mason.

—Vaya, creo que he llegado demasiado pronto —escucho por detrás de mí esa ronca voz que aún me provoca escalofríos.

Giro sobre los talones y me encuentro con su ladeada sonrisa. Vestido con unos vaqueros y una camisa negra arremangada, está con el hombro apoyado contra el marco de la puerta.

Sus azules ojos me recorren de arriba abajo y yo me doy cuenta en ese instante de cómo voy vestida. O, mejor dicho, hecha un asco, porque solo llevo un pantalón corto, una camiseta ancha de una promoción de Coca Cola, los pelos encrespados y... posiblemente, legañas. ¡Y el idiota de Mason va como si fuera a desfilarse para algún diseñador de prestigio! ¡No es así como una debería encontrarse con su ex novio, maldita sea!

—Vaya... Liv... —frunce el ceño y sacude la cabeza con desaprobación—. ¿Qué te ha pasado?

Suelto un grito de exasperación. Una cosa es saber que tienes mal aspecto y otra muy distinta es que te lo recuerde tu ex.

—¡Tú! ¡Me sacas de quicio y no pienso comer contigo! —le grito mientras paso por delante de él para refugiarme en mi habitación.

—Liv —grita mi madre a mis espaldas—. Recuerda que he hecho pato asado. Con patatas y cebolla, como a ti te gusta.

¡Maldita sea! ¿Cómo voy a resistirme a eso?

Casi una hora después, bajo a la cocina. Me he acicalado tanto que parece que vaya a la entrega de los premios Oscar, y no a comer en la planta baja de casa. Tras haber descartado casi todos los vestidos que mi madre aún conserva en el armario de mi habitación, me he decantado por un veraniego vestido blanco ajustado a la cintura. Para darle un toque de color a mi atuendo, me he colocado una cinta roja en el pelo. Es curioso como después de diez años aún me sienta como un guante esta ropa.

—Te pareces a Blancanieves —comenta Mason al verme entrar.

Sus ojos se pasean con languidez por mi cuerpo, lo cual hace que

un intenso calor me atravesase como un cuchillo.

—No te hablo —replico mientras tomo asiento a su derecha, con aire muy digno.

—Pues lamento informarte de que acabas de hacerlo. ¿Vino?
Sacudo la cabeza para rehusarlo.

—Puesto que Liv se ha dignado a honrarnos con su presencia, cortaré el pato —anuncia mi padre, quien está de pie, con un enorme cuchillo en la mano y una mirada hambrienta en los ojos, muy parecida a la que adopta Mason cada vez que me mira.

Cuando ya tenemos todos nuestros platos llenos, empiezo a comer como si fuera a acabarse el mundo. Cuanto antes acabe, antes podré regresar al refugio de mi habitación, muy lejos de la seductora sonrisa de Mason. Para mi disgusto, sus sonrisitas aún consiguen revolucionarme todas y cada una de las hormonas.

—¿Sabías, cariñito, que Eric es ahora el nuevo *sheriff* del pueblo?
—interroga mi madre mientras se echa ensalada en el plato.

—Ajá —respondo con la boca llena—. Ayer me salté el estúpido *stop* que hay después de la glorieta de piedra, y el muy señorito me detuvo para multarme. Aunque luego le puse ojitos y me libre de la multa —añado, de lo más complacida por mi actitud.

Mi padre deja escapar una carcajada.

—Bichín, no has cambiado nada.

—¡Eric! —protesta mi madre, aunque más que indignación, lo que percibo en su voz es una sonrisa—. Tenías que haberla multado. Aver si así aprende que no hay que saltarse los *stop*.

—Esa era mi intención, Grace. Lo que pasa es que tu hija iba demasiado guapa y no pude —comenta, mirándome fijamente.

El trozo de pato se niega a bajar por mi garganta durante unos instantes. Su mirada es... bueno, es su mirada, la de siempre, la que es capaz de detener las manecillas del reloj, hacer que todo a nuestro alrededor se difumine; hacer que yo solo pueda mirarle a él.

—Sí que iba muy guapa ayer —asiente ella.

Tragando en seco, desvió la mirada de los intensos ojos de Mason y bebo un poco de agua. Tal vez eso me tranquilice.

Durante los próximos minutos, nos limitamos a comer en silencio.

—¿Y tú sabías, Eric, que nuestra Olivia es una periodista de gran éxito? —prosigue mi madre.

Mason, quien ya se ha acabado su plato, se limpia la boca con la servilleta y le da un sorbo a su copa de vino.

—Eso he oído —se gira hacia mí—. Dime, Liv, ¿te va bien en Washington?

Me paso una mano por el pelo, ya alisado, y sonrío.

—Maravillosamente. Me han dado incluso un Pulitzer ¿Quieres verlo? Tengo la foto en el móvil.

—No será necesario. Te creo. Solo quiero saber una cosa.

—¿El qué, Eric?

Se inclina sobre mí y un intenso deseo empieza a correr por mis venas cuando huelo el masculino aroma que desprende su cuerpo. Como por error, su rodilla roza la mía, y esa caricia hace que todo mi interior se agite de excitación. A juzgar por cómo está mirándome, creo que se ha dado cuenta de que se me han dilatado los ojos y se me han ruborizado las mejillas.

—¿Tu Pulitzer te calienta por la noche? —me susurran sus labios, tan cerca de mí oído que su pausada respiración cosquillea contra mi piel.

Obstinada en no mostrarle el modo en el que me atrae, me vuelvo hacia él con una expresión risueña.

—No, la verdad es que no lo hace. Gracias a Dios, de eso se ocupa Darren.

Acabo de meter uno de los más espectaculares goles de la historia en la portería de Mason. Y estoy celebrándolo a lo grande hacia mis adentros. Su rostro se torna tan duro como las rocas de la montaña, y, mientras me contempla, hay un músculo latándole en la mandíbula.

—¿Darren? —mira primero a mi madre y luego a mí—. Grace no me ha dicho nada sobre ningún Darren.

Mi madre pone los ojos en blanco.

—¿Para qué iba a inquietarte, cariñito? Liv y el tal Darren nunca han ido en serio.

—Pues llevamos juntos dos años —me empeño yo en especificar, solo porque soy mala gente y disfruto atormentando a mi ex—. Me sorprende que mamá no te lo haya dicho. Con lo bien que os lleváis vosotros dos...

—¡Dos años! —bufa ella—. Si la mitad del tiempo estuviese en Afganistán. Díselo, John.

Mi padre, que está comiendo a grandes bocados, hace un gesto de indiferencia con la mano.

—Tu madre lleva razón, bichín.

Me giro hacia él y lo fulmino con la mirada. De paso, también fulmino a Mason, quien me observa con su estúpida sonrisa socarrona.

—Papá, deja de darle la razón siempre a mamá.

—No se la suelo dar, pero cuando la lleva, la lleva.

—¡Pues no la lleva! Y ya os diré yo por qué. Dos razones. Uno: estuve en Irak y Siria, nunca he pisado suelo afgano.

—Un fallo menor —señala, aburrída, mientras se examina la manicura.

—Y dos... —hago una larga pausa, para que mi anuncio resulte aún más chocante—. Darren me pidió matrimonio hace tres noches. ¡Y yo le dije que sí!

Y para demostrarlo, les enseño el enorme diamante que adorna mi dedo. Literalmente, el rostro de Mason se vuelve negro.

—¿Estás prometida? —su voz es baja, pero hay una nota estremecedora en ella.

—¡Sí, Mason! Aunque a ti te resulte chocante, hay hombres que sí me piden matrimonio después de follarme.

Mi padre, a quien mi arrebató de mal genio le ha quitado el

apetito, se tapa los oídos con ambas manos.

—Uy, uy, uy. Esa es demasiada información para nosotros, Olivia.

Debe de ser la primera vez en toda mi vida que mi padre me llama Olivia. Hasta hace un instante estaba convencida de que él ignoraba cuál es mi verdadero nombre.

—Pues ya que tanto os ha inquietado el asunto en los últimos diez años, ahí lo tenéis. Ahora sabéis la razón por la que me largué la última vez.

Hecha una fiera, me pongo en pie con gesto brusco, lanzo la servilleta encima de la mesa y me encamino hacia la puerta. Mason sale corriendo detrás de mí.

—Liv, tienes que escucharme —me dice con voz tensa, agarrándome de la muñeca.

Sacudo la mano para liberarme. Como no lo consigo, le lanzo una mirada fulminante, aunque eso no hace que él aligere su agarre.

—No, Mason, no tengo que hacer nada. No quiero oírlo. Vete como lo hiciste la última vez. Eso es algo que se te da de maravilla.

—¡Que yo no te dejé, joder! —me grita mientras, cogiéndome por los brazos, me inmoviliza contra la pared del salón—. ¡La que se largó fuiste tú, Liv!

—¡Me da igual! Han pasado diez años y ahora voy a casarme. Al fin, después de diez... jodidos... años, ¡he pasado página! Ahora no te atrevas a estropearlo dándome tus explicaciones —dejo de gritarle y lo miro a través de las lágrimas que cargan mis ojos—. Eric, no intentes hacerme cambiar de opinión. Si de verdad me quisiste en algún momento, vas a soltarme ahora porque sabes que juntos no funcionamos.

Exasperado, sacude la cabeza, sin apartar la mirada de mi rostro. Sus ojos están que echan llamas.

—¡Pero resulta que sí lo hacemos, Liv! Te acuerdas del pasado, ¿eh? Yo sé que sí. Sé que recuerdas todas y cada una de las veces que yo te besé.

—No... —musito con voz queda, negándolo con un gesto de la cabeza—. No lo recuerdo.

—¿Recuerdas el lago?

—¡No!

Soy incapaz de controlarme, el dolor es tan intenso que las lágrimas empiezan a escurrírseme por las mejillas. ¡Claro que lo recuerdo! Con todo lujo de detalles. Casi puedo sentir otra vez el roce de sus labios sobre los míos. Después de diez años, vuelvo a estar tan cerca de él, su piel toca a la mía, y nada ha cambiado entre nosotros dos. Aún me produce escalofríos tocarle. Es como si cuando me tocara, el tiempo que pasamos separados se desvaneciera de pronto; como si ahora no estuviéramos aquí, cara a cara, mirándonos a los ojos, sino delante del lago, besándonos como locos bajo la lluvia.

Mason inclina la cabeza hasta que su boca casi roza a la mía y yo me tensó de la cabeza a los pies cuando su respiración irregular se cruza con la mía.

—¿Recuerdas cuando te besaba bajo las lluvias de mayo?

—musita.

Furiosa, empujo su pecho para alejarle de mí. Sin embargo, él permanece inamovible.

—¡No recuerdo nada de todo eso! ¿Cómo te lo digo para que lo entiendas?

—Sé que lo recuerdas como yo lo estoy recordando ahora —me susurran sus labios, prácticamente pegados a los míos—. Sé que sientes exactamente lo mismo que siento yo cada vez que nuestros cuerpos se rozan, como se están rozando ahora. Y sé que tú tampoco has podido superarlo, como yo no lo hice. Así que, Liv, por favor, busca muy en el fondo de tu gélido corazón y dime: ¿sientes por ese tal Darren al menos la mitad de lo que sentiste por mí? Si me dices que sí, juro que te dejaré en paz.

Recupero la compostura de inmediato y lo miro con ojos fríos y distantes.

—¿Quieres que te diga la verdad, Eric?

—¡Sí, joder!

Me tomo un momento antes de abrir la boca, tiempo que aprovecho para examinar detenidamente sus masculinos rasgos. Me fijo en sus azules ojos, que oscilan entre mis ojos y mis labios; también me fijo en la arruga que se le ha formado en el entrecejo; en cómo se muerde el labio por dentro a la espera de mi veredicto. Una parte de mí desearía decirle la verdad.

Sin embargo, no puedo.

Él es el hombre que ha estado persiguiéndome, dentro de mi mente, durante toda una década. Cada vez que levantaba cabeza, cada vez que parecía haberlo superado, que tenía una relación seria con alguien, su fantasma volvía para echarlo todo a perder. Así que no puedo mirarle a los ojos y decirle la verdad. No puedo confesar que nunca, en toda mi vida, he podido amar a nadie ni un cuarto de lo que le amo a él. Y sí, he dicho amo, porque aún le amo. Nunca pude evitar amarle. Fluye por mis venas de un modo tan natural que no hay nada que yo pueda hacer para impedirlo. Amo a Eric Mason desde los quince años y ahora, que tengo veintinueve, no voy a dejar de hacerlo. Eso no quiere decir que vaya a permitirle que me lo estropee todo. No. Esta vez, no. Esta vez seguiré adelante con mis planes.

—Pues te diré la verdad. No más mentiras, Mason. Seamos sinceros el uno con el otro, para variar. La verdad es que nunca te he amado a ti como le amo a él. Él es mi todo. Mi amigo, mi amante, mi compañero —me inclino hacia su oído y le susurro—. Algo que tú nunca fuiste para mí.

Y entonces, la presión de sus brazos se desvanece en el aire. Como si le hubiese dado el golpe más duro de toda su vida, retrocede y me mira con los ojos dilatados y la boca entreabierta.

—No es eso lo que yo recuerdo —musita, y su voz se rompe.

—Es comprensible que a tu edad te falle la memoria. Ahora si me disculpas...

Con mirada ausente, traga en seco y retrocede dos pasos más, lo que me permite irme de ahí. Lo hago sin volver a mirarle. Si volviera a ver su rostro en este instante, no encontraría las fuerzas para alejarme de él. Seguramente me daría la vuelta y me lanzaría a sus brazos. No puedo hacer eso, de modo que me voy sin más.

Me aguanto las lágrimas hasta mi habitación. Ahí ya no puedo evitar derrumbarme. Todo esto es demasiado para mí. Todos los recuerdos, su presencia, su olor, su tacto, el magnetismo que desprende su mirada, son sencillamente abrumadores. Me desplomo encima de la cama y dejo que el dolor, las sombras y el frío que formaron mi vida desde que Eric y yo nos separamos, se apoderen de mí una vez más.

Capítulo 2

Corriendo tan rápido que mis pies apenas rozan el suelo, salgo de casa, vestida de modo casual. Hay días, sobre todo los frescos, cuando me apetece arrebujarme en una buena sudadera. Hoy está nublado y, tras la tormenta que empezó ayer después de la partida de Mason, el ambiente ha refrescado bastante.

En la calle, mi madre lleva pitando al menos cinco minutos, y eso es desquiciante. No entiendo cuál es la prisa esta vez. Anda metiéndome prisas desde que tengo uso de razón. *Liv, cariño, péinate rápido... Liv, no duermas hasta mediodía que tenemos muchas cosas que hacer... Liv, acábate los guisantes de prisa... Liv, Liv, ¡LIV!* Es agotador vivir bajo su techo. Es como si de repente tuviera otra vez quince años.

—¡Por el amor de San Pedro! —más que exclamar, chillar, desde el volante de su Mini, tan llamativo como su atuendo rojo—. ¿Media hora para acabar yendo de esa guisa?

Con los ojos entornados, me deslizo en el asiento del copiloto.

—Mamá, voy perfectamente.

—¡Calzas zapatillas!

Me giro de cara a ella para dedicarle una mueca de irritación. Mi madre tiende a enervarme muy a menudo.

—¿Y eso qué tiene de malo?

Arranca el coche mirándome enfurruñada.

—Si tengo que explicártelo, mal vamos. ¿Y por qué no te sueltas ese pelo?

—Porque me gustan las coletas, mamá. Siento no haberme puesto una pamelita roja como la tuya para que estés contenta.

Mirándose en el espejo interior del coche, se inclina ligeramente la pamelita hacia la derecha. ¡Y pretende salir así por la calle! Y lo que es todavía peor, ¡pretende que yo la acompañe! ¿Por qué no puede vestir como la gente de su edad? ¡La de nuestro siglo!

—¿A que me sientan bien las pamelitas?

Me coloco las gafas de sol solo para poder hacer un gesto de exasperación con los ojos sin que ella me vea.

—Maravillosamente, mamá.

—Ponte el cinturón.

En cuanto sale del patio, ya entiendo por qué me ha hecho esa sugerencia. ¡Conduce como una chiflada!

—¿Mamá, quieres ser menos brusca en las curvas?

—Bueno, yo al menos no me salto los *stop*, cariñito.

Y ahí cierro la boca. Como diría mi padre, *cuando lleva razón, la lleva*.

Unos diez minutos después, nos detenemos en el casco urbano, donde mi madre aparca golpeando tanto al coche de delante, como al de atrás. Y eso que tiene un Mini. ¿Qué haría si mi padre le hubiese regalado un Hummer en vez de esto? Conociéndola, seguramente pasar por delante de los demás coches.

—Rosie y Fiona van a alucinar cuando te vean.

Excelente noticia. Vamos a ver a las amigas de mi madre, Rosie y Fiona. Cuando yo era pequeña, solía llamarlas la mortífera trinidad. Cada vez que se juntaban, yo experimentaba ideas homicidas. Al principio, siendo yo muy pequeña, se entretenían pellizcándome las mejillas. Pero no lo hacían durante un rato. No. Lo hacían *todo* el rato. Mi padre estaba convencido de que alguien me había pegado la varicela, tan roja me dejaban la cara. Años después, les dio por aprender a hacer bollería. Yo era una especie de cobaya para ellas, puesto que me atiboraban como a un pavo antes de navidades. Lo peor de todo era que la mayoría de las veces no se acordaban de echar el azúcar, de modo que el resultado final era, (aparte de quemado como un demonio), realmente asqueroso. Total, que no podía odiar más sus constantes encuentros.

—¿Sabes qué, mamá? —adopto un aire de niña inocente mientras me rasco detrás de la oreja para aparentar normalidad —. Vete sentándote con ellas y ahora voy yo. Es que necesito hacer unas

compras.

Enarca una de sus cejas morenas y perfectamente perfiladas. Mi madre siempre va arregladísima, con guantes y perlas. Parece Jackie Kennedy. Creo que nadie le ha dicho que los sesenta pasaron de moda hace medio siglo.

—¿Compras? Pero si tenemos de todo en casa. Tu padre hizo la compra ayer.

Empiezo a cambiar el peso de una pierna sobre la otra. Necesito inventarme alguna movida y necesito hacerlo cuanto antes.

—Yaaa... es que yo necesito algo en concreto... que seguro que papá no lo ha comprado... porque son unos... ejem... —busco y busco muy en el fondo de mi mente para decir algo— eh... anticonceptivos. Sí, eso es, necesito mis anticonceptivos. No venía preparada para quedarme aquí tanto tiempo.

Mi madre se ruboriza ligeramente.

—Oh. Pues de eso no tengo porque hace dos años que yo no... en fin, que yo ya no... Ahora te veo —tras soltar eso, sale corriendo hacia la cafetería.

Hago el gesto de la victoria a sus espaldas. Asunto arreglado. Doy media vuelta y me encamino hacia la farmacia que está a unos quinientos metros de ahí. O, al menos, lo estaba. Espero que siga abierta. Necesito una tapadera. Con lo cotilla que es mi madre, es capaz de ir a preguntarle al farmacéutico si me ha vendido algo y qué era ese algo. Es mejor ser precavida.

Cuando llego delante de la que era la farmacia del pueblo, me doy cuenta de que ahora es una tienda de alimentación. ¡Maldita sea! ¿Y ahora qué? Después de varios minutos de reflexión al lado de la puerta, decido entrar para comprar unos chicles. Dicen que masticar chicles tranquiliza los nervios. Si voy a pasar la tarde con la mortífera trinidad, me harán falta.

Tiro de la puerta, que, al abrirse, emite el sonido de una campanilla, y entro. Con las manos en los bolsillos de la sudadera, me

dirijo hacia la zona de las estanterías.

—Mira que interesante casualidad. Justo andaba yo buscándote. He de hablar contigo sobre lo de ayer.

Giro sobre los talones y casi choco con Mason, quien viste el uniforme y, ¡cómo no!, está tan guapo que raya la indecencia, con su rubio pelo despeinado y sus azules ojos brillando en ese rostro moreno de rasgos tan atrayentes. Sigo afirmando que los ex novios no deberían ser tan guapos.

—¿Y ahora qué más quieres? Pensaba que lo habíamos dejado todo claro ayer.

Se cruza de brazos, y la camisa se le ciñe al pecho y a la anchura de sus hombros.

—Pues no, no lo hicimos porque no me dejaste explicarme. Y si le hago caso a mi olfato de *sheriff*, algo me dice que hubo un malentendido entre nosotros hace diez años. Así que...

Coloco un dedo en sus labios para acallarle. Me tenso al tocarle, no puedo evitarlo. Su respiración, de pronto alterada, consigue traspasar la barrera de sus labios y golpear contra mi dedo, y a mí casi me puede la tentación de deslizar la yema del dedo por su boca. Tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para resistirme.

—Mason, eso es lo de menos ahora. No quiero oírlo. Me niego a oírlo, ¿vale? Déjame tranquila.

Agarrándome del brazo para liberar su boca, sonrío e inmediatamente apaga la sonrisa.

—De eso nada. Hoy vas a escucharme.

Sacudo el brazo, me libero y retrocedo.

—No, no pienso escucharte.

—No te queda otra. Tengo intención de seguirte por toda la tienda.

—Pues me voy.

Y nada más anunciárselo, le doy la espalda.

—Pues te arresto.

Doy un paso, freno en seco y me giro de cara a él con una lentitud agónica. Está tan tranquilo, con los brazos cruzados y una mueca de satisfacción pintada en la cara.

—¿Disculpa?

Sonriendo como un gatito caprichoso, se saca las esposas y empieza a jugar con ellas, haciéndolas girar por su dedo índice.

—Te voy a arrestar, te voy a encerrar en una celda y te voy a obligar a que me escuches. Y, créeme, *bichín*, no vas a salir de ahí hasta que hayamos arreglado lo nuestro.

Suelto una carcajada, no de diversión, sino de incredulidad... exasperación... o cualquier otro sentimiento negativo, como... furia satánica, por ejemplo.

—¿Has perdido la cabeza? ¡No puedes detenerme!

Tuerce los labios.

—¿Quién dice que no puedo?

—¡La ley! —rujo, completamente fuera de quicio.

Ríe entre dientes.

—Por si aún no te has enterado, esto es Vail. Y en Vail, la ley soy yo.

Vamos, que no soy capaz de creérmelo.

—¡Hay todo un sistema de leyes por encima de ti, paleta de pueblo!

Pone mueca de ofendido, aunque su sonrisa vuelve a asomarse unos momentos más tarde.

—¡¿Paleta de pueblo?! ¿Crees que eres mejor que yo por haberte ido a Siria e Irak? —acorta la distancia que nos separa y me agarra de la muñeca, inmovilizándome a su lado—. Pues déjame decirte algo, señorita reportera. Yo también he visto el mundo, ¿vale? —me habla en voz baja y tensa, mirándome con sus ojos más abiertos de lo normal—. Y a diferencia de ti, sí he estado en Afganistán. Y en Libia. Y en Egipto. Y en muchos más países más. Así que deja de adoptar esos aires de superioridad conmigo. Yo no soy uno de tus

estúpidos novios del instituto. Y no-eres-mejor-que-yo — recalca entre dientes.

—Tú no tienes un Pulitzer.

Suelta una ronca carcajada. Vale, sí, de acuerdo, es una cosa ridícula lo que acabo de decirle, pero es lo único que se me ocurre.

—Tú tampoco tienes una medalla de honor, ¿a qué no?

Trago en seco, intimidada por la fría intensidad de sus ojos. ¿Tiene una medalla de honor? Vaya. ¿Y eso por qué? ¿Qué es eso tan honorable que ha hecho?

—No.

—Pues ya está.

Nuestras miradas se sostienen a través del aire y ambas echan chispas.

—Pues vale. Ahora suéltame. No irás a seguir adelante con tu ridículo plan de arrestarme, ¿verdad?

Sus ojos destellan diversión en su estado más puro. Oh, no... Ya me conozco yo esa mirada suya. Es la misma que tenía aquel día cuando, teniendo yo doce años, me cogió en brazos, se metió conmigo en el río y me tiró al agua. Al salir, completamente empapada, le llamé gitano y bruto para desahogarme de algún modo. Él me miró muy tranquilo y se defendió diciendo que mis palabras exactas habían sido: *suéltame, bestia*, y que eso era lo que él había hecho: *soltarme*. Si no quería que me soltara *en el agua*, tenía que haber sido más específica y haber mencionado claramente que quería que me soltara *en la orilla*. Así era Mason antes de convertirse en mi novio.

—Señorita Novak, queda usted detenida —se coloca a mis espaldas y en menos de lo que dura un parpadeo, me pone las esposas, haciendo caso omiso de mi resistencia—. Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en un tribunal de justicia. Tiene el derecho de hablar con un abogado. Si no puede pagar un abogado, se le asignará uno de oficio. ¿Le han quedado claros los derechos previamente mencionados?

—¿Qué... coño... estás... haciendo?!

—Leerte los derechos. Dijiste que había que respetar la ley, ¿no? Pues este soy yo respetando las leyes.

Le doy una patada en la espinilla con todas mis fuerzas.

—Auch. Si no te estás quieta, le inmovilizo también los pies.

Cojo aire en los pulmones, lo suelto ruidosamente y me esfuerzo por calmarme. Estoy al borde de una crisis nerviosa y eso no es lo más idóneo cuando tu ex novio te detiene bajo falsas acusaciones.

—Mason —empiezo con una tranquilidad que estoy muy lejos de experimentar—, no tienes razones para detenerme y como no me sueltes de inmediato, juro por Dios que me ocuparé de que mis abogados te aplasten y no descansaré hasta que acabes siendo PASTOR DE OVEJAS. ¡ASÍ QUE SUÉLTAME DE UNAPUTAVEZ!

En absoluto afectado por mis amenazas, me coge de un brazo y me arrastra en dirección a la salida. Tengo la sensación de que intenta por todos los medios contener la risa.

—Conque no tengo razones para detenerte, ¿eh? Acabas de darme una patada. Eso, sin duda alguna, es agresión a la autoridad. Y para agravar tu situación judicial, también voy a acusarte de hurto.

Muevo el cuello hacia la derecha para poder mirarlo. Se lo está pasando de maravilla con toda esta situación.

—¿Hurto? ¡Yo no he robado nada! —grito, acuchillándole con la mirada.

Me agarra el bolso, lo abre y coge de un estante unas chokolatinas y unas patatas fritas. Después de guardarlos dentro, cierra la cremallera con total serenidad y me lo cuelga otra vez del hombro, al mismo tiempo que compone una sonrisa encantadora para una niñita rubia que nos está mirando boquiabierta. Como yo me mantengo inexpresiva, me da un codazo. De mala gana, sonrío para aparentar normalidad. No he debido de ser demasiado convincente, porque ella sale corriendo para esconderse detrás las faldas de su madre.

—Ahora, sí. Y tengo pruebas contundentes de tus delitos —me susurra, señalando mi bolso.

—¡Estás enfermo! —escupo encolerizada mientras intento darle otra patada, que esta vez esquivo a tiempo.

Ríe entre dientes.

—Y tú, detenida.

Me callo durante unos instantes, abrumada por toda esta situación. ¿Detenida? Como llegue esto a la prensa, estoy acabada. Me imagino mi foto en la portada de la competencia, (con las pintas que llevo hoy), al lado del siguiente texto: *Olivia Novak, la reportera del Washington Post, recientemente galardonada con un Pulitzer, fue arrestada en un pequeño comercio de Vail, Colorado, bajo la acusación de hurto. Nuestros lectores se preguntan ahora si ese artículo tan homenajeado era realmente suyo, o también había aparecido "por casualidad" dentro de su bolso.*

—No... espera un momento —me detengo y Mason se ve obligado a hacer lo mismo—. Acabo de darme cuenta, *sheriff*, de que no consta una denuncia por hurto contra mí. No recuerdo que el dueño de este establecimiento la haya presentado. Y mientras no haya una denuncia...

Mason me mira para nada impresionado por mi astuta manera de dar la vuelta a la situación.

—Eso lo puedo arreglar fácilmente. ¿Aqué no sabes de quien es este sitio?

Aduras penas logra sofocar la risa. Ay, Dios. ¿Y ahora qué?

—¿De quién es?

Alza ambas cejas con gesto pícaro.

—De Billy.

Noto la tierra moverse bajo mis pies, no sé si es que hay un terremoto o si estoy sufriendo un colapso.

—¿Qué Billy? —pronuncio las palabras lentamente y entre dientes.

Inclinado sobre mí, Mason me acaricia la oreja con los labios. Emito un gruñido sospechosamente parecido a un gemido, lo cual hace que él sonría satisfecho antes de que sus ojos busquen a los míos. Su cincelado rostro está tan cerca que el corazón se me acelera y no puedo evitar desear que me bese como sé que solo él puede hacerlo.

Mientras se arrastran por todas y cada una de mis facciones, sus ojos se oscurecen tanto que apenas puedo distinguir el pequeño círculo azul que rodea sus negras pupilas. Como tiene los labios ligeramente separados, su veloz y excitada respiración pasa a través de ellos y se fusiona con la mía, igual de alterada. Por su forma de mirarme, diría que él está deseando lo mismo que yo, juntar nuestras bocas en un profundo y carnal beso. Sin embargo, no se dispone a moverse.

—Tu Billy —apostilla en tono malvado.

Se aparta de mí súbitamente, suspira satisfecho y adopta de nuevo un aire formal.

—Putá mala suerte —mascullo a través de los dientes apretados.

—Vamos a ver si quiere poner esa denuncia.

—No hará falta, Mason, de verdad. Será mejor que me detengas directamente. Confesaré todos los hechos. Vámonos.

—¿Y perderme la diversión? De eso nada, bichín.

Lo miro enervada. Está partiéndose de risa, el muy capullo. Me agarra de un brazo y me empuja en dirección a las cajas. Irritada, arrastro los pies, ya que no me deja otra opción. Es increíble que esté haciéndome pasar por todo esto. ¿En qué puñetero momento pisé Vail? ¡Con lo tranquila que estaba yo en Washington!

—¡Billy, amigo mío! —exclama enérgico, atrayendo todas las miradas hacia nosotros—. ¿Te acuerdas de esta?

Billy, gordo, calvo y con bigote (tal y como un ex novio debería ser), me enfoca con sus pequeños y agudos ojos marrones.

—¡La de las ranas! —exclama, mostrándome una mirada cargada de odio.

Lo miro con los ojos entornados.

—Vamos, William, no seguirás enfadado conmigo por esa chorrada, ¿verdad? Solo éramos críos.

—¡Por tu culpa no volví a besar a una chica hasta los veinte años!
Dibujo una mueca irónica con los labios.

—Tampoco es que las chicas se hayan perdido mucho...
—refunfuño por lo bajo.

Me muerdo la lengua nada más decir eso, puesto que el rollizo rostro de Billy enrojece de ira. Mason, sofocando la risa a mi derecha, se esfuerza por adoptar un aire de severidad.

—Verás, Billy, me preguntaba si a ti te apetecía ponerle una denuncia por hurto. Como te partió el corazón y todo eso... —frunce los labios antes de desplegarlos en una sonrisa encantadora.

Al menos tiene la elegancia de no mencionar las chocolatinas de mi bolso. Me pregunto si Billy tendrá cámaras en la tienda. Recelosa, lo estudio con la mirada. No, no parece tan listo como para hacer eso.

—¿Que si quiero? Cuenta con ello, *sheriff*. ¿Dónde hay que firmar?

—Tú firma un papel en blanco que ya pongo yo el resto.

Miro a Mason boquiabierta. Él me guiña un ojo. Cuando veo que Billy se dispone a firmar el dichoso papel, me quedo todavía más impactada.

—Hay que ser gilipollas para firmarle a este un papel en blanco.
¿Y sí te quita la casa?

—Vivo en una caravana —gruñe mientras, con la punta de la lengua asomándosele en el lado derecho de la boca, firma una hoja.

—¡¿Y sí te quita a tu mujer?! —insisto en un tono tan agudo que resulta chillón.

—Nunca me he casado.

—Eso no me sorprende —murmuro secamente.

Mason tose para ocultar una carcajada. Billy levanta el rostro de su papel y me fulmina con la mirada.

—Llévesela, *sheriff* —exige entre dientes.

Si no tuviera las manos esposadas a la espalda, le enseñaría el dedo corazón.

—Con mucho gusto, señor. Que tenga un buen día —se lleva dos dedos a la gorra para despedirse.

Agarrándome otra vez del brazo, me arrastra hasta su coche. Decido dejar de resistirme. ¿Para qué molestarme? Este hombre siempre se sale con la suya.

—Sabes, Mason, es la primera vez que viajo en un coche patrulla —comento mientras me obliga a subir en la parte de atrás.

—Para que veas lo excitante que resulta tu vida cuando te juntas conmigo —replica, sonriendo seductor.

Le pongo mala cara. Él cierra la puerta, se mete en el coche y arranca.

—¿Cuál es tu plan? —le lanzo una mirada inquisitoria a través del espejo—. ¿Vas a tenerme encerrada hasta el fin de los tiempos?

Sus azules ojos se clavan en los míos.

—Nop. Solo voy a tenerte encerrada hasta que admitas que aún me amas.

—Eres consciente de que esto es secuestro, ¿verdad?

—No si tú accedes a ello.

—¿Y por qué iba yo a acceder a ello?

Frunce la boca y vuelve a mirarme a través del espejo.

—Hmmm...no sé... ¿porque soy muy guapo? —me propone.

No puedo evitar sonreír. Es increíble cómo un capullo como él, tras partirme el corazón, detenerme y dejarme en ridículo delante de Billy, aún consigue hacerme sonreír.

—¿Qué es lo que te divierte tanto, bichín?

—Hay cosas que nunca cambian. Además, acabo de darme cuenta de que tengo una excusa sólida para no pasar la tarde con la mortífera trinidad.

Se ríe con su risa profunda y ronca.

—¿Quién diablos es la mortífera trinidad?

—Rosie, Fiona y mi madre. Cuando se juntan, resultan destructoras.

Su media sonrisa es pícara y afecta mucho más de lo que debería permitir.

—Pues me debes una por haberte rescatado.

—Ah, claro, ahora quieres otra medalla.

Me contempla durante un tiempo bastante largo, antes de desviar lentamente la mirada hacia la carretera.

—Con un beso debería bastar.

—Prefiero la eutanasia —gruño.

—Cambiarás de opinión, bichín. Cambiarás de opinión.

—Mmmm, si tú lo dices...

Ya no hablamos hasta que detiene el coche. No estamos en la oficina del sheriff, según era de esperar, sino en el lago que está a dos kilómetros del pueblo, un sitio muy especial para Mason y para mí.

—Mason, ¿qué demonios hacemos aquí?

Miro en torno a mí con nerviosismo. Este lugar me despierta demasiados recuerdos y no estoy convencida de que pueda estar aquí sin riesgo de que mi frágil autocontrol se vaya a la mierda.

—¿Te acuerdas de esto?

¡Que si me acuerdo, dice! La cabaña que presenció nuestro amor sigue tal y como la recordaba: pequeña, idílica, rodeada de verdes arbustos. Apocos metros de distancia hay una delgada playa de blancas arenas, bañada por las azules olas del lago. Mason y yo solíamos tirarnos horas enteras ahí sentados, sencillamente contemplando el agua.

—Nop —aparto la mirada de la cabaña mientras muevo la cabeza enérgicamente—. No me suena.

—Embustera —replica con una sonrisa que amenaza con derretirme las entrañas.

Me abre la puerta, me ayuda a bajar y, una vez fuera, me quita las

esposas. Me froto las muñecas para calmar las molestias que me ha producido viajar atada. Mason, contemplando la cabaña con aire ausente, apoya la espalda contra el coche y retira un cigarrillo de un paquete que se saca del bolsillo. Lo enciende, pese al viento que apaga varias veces la llama de su mechero.

—No sabía que aún fumaras. Pensaba que lo habías dejado cuando me prometiste que lo harías.

Con la mirada perdida, exhala una nube de humo hacia arriba. Me quedo observando el perfil de su hermoso rostro, luchando contra la tentación de deslizar los dedos por la barba que cubre su mandíbula. Creo que lo que más echo de menos del pasado es tocarle. Cada vez que lo hacía, Mason se quedaba muy quietecito, apenas si se atrevía a respirar. Nunca le habían acariciado antes de mí. Me pregunto si alguien lo habrá hecho después.

—No lo sabes todo sobre mí, *bichín*. Además, según tú, yo soy el hombre de las promesas quebrantadas, así que... —tuerce la boca para mostrar desdén— ¡qué demonios!, si me apetece fumar, fumaré.

—Ya veo. Lo haces solo para cabrearme. Y dime, ¿cómo es que me has quitado las esposas? ¿Ya no soy una ladrona que agrede a la autoridad?

Da una larga calada antes de contestar.

—Claro que lo eres, pero no hay riesgo de fuga. Estamos en mitad de la nada.

—Pues la última vez bien que me fui andando.

Sonríe, todavía contemplando la nada.

—Y yo pensando que no te acordabas de ello —murmura como para sí mismo, lanzando el cigarrillo al suelo.

Tras un largo momento de silencio, se gira hacia mí. Apoya la palma contra mi mejilla y sus ojos atraen a los míos como un imán. No me aparto, no puedo apartarme, ni moverme, solo puedo subir la mirada para encontrar a la suya. El azul hielo de sus ojos está ahora mismo ardiendo en llamas. Y perderme en esa llamarada me arrastra

hacia el pasado. Para ser exactos, al último día que Mason y yo pasamos juntos en este mismo lugar, delante de la cabaña de madera que está ahora contemplándonos con siniestro interés.

Fue hace diez años, ocho meses y siete días.

—Eric, ya te he pedido disculpas por habértelo ocultado. ¿Quieres tranquilizarte de una vez?

Realmente hice un esfuerzo por conseguir una voz sin inflexiones. Ya tenía bastante con que él estuviera rugiendo como un animal salvaje enjaulado. No había necesidad de perder los estribos yo también.

—¡No, no quiero tranquilizarme! —me gritó, preso de una arrasadora furia que le hizo tirar de una patada la mecedora de mimbre que había en el porche—. ¡Lo que quiero es darte una lección que no se te olvide en la vida! Dios... —se detuvo y me miró con los ojos dilatados de ira; tal vez, de dolor—. ¡Lo extraordinario de lo nuestro era precisamente la confianza! ¡Y tú vas y me ocultas algo tan importante! ¿Te imaginas la cara de gilipollas que se me quedó cuando Rachel me lo dijo delante de todo el mundo, eh, Liv? —se me acercó de una zancada y empezó a sacudirme—. ¿Te lo imaginas? ¡Lo sabía todo el puto pueblo, menos yo!

Me empujó hacia atrás, se apartó de mí y se aplastó el pelo con ambas manos. Al cabo de unos instantes, me miró con aire de arrepentimiento, debió de ver lo devastado que estaba mi rostro.

—¡Joder! Lo siento —soltó una blasfemia al ver como mi labio empezaba a temblar—. No pretendía asustarte.

Me esforcé por abrir la boca y decir algo tranquilizador.

—No estoy asustada —mentí, y él, entendiéndolo, bufó.

Nunca lo había visto tan violento. Mason y yo discutíamos algunas veces, pero solo eran pequeños roces, lo típico en todas las parejas, supongo. Sin embargo, esta vez estaba hecho una furia. Se acababa

de enterar (por mi amiga Rachel y no por mí) de que me habían concedido una beca para estudiar Asuntos Internacionales en Georgetown, lo que suponía irme a Washington dentro de dos meses, si es que aceptaba la beca, claro; cosa que yo aún no había decidido, aunque tampoco lo había descartado (para desesperación de Mason).

Agotada por toda aquella situación, me dejé caer en las escaleras del porche y me limité a mirar cómo se paseaba de un sitio al otro, mesándose el pelo. Sus ojos ardían como el mismísimo infierno y yo me estremecía cada vez que los clavaba en los míos.

—No entiendo por qué te comportas así, Eric —musité a sus espaldas.

No contestó. En cambio, se giró de cara a mí y me miró fijamente a los ojos durante mucho tiempo.

—Porque estoy perdiéndote —confesó con gesto exangüe.

Se me puso un nudo en la garganta al verlo tan abatido. Me acerqué a él y cogí su mano entre las mías, no solo para mostrarle que aquello no era cierto, sino porque me encantaba lo que me hacía sentir cada vez que nuestra piel se rozaba. Si había un paraíso, para mí lo era aquello: tocarle.

—Eric, te quiero. Si me voy, y lo he dicho en condicional, eso no quiere decir que vaya a dejar de hacerlo. Te quiero más que a nada, ¿es que no lo ves?

Se mordió el labio y desvió la vista. Estuvo contemplando el lago a lo lejos por un tiempo inconmensurable. Me percaté en ese momento de que el color de sus ojos era del mismo tono de azul que el que mostraba el agua que nos rodeaba. Nunca había visto algo tan hermoso como lo eran sus ojos aquel día. El brillo de tristeza que se reflejaba en ellos los hacía extraordinariamente bellos.

—Eric... di algo, por favor.

Con gesto triste y bastante lejano, movió la mirada hacia mí y apenas sonrió.

—Te quiero —me susurró al fin.

Lo siguiente pasó tan rápido que no pude reaccionar. Eric se lanzó sobre mí y me besó. Pero no me besó como lo había hecho hasta aquel entonces, sino que me besó de un modo bastante salvaje. No tuvo nada de cuidado, es más, me lastimó los labios tanto que noté un ligero sabor a sangre. Se aferró a mi rostro como si yo fuese el aire que respiraba y no le era posible sobrevivir sin mí, y hundió la lengua hasta las profundidades de mi boca, impregnándose, absorbiéndome, incapaz de saciar su hambre. Me levantó por las caderas y, conmigo en brazos, abrió la puerta de la cabaña de una patada. Yo no me lo podía creer. Aunque yo no había dejado de insistir, Mason se había negado a acostarse conmigo. Solo llevábamos saliendo unos meses y él consideraba que aún era pronto para eso. Solía decir que el adulto era él y que había que hacer las cosas bien. Hacer las cosas bien significaba nada de sexo hasta que él considerara que yo estaba preparada.

Al darme cuenta de que ese día al fin iba a pasar, noté un repentino hueco en el estómago, provocado tanto por la excitación, como por la expectativa. He de confesar que yo fantaseaba con que Mason cubriera mi cuerpo de besos y me acariciara carnalmente desde aquel día cuando me había besado por primera vez, cuatro años atrás. Supongo que era una niña traviesa por pensar aquello.

El sol no se había puesto aún, pero la cabaña estaba en penumbra, ya que solo contaba con dos ventanas y estas eran más bien pequeñas. Había fuego en la chimenea, me imagino que Mason lo había encendido antes de ir a buscarme. Solíamos pasar muchas noches en la cabaña del alcalde, besándonos y haciendo planes de futuro. Mason trabajaba para el señor Elsing haciendo básicamente todo lo que este le mandaba (no tenía un puesto fijo, era más bien el chico que valía para todo), y el alcalde, no solo para mostrar su gratitud, sino también porque realmente estimaba a Mason, le había dejado la cabaña del lago para dormir ahí cuando no podía hacerlo en su casa. El padre de Mason tenía la costumbre de montarla parda cada

vez que se pasaba con la bebida. Lo que se traducía en un día sí y el otro también.

—Te quiero —volvió a susurrarme mientras me colocaba con ternura sobre la piel de oso que formaba una alfombra delante de la chimenea.

Se quedó inclinado sobre mí, sin hacer nada en absoluto. Parecía perdido en algún pensamiento lejano y me dio la sensación de que estaba sufriendo en ese momento. Su rostro lucía como si se hubiese colocado encima una máscara de agonía. Rode  su cabeza con las manos y la sostuve para que me mirara a los ojos. Las llamas iluminaban la dureza de sus rasgos. Me pareció tan hermoso en ese instante que me convencí de que jams  habría podido dejar de amarlo o apartarme de él.  Por qué él no era capaz de entenderlo? No importaba si me iba a Washington o a Groenlandia, ninguna distancia era lo bastante grande como para arrancarme del corazón a Eric Mason.  l era lo único que me fascinaba. Me iba a la cama pensando en él y me despertaba a la mañana siguiente del mismo modo. No, no había nada en el mundo que me hiciera separarme de él.

—Yo también te quiero —le susurr .

Mason, con una débil sonrisa curv ndole los labios, baj  un poco más el rostro hasta que nuestros labios se encontraron. Deslizó la lengua dentro de mi boca y volvió a poseerla, esta vez con languidez. Sus manos descendieron por mis brazos, volvieron a subir y estuvieron un buen rato acariciándome despacio mientras su lengua entraba y salía de mi boca.

—La idea de perderte est  mat ndome —me susurr .

E inmediatamente empezó a desnudarme. Yo estaba temblando bajo el roce de su piel sobre mi cuerpo, y sus manos también registraban cierto temblor. Cuando me hubo desnudado por completo, se detuvo para contemplarme.

—Dios, Liv, est s preciosa...

Hice un amago de sonrisa, sin saber muy bien lo que había que

hacer en esas situaciones. Aparte de ruborizarse, claro. Como seguía recorriendo mi cuerpo con la mirada, sentí la estúpida necesidad de taparme. Me dispuse a ello, pero me lo impidió.

—No. No hagas eso.

—Es que... me da vergüenza —balbuceé, evitando su penetrante mirada.

Sonrió.

—Eh —me alzó el rostro con un dedo colocado en mi barbilla—.

Sabes que te quiero, ¿verdad?

Asentí, sin atreverme a mirarle directamente.

—Pues la gente que se quiere no debería tener vergüenza el uno con el otro.

—Tú aún estás vestido —murmuré a modo de explicación.

Su sonrisa se ensanchó. Se inclinó sobre mí hasta que su nariz rozó mi oído.

—Por poco tiempo —me susurró.

Tragando saliva, busqué su mirada. Sus ojos me sonreían. Eso me envalentó, de modo que me incorporé, alargué los brazos y empecé a desabrocharle los botones de la camisa. Eric sonrió satisfecho.

—Esa es mi chica —me dijo con mucha ternura.

Yo también sonreí. Y luego le quité el pantalón y... todo lo demás. Ahora que nos hallábamos en igualdad de condiciones, empecé a sentirme mejor.

—Ven aquí.

Me fui a sus brazos, siempre lo hacía, sentía que ese era mi sitio. Esperé a que me besara, a que me acariciara, pero él no se movió durante mucho tiempo. Estábamos los dos de rodillas sobre la alfombra y él me abrazaba con tanta fuerza que empezaron a doler las costillas.

—Eric.

—¿Mmmm?

—No puedo respirar —le dije con voz apagada, puesto que tenía el rostro enterrado en su cuello.

Me soltó de inmediato.

—Perdón —musitó.

Me agarró por el mentón, me hizo tumbarme y entonces se inclinó sobre mí y me besó otra vez, tomando el control. Su lengua se movía dentro de mi boca de un modo explícitamente sexual. Sus manos bajaron por mi cuerpo y con una palma me rodeó un pecho, mientras que la otra mano se introducía entre mis muslos. Deslizó los dedos por los sensibles pliegues y ese simple roce me dejó sin aliento.

—Te gusta esto, ¿verdad?

—Oh, sí —jadeé.

Sus labios, pegados a los míos, se movieron en una sonrisa.

—¿Y sabes qué más va a gustarte? —preguntó mientras frotaba con el pulgar, esparciendo la humedad.

—¿El qué?

Me besó con fuerza antes de contestar. En todo ese tiempo, sus manos se mantuvieron en mi cuerpo, acariciándome de ese modo tan devastador.

—Esto.

No fui capaz de reprimir un gritito cuando uno de sus dedos se introdujo en mi interior. Me penetró despacio, lo sacó, reluciente por lo mojada que estaba, y después se lo llevó a la boca y lo chupó. Mirar cómo sus firmes labios rodeaban ese dedo hizo que me flaquearan las rodillas.

—Hasta ahora solo he podido imaginar lo dulce que serías —su voz era un susurro ronco y excitante—. Ahora lo sé.

Con su vista sosteniendo la mía, se inclinó, y esta vez sus labios se cerraron en torno a un pezón y empezaron a succionarlo con fuerza. Estaba deshaciéndome de placer, arqueando la espalda bajo la presión de su cuerpo y hundiendo los dedos en su rubio cabello. Cuando su dedo empujó de nuevo contra la entrada, le clavé las uñas en los brazos.

Siempre había pensado que hacer el amor era algo rápido y

sucio, algo que la gente hacía en la oscuridad y luego nunca volvía a hablar de ello. Pues no lo era. Al menos no con Eric. Él necesitaba la luz para verme, y necesitaba hablar de ello. De hecho, le gustaba hablar de ello; indicarme con todo lujo de detalles lo que tenía pensado hacerme, cómo pensaba hacerlo y por cuánto tiempo lo haría. Y a mí me excitaba muchísimo su obsceno lenguaje.

Sus caricias y sus besos eran demasiado ardientes, demasiado enloquecedores, y yo solo podía entregarme a su pasión, sin pensar en nada más que en nosotros dos. Esa tarde estaba bajo su embrujo.

—No me dejes —me susurró.

Me acarició los pechos con la nariz mientras sus brazos se cerraban en torno a mi espalda y me apretaban contra su torso desnudo.

—Nunca lo haría, Eric.

Esa respuesta, la sinceridad que había en mis palabras, el brillo de amor que jugueteaba en mis ojos, debieron de convencerle, porque sonrió antes de regresar a lo que estaba haciendo. Esta vez su lengua no se detuvo en mi vientre, sino que bajó hasta que sus labios empezaron a dar vueltas alrededor de mi palpitante entrepierna. Pegué un brinco, no sé si de placer o de sorpresa, cuando su lengua penetró mi interior. Para que me estuviera quieta, Mason me agarró las caderas con las manos y me sujetó fuerte. Pero yo no podía no moverme. No podía evitar frotarme contra su boca, buscando una liberación que, a pesar de no haberla conocido nunca, necesitaba con fervor.

Y Mason me la concedió. Grité, me contorsioné e intenté apartarme de su boca, ya que las sensaciones eran demasiado fuertes, pero él me mantuvo agarrada por las caderas y no se retiró hasta mucho después de que la última ola abrasadora sacudiera mi interior.

Entonces, subió sobre mi torso, con las rodillas encajadas entre las mías. Yo estaba sin fuerzas y no podía hacer más que mirar sus oscuros y posesivos ojos. El pelo le cayó hacia adelante cuando inclinó

la cabeza y volvió a besarme.

—¿Notas lo dulce que eres? —me susurró, deteniéndose por un momento.

Claro que notaba mi propio sabor. Su lengua estaba hundiéndose en mi boca y provocaba a la mía para sumarse a esa delirante lucha.

—Mason...

—Ya sé lo que quieres. Y pienso dártelo.

Balanceó un poco las caderas para introducir la punta de su miembro en mi interior. Me tensé, me agarré con fuerza a sus brazos y hundí el rostro en su pecho para ahogar un grito de dolor. Mason me besó el pelo, para consolarme, me imagino, y luego entró un poco más. Yo quería que entrara de golpe y así se lo hice saber, pero él siguió avanzando despacio y con precaución hasta que estuvo dentro, todo lo grande y duro que era. Ahí se detuvo, me acarició la oreja con la nariz y me susurró lo mucho que me amaba. Acto seguido, empezó a moverse.

Arqueando las caderas, me abandoné al exquisito placer que me provocaba al entrar y salir de mí. Quise cerrar los ojos para que mi rendición ante él fuese completa, pero me obligó a abrirlos y sostener a los suyos, dilatados y turbios de pasión.

—Eres la única para mí —murmuró, antes de incrementar el ritmo de sus embistes.

Me tensé cuando él se puso rígido en mi interior y sus golpes se volvieron más lentos, pausados. Demasiado profundos. Me tensé tanto que no pude reprimir las oleadas de placer que me recorrieron, una tras otra, hasta dejarme completamente agotada.

—No te vayas —musitó, con mi cabeza entre las manos.

Sus tormentosos ojos me miraban con mucha concentración, intentaban analizar los míos, como si buscara algo en ellos, una confirmación, una promesa.

—Nunca me iré —le susurré.

Había tomado mi decisión. Iba a renunciar a la beca. Me quedaría

en Vail para siempre. Con mi Eric. Él era todo cuanto necesitaba. ¿Por qué iba yo a desear conquistar el mundo, cuando el mundo ya me pertenecía? Mi mundo era él.

Esa noche dormí entre sus fuertes brazos, sin tardar más de unos pocos instantes en caer en un profundo sueño. Me desperté cuando los rayos de la madrugada se me clavaron en las pupilas. Maldije la falta de persianas en aquella cabaña y me giré hacia Eric. La cama estaba vacía, él no estaba a mi lado. Miré a mí alrededor, pero tampoco le vi. Tragando en seco, salí al exterior. Su coche no estaba.

Las lágrimas brotaron de mis ojos y yo las dejé recorrer mis mejillas. Al fin lo había entendido. *Lo que quiero es darte una lección que no se te olvide en la vida*, me había dicho la noche anterior, antes de follarme.

Y sí, en efecto, su lección nunca se me olvidaría.

Mason se saca la llave del bolsillo y abre la puerta.

—Pasa.

—Veo que sigues teniendo buena relación con el señor Elsing
—remarco mientras cruzo el umbral.

Entrecierro los ojos al ver la alfombra en la que Mason y yo nos amamos aquella única vez. Esto duele demasiado. No entiendo por qué me hace pasar por toda esta agonía. ¿Acaso disfruta haciéndome daño?

—¿Por?

Se quita la gorra y la chaqueta de su uniforme, tras lo cual las cuelga en el perchero de madera que hay detrás de la puerta. Se da la vuelta para mirarme al ver que mi respuesta tarda en llegar. Ahora solo lleva el pantalón azul oscuro y una camiseta blanca de manga corta, que resulta realmente favorecedora con un rostro tan bronceado como el suyo y unos ojazos azules tan intensos.

—Aún tienes la llave de esto.

—Ah. Es que ahora vivo aquí. Le compré la cabaña hace dos años, cuando me retiré del ejército.

—Mason, esto no se hace. ¿La primera cita y ya me llevas a tu casa? —bromeo, fingiendo estar muy afectada—. Pensaba que eras un caballero.

—Y lo soy. *Todavía* llevas la ropa puesta —y puntualiza ese «todavía» como si fuese evidente que solo es un estado temporal.

Suelto una carcajada.

—Y siempre la llevaré puesta delante de ti.

—No estoy de acuerdo.

—Créeme, Mason, hay más posibilidades de que se hiele el infierno a que tú y yo nos acostemos.

—Ajá. Lo que tú digas.

Se pasa una mano por su alborotado cabello, cuyas puntas caen sobre su frente, y yo me quedo mirándolo ensimismada durante unos segundos.

—Siéntate, Liv. Estás en tu casa.

—Y yo pensando que estaba detenida... —murmuro mientras me dejo caer en una silla.

Mira la cama, me mira a mí y luego sonrío. Supongo que ha entendido por qué en vez de sentarme ahí, he elegido una endeble silla de madera que cruje bajo mi peso y amenaza con romperse en breve.

—Siento haber tenido que esposarte para que me hicieras caso.

—No te preocupes —miro en torno a mí, solo para eludir sus brillantes ojos—. Ya me han esposado en otras ocasiones —me giro de cara a él y lo miro directamente—. Claro que las circunstancias fueron más... placenteras.

Su rostro desprende la misma dureza que una estatua de bronce.

—Ahórrame esos detallitos, Olivia —me exige en tono de fastidio.

Para irritarle aún más, subo los pies encima de la mesa escritorio que hay delante de la ventana y medio sonrío lentamente.

—¿Y por qué he de hacerlo, Mason? ¿Acaso tú haces alguna vez lo que se te pide?

Gruñendo algo entre dientes, se dirige a la pequeña nevera que está al lado de la puerta del baño. Saca dos latas de cerveza y me lanza una, sin preguntarme si me apetece o no.

—¿Por qué te fuiste?

La brusquedad de sus palabras me pilla tan desprevenida que bajo los pies de la mesa de inmediato y me endezco en la silla. Él no se mueve, permanece de pie delante de la nevera, con el rostro duro y la lata de cerveza aún en la mano. Ni siquiera la ha abierto.

—Me levanté y tú no estabas —contesto tras una larga pausa.

Frunce el ceño, desconcertado.

—¿Y por eso te fuiste a Washington? ¿Es que no sabes lo que pasó esa mañana?

—¡Claro que sé lo que pasó esa mañana! —exclamo, exasperada—. Quisiste darme una lección que no se me olvidara en la vida.

—¿Qué coño estás diciendo? —parece de lo más confundido—. Liv, me fui porque el *sheriff* me llamó. Mi padre había aparecido muerto en la orilla del río, supuestamente asesinado. Después se demostró que se había caído borracho y por eso mostraba tantos signos de violencia. Cuando volví a buscarte, tú ya no estabas. ¿De qué coño de lección estás hablándome?

Su confesión me deja muda. Durante diez años, ¡durante diez jodidos años! he pensado que él desapareció esa mañana porque, en el fondo, no me amaba lo suficiente, y ahora me entero de esto. Estoy tan perpleja que no encuentro fuerzas para reaccionar. No puedo ni hablar, ni moverme, solo me limito a mirarle con los ojos desorbitados. Él sostiene mi mirada, demandando una respuesta. Aun estando tan aturdida como estoy, me percató de la furia contenida que destella en sus ojos.

—¿Qué has dicho? —consigo preguntar al fin, con la voz

saliéndome casi temblorosa.

—Fui a tu casa y encontré a Grace llorando. Me dijo que te habías ido a Washington, que habías aceptado la beca. Yo... —se calla, sacude la cabeza y se deja caer encima de la cama, sin hablar durante mucho tiempo—. Eso me destrozó, Liv —musita, buscando mi mirada—. Después de todo lo que había pasado entre nosotros, tú te fuiste sin tan siquiera despedirte de mí. Me dejaste, cuando prometiste no hacerlo. ¿Por qué me dejaste, Olivia? ¿Es que yo no era lo bastante bueno para ti? ¿Fue por eso, eh?

Se me llenan los ojos de lágrimas al percibir en su mirada ese dolor tan intenso que le desgarran por dentro.

—Mason, eso no fue así. Yo me fui porque pensé que tú...

Levanta una mano para interrumpirme, y yo me callo. Su rostro luce sorprendentemente exhausto, como si hubiese estado luchando contra algo durante mucho tiempo y ahora se acabara de dar cuenta de que aquello, en el fondo, carecía de cualquier importancia.

—No importa. Ya no importa. Dios, daría lo que fuera por poder revivir el pasado.

Me levanto, le doy la espalda y me quedo junto a la ventana, contemplando con mirada distraída cómo el viento agita las ramas de los árboles que forman un pequeño bosque en torno a la cabaña. Esto resulta mucho más espantoso de lo que jamás imaginé. Soñé miles de veces con volver a verle, soñé con que me explicara sus razones, con que me dijera alto y claro que nunca me había amado. Eso habría resultado mucho más llevadero que saber que él me amaba tanto como yo lo amaba a él y que, en realidad, no había sido más que un estúpido malentendido. ¿Acaso el destino pudo haber sido tan caprichoso con nosotros dos? ¿O es que los caprichosos y los orgullosos fuimos nosotros, y el destino solo nos concedió un justo castigo?

No sé si pasan minutos o tal vez horas hasta que encuentro las fuerzas para girarme hacia él. Las lágrimas se me resbalan por las mejillas y se me meten en la boca, a través de los labios ligeramente

entreabiertos. Me cuesta controlar el temblor que amenaza con quebrar mi voz, me cuesta controlar el dolor que amenaza con derrumbarme aquí mismo, delante de él.

—Por desgracia, el pasado no se puede revivir —le digo al fin, y mi voz se ha convertido en un hilo.

Mason permanece ausente, con la mirada perdida en algún punto lejano que yo no consigo identificar.

—Claro que no se puede revivir el pasado —me mira, pero es como si no me viera en realidad. Parece estar mirando más allá de mí, no hacia la ventana, sino hacia el pasado, cuando él y yo nos amábamos locamente—. No se puede revivir el pasado, pero sí se puede cambiar el futuro.

Se levanta bruscamente de la cama, acorta en dos zancadas los pasos que nos separan y me coge por la cintura para pegarme a él. Entonces, su boca se estrella contra la mía mientras sus brazos se cierran en torno a mi espalda, inmovilizándome las manos alrededor del cuerpo. Intento zafarme, pero su boca es implacable y muy exigente. Me niego a responder a su pasión. Si lo hago, no voy a poder detenerme. Lucho y lucho por contenerme, por rechazar la invasión de su lengua, hasta que él, irritado, se detiene.

—Liv, no lo hagas —musita, deslizando sus fríos dedos por mi mandíbula—. Solo bésame.

—Mason, suéltame.

Me empuja contra la pared, asegurándose de que no puedo escapar, y, con una mano enredada en mi pelo, me echa la cabeza hacia atrás para poder verme los ojos.

—Mírame —me exige en voz baja, bastante tensa—. ¿Te fuiste porque pensaste que solo quería follarte?

Trago en seco, estremeciéndome bajo la dureza reflejada en sus ojos.

—Sí.

—¿Realmente pensaste que yo no te amaba? —me susurra

distraído, mientras desliza el dedo índice por mis labios, separándolos un poco para poder introducir la punta a través de ellos.

A duras penas reprimo el impulso de extender la lengua y rozarlo. Afortunadamente, antes de que me dé tiempo a ceder, saca el dedo de entre mis labios. Mientras espera a que yo encuentre las fuerzas para hablar, acaricia mi labio inferior con el pulgar.

—Estaba convencida de ello.

Se detiene de su tarea de acariciar mi boca y busca mi mirada. Apenas contengo el gemido que está a punto de escapar de mi garganta cuando reparo en la excitación que se ha adueñado de su rostro.

—Tontina. Debiste haberlo sabido —me susurra con mucha ternura.

—¿El qué?

—Que lo eras todo para mí.

—¿De verdad lo era, Mason?

—Eric —me corrige, como en los viejos tiempos.

No puedo evitar sonreír al recordar las veces que lo hizo en el pasado.

—Eric —repito susurrante.

Las puntas de sus dedos se deslizan por mi rostro, bajan por mi cuello y me rozan un pecho. Los pezones se me ponen duros de inmediato. No sé si es porque lo ha notado, pero sonrío.

—Y aún lo eres —musita, apretándome contra él.

Por debajo de la ropa, el cuerpo está ardiéndole con la misma intensidad con la que arde el apasionado deseo reflejado en sus ojos. Los rápidos latidos de nuestros corazones, junto con nuestras alteradas respiraciones, llenan el silencio que ha descendido sobre nosotros. Cuando su boca toma de nuevo la mía, ya no me resisto como antes. No solo le dejo que me bese, sino que le beso yo a él, rindiéndome ante las sensaciones que fluyen dentro de mí. Me aferré a sus brazos como si estuviese ahogándome y él fuese mi bote

salvavidas, y no dejo de besarle. No puedo dejar de besarle. No puedo, no puedo, no puedo...

—Dios, Liv, no vuelvas a dejarme jamás —me pide entre jadeos.

Sus labios rozan con suavidad los míos, pero esta vez yo cojo su rostro entre las manos y le obligo a detenerse. No sé de dónde saco las fuerzas para hacerlo. Supongo que soy más fuerte de lo que pensaba.

—Mason, fue un malentendido todo, es cierto, pero eso no cambia las cosas.

Con la faz pálida, retrocede para mirarme.

—¿De qué coño hablas? ¡Lo cambia todo!

Hago un gesto de negación.

—No fuiste a buscarme. Nunca me llamaste. Ni una sola vez.

Mi voz, si bien suena apagada, no delata ni la mitad del dolor que me invade al recordar todos esos largos meses, posteriores a nuestra ruptura, en los que yo esperé una carta, una llamada, una visita, cualquier intento suyo por contactarme. No hubo nada. El cartero nunca llamó a mi puerta. Mi móvil nunca sonó con la canción que yo había elegido para sus llamadas. No intentó buscarme jamás para darme una explicación.

—Me marche de Vail y fue como si lo nuestro nunca hubiese existido —musito dolida—. Tú sencillamente te rendiste.

El rostro de Mason se contrae, sus manos se tensan en torno a mi cabeza.

—Amorcito, no sabía que querías que yo fuera a buscarte. La dijiste a Grace que lo nuestro había acabado y que no tenías intención alguna de volver a verme. Pensé que tú querías que yo te dejara en paz. Solo te di lo que creía que necesitabas, pese a que eso estaba matándome.

—¡Tenía diecinueve años y el corazón partido! —llena de furia, empujo su pecho para apartarle de mí—. ¡No sabía qué coño era lo que quería! Lo único que sé es que tú nunca fuiste a buscarme —le

reprocho, con los ojos brillando entre atormentados y acusatorios.

Me da la espalda, camina hacia la otra punta de la estancia y ahí se detiene. En completo silencio, se pasa los dedos por el pelo.

—Quise hacerlo miles de veces. Quise... —se coge la cabeza entre las manos—. Dios... quise ir a Washington y traerte de vuelta agarrada del pelo, pero me obligué a mí mismo a aceptar tu decisión. Pensé que tú no me amabas, Liv.

Con una expresión vacía en las pupilas, me abrazo a mí misma.

—Debiste haberlo sabido, Mason.

—¿El qué? —susurra en voz entrecortada.

—Que lo eras todo para mí. El hombre al que yo amaba debía haberlo sabido. Pero tú no lo hiciste. Supongo que, después de todo, nuestra conexión no era tan fuerte como pensaba.

—Y la mujer a la que yo amaba debía haber sabido que yo jamás la habría abandonado tras acostarme con ella. Pero tú no lo hiciste, Olivia —repite en un murmullo.

Me siento como si acabara de recibir una bofetada.

—Quiero irme a casa —le digo con frialdad.

Gira sobre los talones con gesto brusco y me mira lleno de turbación, buscando algo en mis facciones, algún indicio, alguna respuesta. No hay nada. Yo ya me he colocado sobre la cara una máscara de indiferencia para que él no pueda adivinar mis verdaderos sentimientos.

—¿Es que esto no significa nada para ti? ¿Acaso esto no cambia las cosas?

Muevo la cabeza lentamente para decirle que no.

—Esto no cambia nada. Quiero que me lleves a casa y que luego me dejes en paz. Lo nuestro es agua pasada. Como he dicho, no se puede revivir el pasado. Y esto, aunque a ti te cueste entenderlo, es el pasado, Eric.

Hace un gesto de dolor.

—¿Por eso me besaste de ese modo? ¿Porque no se puede

revivir el pasado?

Tengo un nudo en la garganta que me impide hablar durante varios segundos.

—Tú y yo nunca nos dijimos adiós. Considera que ese beso ha sido de despedida —contesto con la voz temblorosa.

Mason, cuyo rostro palidece en cuestión de un instante, aprieta los puños con fuerza.

—Una despedida —susurra cabeceando—. ¡¿Una puta despedida?! ¡Si esto es una despedida, entonces vete, Liv! —ruge, abriendo mucho los ojos, que le brillan tan fríos como dos cubitos de hielo—. ¿Aqué coño estás esperando? ¡Largo! ¡Dame la espalda y vete otra vez! Se te da jodidamente bien desaparecer de mi vida.

Maldiciendo furioso, se saca del bolsillo la llave del coche y me la arroja. No vuelve a dirigirme ni una mirada. Abre la puerta del baño, se mete dentro y cierra de un portazo. Mil emociones cruzan mi rostro durante el tiempo que me quedo paralizada en la mitad de la estancia, sin tan siquiera atreverme a respirar.

Cuando consigo reprimir todos y cada uno de mis sentimientos, recorro el camino que me separa de la puerta que él acaba de cerrar y, una vez ahí, alargo una trémula mano para abrir. Rozo el metal del picaporte, pero justo antes de girarlo, decido que es mala idea. Debemos dejar las cosas tal y como están. Nos hemos dicho adiós. Esta vez debería resultar más fácil.

Retiro los dedos, doy media vuelta y salgo por la puerta, no antes de lanzar las llaves de su coche encima del escritorio. Si hace diez años abandoné este lugar caminando, ahora lo haré del mismo modo.

Cuando llego a casa, sobre las once de la noche, me encuentro a mi madre en el pasillo, preocupadísima.

—¿Puede saberse dónde demonios estabas? ¿Tú crees que yo tengo edad para que me des estos sustos? Llevo buscándote todo el...

La detengo con una mano en alto. De manera extraordinaria, deja de chillar y me observa con el ceño fruncido.

—¿Has estado llorando? ¿Qué ha pasado?

Sacudo la cabeza.

—No importa. Solo quiero llamar a Darren e irme a la cama.

—Cariño, pero no has cenado aún —repone, bloqueándome el acceso hacia la escalera—. He hecho albóndigas con puré. Además, a Darren ya le llamaste ayer. Y el día anterior.

—Mamá, llamo a Darren todos los días porque es mi prometido y es lo que debo hacer. Y no pienso cenar, solo quiero irme a la ¡puta cama!

Tragando en seco, se aparta ante la agresividad de mi mirada y me deja pasar.

—¿Mañana vas a contármelo?

—¡No! ¡Buenas noches!

Resopla a mis espaldas.

—Buenas noches, cariñito —se aleja de la escalera, renegando entre dientes—. Debe de ser ese diablo de Eric otra vez —la oigo decir, como para sí misma.

A duras penas reprimo una sonrisa.

Capítulo 3

Me despierto refunfuñando, puesto que mi madre, fiel a su costumbre de molestar, sube la persiana ruidosamente.

—¡Mamá!

—Despierta, dormilona. Son las ocho de la mañana.

—Nunca me despierto antes de las diez en vacaciones —informo, antes de hundir la cabeza bajo la sábana, para impedir que los rayos del sol lleguen a mis cansadas pupilas.

—Tus vacaciones han acabado.

Me destapo bruscamente y me incorporo para mirarla.

—¿Vas a dejar que vuelva a Washington?

Sus dientes se asoman bajo una sonrisa.

—No, cariñito, pero traigo una excelente noticia.

Hago una mueca de disgusto. Seguro que a lo que ella llama excelente, yo lo llamo nefasto.

—Aver.

—Thelma Shore se ha roto una pierna —anuncia, de lo más entusiasmada.

—¡Mamá! —exclamo escandalizada—. ¡Esa es una pésima noticia! Pobre Thelma. ¿Cómo ha pasado?

Se encoge de hombros mientras revolotea por mi habitación, recogiendo y doblando la ropa que esparcí anoche por el suelo. Estaba demasiado hecha polvo como para colocarla.

—¿A quién le importa? Lo importante es que no puede hacer de Julieta en la obra que estamos preparando para la *Fiesta de los Fundadores*.

—Pues esa noticia es todavía peor. ¿Y quién va a reemplazarla? —le lanzo una mirada de suspicacia y, al toparme con su sonrisilla de complacencia, abro la boca—. Vas a ser tú, ¿verdad? ¡Por eso estás tan contenta!

Me mira con los ojos entornados.

—No digas bobadas. Soy demasiado vieja para hacer de Julieta.

Además, yo ya tengo un papel en la obra. Soy la señora Capuleto.

—Entonces quién... ¡Oh-Dios-mío! ¡No, no, no y no!

Se me acerca, con mi sujetador entre las manos, y yo me cruzo de brazos para defender mi postura.

—Serías perfecta, cariñito...

—No. Mamá, ¡no! ¡Olvidalo! No voy a interpretar a Julieta en una estúpida función de teatro para la *Fiesta de los Fundadores*.

—Siempre quisiste ser Julieta, y Miss Abbott nunca te dio el papel —me recuerda, y yo tengo que darle la razón hacia mis adentros. Pero muy hacia mis adentros.

En el colegio, estaba empeñada en hacer de Julieta. Me había estudiado todo el papel y ¿para qué? Luego se lo dieron a Sue Prescott, que ni siquiera sabía quién demonios era Shakespeare. ¡La tía se pensaba que el susodicho era un cantante de rap del Bronx! Estuve llorando de disgusto durante toda una semana. Nunca he llevado demasiado bien los fracasos.

—Miss Abbott dijo que yo carecía de la dulzura de Julieta y ahora sé que llevaba razón.

—Los tiempos cambian.

—La obra de Shakespeare, no.

—Es una adaptación moderna. Julieta ya no necesita dulzura.

—Mamá, no voy a ser vuestra Julieta y punto.

Una hora después.

—Vamos a empezar por el acto 1, escena 5, para que pueda verlos actuando juntos. ¿Dónde coño está Romeo? —vocifera Rosie, la amiga de mi madre, que está sentada en una butaca de la primera fila.

Yo estoy de pie en el escenario, con mis ropas de Julieta, mirando a mi madre con mala cara. Ella, de lo más sonriente, agita la mano para saludarme. Gruño algo inaudible. No puedo creer que me haya dejado arrastrar en toda esta locura. ¡Soy una periodista seria, por el amor de Dios! No puedo ir por ahí llevando estas pintas.

—¿Qué dama es esa que honra la mano de aquel caballero?

—escucho una voz masculina, lo cual me hace alzar la mirada bruscamente.

Mason está delante de mí, contemplándome con sus brillantes ojos azules. ¡Y va vestido de Romeo! ¡Voy a matar a mi madre!

—¡Corten! —grito.

—Tú no puedes gritar corten —protesta Rosie—. Solo yo puedo, que soy la que organiza esto. Mira lo que pone en mi acreditación. *Or-ga-ni-za-do-ra*. O sea, yo.

—Lo siento, Rosie, no pretendía restarte protagonismo. ¿Nos disculpáis?

Agarro a Mason de un brazo y lo arrastro hasta detrás del escenario, a una zona aislada y oscura.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Es que nunca vas a dejarme en paz?

Parece ofendido.

—Perdona, la pregunta es: ¿qué haces tú aquí? ¿Y por qué vas vestida de Julieta?

—¡PORQUE SOY JULIETA!

—Ah, no. De eso nada. Me niego a hacer esto contigo.

¡El que se niega es él!

—Yo tampoco tengo muchas ganas de hacerlo contigo, señor creído. Así que ya puedes ir abandonando el papel.

Se cruza de brazos, mirándome desafiante.

—No tengo ni la más mínima intención. Llevo meses ensayando con Thelma. Vete tú, que solo llevas aquí media hora.

—¡Por encima de mi cadáver! Le he dado mi palabra a mi madre y pienso cumplirla aunque sea lo último que haga. Diré mis réplicas incluso con mi última exhalación.

Por supuesto, lo que acabo de decirle es una grandiosa mentira. Yo he insistido en que no iba a hacerlo, pero mi madre me ha arrastrado hasta aquí igualmente, porque cuando a ella se me mete algo en la cabeza, ni el mismísimo Satán se lo puede sacar. El problema

es que no quiero rendirme ante la voluntad de Mason. Y si hasta ahora no quería hacer este papel, ahora lo deseo más que a nada en el mundo. El que debe retirarse es él. Me parece lo más justo. Él me quitó la virginidad, yo le quitaré el papel. Ojo por ojo.

—No pienso abandonar —espeta.

—Pues yo tampoco.

Lo piensa durante unos instantes.

—Pues que lo resuelva Rosie.

—Pues vale.

Volvemos al escenario, guardando una distancia prudencial el uno del otro.

—No podemos hacerlo juntos —expongo delante de todo el mundo—. Así que, Rosie, debes elegir con quien te quedas. ¿Con Romeo o con Julieta?

—¡No puedo elegir! —escupe exasperada—. Nos quedan pocos días para el ensayo general. Os necesito a los dos.

¡Maldita sea! Yo no pienso renunciar. Es cuestión de principios. Miro a Mason de reojo y me doy cuenta de que él tampoco tiene pensado hacerlo. ¿Y ahora qué?

—Pues tenemos un problema porque este y yo no funcionamos juntos —advierdo, cruzada de brazos.

El duro rostro de Mason se gira hacia mí.

—Sí, no paras de decir eso, Liv, pero lo cierto es que no lo sabemos a ciencia exacta porque tú nunca has dado la oportunidad para que lo averigüemos. Siempre sales corriendo. Así que hazlo ahora también. ¿Qué más te da correr una vez más?

Si no le lanzo algo a la cabeza es solo porque no tengo nada a mi alcance.

—¿Por qué no corres tú, Mason? Ati también se te da de maravilla.

Lanza unas cuantas maldiciones fulminantes por lo bajo.

—Cariñito, ¿por qué no haces esta escena con Eric y así nos hacemos una idea de si funcionáis juntos o no? —propone mi madre, y

su propuesta cuenta con todos los apoyos. Menos el mío y el de Mason, claro.

Tras varios minutos de negociación, ambos accedemos a hacer una escena. Una sola escena. Monto en cólera cuando me doy cuenta de cuál es esa escena, pero ya nada puede hacerse. He dado mi palabra de que lo haría. Y yo no seré muchas cosas, pero sí soy una mujer de palabra.

—Vamos, Julieta, mueve tus trenzas hasta aquí —me grita Mason desde el escenario—. Algunos tenemos más cosas que hacer hoy.

Maldigo hacia mis adentros, cojo aire en los pulmones y salgo. Mi madre aplaude entusiasmada antes de disponerse a hacer fotos. ¡Esto es ridículo! Durante un instante, me puede la tentación de darme la vuelta y salir corriendo, pero, al pensar en la mueca de satisfacción de Mason, recapacito. No voy a rendirme. Voy a demostrarle que soy capaz de hacer esto y que no me va a afectar en absoluto estar tan cerca de él. ¡Porque no me afecta!

Complacida por mi determinación, alzo la barbilla y camino hacia él, fingiendo no reparar en esa sonrisa socarrona que ilumina su atractivo rostro.

—¡Y acción! —grita Rosie, quien parece el mismísimo Spielberg.

Mason, girado hacia mí, recita sus primeras frases con el interminable azul de sus ojos clavado en el marrón de los míos. Procuero no dejarme demasiado impresionada por sus palabras, ni por la pasión que hay en ellas. Solo está interpretando a Shakespeare. No tiene por qué afectarme. Sin embargo, para mi fastidio, sí que me afecta.

Romeo, cuyo rostro está demasiado cerca del mío, habla sobre borrar con un tierno beso la ruda impresión causada. Yo, ajena a las veinte personas que están a nuestro alrededor, alargo la mano y apoyo las yemas de los dedos contra su boca (una libertad que me he tomado yo, puesto que Shakespeare en ningún momento dijo que Julieta debía hacer aquello). Mason, sumido aparentemente en el mismo estado de trance que yo, me roza la mejilla con los nudillos (ese

británico estirado tampoco dijo que Romeo debía tocar a Julieta). De pronto, los dos callamos, como si no quisiéramos estropear nuestra conexión con unas meras palabras, por muy shakesperianas que sean.

Rosie carraspea con impaciencia para que prosigamos. Perdida en la penetrante mirada de Mason, completamente abandonada por el sentido común y a punto de que me fallen las rodillas, solo puedo pensar en lo apasionante que podría resultar un beso de sus labios. No puedo desviar la mirada para leer mis réplicas. Rosie vuelve a carraspear, entonces Mason se dispone a continuar.

—*¿No tienen labios las santas y los peregrinos también?* —dice al fin, mirándome con asombroso ardor.

Trago en seco y me esfuerzo por apartar la mirada de esos azules ojos.

—*Sí, peregrino, labios que deben consagrar a la oración* —de manera involuntaria, levanto la mirada de mi libro y enfoco su boca, imaginándome como sería que me besara como lo hizo ayer.

Se pasa la punta de la lengua por el labio inferior y se lo muerde. Estoy segura de que ninguna de las adaptaciones de *Romeo y Julieta* hechas a lo largo de la historia ha contado con tanta química entre los personajes principales. Da la sensación de que estamos a punto de lanzar los libros al suelo y abalanzarnos el uno sobre el otro. Por favor, que acabe esta escena. En cuanto acabe, me iré yo, aunque tenga que tragarme mi orgullo. Es demasiado peligroso hacer esto con él.

—*¡Oh! Entonces, santa querida, permita que los labios hagan lo que las manos. Pues ruegan, otórgales gracia para que la fe no se trueque en desesperación.*

—*Las santas permanecen inmóviles cuando otorgan su merced*
—digo apenas en un murmullo.

Mason, ladeando la cabeza, se me acerca un poco más y ahora sus labios están casi rozando los míos.

—*Pues no os mováis mientras recojo el fruto de mi oración. Por la*

intercesión de vuestros labios, así, se ha borrado el pecado de los míos. Aquí pone que tengo que besarte —me susurra.

No se me escapa la pasión reflejada en su mirada.

—¿Besarnos? —musito, observándolo.

Su rostro ensombrece.

—Si es demasiado para ti, yo...

Sin dejar que acabe la frase, cojo su cara entre las manos y planto un beso en sus labios. Las manos de Mason se posan encima de las mías y me obligan a no apartarme durante mucho tiempo. En realidad no es un beso, tan solo estamos apretando los labios el uno contra el otro, pero aun así, una miriada de emociones me atraviesa como un latigazo. Ojalá nuestros labios nunca tuvieran que separarse.

—Ejem... cuando queráis seguir, seguimos —se entromete Rosie.

Los dos retrocedemos un paso.

—¿Qué tal si hacemos una pausa para comer?

—Mason, son las diez de la mañana —le recuerda ella, mirándonos a ambos por encima de sus gruesas gafas con gesto bastante severo.

—Entonces para desayunar —insiste él.

Rosie es una mujer rubia, gruesa y, por norma general, malhumorada. No me gustaría cabrearla demasiado. ¿Qué pretende Mason?

—Actores... —masculla para sí misma—. Está bien —resopla—. Iros a tomar algo y cuando volváis espero que hayáis arreglado lo que sea que os impide hacer esto juntos. Nunca he visto a un Romeo tan apasionado, ni a una Julieta tan receptiva. Sois perfectos juntos.

Trago en seco. Yo también he caído en la cuenta de eso.

—Te invito a tomar algo —me susurra Mason.

—Habrá que quitarse la ropa antes —murmuro, sin ser consciente de lo que sale por mi boca. Ese beso me ha debido de derretir las neuronas.

Él alza una ceja, divertido.

—No era ese mi plan para una segunda cita, pero si insistes...
Su rostro se mantiene sereno, mientras que el mío adquiere un leve rubor.

—Me refería a quitarnos la ropa por separado.

Sus labios esbozan una sonrisa burlona.

—Una auténtica pena. Habría sido mucho más divertido hacerlo juntos.

—Mason...

—Eric. Procura recordar que me llamo Eric —se inclina sobre mí y me susurra—. Te espero en la puerta del teatro. Tienes cinco minutos para... eh... *quitarte* la ropa.

Carraspeo.

—Solo necesito dos.

—Mejor aún.

Y me da la espalda.

De vuelta al camerino de señoras, me embuto en mis vaqueros negros lo más rápido que puedo. A causa de la prisa, mis dedos se vuelven algo torpes a la hora de abrocharme los botones de la blusa. Al fin consigo hacerlo. Me lanzo a mí misma una rápida mirada en el espejo, me paso una mano por el pelo y salgo. Corro en dirección a la salida, agradeciendo la buena idea de haberme calzado manoleínas hoy.

Mason, tal y como dijo, está esperándome fuera, con la espalda apoyada contra el muro. Ajeno al hecho de que estoy observándolo desde la puerta, fuma tranquilamente un cigarrillo mientras espera. Ahora viste un vaquero tan azul como sus ojos y una camisa a cuadros de mangas arremangadas, parecida a la que llevaba la primera vez que me besó. Han pasado muchos años desde aquel entonces, pero el paso del tiempo no ha hecho más que potenciar el magnetismo sexual de Mason.

Levanta la mirada cuando me ve acercándome a él. Me dedica una sonrisilla tan contagiosa que no puedo resistirme.

—Hola —musita, deshaciéndose del cigarrillo, que lanza al suelo y apaga con la punta de sus botas.

—Hola —contesto yo, algo incómoda.

Ni yo misma sé qué demonios estoy haciendo aquí. Debería largarme. Si tan solo pudiera moverme...

Mason me ofrece su mano. Incapaz de reaccionar, bajo la mirada hacia esa grande mano, tan masculina, tan peligrosa, y, así y todo, tan tierna en sus caricias. A medida que pasan los segundos, el corazón empieza a latirme violentamente dentro del pecho. Es una mala idea coger su mano. Sé que es una mala idea. Pero, por otro lado, las malas ideas suelen dar lugar a excelentes descubrimientos. ¿Fue una mala idea frotar dos piedras durante horas? Pues sí, pero eso llevó a la humanidad a descubrir el fuego. ¿Y si este es uno de esos casos?

—¿Nos vamos?

Suspirando, cojo su mano. Parece aliviado. Creo que se esperaba que yo saliera corriendo. Aún sigo sin entender por qué no lo he hecho.

—¿Adónde vamos? —pregunto cuando giramos hacia la izquierda, en dirección hacia la calle principal.

Muevo la cabeza para mirarle. Camina a mi derecha, con mi mano en la suya y la otra en el bolsillo de su pantalón. Mantiene la vista fijada en la punta de la montaña que se extiende ante nosotros, interrumpiendo la línea del horizonte con sus solemnes sierras cubiertas de vegetación. Pese al sol que calienta nuestros cuerpos, gran parte de la montaña sigue oculta por las nieblas matutinas.

—Voy a invitarte a un batido de cereza.

Mason me llevó a tomar batidos de cereza solo un par de veces. Yo sabía que él no se lo podía permitir, (no sin pasar hambre, al menos), con lo que le persuadía para realizar juntos actividades gratuitas, como ir de pesca o pasear por el bosque, en vez de ir a la cafetería como los demás chicos del pueblo. Una sola vez me ofrecí a pagar yo la cuenta y se puso como una fiera. Apartir de ese momento,

me limité a decir que no me apetecía ir a tomar algo y que me gustaba mucho más verle pescar. Si alguna vez sospechó mis verdaderas razones, desde luego, no lo hizo evidente.

—¿Recuerdas el sabor de mi batido preferido? —pregunto, no poco asombrada.

Mason, sin contestar, vuelve la mirada hacia mí.

—¿Cómo se me iba a olvidar algo que guarda relación contigo? —repite tras un contemplativo silencio, y su voz, si bien apenas es audible, se rompe hacia el final de la frase.

Mi corazón deja de latir durante un instante. Pudimos haberlo tenido todo. Pudimos haber pasado los últimos años juntos. Pero no lo hicimos. Hemos cogido caminos separados y esos caminos son demasiado paralelos como para cruzarse ahora. Él tiene su trabajo, yo tengo el mío. Además, está Darren, esperándome en Washington. No hay ninguna esperanza para lo nuestro. Eso no quiere decir que no se me parta el corazón de dolor. Ojalá pudiera revivirse el pasado. Eso crearía las bases de un futuro mejor. Un futuro en el que ni yo, ni él, seríamos infelices.

—Lo siento —me sorprende a mí misma murmurando.

Mason enarca las cejas.

—¿Qué es lo que sientes?

—Todo lo que nos ha pasado. Tenía que haberte esperado, o haberte exigido una explicación. Siento haber sido demasiado orgullosa como para hacerlo.

Sus ojos se suavizan.

—No tienes nada por lo que pedir disculpas. Si hay alguien que ha metido la pata, ese he sido yo. Tenía que haber ido a Washington a por ti. Si no lo hice fue porque no me lo permitió mi desorbitado orgullo masculino.

—En el amor no debería existir el orgullo —comento apesadumbrada.

—No, no debería, pero, Liv, tú y yo somos así. Ninguno está

dispuesto a aflojar la cuerda.

—Ya —murmuro secamente.

Se detiene para evaluar mi mirada y a mí me queda bien claro que esta conversación tiene los segundos contados.

—Pero no hablemos más del pasado —susurra suavemente.

Levanto la vista y me quedo mirándole directamente a los ojos.

—Ya, tienes razón. Sí. Hablemos del tiempo. Hoy hace sol.

Mason suelta una carcajada, aunque no parece para nada divertido, sino turbado. Tal vez, un poco atormentado.

—¿Aesto hemos llegado, Liv? ¿Ahablar del tiempo?

Sus ojos azules sostienen los míos y es como si no hubiera nada más que dolor en ellos.

—Aesto hemos llegado.

Baja la mirada al suelo, callado y perdido en sus pensamientos. En solo unos instantes su rostro ha adquirido un aspecto desolado. Me gustaría consolarlo de algún modo, decir algo para mejorar la situación. Pero, por el otro lado, ¿qué puedo decir? Diga lo que diga, será doloroso para los dos.

—¿Por qué no me cuentas qué ha sido de Vail en la última década? Quién se ha muerto, quién se ha casado, ya sabes, esa clase de cuchicheos.

Mason sonríe, aunque yo no sabría decir si de alegría o de amargura.

—Eh... a ver... ¿te acuerdas de Maggie, la que vendía bocadillos en el colegio?

—Ajá.

—Tuvo dos hijas bastardas.

No puedo evitar reirme. Tener un hijo bastardo en Vail atrae la condena al infierno. Como mínimo. Tener dos... bueno, nunca se han dado precedentes, con lo que no puedo saberlo.

—¡No me lo creo!

Mason asiente solemnemente.

—En serio. Y ahora no la reciben en ninguna casa decente. Yo la recibo en la mía, pero claro, mi cabaña no se cataloga como una casa decente...

—¿Te acuestas con ella?! —grito contrariada.

Me lanza una mirada indignada.

—¡No! Solo le reparo el techo, le corto el césped algunas veces y recojo a las niñas del colegio cuando a ella le toca trabajar. No tiene a nadie quien le eche una mano.

—Y el santo Mason lo hace por pura caridad cristiana.

Sus facciones se crispan ante la mordacidad de mis palabras.

—Pues sí, para que lo sepas, lo hago.

Lo miro a los ojos y me doy cuenta de que habla en serio.

Realmente lo hace sin pedirle nada a cambio. Desvió la mirada de prisa e intento reprimir la oleada de ternura que me invade.

—Oh, ya veo. Lo siento.

—Mmmm.

Estrecha mi mano con más fuerza y reanudamos la marcha por una avenida principal prácticamente vacía. Es como si el pueblo no hubiera despertado aún. O tal vez los lugareños hayan elegido quedarse en casa para no interponerse en nuestro camino y molestar nuestro agradable paseo cogidos de la mano. *Como solíamos pasear antes...*

Hace un hermoso día soleado y cálido, aunque el aire aún huele a tierra mojada a causa de la lluvia de anoche. En Vail, todo es asombrosamente verde. Casi deslumbra mirar hacia las puntas de los árboles que cubren las montañas, o fijarse en el crudo color del césped que bordea la calle de piedra.

Evocando recuerdos, Mason y yo pasamos por delante del único colegio que hay en el pueblo, sitio del que ambos fuimos alumnos. Yo destaqué en todo, Mason no destacó en nada, salvo, tal vez, en las maldades que hacía. El gran patio en el que salíamos a jugar está como siempre, grande, verde, delimitado por árboles cuyos troncos

están cubiertos de musgo.

—Ahí fue donde te besé por primera vez —señala, sin lanzarle ni una sola mirada al colegio. A continuación, retoma lo que estaba contándome, como si nada.

Andamos despacio, puede que intentemos prolongar este momento eternamente. Cuando lleguemos a nuestro destino, la magia se habrá acabado.

De vez en cuando, miro al hombre que camina a mi lado, poniéndome al día sobre lo que ha pasado por aquí en los últimos años. Hay momentos en los que él también baja la vista hacia mí y me observa con esos ardientes ojos azules que tantas veces se han cruzado por mi mente. Alguna vez, en la última década, he intentado evocar imágenes de Vail, anécdotas de mi infancia, pero cada vez que lo intentaba, esos ojos aparecían dentro de mi mente y yo solo podía recordar a Mason. Verle dentro de mi mente era como un exquisito tormento para mí, una dulce maldición de la que yo era demasiado débil como para prescindir. No sé cómo, pero pensar en él resultaba doloroso y agradable a la vez.

—¡Vaya, Mason, cuántas cosas han cambiado por aquí!

—Y sin embargo, otras siguen exactamente igual —murmura, y yo sé que no se refiere al pueblo, sino a sus sentimientos hacia mí.

Me gustaría decirle que lleva razón, que hay cosas que nunca van a cambiar, como mi amor por él, pero me abstengo. Acambio, le muestro una breve sonrisa y me apresuro a apartar la mirada de la suya. Mientras cruzamos la calle, de vez en cuando lo miro de reojo, aunque él permanece mirando hacia el infinito.

—Hemos llegado.

Me abre la puerta de la cafetería que solía preparar los mejores batidos de cereza de la zona, la sostiene para que yo entre y luego camina a mis espaldas.

—¡Hombre, pero si es el *sheriff* y la nueva de turno! —exclama un anciano de aspecto desaliñado, sentado en la barra.

Lo de la *nueva de turno* no es precisamente de mi agrado, sin embargo, decido no picarme. Al fin y al cabo, solo es un anciano borracho.

—Charlie, no te pases con el ron que no estoy de servicio para arrestarte por desorden público.

—Descuida, hombre, solo me he tomado media botella.

Mason deja escapar una carcajada, ronca y profunda.

—Solo son las diez de la mañana —anota divertido.

El viejo murmura algo que ni Mason ni yo conseguimos escuchar.

—¿Dónde quieres sentarte? —me dice al oído.

—Al lado de esa ventana.

Sin rechistar, me sigue hasta la mesa que yo le indico. He elegido esa porque da al jardín trasero, no hacia la calle principal, y así puedo disfrutar del paisaje de montaña sin tener que observar a los transeúntes.

—Siéntate. Voy a pedir las bebidas.

Tomo asiento, de espaldas al resto del local, y me distraigo mirando por la ventana hasta que vuelve con el pedido. He de decir que los batidos tienen una pinta extraordinaria, vienen en unos vasos enormes, con una buena cantidad de nata, dos cerezas para decorar y pajitas rosas, a juego con el espeso líquido. Cuando le doy un sorbo, casi gimo de placer.

—Dios, llevaba diez años sin tomar algo así de delicioso.

—Ya sabes lo que disfruto satisfaciéndote.

La sonrisa que me dedica raya en la inmoralidad y yo me ruborizo, como no.

—Ejem... ¿cómo es que tomas un batido? —pregunto, impaciente por cambiar de tema—. Dijiste que no te gustaban.

—No es que no me gustasen, es que no podía permitirme uno para ti y otro para mí.

Mirándolo compasiva, me inclino un poco sobre la mesa y cojo su mano entre las mías.

—Mason...

—Liv, no me gusta lo que veo en tus ojos —gruñe—. Detesto despertar lastima. Y más aún la tuya.

—Si piensas que lo que despiertas en mí es lástima, es que eres gilipollas —bramo mientras dejo caer su mano.

Ríe entre dientes.

—Despertar furia, en cambio, me parece mucho más razonable.

Exhalo ruidosamente y por un tiempo me centro en mi batido y en las vistas.

—¿Cómo es él?

Frunzo el ceño.

—Es... —me detengo, sacudo la cabeza y me esfuerzo por sonreír— encantador, la verdad. Lo aprobarías.

Asiente en silencio.

—¿A qué se dedica?

Tomo un poco de batido para humedecer mi garganta seca.

—Es político.

—Claro. Un hombre con peso, me figuro.

—Es Darren Backer.

Los ojos de Mason se abren un poco más de la cuenta, a causa de la sorpresa.

—¿El candidato del partido demócrata para las presidenciales?

—pregunta estupefacto, y yo digo que sí con un gesto—. O sea, ¿estás prometida con un posible futuro presidente de los Estados Unidos?

—vuelvo a afirmarlo—. ¡Dios mío, Liv!

Me encojo de hombros.

—Dicho así, suena importante —replico, en un patético intento de restarle importancia al asunto.

—¡Es importante! ¿Cómo cojones puede competir con eso el hijo del borracho del pueblo?

Eso me duele más de lo que jamás habría imaginado. Me duele el modo que tiene de menospreciarse a sí mismo.

—Eric —cojo otra vez su mano—, tú eres mucho más que el hijo del borracho del pueblo, y lo sabes.

Sus ojos me miran con expresión especulativa.

—¿De verdad? ¿Y qué soy, Liv?

—Tú lo eres todo para mí —las palabras salen por sí solas, y cuando me doy cuenta de lo que acabo de decir, ya es demasiado tarde. Por mucho que me muerda la lengua, no puedo retroceder en el tiempo y cambiar lo que acabo de confesarle. Aél, o, tal vez... ¿a mí misma?

Mason me mira intensamente, con una mezcla entre asombrada y pensativa iluminando sus pupilas.

—No era eso lo que quería decir —rectifico, intentando evitar ese azul hielo, que, sin embargo, no me permite escapar de su intensidad—. Quise decir que lo fuiste todo para mí.

Hago además de retirar la mano, pero sus dedos me rodean la muñeca y la sujetan con fuerza. Durante un largo momento, sus ojos me estudian con una mirada en cuyas profundidades no puedo hacer más que perderme.

—Para que conste, tú siempre has sido y siempre lo serás todo para mí —me dice con voz tranquila y baja.

—Lo sé —murmuro, incómoda.

—Bien —me suelta la mano con suavidad.

Trascurren varios minutos sin que hablemos.

—Mason, ¿cómo es que no te has casado aún?

Vale, no es asunto mío, pero es que me moría por preguntárselo.

—Ya sabes la respuesta a eso, Liv. ¿Recuerdas cuando juramos bajo la lluvia que nunca íbamos a casarnos con otra persona?

Entrecierro los ojos, antes de desviar la mirada hacia la ventana. ¿Cómo se me iba a olvidar? Sucedió en un sábado por la noche. Estábamos en mayo y había tormenta descargando fuertes rayos sobre el pueblo. Yo me negaba a entrar dentro de la cabaña, alegando que era muy romántico estar bajo la lluvia. De modo que Mason empezó a

perseguirme para obligarme a entrar usando la fuerza. Según él, morir de una neumonía no era tan romántico. Corrí por toda la pradera que hay frente a la cabaña, hasta que al final me alcanzó. Entonces, nuestros pechos chocaron en un fuerte abrazo. Sus manos me rodearon la cabeza y me atrajeron hacia su rostro. Nunca se me olvidará la intensidad del beso que me dio aquella noche. Fue estremecedor. Cuando al fin nuestros labios fueron capaces de separarse, Mason me hizo jurar que lo nuestro duraría para siempre y que nunca iba a casarme con alguien quien no fuese él. Yo lo juré y él hizo otro tanto.

—Sí, lo recuerdo —murmuro mientras contemplo ausente el vuelo de una paloma.

—Pues tú acabas de quebrantar tu promesa.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Ya.

—¿Cuándo regresas a Washington?

Muevo la mirada hacia él.

—El domingo después de la *Fiesta de los Fundadores*. Ese es el trato que hice con mi madre.

—O sea que tengo poco más de una semana... —murmura distraído.

—Poco más de una semana... ¿para qué?

Sonríe con innecesaria seducción.

—Para volver a conquistarte, bichín. Y si ya no piensas tomar más batido, vámonos. Rosie estará echando espuma por la boca.

Me quedo mirándolo boquiabierto y él parece incapaz de apagar la sonrisa. Tomo nota de llamar a Darren esta misma noche. Por si acaso. Tal vez una larga conversación con mi futuro marido pueda alejar de mí el poderoso fantasma de Mason.

Después de eso, cojo la mano que me ofrece y dejo que me lleve de vuelta al auditorio. Antes de que lleguemos a nuestro destino, se me ha olvidado por completo de qué color es el pelo de Darren. Y todo eso

solo por haber tomado un batido con él. Ay, Dios... Con cada día que pasa, mi autocontrol va disminuyendo un poco más. ¿Cuántos días me quedan en Vail?

—No puedo creer que lleves cinco días en el pueblo y que no hayas venido a verme hasta ahora —me reprocha Rachel, la que durante diecinueve años, más que mi mejor amiga, fue mi hermana.

La encuentro muy cambiada, supongo que a causa de la maternidad. Rachel tiene dos hijos, una niña, Louise, y un niño, Edward, a los que yo no he conocido hasta hoy, y ahora está embarazada de ocho meses. Su pelo sigue siendo igual de largo, de liso y de rubio como en el instituto, sus ojos tan verdes como los recordaba, aunque ya no tan vivos y pícaros como antes. Hay en ellos un reflejo de severidad maternal que me resulta de lo más divertido. Me cuesta mucho asimilar que la maliciosa y traviesa Rachel sea la madre de alguien.

—Bueno, es que he estado muy liada. Mi madre me asfixia. Apenas he podido escaquearme de ella hoy.

—Ajá. Muy ocupada. ¿Con qué? O tal vez deba preguntarte ¿con quién?

Sentada a su lado en el enorme balancín que tiene en el porche de su casa, la miro con expresión de extrañeza.

—¿A qué te refieres?

—Cariño, es un pueblo pequeño. Me he enterado en la carnicería de que estuviste tomando batidos con nada más ni nada menos que con el señorito *sé-que-estáis-todas-babeando-cada-vez-que-me-paseo-por-el-pueblo-con-mis-andares-sexis*.

Entorno los ojos.

—¡Por Dios! ¿Es que no se os escapa nada?

Su rostro, curtido de sol y mucho más bronceado que antes, adopta un aire solemne.

—Nada en absoluto. ¿Quieres más limonada, cielo?

Digo que sí con un gesto de cabeza.

—¡TOMMY! —ruge con todas las fuerzas de sus pulmones.

Tommy, marido de Rachel y el mejor amigo de Mason desde el instituto, acude a la mayor brevedad, cargado con una bandeja que contiene dos vasos altos llenos de limonada y un platito de galletas caseras. Mientras cojo una y me la llevo a la boca, me distraigo preguntándome si las habrá hecho Rachel o él mismo. Tras verle con aquel delantal blanco por encima de los vaqueros, no tengo muy claro cómo se reparten las tareas del hogar.

—¿Se le ofrece algo más a la señora? —pregunta burlón, nada más dejar la bandeja en la mesa de mimbre que hay a mi derecha.

Rachel compone una mueca adorable.

—No, gracias. Ya puedes retirarte. Estamos manteniendo una conversación seria que en absoluto te concierne.

Tommy, resoplando, nos da la espalda, cruza el umbral y desaparece en el interior de la pequeña casa de madera blanca.

—Tiene que ser estupendo vivir aquí y escuchar solo el susurro del agua —comento, mirando distraída la vegetación que bordea su casa.

Justo en frente, a unos ocho metros del porche, hay un arroyo que baja veloz de la montaña. El agua apenas sí salpica las voluminosas rocas cubiertas por un musgo verde tan suave que parece terciopelo. Realmente es una imagen paradisiaca que a mí no me importaría contemplar durante horas y horas.

—Sí, el susurro del agua —replica con la voz cargada de escepticismo—. Y el canto de las ranas...y los mosquitos, ¡oh, los mosquitos! Tommy estaba convencido de que tuve la peste bubónica el verano pasado.

Suelto una carcajada.

—¿Tan mal aspecto tenías?

—¡Dios! —exclama, cogiendo una galleta—. Me picaron hasta en

sitios que yo no sabía que tenía.

Miro su expresión risueña y no puedo sino reírme.

—Te he echado de menos —suelta de repente.

Dejo el vaso encima de la mesa y le extiengo una mano, que ella coge y aprieta.

—Y yo te he echado de menos, Rach.

—Él también te ha echado mucho de menos, ¿lo sabes?

Resoplo, consciente de que está refiriéndose a Mason.

—Nunca ha vuelto a ser el mismo desde que te fuiste —prosigue, y sus facciones se tornan melancólicas—. Dios, Liv, nunca he visto a un hombre tan enamorado como Mason. El modo en el que te miraba era alucinante. ¿Por qué demonios te fuiste? —me mira interrogante—. O sea, lo tenías todo aquí. ¿Por qué cojones elegirte Washington en vez de a Mason?

Noto mi rostro contrayéndose de dolor.

—Rach, no quiero hablar de eso, en serio. Ya no tiene importancia.

—Mmmm. Esta noche voy a preparar una cena en tu honor. Espero que tengas la decencia de aparecer.

—Volveré a Washington con sobrepeso a este ritmo.

—Ah, ¿es que piensas volver? —me pregunta con inocencia.

Le pongo mala cara antes de zamparme otro par de esas deliciosas galletas caseras.

—¿Cómo fue volver a verle?

Durante un instante, no reacciono. Luego, dejo la galleta a medio comer encima del plato y le lanzo una mirada.

—Fue... —me detengo y sonrío ausente—. Fue increíble. Era como si nada hubiese cambiado entre nosotros dos.

—Nada ha cambiado entre vosotros dos. Mason, pese a todo, no ha podido sacarte de su cabeza.

¿Pese a todo? ¿Qué quiere decir con eso?

—¿Rach, qué ha sido de Mason en los últimos diez años? ¿Aqué

ha dedicado su tiempo?

Me mira extrañada.

—¿Es que Grace no te lo dijo?

Muevo la cabeza.

—No. Le prohibí cualquier conversación sobre él.

—Ya veo. Pues, verás, al cabo de unas dos semanas, se largó del pueblo. Dijo que aquí ya no había nada que lo retuviera. Y no volvió durante ocho años.

La miro un tanto perpleja.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Y qué hizo?

—Alistarse como francotirador.

Parpadeo azorada. ¿Este hombre va a dejar de sorprenderme algún día?

—Vaya.

—Sí, es muy fuerte.

Me quedo pensativa.

—Mmmm. Sí que lo es. Me dijo que tiene una medalla de honor.

¿Sabes por qué?

Su rostro cambia de expresión y yo juraría haber visto dolor en él.

—Oh, nunca se lo preguntes. Es un tema que le pone furioso. Yo me enteré de ello el otoño pasado. Mason se presentó una noche a ver a Tommy. Estaba completamente borracho. Dijo que era vuestro aniversario.

—Uno de noviembre... —musito con un nudo en la garganta.

Ella asiente.

—Uno de noviembre. Como le vi en ese estado tan deplorable, le hice pasar y le di algo de cenar. Parecía llevar días ahogándose en alcohol. No sé cuánto llevaba sin comer y sin afeitarse, supongo que mucho, y había en sus ojos una expresión... Liv, nunca había visto tanto dolor en los ojos de una persona. Estaba hecho polvo. Esa noche fue la primera vez que habló sobre lo que había estado haciendo desde que te fuiste.

Se detiene, toma un sorbo de limonada y compone una sonrisa triste.

—¿Qué fue lo que te dijo? —inquiero, con los ojos más abiertos de lo normal.

Inspira hondo y traga saliva.

—Que se convirtió en un asesino para el ejército de Estados Unidos. Dijo que pasó años en el campo de batalla, siempre ofreciéndose voluntario para los objetivos más peligrosos porque era el único modo que tenía de dejar de pensar en ti. La medalla de honor se la dieron por su valentía en combate. Estaba en terreno afgano y por lo visto un grupo de rebeldes había tomado una escuela con ciento cincuenta niños dentro.

Me tapo la boca con ambas manos. Recuerdo esa noticia. De no haberme roto la pierna un mes antes, la habría cubierto yo, pero al estar de baja, lo hizo mi amiga Anabelle.

—No... ¿Él es el hombre que desobedeció la orden de su superior y entró por la puerta principal acribillando a balas a los rebeldes?

—Sí. Fue Mason.

Cierro los ojos. Una parte de mí se niega a creer que ese hombre fuera él. ¡No pudo ser él!

—Dios mío... —murmuro sobrecogida—. Le catalogaron de *kamikaze*. Es un milagro que saliera ileso. ¿Cómo se le ocurrió hacer algo así?

Se encoje de hombros y me mira con una expresión llena de pena.

—Dijo que no tenía nada que perder.

Mi mundo se detiene.

—No... —me callo y trato de reprimir las lágrimas—. Oh, Dios... Mason pudo haber muerto por mi culpa.

—Eh, no te martirices por ello —Rachel, compasiva, coge mi mano entre las suyas—. Todo salió bien. Le dieron la medalla de honor y lo elevaron al rango de general.

Levanto la mirada, sorprendida.

—¿Mason es general de los Estados Unidos?

—General *retirado* de los Estados Unidos —subraya—. Se retiró hace dos años, cuando regresó al pueblo y se hizo *sheriff*.

No tiene sentido. Un hombre como él podría estar ahora mismo en la Casa Blanca, asesorando al presidente. ¿Qué demonios hace perdiendo el tiempo en Vail, Colorado?

—¿Por qué? O sea, ¿por qué demonios volvió?

—Nunca habla de ello. Y si quieres mi consejo, nunca se lo preguntes. Oh, y cuando le veas desnudo, tampoco preguntes nada sobre las marcas de su espalda. Caroline, una chica con la que salió durante dos semanas, lo hizo y dijo que Mason se puso como una bestia de furioso. Nunca más volvió a verla después de eso.

Durante unos instantes, todo se desmorona a mí alrededor. Según lo recuerdo, el *héroe anónimo* (él se negó a que su nombre apareciera en los periódicos y tuvieron que apodararle así para poder referirse a él) declaró que no era ningún héroe y que no se merecía tales honores. No lo dijo claramente, pero dio a entender que sus intenciones eran más bien suicidas. Ahora todo cobra sentido. Mason se alistó porque no había nada que le importara. Eligió una muerte digna, heroica, porque no tenía nada por lo que querer seguir viviendo. Y lo hizo todo por mi culpa. Esa es una carga que voy a tener que llevar durante toda mi vida. Me equivoqué al pensar que yo había sido la única cuyo corazón se había partido. Y si es cierto que tiene marcas en el cuerpo, eso solo puede ser porque le capturaron y le torturaron.

Y eso también es por culpa mía.

—Tengo que irme —murmuro mientras me pongo en pie con rapidez. Necesito volver a casa y asimilar todo esto.

—Pero vendrás a cenar, ¿verdad?

Como una autómatas, le doy un beso en la mejilla antes de empezar a bajar los escalones del porche.

—Aquí estaré.

—¡Más te vale!

El reloj de mi coche, un Alfa Romeo rojo modelo deportivo, me indica que son las ocho y media cuando me detengo en la pradera que forma el jardín de Rachel. No hay ninguna valla delimitándolo, con lo que podría decirse que el arroyo también forma parte de su jardín, al igual que la alta montaña que se alza, orgullosa, detrás de la casa.

Hay otro coche aparcado al lado del mío, pero no lo conozco, no sé si es de Tommy, de Rachel o tal vez de algún otro invitado. Me pinto los labios de rojo, bajo y me encamino hacia la entrada principal. Tengo una botella de vino en una mano y una tarta en la otra. Mi madre se ha empeñado en hacernos el postre, alegando que es de muy mala educación ir de visita con las manos en los bolsillos. Y aquí estoy, haciendo malabares para poder llamar al timbre, ya que ninguna de mis dos manos está libre. No, desde luego, con las manos en los bolsillos no voy.

Se abre la puerta aunque, para mi sorpresa, el hombre que aguarda en el umbral no es Tommy. Es Mason. Y parece igual de sorprendido que yo.

—Así que tú eres la invitada sorpresa —comenta, cruzándose de brazos.

Trago saliva ante su imagen de dios vikingo, rubio, alto y tan atractivo que mi pulso se ha vuelto de pronto irregular. Está asombrosamente elegante, con un traje oscuro y una camisa blanca. Nunca lo he visto con traje. Ni siquiera en bodas. Que yo sepa, se siente mucho más cómodo en *jeans* y camisas arremangadas. O, al menos, lo hacía. En la última década puede que sus gustos se hayan visto alterados.

—No llevas corbata —es lo más inteligente que se me ocurre decirle. *¡Ya mí me han dado un Pullitzer! ¡Ja!*

—Nunca llevo corbata. Siento que me asfixio.

—Yo tampoco llevo cuello alto. Ni fulares. Nunca. Por la misma razón. Me asfixio.

—¿En serio? —pregunta asombrado.

—Oh, sí. Dios, detesto esa sensación de *me falta el aire*.

—¿Aque sí?

—Mmmm.

En cuanto nos callamos los dos, se instala entre nosotros un incómodo silencio.

—Quieres... eh... ¿pasar?

—Sí, claro. Para eso estoy aquí —suelto una risita tonta—. No venía a hablar sobre tus corbatas.

Sonriéndome, se aparta un poco para abrirme paso. Entro, camino hacia el salón y dejo tanto el vino, como la tarta, encima de la mesa.

—¡Hola, familia!

Rachel, vestida de rojo y con el pelo recogido en un moño alto, se levanta del sofá y se acerca con dificultad para besarme las mejillas.

—Estás guapísima. ¿Verdad, Mason, que Liv está deslumbrante con este vestido blanco?

Siento la intensidad de la mirada de Mason, pero no me giro de cara a él. Necesito unos instantes para recomponerme antes de enfrentarme a sus ojos.

—Tan guapa como un ángel —corroboro con voz ronca.

Preso de un inexplicable nerviosismo, me muerdo el labio por dentro hasta que detecto sabor a sangre.

—¿Te apetece una copa de vino?

Hago un gesto afirmativo y él se me acerca por detrás para ofrecérmela. Su mano flaquea cuando cojo la copa. Muevo los ojos hacia él, es como un acto reflejo, algo que soy incapaz de evitar. Y entonces, nuestras miradas se fusionan. Me estremezco hasta la médula bajo la intensidad de la suya. Noto cómo mis mejillas se tornan lívidas, antes de enrojecer hasta tal punto que me arde todo el rostro.

De hecho, se me ha debido de ruborizar el cuerpo entero porque me siento como si estuviera ardiendo en llamas. ¿Cómo es posible que solo necesitara mirarme para incendiar todo mi interior? Es un tanto inquietante, ¿verdad?

—Gracias —musito, sintiéndome insoportablemente incómoda.

Sus ojos destellan tanta excitación que noto cómo mi propia respiración empieza a hiperventilar.

—De nada.

Sin moverse de ahí, introduce las manos en los bolsillos, limitándose a pasar los ojos con parsimonia por todo mi cuerpo. Es arrasadora la pura fuerza sexual que depende su mirada. Y es arrasador el modo en el que me atraen sus ojos.

—¿Quién ha llamado? ¿Era Liv? —resuena la voz de Tommy desde la cocina.

—¡Tommy! —exclamo, contenta de tener una razón para evadir el escrudiño de Mason—. Aún no le he saludado.

Salgo prácticamente corriendo, voy a la cocina y abrazo a Tommy con un entusiasmo innecesario.

—Vaya, yo también me alegro de verte, preciosa.

Me aparto, avergonzada, y procuro adoptar un aire de cordialidad.

—¿Qué estás preparando, chef?

—Chili con carne. Para chuparse los dedos.

Me río ante el orgullo masculino reflejado en sus oscuros ojos. Tommy es un hombre corpulento, alto y moreno, de rasgos angulosos y brazos duros. Se me hace muy raro verle con un delantal manchado de salsa.

—¡Ay, Tommy! ¿Es que os habéis puesto todos de acuerdo para hacer que engorde? ¿Por qué demonios no has elegido algo más digestivo como... una ensalada?

Mientras remueve con una cuchara de madera el contenido de una enorme olla, me sonrío.

—Cuando lo pruebes, lo entenderás. Además, esta receta se la he copiado a Mason y quería demostrarle que algunas veces el discípulo supera al maestro.

—Eso es imposible —escucho la ronca voz de Mason.

Tommy, sonriendo socarrón, mira por encima de mí.

—Espera y verás. Por cierto, ¿le has enseñado a Liv la cabaña?

Mi mirada se pasea entre Tommy y Mason.

—¿La cabaña? ¿Qué cabaña?

—Tu nov... —se detiene justo antes de decir *novio*, y sonrío abochornado—. Quiero decir, Mason y yo estuvimos toda la tarde de ayer trabajando para hacerles una cabaña a los niños en el bosque. Nos ha salido genial. ¿Por qué no se la enseñas mientras acabo el chili?

Mason mueve la mirada hacia mí.

—¿Te apetece verla?

Sus ojos brillan con tanta esperanza que yo sencillamente no puedo decirle que no. No después de saber el infierno por el qué ha pasado por culpa mía.

—Claro —me esfuerzo por dedicarle una débil sonrisa.

Mason detesta los gestos de compasión. Si algún día hablamos sobre todo lo que hizo en esos ocho años, tendré que planteárselo con mucho tacto. En ocasiones parece una bomba de reloj a punto de explotar.

—De acuerdo.

Devolviéndome la sonrisa, se me acerca, entrelaza los dedos con los míos y me conduce hacia la puerta. Ojalá dejara de cogerme siempre la mano. No puedo evitar estremecerme cada vez que nuestra piel se roza, y soy consciente de que él repara en las reacciones de mi cuerpo. También soy consciente de que le encanta provocar eso en mí.

Salimos y, en silencio, nos encaminamos hacia el bosque que se alza detrás de la casa. Una luna pálida y triste se eleva lentamente en el cielo, pero su luz no consigue traspasar el grueso techo formado por

las ramas de los árboles, de modo que Mason y yo paseamos envueltos entre sombras. El único sonido que interrumpe el silencio de la noche es el de nuestras pisadas y el murmullo del viento que agita las hojas.

Mientras andamos, su cuerpo roza el mío de vez en cuando y yo me tenso al notar su calor. No estoy muy segura de que sea buena idea ir los dos juntos, solos, de noche, por un bosque. Ni siquiera sé cómo demonios hemos acabado así. Yo solo iba a cenar con mi mejor amiga y su marido. No planeaba ver a Mason y, mucho menos, ir con él a pasear por un bosque para ver una estúpida cabaña. Mi frágil autocontrol está a punto de quebrantarse esta noche. Lo noto en el aire. Respiro la electricidad que fluye entre nosotros, veo el modo en el que chispean sus ojos cada vez que encuentran los míos. Y, al ser consciente de todo eso, lo único en lo que puedo pensar es en besarle apasionadamente.

—Sabes, yo no he organizado nada de esto —me susurra de pronto—. Ni siquiera me habrían dicho que ibas a venir. Fue cosa de Rach.

Lo miro y sé que habla en serio. Mason puede que sea muchas cosas, pero no es un embustero.

—Lo sé. No te creo capaz de tenderme una trampa así. Tú cuando quieres algo, sencillamente lo coges, como si te perteneciera.

Sus dientes se asoman bajo una sonora risa.

—Nunca cojo nada que no me pertenezca.

Deja evidente a través de la mirada que me dedica que yo formo parte de las cosas que él cataloga como suyas.

—Yo no te pertenezco, Eric.

—¡Claro que sí! —exclama, muy convencido de ello—. Solo que aún no lo quieres admitir.

Esta vez la que se ríe soy yo. Sigo caminando a su derecha, sin ser capaz de apartar la mirada del perfil de su rostro. Por un instante casi cedo a la tentación de detenerle, abrazarle y besarle. Pero luego recuerdo que es muy mala idea hacerlo. Tengo que pasar página de una vez. Lo nuestro solo es historia.

—No sé cómo, pero siempre acabamos juntos.

—Estamos hechos el uno para el otro, bichín. ¿Por qué no lo aceptas de una vez y me ahorras el trámite de cortejarte como Dios manda?

Una expresión risueña baila en mis pupilas, y Mason, al percatarse de ello, sonríe como un gatito travieso.

—¿Ese es tu plan? ¿Cortejarme?

—Ajá. Cortejarte y enamorarte. Y dejarte embarazada, por supuesto —me confirma, con gesto muy serio—. Solo me quedaré tranquilo cuando haya plantado mi semilla en ti.

Suelto una carcajada, no porque me resulte divertido, sino para disimular el estremecimiento que me atraviesa. Mis pezones cobran vida solo de pensar en el modo en el que Mason tiene pensado *plantar su semilla*. ¡Dios! ¿Cómo puede hacer tanto calor si estamos a diecinueve grados?

—Para eso, habrá que acostarse juntos —consigo decir, puesto que él está mirándome con mucho interés, midiendo mis gestos.

Me guiña un ojo.

—Lo sé. Esa es la parte más excitante de todas.

Sin que sus ojos se separen de los míos, me pasa una mano por la cadera para indicarme el camino, y yo casi pego un salto cuando el calor de su piel traspasa la fina tela de mi vestido y se propaga por todo mi cuerpo, como unas abrasadoras llamas que pretenden devorarme suave y deliciosamente.

—¿Falta mucho? —pregunto con nerviosismo.

—No. En realidad, ya casi estamos. Solo faltan unos pocos metros.

¿Ves esos pinos de ahí?

Sigo la dirección de su mirada.

—Ajá.

—Pues justo detrás.

—Es una buena zona, pero algo alejada de la casa —remarco, mirando hacia atrás—. Apenas se distinguen las luces de la cocina

desde aquí.

—De eso se trata. Esos críos son unos demonios. Con un bebé recién nacido, la casa necesitará algo de tranquilidad.

—Oh, ya veo que habéis pensado en todo.

—Sí. Lo hemos hecho.

Durante unos segundos, solo se escuchan nuestros pasos aplastando las ramas secas y las hojas que cubren el suelo como una alfombra.

—Mason, ¿puedo preguntarte algo personal?

Mason no me devuelve la mirada, se limita a caminar con la cabeza bajada.

—Por poder, puedes. Otra cosa distinta es que yo te conteste.

Sonríe. *El señor Enigmático ataca de nuevo.*

—¿Por qué te metiste en el ejército? Nunca tuviste un patriotismo demasiado desarrollado, que yo recuerde.

Se detiene, deja caer mi mano y se gira de cara a mí. Su rostro se vuelve ausente, lejano, más hermoso e inaccesible que nunca. Cuando me miran de nuevo, sus ojos muestran ese brillo tan agónico que los vuelve irresistibles para mí. Sin ser capaz de contenerme, extiendo el brazo y le rozo la mejilla. Él, mirándome en silencio, hace un amago de sonrisa, pero incluso ese gesto resulta lejano.

—Lo había perdido todo y necesitaba algo en lo que creer —me contesta con la voz rasgada—. O puede que tal vez necesitara algo a lo que agarrarme para no volverme completamente loco.

—Entiendo —musito con un enorme nudo en la garganta.

La sonrisa que compone es casi imperceptible.

—¿Pensaste alguna vez en mí, Liv? —su voz suena apagada y hay un inmenso tormento en sus ojos—. ¿O en nosotros? Porque yo pensé en ti cada minuto de los últimos diez años.

Inspiro una profunda bocanada de aire antes de contestar.

—Todos los días de mi vida —confieso en un susurro—. Tú fuiste mi todo, Eric. Fuiste mi primer y único amor. A tu lado aprendí cómo

besar, me enseñaste a conducir, a pescar y... a hacer el amor. Pero hay algo que nunca aprendí de ti.

Los dedos de Mason me acarician la cara, demasiado cerca de mi boca.

—¿El qué? —susurra.

Hago una larga pausa.

—Nunca aprendí cómo olvidar lo nuestro. Debiste habérmelo enseñado también.

—¿Acaso podía enseñarte algo que ni yo mismo conozco?

—replica con un hilo de voz.

Se me acerca aún más, pero sin rozarme. Mi corazón comienza a latir tan fuerte que él debe de escucharlo. Con una mano, me coge suavemente el mentón y me levanta el rostro para poder mirarme a los ojos. Y cuando nuestras miradas se encuentran, todo lo demás desaparece. Las emociones reflejadas en ese azul son tan fuertes que borran de mi memoria los últimos diez años. Es así de sencillo: nunca han existido. De algún modo, esta noche hemos regresado al pasado y ahora estamos reviviéndolo como si nada hubiese sucedido.

—No puedo mantener mis manos lejos de ti —susurra, con una mirada muy concentrada en los ojos.

Sus palmas recorren mis hombros, mi rostro, mi cintura, como si realmente no pudieran mantenerse alejadas.

—¿Y por qué has de hacerlo?

Medio sonriendo, me sujeta la nuca con una mano y atrae mi boca hacia la suya. El beso de sus labios es ardiente, muy carnal, cargado de emoción. La presión de sus dedos me quema la piel, me incendia, me hace perder todas las inhibiciones. A medida que transcurren los instantes, me vuelvo cada vez más hambrienta, demando cada vez más. Ese modo de besarme despierta en mí una necesidad tan fuerte que soy incapaz de controlar, así que sencillamente dejo que su pasión me arrastre hacia las profundidades. *¿Qué más da que me hunda si él estará conmigo?*

—Liv, soy incapaz de sacarte de mi cabeza... no puedo olvidar tu sabor... —murmura antes de volver a precipitarse sobre mi boca.

Todas las fibras de mi cuerpo vibran de placer ante la lasciva invasión de su lengua, y yo me hundo cada vez con más y más rapidez, me deslizo hacia abajo, cedo, me libero de todo y me pierdo en este momento. Por encima de nuestras cabezas, la luna contempla, furtiva y silenciosa, cómo nuestras bocas se devoran la una a la otra, cómo sus manos se arrastran por mi cuerpo y mis manos se arrastran por el suyo. Nos besamos y nos acariciamos casi con desesperación, ocultos por sombras alumbradas solamente por el fuego de su mirada. Sí, estoy precipitándome hacia el vacío, pero lo hago entre sus brazos, y eso es lo extraordinario de hundirse.

—No vuelvas a irte. No lo soportaría otra vez.

—Mason...

—No, no hables. Solo bésame.

Mientras reclama mi boca, su cuerpo se apoya contra el mío, lo que me permite sentir su potente erección. Sin saber muy bien lo que estoy haciendo, deslizo los dedos entre nosotros dos, le bajo la cremallera del pantalón y atrapo su miembro erecto, empezando a acariciarlo despacio. Mason gime, y su cuerpo es recorrido por un estremecimiento tan fuerte como el que baja por mi columna vertebral.

—Tenías que ser tú —se detiene y busca mis ojos—. Tenías que serlo.

Con el rostro devastado de excitación, me empuja hacia atrás y me apoya contra el tronco de un árbol. Emplea los labios para besar mi cuello, la lengua para lamerlo y los dientes para arañarme la piel. Nunca había sentido nada parecido, ni siquiera con él. Me retuerzo bajo la presión de su cuerpo y empiezo a acariciar su miembro con algo más de intensidad, fascinada por el modo que tiene de tensarse dentro de mi mano.

Aparta la tela del vestido y desliza la boca por mi pecho hasta que sus labios tocan mis pezones. Se me escapa un gemido de placer

cuando rodea uno, se lo mete muy adentro en la boca y empieza a succionarlo con fuerza. Me arqueo hacia él, incapaz de hacer más que disfrutar de las sensaciones que su experta boca despierta dentro de mí.

—Dios, deja de tocarme o te tomaré aquí mismo —jadea contra mi boca, parándose de repente—. No quiero que me odies mañana.

Sus palabras y sus manos me apartan, sin embargo, el ardiente destello de sus ojos me atrae irresistiblemente. Me lanzo sobre sus labios, le meto la lengua dentro y lo beso con pasión y un desenfrenado deseo. No me importan las consecuencias, ni los remordimientos que puedan invadirme mañana. Ahora solo quiero sentir a Mason en mi interior, alimentarme de sus besos. He estado privándome, muriéndome de hambre en todo este tiempo, pero esta noche pienso saciarme.

—Te prometo que no te odiaré —exhalo—. Ahora fóllame.

Entrecierra los ojos. Parece excitado y turbado a la vez, y yo, sinceramente, nunca he visto algo tan hermoso como él.

—Quise hacerme el caballero, pero tú te lo has buscado, bichín.

Las manos de Mason se introducen por debajo de mi vestido y se deslizan sobre mis muslos, subiendo y bajando. Grito cuando sus dedos empiezan a presionar sobre mi sexo, antes de resbalar dentro. Se abalanza sobre mi boca y, besándome como un loco, me penetra con los dedos, adentro y afuera.

—Mason, estoy a punto de explotar.

Su arrogante sonrisa se asoma durante unos instantes.

—Mmmm, eso es bueno —su voz ha descendido varias octavas y es tan profunda, está tan cargada de excitación...

—Oh, Dios, es mucho más que bueno.

Con el pulgar me presiona el clítoris mientras dos de sus dedos me acarician el interior de forma lenta. Yo, moviendo las caderas, cierro los ojos, empiezo a respirar aceleradamente y lo beso de modo aún más pasional que antes.

—Olivia.

—¿Mmmm?

—Quiero sentir cómo te corres con mis dedos dentro —murmura su boca al mismo tiempo que sus dedos se clavan aún más hondo—. He echado mucho de menos sentirte.

Grito, contrayéndome alrededor de su dulce invasión, y deslizo la lengua por la áspera barba que cubre su barbilla.

—Dios, Mason...

Con la mano que le queda libre, me rodea un pecho y empieza a acariciarlo, frotando el pezón entre sus dedos.

—Mason... —gimo.

—Noto cómo te contraes. No te resistas a esto.

—Oh, Dios...

Balanceo las caderas contra su mano, a punto de estallar en miles de pedazos.

—¡Liv! ¡Mason! ¿Dónde os habéis metido? ¡Ya he acabado el chili!

Tommy no podía ser más inoportuno. Los dedos de Mason se detienen, su boca se aparta de la mía y mi orgasmo retrocede. ¡Maldita sea, Tommy!

—Merda, se me había olvidado el puto chili —lanza unas cuantas fulminantes maldiciones entre dientes—. ¡Estamos bajando, Tommy! ¡Danos unos minutos!

—Pero que sean pocos. Estoy muerto de hambre.

Mason resopla y sus brillantes ojos buscan a los míos a través de la oscuridad.

—Tenemos que volver —me dice, apretando la mandíbula de disgusto—. Una pena. Esto estaba poniéndose muy interesante.

Sus dedos, aún en mi interior, empiezan a moverse en círculos.

—Qué... ¿qué estás haciendo? —tartamudeo.

Él sonrío travieso, antes de bajar los labios por mi pecho hasta clavarme los dientes en un pezón. Mis ojos se entrecierran de un modo involuntario y mi mente está tan nublada de excitación que no soy

capaz de pensar con claridad.

—Cuando yo empiezo algo, lo acabo, Olivia. Es cuestión de principios. No quisiera que te quedaras con la impresión de que no sé cómo satisfacerte.

Oh, Dios... Desde luego, satisfacerme sí que sabe cómo hacerlo.

Su lengua se mueve en lánguidos círculos sobre mi pezón, mientras sus dedos entran y salen de mí. Me contoneo contra su mano, me agarro a sus brazos y le clavo las uñas en los tensos músculos. Un arrasador orgasmo empieza a enroscarse en mi interior. La presión aumenta y aumenta hasta que estallo, entre jadeos y gritos de puro placer. Mi cuerpo es sacudido por temblores, como si estuviese sufriendo convulsiones febriles. Mason me clava los dedos otra vez, muy adentro, y yo vuelvo a gritar.

—Ahora me debes un favor, bichín —me susurra, con mirada juguetona—. Y yo siempre me cobro los favores. También es cuestión de principios.

En cuanto cobro consciencia sobre lo que acaba de pasar, comienzo a sentirme dispersa.

—¿Qué me has hecho? —murmuro, buscando sus ojos.

Sonríe.

—Follarte con los dedos.

La exasperación que me invade me hace entornar los ojos.

—¡Eso ya lo sé, Mason! ¡Gracias! Lo que estoy preguntando es cómo demonios hemos acabado así.

Agarro su mano y le obligo a sacarla de entre mis piernas. Lo hace de mala gana. Con sus ojos sosteniendo los míos, se lleva los dedos a la boca y los chupa. Lo miro afectada mientras desliza la lengua por las yemas. El deseo está consumiéndome. Pese al intenso orgasmo que me ha provocado, mi hambre por él es más poderosa que nunca. Que me haya corrido no ha aplacado mi apetito. Solo lo ha multiplicado por mil.

—Mmmm, tan dulce como recordaba —ronronea—. ¿Nos vamos?

¡Y me tiende la mano, tan tranquilo!

Su sonrisa seductora revoluciona todas mis hormonas de un modo demasiado peligroso.

Vale, tengo que largarme de aquí ahora mismo, antes de hacer más estupideces de las que ya he hecho.

Haciendo caso omiso de su mano, le doy la espalda y empiezo a caminar cuesta abajo a grandes zancadas. Oigo una carcajada a mis espaldas, pero de ningún modo pienso detenerme. Cuanto más lejos esté de él, mejor. Acabo de comprobar que estar cerca es devastador.

—¿Estás segura de que puedes bajar sin mi ayuda? Hace un instante estaban temblándote las piernas.

—¡Eres un capullo!

Ríe de nuevo mientras arrastra los pies con desgana.

—¿Por qué estás tan cabreada, bichín?

—¡Te has aprovechado de mí!

En un abrir y cerrar de ojos, me alcanza, me agarra por los hombros y me detiene.

—¿En serio? ¿Eso piensas? —coge mi mano, la presiona contra su erección y, si bien yo intento retirarla, la mantiene ahí—. ¿Notas lo dura que está mi polla? Yo diría que la que se ha aprovechado has sido tú.

Hay que admitir que tiene su lógica. No tiene sentido que me cabreé con él cuando he sido yo misma la que ha iniciado todo esto. Él me besó, es cierto, pero fui yo la que empezó con las caricias prohibidas.

—Lo siento —murmuro, arrepentida—. No es culpa tuya. Soy yo. No tenía que haber permitido esto, pero lo hice. Y ahora me siento muy culpable.

Me alza la barbilla.

—Eh... Nada de remordimientos. Lo que hicimos ahí es lo correcto. Dejo escapar una risa de incredulidad.

—¿Lo correcto? ¿Crees que esto es lo correcto? ¡Estoy prometida!

—¡Y yo tengo novia! —exclama, alzando la voz—. ¿Y qué?
Me detengo y lo miro atónita.

—¿Tienes novia?!

Entrecierra los ojos, coge una profunda bocanada de aire y resopla.

—Sí, estoy saliendo con alguien, pero eso da igual —agarra mi cabeza con ambas manos y me mira con ojos torturados—. Liv, te quiero a ti.

—Oh, Dios, vamos de mal en peor.

Con una mano en su pecho, lo empuja hacia atrás. No puedo estar tan cerca de él ahora mismo. No puedo mirar esos ojos que parecen aún más azules en contraste con el cuello blanco de su camisa. No puedo ver sus labios, hinchados y aún húmedos, y no desear besarlos hasta quedarnos sin aliento.

—Oh, venga, Liv, deja de darle vueltas al asunto. Ahora estamos juntos y es lo que importa.

Me aparto de él, le doy la espalda y me echo el pelo hacia atrás con ambas manos.

—No me lo creo —musito para mí misma, con la cabeza entre las manos.

¡De verdad que no se puede caer más bajo! Es imposible. Estoy en el último escalón. No bastaba con haber traicionado la confianza de Darren, también he engañado a una mujer a quién ni siquiera conozco. Supongo que eso me convierte en una... ¿zorra?

Mason se coloca delante de mí y me obliga a mirar sus ojos, que brillan entre las sombras que ocultan su rostro.

—Liv, yo tenía una vida antes de que tú volvieras, pero estoy dispuesto a dejarlo todo por ti.

—No quiero que lo dejes todo por mí, ¿es que no lo ves? —le grito—. Una relación entre tú y yo no puede funcionar. ¿No te das cuenta de que somos tal para cual? Yo estoy engañando a mi prometido contigo y tú estás engañando a tu novia conmigo. ¡Dios!

¿Qué clase de personas harían eso?

Me coge la mano y la presiona contra su pecho, para que note los latidos de su corazón.

—Dos personas que se aman —susurra, muy serio.

—Dos personas que se aman... —repito, sacudiendo la cabeza—.

¿Y te has parado a pensar en la gente a quien nuestro amor está llevándose por delante?, ¿eh, Mason? Puede que ella te ame —mis ojos se cargan de amargas lágrimas ante esa idea—. Puede que esté ahora mismo esperando una llamada tuya o... ¡un mensaje! Dios, ¿cómo hemos podido hacerlo?

Mason suspira, me atrae a sus brazos y pega la frente contra la mía. Ya ni siquiera encuentro las fuerzas para apartarme, de modo que cuando me rodea en un fuerte abrazo, sencillamente me agarro a sus hombros y apoyo la cabeza en su hombro.

—Liv, no hemos podido evitarlo —me susurra mientras su mano me acaricia el pelo con suavidad—. Es evidente que lo que tú sientes por mí es igual de intenso que lo que yo siento por ti. ¿Cómo íbamos a poder reprimir nuestros sentimientos? No somos tan fuertes. ¡Por Dios, solo somos humanos!

—¿Así es cómo te consuelas a ti mismo?

Cierra los ojos.

—Te quiero. Te quiero muchísimo y por eso me parece correcto lo que acaba de pasar entre tú y yo. Puede que esté equivocado, puede que tú lleves razón en esta, pero no me importa —baja la mirada y me humedece los labios—. El amor puede ser egoísta, Liv. Y ciego. Muy ciego. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

—¡Mason! —chilla Rachel, con una furia que solo alguien tan embarazado podría sentir—. ¡Como no la traigas de vuelta en los próximos dos segundos, te juro por Dios que vais a cenar el pienso del perro!

No puedo evitar reírme ante esa amenaza y Mason, mirándome fijamente, también lo hace.

—Vámonos antes de que esa loca ponga en práctica sus amenazas. Ya hablaremos de esto luego.

Me coge de la mano y me arrastra cuesta abajo.

—No hay nada de lo que hablar —refunfuño, esforzándome por mantener el ritmo de sus zancadas.

—Eso está por ver, bichín.

Unos minutos después, entramos por la puerta trasera. En la cocina no hay nadie, así que cruzamos el pasillo en dirección al salón. Y ahí están los dos, sentados en la mesa.

—Ya iba siendo hora —espeta Rachel, quien nos mira con el ceño fruncido—. ¿Estuvisteis follando?!

Me ruborizo hasta la raíz del pelo. Mason, en cambio, ríe entre dientes. Esta noche luce malo, rebelde y completamente despreocupado. Ojalá yo dejase de parecer avergonzada, incómoda y tan frustrantemente excitada.

—¡Rachel! —protesto, rezando para que la indignación de mi voz disimule el bochorno—. ¡Claro que no!

—Pues tienes cara de haber estado follando —repone con sorna.

—Créeme, Rach, si hubiésemos estado follando, no habríamos regresado tan pronto —expone Mason mientras se deja caer en una silla, con sus largas piernas extendidas hacia delante.

—Me dejas más tranquila, Mason —mi amiga tiene la intención de fingir irritación, pero la expresión risueña que brilla en sus verdes pupilas no consigue engañar a nadie.

—Cariño, si han estado follando, no es asunto nuestro.

Rachel mira a su marido con cara de póker.

—¡No seas idiota! Somos sus amigos. ¡Claro que es asunto nuestro!

Tommy suelta una sonora risa.

—De acuerdo, amor. Es asunto nuestro. Dios me libre de llevarle la contraria —le susurra a Mason—. ¿Liv, vas a sentarte hoy o piensas cenar de pie?

Miro los oscuros ojos de Tommy, que sostienen a los míos, y sacudo la cabeza.

—No, claro que no. Voy a sentarme. Por supuesto. ¿Qué hay de cenar? —pregunto, para hablar de algo que no sea follar.

—¡Chili! —me gritan los tres.

Me ruborizo más violentamente aún. ¡Maldito Mason y sus caricias! Ahora mismo no recuerdo muy bien ni cómo me llamo.

—Claro. Se me había olvidado —murmuro, bajando la mirada hacia mi plato vacío.

Más que ver, siento la sonrisa socarrona de Mason.

—Sí, el aire puro de los bosques surte ese efecto en las personas —comenta mientras me sirve vino.

Agarro la copa y me la termino de golpe. Rachel alza una ceja, rubia y perfilada, a modo de interrogación, pero no dice nada. Mason me echa otra copa. También me la bebo. ¡Qué demonios! Ya que soy una zorra infiel, al menos puedo desmelenarme. Ahora seré una zorra infiel y alcohólica, gracias a Mason. Siempre he sabido que este muchacho suponía una nefasta influencia para mí.

—Oh, ¿y el aire puro de los bosques también da sed? —quiere saber Tommy, cuya expresión me dice que no se ha tragado en absoluto lo de que solo hemos estado paseando.

—Hemos caminado tanto que me he deshidratado —explico, intentando eludir la mirada de Mason.

Tommy me guiña un ojo con gesto pícaro. No, no se lo ha tragado.

—Claro, de caminar estáis tan nerviosos. Voy a traer el chili, a ver si eso os tranquiliza a los dos.

Se pone en pie, camina hacia la puerta y desaparece de mi campo visual.

—Lo que daría yo por tomar una copa —comenta Rachel con aire melancólico—. ¿Te acuerdas de ese día cuando nos emborrachamos con licor de chocolate? —pregunta, mirándome.

Pongo mueca de asco.

—¿Que si me acuerdo?! Creo que aún tengo el estómago revuelto.

Mason, sentado junto a mí, se ríe.

—¿Cuándo fue eso? Nunca me lo habéis contado.

—Amí, sí —dice Tommy mientras entra con la olla entre las manos—. Tenían quince años.

Empieza a llenar nuestros platos y yo ya no puedo evitar babear. Esto huele de maravilla.

—¿Quince años? ¿Fue antes o después de besarnos?

Se me cae el panecillo de la mano. ¡Qué hombre, este! ¿Por qué tiene que hacer mención a nuestros besos?

—Fue antes —contesta Rachel, ya que yo no encuentro las palabras—. En su cumpleaños.

Mason, sin hacerle ni caso a su humeante plato de chili, se cruza de brazos y me mira con una ceja alzada.

—Así que te cogiste la primera cogorza con alguien que no fui yo.
¿Parece ofendido?

Suelto la cuchara y le lanzo una sonrisa dulce.

—Ya ves, Mason. Es imposible ser el primero en todo.

Tommy y Rachel se ríen a carcajadas mientras los ojos de Mason atrapan los míos y los sostienen con mucha intensidad.

—Gracias a Dios, he sido el primero en los asuntos más importantes —me susurra, acariciándome la parte interna del muslo.

Pego un brinco que hace que las copas se muevan ligeramente. Tommy levanta la mirada de su plato y me observa con mucha atención.

—¿Estás bien, Liv? —pregunta Mason con inocencia.

Muevo la cabeza hacia él y le dedico una mirada fulminante.

—Perfectamente, Mason. Gracias por preguntar —contesto entre dientes.

Durante los siguientes minutos intento concentrarme en mi comida, que es deliciosa, tal y como Tommy ha prometido. Y casi acabo el plato. Pero entonces la mano de Mason sube de nuevo por mi pierna a ritmo

lento y la comida pierde todo interés para mí. Esta vez ya no se detiene como antes, sino que me roza con un dedo la fina tela de las bragas. Sé que estoy aún mojada después del episodio en el bosque, y por la sonrisa felina de Mason, sé que él también lo ha notado. *Oh, Dios...*

—Liv, tienes que contarnos cosas sobre Washington —pide Rachel mientras se acaba la ensalada que su marido le ha preparado, ya que en *su estado*, según él, no puede comer chili—. ¿Cómo es?

—Caliente —es lo más brillante que se me ocurre decir.

Mason tose para disimular la risa.

—Así que caliente, ¿eh? —parece de lo más divertido, el muy capullo—. De una escala de uno a diez, ¿cómo de caliente está Washington?

Mientras pregunta aquello, su dedo me roza el clítoris a través de las bragas. Lo miro con mala cara y él alza ambas cejas, como apremiándome a que le conteste.

—Un quince —digo con sequedad, antes de agarrar su mano y obligarle a parar.

Les dedica a nuestros amigos una sonrisa encantadora y yo decido que lo más inteligente que puedo hacer es acabar mi plato. Puede que con una severa indigestión no me pase la noche fantaseando con las manos y los labios de Mason acariciando mi cuerpo. Además, si sufro una indigestión, me la habré merecido por ser una zorra infiel. Oh, y alcohólica.

—Ya la habéis escuchado, chicos. Hace mucho calor por esas tierras. Yo personalmente prefiero el clima de montaña. No hay nada más romántico que hacer el amor delante de la chimenea —añade, mirándome de reojo.

El chili se me queda atascado en la garganta y empiezo a toser. Mason, sin embargo, prosigue.

—Y claro, en Washington no hay chimeneas, ya que es una ciudad... *caliente*.

—Bueno, ¿y cómo es que vais a por el tercer hijo? —les pregunto

a Rachel y a Tommy, deseosa de cambiar de tema de una vez por todas.

Mi mente no hace más que mandarme imágenes de Mason y yo haciéndolo delante de las chimeneas.

—Las chimeneas, Liv —responde él, dándole unas cuantas palmaditas a mi mano por encima de la mesa—. Las chimeneas. Parece mentira que no lo sepas.

—Eso es. Las chimeneas —corroborra Rachel entre risas, guiñándole un ojo a su apuesto marido.

Cuando al fin Tommy cambia de tema, no puedo hacer más que darle las gracias hacia mis adentros. Ahora la conversación gira en torno a su trabajo. Al ser ingeniero de caminos, le toca viajar mucho y conocer toda clase de sitios espectaculares.

—Ya lo ves, Liv. Tommy es como tú —comenta Rachel mientras me sirve un trozo de la tarta de chocolate de mi madre—. Los dos sois unos trotamundos.

Sin replicar, me introduzco en la boca una cuchara llena de crema de chocolate y dejo que se derrita despacio en mi paladar. Su sabor es tan intenso que casi gimo de placer. Debo de haber puesto cara de estar experimentando alguna especie de éxtasis, porque Mason se queda mirándome con unos ojos tan oscurecidos que parece a punto de arrancarme el vestido y hacérmelo aquí mismo, encima de la mesa. Avergonzada, me apresuro a desviar la mirada. Lo que menos pretendía era provocarle aún más.

—Amí algunas veces me gustaría dejarlo todo e irme con él —prosigue Rachel, ajena a nosotros dos—, pero con los niños es imposible. Esta noche los he dejado donde mi madre y han estado llorando media hora, los pobrecitos. Como para dejarlos durante meses...

—Sí, bueno, ver el mundo tiene su encanto, he de admitirlo. Pero algunas veces echo de menos lo que tienes tú, Rach.

Todas las miradas se giran hacia mí, menos la de Mason, que ya estaba clavada en mi rostro.

—¿Y qué es lo que tengo yo?

Con una sonrisa apenas perceptible, empleo la cuchara para señalar lo que nos rodea.

—Esto. Una familia. Amigos.

Intento mantener los ojos apartados de los de Mason tanto como me es posible, pero tan fuerte resulta su magnetismo que acabo buscándolos a través del aire. Cuando al fin los encuentro, me quedo anclada a ellos, sorprendida por todas las emociones que muestran. Ese penetrante azul es demasiado hipnótico como para poder mirar cualquier otra cosa.

—¿Tú no tienes amigos, bichín? —susurra con voz aterciopelada. Sumergida en su mirada, sacudo la cabeza.

—No. Están los amigos de Darren, claro, pero no es lo mismo. Mis amigos están aquí.

La sonrisa de Mason se desvanece.

—No eres feliz con él.

Y no es una pregunta.

—No, no es eso —me apresuro a negarlo—. Es solo que a veces... me siento sola. Añoro... algo, no sé el qué. Hay algo que siento que me falta, pero ni puedo identificarlo, ni puedo encontrarlo. Creo que debí de tenerlo en algún momento, tal vez lo haya perdido, no lo sé.

Me quedo con la mirada perdida en el vacío, enfrascada en mis pensamientos.

—El amor —observa Tommy—. Lo que no puedes encontrar es el amor.

Todo mi mundo se detiene. Con deliberada lentitud, alzo la mirada hasta encontrar sus ojos. ¿El amor? Eso no es posible. Yo no echo de menos el amor. Quiero a Darren. No como a Mason, claro, pero le quiero.

—No, eso es imposible —compongo una vacilante sonrisa—. El amor lo tengo. Lo que echo de menos es algo que me falta.

—Lo que tienes no es amor, Liv —señala Rachel—. Confundes los

sentimientos. Cuando estás con el hombre al que amas con locura, no anhelas más que su presencia, créeme.

Se gira hacia Tommy y le sonríe con ternura. Con la garganta seca, miro cómo él le coge la mano por encima de la mesa y le besa los nudillos. Lo que brilla en los ojos de Tommy, eso es amor. Desplazo la mirada hacia Mason y evalúo sus ojos con mucha atención. Él me mira como si en toda su vida no hubiera visto algo más fascinante que mi persona. No necesito ver mi reflejo para saber que yo estoy mirándole a él del mismo modo. ¡Eso es amor! Y entonces, recuerdo el modo en el que Darren y yo nos miramos. Puede que lo que haya entre nosotros sea amistad, tal vez cariño, algunas veces, lujuria, pero de ningún modo es amor. Porque el amor es esto, lo que fluye entre Mason y yo de un modo tan natural, tan sencillo. El sentimiento que nos une a nosotros dos es tan sólido como las montañas que nos rodean. Nada lo puede echar abajo. Puede que pasen milenios, puede que nos separen miles de kilómetros, pero ni el tiempo ni la distancia lo harán disminuir. Nuestro amor siempre perdurará tan resistente e inamovible como las Montañas Rocosas.

—¿Y te ha gustado la cabaña? —la voz de Tommy me saca de mis reflexiones.

—¿La cabaña? —murmuro, sin saber a qué se refiere—. ¡Oh, la cabaña! —exclamo cuando recuerdo a qué habíamos ido al bosque Mason y yo. *Y no, Liv, no fuisteis a follar*—. Es... extraordinaria.

Rachel bufa.

—¡¿Extraordinaria?! —repite incrédula—. ¿Estamos hablando de los mismos cuatro troncos de madera a los que estos dos le han fijado cuatro clavos para poder luego pavonearse como si hubiesen construido el mismísimo Palacio de Versalles?

Me ruborizo. ¡Maldita sea! ¿Cómo iba a saberlo yo si no he visto la maldita cabaña?

—Bueno, a mí me ha parecido extraordinaria. Siempre he querido tener una cabaña —musito a modo de explicación.

—¡Pero qué dices! ¡Nunca has querido tener una cabaña! —me recuerda Rachel en tono chillón—. Cuando tu padre quiso construirnos una en ese viejo nogal de detrás de tu ventana, dijiste que las cabañas eran para los gitanos como Eric Mason.

Una profunda risa escapa del macizo pecho del aludido.

—¿Eso dijo? —pregunta, mirando primero a Rachel, y luego a mí. Ella asiente.

—Eso dijo. Claro que eso fue antes de que la besaras. Luego te convertiste en un héroe para ella.

Por unos instantes, Mason se queda abstraído, mirando hacia la nada.

—Lo hice, ¿verdad?

—Tío, ya te digo que lo hiciste —confirma Tommy—. En todo el pueblo no se hablaba más que de cómo te miraba Liv cada vez que os encontrabais.

Mason mueve la mirada hacia mí y me contempla sumido en una estremecedora concentración. Yo ni me atrevo a respirar, no vaya a ser que toda esa devoción que veo en sus ojos desaparezca.

—¿Y cómo me miraba? —no me lo pregunta a mí, sin embargo, sus ojos no se apartan de los míos.

—Como si fueras el único rayo de sol en un mundo lleno de oscuridad —contesta Rachel.

Trago en seco. Creo que esa descripción se ciñe bastante a la realidad.

—Es así como solía mirarme, ¿verdad? —pregunta, con un atisbo de dolor impregnando su voz.

—¡¿Solía?! —la incrédula voz de Rachel resulta un poco más chillona de lo habitual—. Eric, yo diría que está mirándote así en este momento.

Se queda callado, evaluándome con sus hermosos, hipnóticos ojos.

—Sí, yo también lo diría —asiente tras un largo silencio.

Hago un esfuerzo por recobrar la compostura, o al menos el aliento, pero no lo consigo. Sus ojos interfieren en mis planes y yo solo puedo perderme en sus profundidades.

—¿Por qué no fregamos juntos los platos? —me sugiere de pronto—. Ellos ya han puesto la cena. Luego puedo llevarte a casa... si quieres, claro.

Muevo la cabeza.

—No hará falta. He traído mi coche.

—Mmmm. Bueno. ¿Podemos al menos fregar juntos los platos?

—¡Debéis fregar los platos! Yo hice el chili y Rachel... bueno, en realidad, ella solo estuvo quejándose, como siempre. Que si la casa olía demasiado a comida, que si hacer chili era mala idea, que si las bombillas que puse ayer no alumbran lo bastante...

—¡Eres gilipollas, Tommy! No sé por qué cojones me casé contigo.

—Eh, ¿porque me amas con locura?

—En esta tienes razón —asiente ella mientras se acerca para besarle.

Los miro sonriendo. Es agradable ver a dos personas que se aman de este modo y que son felices juntas.

Ajeno a nuestros amigos, Mason se pone en pie y me ofrece la mano. Dudo sobre si cogerla o no. Sé que si lo toco en este instante, si dejo que el calor de su piel se propague por mi cuerpo, va a ser muy difícil separarme luego de él.

Pasan los instantes y él aún aguarda con el brazo extendido. Por cómo me mira, no tiene pensado ceder. En algún momento de la noche se ha desabotonado el cuello de la camisa, se ha quitado la chaqueta y se ha subido las mangas. Ahora sí parece el Mason al que yo conozco. Mi Mason.

Tuerce el gesto mientras sigue esperando a que coja su mano.

—Podemos estar así toda la noche, Liv. No voy a rendirme. Esta vez no cometeré los errores del pasado.

No, claro que no va a rendirse. ¿Acaso quiero yo que se rinda?

No, por supuesto que no quiero. Esto era lo que había perdido, lo que había estado buscando durante los últimos diez años por los rincones más peligrosos del mundo; esto era lo que nunca hasta hoy pude identificar. Era Mason. Quería tocarle, besarle, encontrarle. Aél. Solo quería estar a su lado.

Sumida en una silenciosa melancolía, cojo su mano, en absoluto sorprendida de comprobar que su roce está quemándome. Sabía que iba a abrasarme por dentro, pero la cojo igualmente. La cojo porque, cuando estoy a su lado, todo lo demás carece de sentido. Solo estamos Mason y yo. Esto siempre ha sido así y supongo que hay cosas que nunca van a cambiar.

Callado, me conduce hacia la cocina. Como una autómatas, me desplazo hacia el fregadero, cojo la esponja y empiezo a enjuagar los platos. Mason camina hacia mí, noto el calor que desprende su cuerpo a mis espaldas.

—Deja eso —me pide con suavidad.

Sacudo la cabeza.

—Aesto hemos venido, ¿no? Afregar los platos. ¡Pues freguemos los jodidos platos!

Sus cálidas manos se posan sobre las mías, me quitan el plato y la esponja y me hacen volverme hacia él.

—¿Qué pasa, Liv? —pregunta, sujetándome por los hombros.

Desconcertado por el brillo agónico que muestra mi mirada, me evalúa fijamente.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

—Estoy demasiado cerca de ti —murmuro.

Hago ademán de evadir la intensidad de sus ojos, pero me agarra el mentón y me sostiene el rostro alzado.

—¿Y eso es malo?

Entrecierro los ojos.

—Es malo para mí. Mason, no puedo estar tan cerca de ti ahora. No puedo sentir lo que estoy sintiendo en este momento.

Sin permitirme escapar de su contacto visual, arrastra la punta de su dedo índice por mi labio inferior.

—¿Y qué es lo que sientes en este momento, Olivia? —susurra distraído.

Hago una larga pausa. Mirándolo a los ojos, extendiendo el brazo y acaricio su mandíbula, pasando las yemas por encima de su raspante barba.

—Siento que si me besaras ahora, no sería capaz de parar jamás —mi voz se va apagando hacia el final de la frase.

Toma mi cabeza entre las manos y sonríe débilmente.

—¿Y por qué deberíamos parar, amor mío?

Me arrastra hacia él, tomando mi boca con un beso intenso, largo, lascivo; muy pasional. La excitación me invade de golpe cuando sus manos me agarran la cintura para asegurarse de que estoy bien pegada a su cuerpo. Y lo estoy. Tan cerca estamos que su calor invade cada fibra de mi cuerpo y mi corazón late tan enloquecido como el suyo. Nadie me ha besado nunca así. Nadie me besará nunca así.

Mientras su lengua se hunde una y otra vez en las profundidades de mi boca, pone las manos sobre mis caderas y me presiona contra él, contra su erección. Un lánguido gemido escapa a través de mis labios.

—Me gustaría hacerte gemir de muchos otros modos más —me susurra.

Con la ayuda de su mano, me echa el pelo hacia atrás y apoya los labios en mi cuello. Cerrando los ojos, echo la cabeza hacia atrás, lo que le permite deslizar la lengua por mi piel, arriba y abajo.

—Desearía que estuvieras entre mis brazos el resto de mi vida —murmuran sus labios, antes de rozar con suavidad los míos—. Desearía que pudiéramos retomar las cosas donde las dejamos. Pero dijiste que no podemos revivir el pasado.

Y se aparta. Abro los ojos de golpe y lo miro. Como si nada hubiera sucedido, como si ignorara mi evidente excitación, empieza a fregar los platos. No doy crédito.

—Mason, ¿qué estás haciendo? —mascullo a sus espaldas, irritada.

Me dedica una sonrisa traviesa.

—Fregar los cacharos. ¿Es que no lo ves, Liv?

Oleadas de intensa furia se estrellan contra mi mente y yo no tengo intención alguna de pararlas.

—¿A qué coño estás jugando conmigo? Te abalanzas sobre mí, me besas como nunca me han besado y luego... ¡¿friegas los cacharos?!

Se encoje de hombros con desdén.

—Bueno, yo solo intentaba seducirte sin dártelo todo desde el principio. Así me aseguro de que mañana querrás volver a verme.

Lo miro enervada.

—Hay un nombre para definir a las personas como tú, Mason.

Suelta el plato, se seca las manos con un trapo y se gira de cara a mí. Se cruza de brazos.

—¿En serio? ¿Y cuál es ese nombre? —pregunta con una detestable sonrisa curvando sus labios.

—¡Calientabragas! —esa respuesta brota de mis labios antes de que me dé tiempo a reflexionar sobre lo que estoy diciendo.

Suelta una suave carcajada.

—Me han llamado de todo, pero esta es nueva. ¡Calientabragas! —y vuelve a reírse.

Fuera de mis casillas, le doy la espalda y salgo por la puerta. ¡Que friegue solo los estúpidos cacharos!

—Te veo mañana, Olivia —grita a mis espaldas, y por su voz me doy cuenta de lo mucho que le divierte mi cabreo.

—¡Vete al demonio!

Rachel y Tommy, abrazados en el sofá, me miran interrogantes.

—¿Qué ha pasado?

—El amigo de tu marido es un gilipollas. Y yo me largo. Gracias por el chili, Tommy. Estaba realmente delicioso.

Me inclino sobre ellos y les doy un beso a cada uno.

—Me sale mejor que el de Mason, ¿a que sí? —pregunta Tommy mientras ya estoy de camino hacia el vestíbulo.

—Nunca he probado el de Mason.

—Lo harás, bichín —me grita él desde la cocina.

Le dedico dos peinetas, consciente de que no puede verme a través del muro. Pero hace que me sienta mejor conmigo misma.

—¡Buenas noches! —grito antes de salir.

Conduzco de camino a casa maldiciendo a Mason por dejarme tan frustrantemente excitada. Cuando entro por la puerta, me encuentro a mis padres en el sofá, cada uno absorto en su lectura.

—Estábamos esperándote, bichín —dice papá mientras deja su libro encima de la mesilla—. ¿Qué tal la velada?

Tengo ganas de rugir miles de blasfemias, pero me controlo y, como la buena hija que soy, tomo asiento en una butaca enfrente del sofá, acepto el té que me ofrece mi madre y me invento una historia sobre una velada completamente distinta, en la que Mason ni siquiera aparece.

Al cabo de media hora, decido irme a la cama. Nada penetra la densa oscuridad de mi habitación, salvo algún que otro rayo de la luna, que se arrastra por la ventana. Boca arriba en la cama, empiezo a pensar. Omito deliberadamente lo que ha sucedido esta noche, omito la existencia de Mason, y pienso en Darren. Intento recordar lo que sentía cada vez que Darren me besaba, en cómo sus ojos sostenían a los míos en alguna de nuestras charlas políticas, en cómo se reía. No recuerdo nada. Solo puedo sentir los besos de Mason, sus ojos, sus carcajadas. Como siempre, solo puedo verle a él dentro de mi mente. Son sus ojos los que me atormentan. En mis sueños, sus ojos están clavados en los míos, acusatorios, terribles, pero tan atrayentes a la vez.

Y yo solo puedo caminar hacia ellos.

Capítulo 4

Al día siguiente, no sé cómo, pero me despierto por mi propia voluntad a las siete de la mañana. Apenas ha salido el sol cuando entro por la puerta de la cocina. Mi madre, por supuesto, ya está enredando, correteando de un sitio al otro, metiendo y sacando bandejas de *muffins* del horno. ¿Para qué demonios hace tantos? Ya hay como quince bandejas esparcidas por la mesa, la encimera, encima de la nevera. Incluso hay varias cajas llenas ocupando las sillas.

—Vamos, cariñito, date prisa. Tenemos que irnos.

Suspiro, sin devolverle la sonrisa, y me encamino hacia la encimera para echarme una taza de café. Detesto que la gente se ande con prisas antes de que me haya dado tiempo a tomar al menos unas gotas de café.

—¿Mamá, quieres explicarme por qué está la cocina llena de *muffins*?

Tomando un sorbo de café, me dejo caer en una silla alta que retiro de debajo de la isleta (la única silla libre de *muffins*) y agarro un *muffin* de chocolate para darle un buen mordisco.

—Hoy se inaugura el mercado medieval —comenta mientras introduce unas bandejas llenas en un par de cajas de cartón.

—¿Y?

Contemplo horrorizada la expresión de complacencia que muestra su rostro. Esto es malo. Lo veo venir.

—¡Y tenemos un puesto para vender los *muffins*! —exclama, dando palmaditas de emoción.

¡Ay, Dios!

—¿Cómo que *tenemos*? Querrás decir que tienes.

Me lanza un delantal a la cara. No lo veo venir, de modo que me golpea en toda la nariz.

—Tenemos. Anda, pónelo de prisa que llegamos tarde. Papá ya está ahí guardándonos el sitio.

Juro hacia mis adentros. Dudo mucho de que la mirada fulminante

que le dedico sea capaz de reflejar toda la ira homicida que me invade solo de visualizarme a mí misma, la famosa periodista Olivia Novak, poseedora de un Pulitzer, célebre aventurera que ha dedicado la última década de su vida a transmitir en directo desde las zonas más peligrosas del mundo, ¡vendiendo *muffins* en un mercadillo medieval! Y encima, llevando un delantal rosa en el que se lee, en enormes letras rojas: *Gracealicious, los mejores muffins de Vail*.

—¿*Gracealicious*? —pregunto en tono burlón.

—¿Aqué soy muy creativa?

—El colmo de la creatividad —mascullo secamente.

Mi madre, sin captar mi ironía, carga una caja y sale por la puerta trasera. Vuelve y repite la operación.

—Date prisa con ese desayuno. En diez minutos salimos.

—Y yo que fantaseaba con darme una ducha...

—Pues dúchate y te tomas un café ahí. Fiona tiene un puesto de cafés y té y Rosie uno de quesos.

Maravilloso. Y encima pasaré el día con la mortífera trinidad. ¿Qué más puede sucederme hoy?

—Por cierto, ha llamado Romeo. Dice que esta noche se pasará por casa para que ensayéis unas escenas.

¡He ahí la respuesta!

—Dile que las ensaye solo.

—Se adelantó a tus negativas, diciendo que es imposible hacerlo por separado. En esas escenas, Romeo debe besar a Julieta. Con lo cual, tenéis que hacerlo juntos.

Si no chillo solo es porque he decidido dejar de exteriorizar mi ira. ¿Para qué? Total, de nada sirve. Tanto mi madre como *Romeo*, harán lo que les da la gana.

—Voy a ducharme —anuncio, con el ceño fruncido de disgusto.

Tras una ducha breve con agua casi fría (no tengo ni tiempo para esperar a que suba el agua caliente), me pongo los primeros vaqueros que encuentro en el armario. Me peino rápido, sin secarme el pelo, me

echo un poco de maquillaje y un pintalabios beige, y bajo la escalera para responder a las llamadas de mi madre, que lleva cinco minutos chillando algo sobre mi falta de puntualidad.

—Ya iba siendo hora. Ayúdame a cargar las demás cajas.

Poniendo los ojos en blanco a sus espaldas, agarro una caja y la sigo de camino al coche.

—¿Mamá, cuántos *muffins* piensas que van a entrar en un Mini?

—Un par de cajas, nada más. Por eso vamos a cargar estas en tu coche. Cuando hayamos llegado, ya mandaremos a papá a por las demás. En su camioneta deberían entrar.

Cargamos ambos coches, cerramos la puerta de la entrada y nos vamos. Al cabo de unos diez minutos, descubro que, si bien aún es muy temprano, todo el pueblo está figgando por el mercadillo. En los sitios como Vail hay pocas diversiones, por eso cuando se organiza un evento así, acuden todos, pequeños y mayores.

—¡Liv, cariño! —canturrea Fiona, una mujer alta y delgada, de cabellos cortos y blancos, quien se acerca para ofrecerme un vaso de té caliente—. ¡Pero qué guapa estás! No te has estropeado en absoluto.

—Gracias por el té. ¿Estropeado? —frunzo el ceño. *¿Qué quiere decir con estropeado?*—Eh, no, supongo que no.

Alza su té como si quisiera hacer un brindis por eso.

—Esto está muy bien. Supongo que ya habrás vuelto con Eric, claro. Ese diablo lleva años rompiendo corazones por culpa tuya.

Claro, ahora es culpa mía que el sheriff sea un mujeriego. ¡Hay que fastidiarse! Compongo una sonrisilla adorable para tranquilizarla. Su gesto había empezado a agravarse al darse cuenta de la mueca de desagrado que he conformado con los labios al escuchar su referencia al vasto currículo sexual de Mason.

—Lo que haya hecho Mason en la última década no es de mi incumbencia. Y no, no hemos vuelto, ni pensamos hacerlo. Yo estoy prometida con otro hombre. ¡Y bien feliz que me hace!

Tomo un sorbo de té, que me sirve tanto para entrar en calor, como para eludir la escrutadora mirada de Fiona, en la que he percibido un suave destello de incredulidad.

—Ah, sí, eso dijo tu madre. Pero, Liv, cariño, ese otro hombre no te quiere.

Debe de percatarse del cambio realizado en la expresión de mi rostro, pero se comporta como si no lo hubiese visto, y me sonrío de un modo tan encantador que me entran ganas de tirarle el té a la cara solo para borrarle esa sonrisilla. ¿Qué sabrá una señora cotilla sobre mi vida en Washington y sobre los sentimientos de Darren hacia mí? ¿Y por qué demonios me saca tanto de mis casillas esta conversación?

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión sin tan siquiera conocerle, si se me permite el atrevimiento de preguntar? —pregunto con un tono de voz rayano en la ira.

Ella sonrío ante la mordacidad de mi pregunta.

—Precisamente por eso. Porque no lo he conocido. Liv, un hombre que te quiere, te sigue a todas partes. Como ese —añade serena, señalando con la cabeza algo a mis espaldas.

Giro sobre los talones y me encuentro con que Mason, vestido de *sheriff*, está mirándome. Sostengo su mirada, esperando a que sea él el primero en apartarla, sin embargo, sus ojos no solo no se apartan de los míos, sino que los estudian con tanta concentración que me empiezan a temblar las manos. Carraspeando para aclararme la garganta, que, a pesar del té que estoy bebiendo, se me ha secado, le doy la espalda y me vuelvo de nuevo hacia Fiona.

—¿Has visto cómo te mira? Eso es amor, Olivia.

No consigo reprimir la excitación que palpita en mi interior. Estoy experimentando sentimientos muy contradictorios. Antes de ver a Mason, me habían poseído todas las furias de Satán y, sinceramente, la integridad física de Fiona habría estado en serio peligro si hubiese seguido hablándome sobre las conquistas del *sheriff* y la falta de sentimientos de mi prometido.

En cambio ahora, tras haber cruzado una sola mirada con Mason, lo único que siento es un agradable cosquilleo partiendo desde mi estómago y recorriendo todas las venas de mi cuerpo. Ninguna otra cosa tiene ya importancia.

—Ya, bueno —me engancho el pelo tras las orejas—. Si tú lo dices... Por cierto, ¿dónde está Rosie?

—Oh, su puesto de quesos está justo ahí. Detrás de Mason. ¿Quieres que vayamos a saludarla?

—¡No! —grito horrorizada—. Luego, luego —compongo otra sonrisa tranquilizadora—. Aún no he visto a papá.

—Mira, por ahí viene —señala.

Sigo la dirección de su mano y veo a mi padre acercándose a nosotras, con vaqueros, camisa verde de manga larga y uno de esos ridículos delantales rosa de *Gracealicious* por encima. No puedo evitar soltar un par de carcajadas por las pintas que lleva.

—Pensaba que eras un médico serio.

Ríe con ganas.

—Y yo que tú eras una periodista reputada. Y sin embargo, aquí estamos los dos.

Sacudo la cabeza con reprobación.

—Hay que ver lo que consigue mamá. Como político, habría triunfado.

Prorrumpimos los tres en risas.

—Sí que lo habría hecho —ratifica él.

—Uy, tengo gente haciendo cola. Ahora os veo, compañeros.

Y para mi satisfacción, Fiona vuelve a su puesto. Ya más relajada por su partida, decido ir a dar una vuelta con mi padre. No hemos hablado mucho desde mi regreso. O, al menos, no como solíamos hacerlo en los viejos tiempos, antes de mi huida.

Pongo especial cuidado en dirigir nuestros pasos en dirección contraria a donde vi antes a Mason. No sé si seguirá en ese mismo sitio, no he vuelto a mirar, pero no quiero correr riesgos innecesarios. Lo

más sensato es ir a pasear por el descampado que hay detrás de los puestos. El *sheriff* estará patrullando por el mercadillo para asegurarse de que todo marcha según lo previsto. No hay peligro alguno de encontrármelo por aquí.

—¿Cómo van las ventas, papá?

—Llevo aquí desde las seis de la mañana y he vendido ya un par de cajas enteras. No veas cómo vuelan los *muffins Gracealicious* de tu madre.

Le paso una mano por el hombro y empezamos a alejarnos del bullicio, dejando a mamá para que despache sola los clientes que se amontonan delante de la carpa rosa de *Gracealicious*.

—Papá, si tenéis problemas de dinero, solo me lo tenéis que decir, ¿sabes? —empiezo con gesto serio.

Mi padre, que no consigue reprimir una sonrisa, me mira con una expresión divertida jugueteando en sus ojos grises.

—Bichín, no tenemos problemas de dinero. ¿Qué dices? Llevo trabajando toda la vida para que tu madre y yo tengamos una jubilación tranquila. Y tú te las has apañado siempre sola, con lo que no he tocado ni un céntimo de los ahorros.

Su respuesta, si bien parece convincente, no ahuyenta mi preocupación.

—Entonces, ¿qué cojones hacemos vendiendo *muffins*? —exijo saber, y un tono de enfado se filtra en mi voz.

Me cruzo de brazos mientras espero una contestación. ¡Y más vale que sea buena, maldita sea! ¡Los dos llevamos delantales de color rosa!

—Tu madre dona el dinero a la caridad. Es un mercadillo medieval solidario —me contesta con voz impasible.

Oh, vaya, eso sí que no me lo esperaba. Me ruborizo ligeramente.

—Joder. ¿Y por qué nadie me lo dijo?

—¿Qué importancia tiene? Habrías refunfuñado igualmente, bichín.

—Eso es cierto —confirmo desencantada.

—Te gusta protestar por todo, como tu abuela Margaret.

Sonrí al recordar a la madrastra de mi madre. Era una vieja gruñona que, en efecto, siempre andaba protestando por todo. Y siempre les echaba la culpa de todas sus desgracias a los comunistas.

—¿Tan mala soy?

Mi padre sonríe maliciosamente.

—No tanto, pero te pareces bastante a esa vieja bruja. En un par de años serás clavadita a ella.

Suelto una suave risa. Giramos hacia la izquierda, alejándonos tanto que apenas se escucha el jolgorio de las personas.

—¿Eres feliz en Washington, bichín?

El repentino cambio de tema consigue que mi sonrisa se desvanezca.

—Papa...

Alza las manos para tranquilizarme.

—No, no voy a darte ningún sermón, ni voy a intentar hacer que vuelvas a Vail. Solo quiero saber si eres feliz.

—No lo sé —le digo resoplando—. A veces creo que sí. Es decir, lo tengo todo. Tengo dinero, fama, prestigio y... el prometido que toda mujer desearía. Pero hay momentos en los que siento que me falta algo.

Mi padre camina con las dos manos juntas, a la espalda. Anuestro alrededor, el campo es solitario y tan tranquilo que solo se escuchan nuestros pasos y el leve rumor de las hojas de los árboles, mecidas por un suave y cálido viento. Hoy hace muy buen día. En contraste con el azul del cielo, el campo parece tan verde que casi daña la vista mirarlo.

—Creo que lo que echas de menos es la aventura. Y el peligro. Tu vida se ha vuelto demasiado tranquila en la gran ciudad, ¿no te parece? Siempre has sido un trasto lleno de vida, bichín. Sin embargo ahora, cuando no estás fuera del país, tienes unas responsabilidades, un trabajo de oficina, una rutina. Desde que estás con ese Darren, te

quedas mucho más tiempo en Washington. ¿No te asfixia eso, Liv? Tengo la sensación de que tu nueva vida está matando lentamente a la verdadera Olivia. ¿No deseas volver a lo de antes?

Me encojo de hombros.

—Ahora me toca hacer de adulto, papá. Aunque quisiera volver a lo de antes, no sería posible. Todos tenemos que crecer y afrontar la vida lo mejor que podamos. No podemos ser niños para siempre, ni podemos tenerlo todo.

—¡Claro que podemos tenerlo todo! —exclama vehementemente—. Liv, tú puedes tener todo lo que quieras, cariño. Solo tienes que alargar la mano y cogerlo. Solo eso, bichín. Solo tienes que dejar salir a tu verdadero yo.

—¡Este es mi verdadero yo!

Sonriéndome, agita la cabeza.

—Tu verdadero yo es rebelde. Nunca acata a las normas. Detesta las reglas y las rutinas. Nunca hace lo que se le pide y jamás rinde cuentas.

Me detengo para mirarlo. Él, con la mirada fijada en el cielo, sigue el vuelo de un pájaro.

—Yo no rindo cuentas, papá.

—¿Acaso no llamas a Darren todas las noches para rendirle cuentas? —repone distraído.

—Es mi prometido. Le llamo para hablar con él.

—Mmmm.

Sumido en sus propios pensamientos, vuelve a ponerse en marcha y deja pasar muchos minutos hasta volver a hablar. Yo me limito a caminar a su lado, callada, disfrutando del aire que invade mis pulmones. Creo que hace años que no hago algo tan simple como salir a pasear. Casi siempre estoy demasiado ocupada. Y en los escasos momentos en los que no tengo nada importante que hacer, sencillamente pierdo el tiempo en nimiedades, como pasar horas limpiando la casa porque los amigos de Darren, (a quien, por cierto, yo

nunca he invitado) vienen de visita.

Ahora que lo pienso mejor, empiezo a darle la razón a mi padre cuando dice que mi existencia es tan rutinaria que me asfixia. Si me fijo en mí día a día, me doy cuenta de que mi vida no tiene nada de excitante. De acuerdo, está el trabajo, que, he de admitirlo, me motiva, aunque ya no me llena como antes. Pero aparte del trabajo, no hay nada. Nada que haga mi corazón pegar un brinco, o mi pulso acelerarse. Nada que me emocione. ¡Nada! En el fondo, mi vida en Washington solo es un desfile de días monótonos y grises. Un interminable otoño. Nada más.

—¿Sabes? —empieza de nuevo—, tengo la sensación de que le llamas por obligación, no por gusto. ¿Y quieres saber por qué no eres feliz, bichín?

Porque a pesar de todo lo que poseo, no tengo nada en absoluto. Me detengo horrorizada. Ni yo misma sé por qué demonios he pensado eso. Es una estupidez. *¡Lo tienes todo!*

—¿Por qué, papá?

Hace otra pausa.

—Porque no eres libre. Mira el vuelo de ese pájaro —lo señala con un dedo—. Solo obsérvalo. ¿Lo ves? —me mira, yo asiento, y él vuelve a mirar hacia el cielo—. ¿Ves cómo extiende las alas y traza círculos por encima de nuestras cabezas? ¿Qué opinas sobre eso, Liv? ¿Por qué crees que lo está haciendo?

Con el cuello ladeado hacia la izquierda, sigo con la mirada el vuelo del pájaro.

—No lo sé, papá... ¿porque es lo que quiere?

—Exacto. El pájaro vuela en círculos porque es lo que él quiere. No lo hace porque alguien se lo imponga, sino porque esa es su voluntad. El pájaro es libre y eso le hace feliz. Pero ¿y si alguien le encerrara en una jaula solo para retenerlo a su lado? ¿Qué crees que pasaría entonces, Olivia?

Esa idea me entristece. No puedo imaginar a ese pájaro en una

jaula, despojado de aquello que más quiere: su libertad.

—Moriría.

—Moriría —confirma ausente.

Baja la mirada hacia mí y me observa con aire preocupado.

—¿Sabes qué es lo que veo cada vez que te miro, bichín?

Muevo la cabeza para decir que no.

—¿El qué, papá? —musito con la voz rota.

Un penetrante silencio se prolonga durante el tiempo que mi padre dedica a escrutarme con la mirada. Nunca le había visto tan abatido como hoy.

—Aun pájaro en una jaula, Liv.

Trago en seco ante la nota triste que refleja su voz.

—Papá...

—Abre la jaula, Olivia. El bichín al que yo conocí no se conformaría con esto. Si aún queda algo de ella ahí dentro, si aún hay algo de mi hija aquí —dice, tocando mi pecho a la altura del corazón—, lo harás. Si no... —se queda callado y mueve la cabeza— querrá decir que es demasiado tarde y ya nada puede hacerse. El pájaro está muerto.

Los ojos se me cargan de lágrimas.

—Me entristeces, papá.

Aprieta los labios, mueve la cabeza para alejar sus pensamientos, y después me mira a mí.

—Lo siento, bichín. No hagas caso de las tonterías de un viejo chiflado. Hoy me he despertado nostálgico, eso es todo. Creo que echo de menos los tiempos cuando eras pequeña —suspira resignado—. Deberíamos volver. Mamá estará preocupada.

Me sonrío brevemente mientras me ofrece su brazo. Me agarro a él y dejo que me guíe de vuelta al mercado. Casi hemos llegado a nuestro puesto cuando veo algo que me hace frenar en seco. Mi padre no puede hacer más que detenerse.

—¿Qué pasa?

Sigue la dirección de mi mirada y, al percatarse de qué es lo que

estoy mirando, frunce los labios con gesto pensativo, aunque no dice nada.

—¿Papá, quién es esa mujer pelirroja que está hablando con Mason? No se le parece a nadie del pueblo. ¿Será alguna turista?

Un gesto de dolor recorre mi rostro al ver que él se inclina sobre ella y le susurra algo al oído. Están demasiado cerca y hay demasiada familiaridad entre ellos dos.

—No, no es una turista. Esa es Jess, su novia. No es del pueblo, por eso no la conoces. Se mudó a Vail hará dos años. Es la jueza.

Tanto la decepción como la devastación empiezan a asaltar mi corazón a la vez, ambas desgarrándolo con la misma fuerza.

—¿Jueza? ¿Y lleva dos años saliendo con Mason?

Mi padre lo niega.

—No. Pero sí llevan un par de meses. Es su relación más larga. Después de ti, claro.

Asiento con gesto triste.

—Ya veo. ¿Tienes que ir a casa a por los demás *muffins*, no?

—Ajá. Te veré luego.

Me da un beso en la mejilla.

—Ten cuidado, papá.

—Tú también, bichín.

Me da la espalda y camina en dirección al aparcamiento. Como si mis piernas se negaran a moverse, permanezco en el mismo sitio, observándolos. Mason le pasa una mano por la cintura, la acerca a él y le dice algo al oído. Debe de ser algo muy divertido porque ella suelta una carcajada.

—Solo con chasquear los dedos nos ahorrarías esas imágenes —me sorprende la voz de Rachel, que se detiene a mi derecha y observa la misma escena que yo—. Ella no significa ni un tercio de lo que tú significas para él.

Muevo la mirada hacia ella y le dedico una sonrisa triste a modo de saludo.

—¿Cómo estás, Rach? ¿Y Tommy?

—Con los críos, haciendo cola para los *muffins Gracealicious*.

Grace va a triunfar este año.

El dolor que se reflejaba en mi rostro deja paso a la sorpresa.

—Oh. ¿Es que hace esto todos los años?

—Claro. Dona el dinero a la gente con problemas.

¿Qué clase de hija no sabe estas cosas?

—Pobres, supongo.

Rachel frunce el ceño.

—Eh, no. En realidad, no. Agente que sufre alcoholismo.

—¿Alcoholismo? ¿Por qué alcoholismo? —pregunto desconcertada—. No tuvimos alcohólicos en la familia.

—Por Mason y todo lo que le pasó a su padre, ya sabes.

Mi corazón deja de latir durante unos instantes. Pobre Mason. Perdió a su única familia y al amor de su vida en una sola noche. Tuvo que ser duro para él. Ojalá pudiera consolarlo ahora mismo. *¡No, no vas a consolarlo! ¡Para eso está su novia!*

—Oh. Entiendo. Mamá le aprecia mucho, ¿verdad?

—Tu padre también lo hace.

—Sí, pero su relación con mi madre es muy estrecha.

—Mason dijo una vez que es la madre que nunca tuvo.

Las palabras de mi amiga despiertan en mí un sentimiento de repentina ternura hacia Mason. Me gustaría abrazarle en este momento. Si esa zorra pelirroja no lo estaría haciendo ya, claro... *¡Pero si la zorra eres tú!, me recuerdo a mí misma con acritud.*

—Sí, eso es cierto. Mason nunca tuvo el amor de una madre.

Lo que me hace recordar un episodio protagonizado por nosotros dos un par de meses después de besarnos por primera vez.

Estaba con mis compañeros de clase en una fiesta en el lago cuando, más que verle, sentí su presencia. Miré a mi alrededor, con la

esperanza de verle, pero no estaba por ninguna parte. Entonces, me giré hacia atrás y ahí lo vi, sentado en las escaleras de una cabaña de madera que había en la otra orilla. Estábamos a bastante distancia el uno del otro, con todo el agua del lago de por medio. Aun así, algo me atraía hacia él de un modo irresistible. Tal vez fueran sus ojos, no lo sé.

Sin mediar palabra con nadie, ni siquiera con Rach, me cerré la cremallera de la sudadera negra que llevaba aquel día y me encaminé en dirección a él. No habíamos vuelto a hablar desde nuestro primer beso, cinco meses atrás. No porque yo no lo intentase, que lo hice, sino porque él me evitaba. Supongo que debía de estar experimentando alguna especie de remordimientos por haberme besado. Yo, desde luego, no los tenía en absoluto. Le habría vuelto a besar una y otra vez.

Me llevó unos quince minutos rodear el lago y llegar al sitio desde donde sus ojos me observaban. Seguía sentado en las escaleras, tenía un cigarrillo en la mano derecha y una botella de cerveza en la izquierda. Lucía tan atractivo como el mismísimo diablo.

—Hola —saludé mientras me acercaba a él.

Sus ojos se arrastraron detenidamente por todo mi cuerpo. Su rostro no experimentó ninguna alteración, se mantuvo tan duro como siempre, dándome a entender que mi presencia ahí le era indiferente. Solo durante un instante me pareció ver un destello de excitación en sus pupilas, pero se apagó tan pronto que llegué a pensar que me lo había imaginado todo.

—Hola.

Me quedé parada delante de él, sin atreverme a moverme o a hablar. Él no se movió.

—Espero que no te moleste que haya venido a verte —proseguí al cabo de unos instantes.

Negó con la cabeza. Me ponía nerviosa su modo de comportarse. Ni hablaba, ni sonreía, solo se limitaba a mirarme a los ojos.

—¿Puedo sentarme contigo?

Todavía sin contestar, se echó un poco hacia la izquierda y me hizo un hueco en el escalón. Algo cohibida, me senté a su lado. Su rodilla rozaba la mía y yo notaba la sangre hirviéndome en las venas. Si ese simple roce producía ese efecto en mí, ¿cómo habría sido volver a besarle? Me estremecí solo de pensarlo.

—¿Tienes frío?

Tragando en seco, sacudí la cabeza para negarlo.

—Bien —le dio una calada al cigarrillo—. ¿Qué tal la fiesta?

Me encogí de hombros, mirando cómo mis amigos seguían haciendo el idiota en la orilla.

—Ya sabes cómo son estas fiestas. Los chicos andan borrachos y no pierden ocasión para meterles mano a las chicas.

Lo miré de reojo y vi que esa contestación le disgustaba. Su rostro parecía más duro de lo normal, la mandíbula tensa y los ojos destellando ira.

—¿Y a ti te han metido mano? —pese a su disgusto, me hizo la pregunta con naturalidad.

—No, a mí no.

—¿Y eso por qué?

—No les gusta cuando les pateo el culo.

Soltó una risa ronca antes de girar la cabeza hacia mí para mirarme a los ojos.

—¿Y sueles patear muy a menudo el culo de los chicos?

—Solo cuando intentan besarme.

—Amí no intentaste patearme el culo.

—Tu beso me gustó —como siempre, lo solté sin nada de decoro.

Mi respuesta fue del agrado de Mason, quien me evaluó con su mirada durante largo tiempo.

—Eso recuerdo —susurró mientras desviaba los ojos y contemplaba de nuevo la otra orilla del lago.

Pasamos los próximos minutos en total silencio. De vez en cuando, Mason tomaba un trago de cerveza.

—¿Por qué estás aquí, bichín?

No me miró al hacerme esa pregunta. Yo tragué saliva, evaluando con la mirada el perfil de su rostro.

—Parecías solo. Siempre pareces estar solo, Mason. Pensé que tal vez te vendría bien un poco de compañía.

Las esquinas de su boca se alzaron en una sonrisilla.

—Compañía, no. Tu compañía, sí.

Dejó la botella de cerveza al lado de sus pies, apagó el cigarrillo y colocó una mano en mi cadera derecha, arrastrándome hacia él. Cuando estuve pegada a su cuerpo, me instó a apoyar la cabeza en su hombro, y eso hice. No iba a perder la ocasión de estar tan cerca de él. Su olor era increíble. Olía como a sándalo y a aire puro; a peligro y a aventura.

—He pensado mucho en ti últimamente, ¿sabes? —me susurró mientras su mano me acariciaba el pelo.

Alcé los ojos para mirarlo. Él también estaba observándome, y en el azul de sus ojos se reflejaba una expresión extraña, una mezcla de ternura, pasión y algo siniestro, posesivo; aun así, hipnótico.

—¿En serio? ¿Y eso por qué?

—No puedo sacarte de mi cabeza —lo dijo como si aquello fuese algo que le fascinara y le desquiciara a partes iguales.

—Yo tampoco puedo sacarte de mi cabeza —confesé en un susurro.

Era cierto. Desde que Mason me había besado, todo parecía carecer de sentido. Lo único que yo deseaba en la vida era volver a besarle.

—No deberías estar aquí esta noche, bichín.

—¿Por qué no?

Sus dedos dejaron de acariciarme el pelo y bajaron por mi frente y mi nariz, hasta apoyarse contra mis labios.

—Porque hay un gran riesgo de que quiera volver a besarte. Y también hay un gran riesgo de que no quiera parar.

¡¿Ya qué cojones estás esperando?!

—¿Eso es malo?

—Mucho.

—Mmmm —hice una pausa—. Mason, ¿puedo preguntarte algo?

—Por poder, puedes. Veremos a ver si yo te contesto.

Me reí.

—¿Vives aquí?

Si no iba a besarme esa noche, tenía pensado convertirme en una acosadora y merodear alrededor de su casa hasta hacerle cambiar de opinión. Y cuando a mí se me metía algo en la cabeza, nadie conseguía arrancármelo. Esa era la herencia genética de mi madre.

—Casi siempre.

—¿Por qué? ¿Es tu cabaña?

Movió la cabeza, callado. A nuestro alrededor, la noche empezaba a caer y el aire se volvía cada vez más frío. Claro que al estar rodeada por los fuertes brazos de Mason, yo no tenía frío, sino todo lo contrario.

—No. Es del alcalde. Pero puedo usarla cuando quiera.

—¿Por qué no vas a tu casa? Esto pilla algo retirado del pueblo.

Sus brazos se tensaron en torno a mi cuerpo.

—En mi casa está mi padre. Casi siempre anda borracho. Durante años he dejado que me diera unas palizas monumentales, pero ahora las cosas han cambiado. Si se atreve ahora a ponerme la mano encima... —apretó los puños y yo notaba la magnitud de toda aquella ira que iba reprimiendo—, ahora no me voy a quedar de brazos cruzados.

—¿Y qué harías ahora?

—Golpearle y no detenerme jamás —sentí su furia al respirar y la vi reflejada en sus ojos, que destellaban más oscurecidos que nunca.

—Harías bien —dije con seriedad.

Soltó una carcajada y bajó la mirada para observarme.

—¿Tú crees, bichín?

—Estoy convencida de ello.

Inclinó la cabeza y sus labios se apoyaron contra mi pelo. Yo coloqué torpemente los brazos alrededor de su cuerpo.

—¿Dónde está tu madre, Mason? —pregunté de pronto.

Mason dejó de besar mi pelo, se enderezó y exhaló ruidosamente.

—Se largó cuando tenía cinco años. Estaba cansada de las palizas de mi padre.

La tristeza de su voz me partió el corazón. Miré su rostro, pero no pude divisar nada en él. Se mantenía inexpresivo, como si se hubiese colocado una máscara de indiferencia encima.

—¿Y por qué no te llevó con ella?

—Un niño le habría estorbado —susurró al cabo de unos minutos, estrechándome más fuerte entre sus brazos.

Esa noche comprendí a Mason. Comprendí el porqué de su agresividad, el porqué de su aislamiento. No solía relacionarse con los seres humanos porque estos le habían decepcionado una y otra vez. Mason, en el fondo, seguía siendo un niño falto de amor maternal. Él había necesitado caricias, pero solo le habían dado palizas, y eso había endurecido su carácter, convirtiéndole en el hombre que era: justo y fuerte, pero poco compasivo. De ese modo, lo entendí. Y no solo lo entendí, sino que me di cuenta de que lo amaba. Era todo tan sencillo y fluía con tanta naturalidad... Amaba a Mason porque no podía hacer otra cosa que amarle. Y en cuanto me di cuenta de ello, ahí, abrazada a él, me juré a mí misma que yo le daría todo el amor que le habían negado durante toda su vida.

Noté sus cálidos dedos en mi mejilla.

—No estés triste por mí —me susurró—. Me las he apañado.

—Claro que te las has apañado. Pero ya no hay necesidad de estar solo, Mason. Ahora yo puedo ser tu amiga. Puedo cuidar de ti y... quererte —añadí con la garganta seca.

Su sonrisa era triste.

—Y lo harás, bichín. Cuando llegue el momento. Aún falta para

eso —me apartó, se puso en pie y me ofreció su mano—. Y ahora te llevaré a casa. Vamos. Es tarde para que estés en el lago con una escoria como yo.

Hice caso omiso de su mano. Me puse en pie sin su ayuda y, nada más hacerlo, me acerqué y lo abracé. Esta vez notaba todo su cuerpo presionando contra el mío y el deseo me ahogaba. Durante unos segundos, me perdí en las oscuras profundidades de sus ojos.

—Mason, necesito pedirte un favor.

—Lo que sea.

—Bésame.

Mason, absolutamente descolocado, tragó en seco.

—Es mala idea.

—Las malas ideas dan lugar a excelentes descubrimientos —repuse.

Los dos estábamos respirando con dificultad y era evidente que estábamos deseando la misma cosa.

—Liv, yo no debería estar...

Sin dejarle acabar la frase, me precipité sobre su boca. Mason dejó escapar un gruñido, me apretó más fuerte contra su pecho y entonces me besó. Más que un beso, aquel acto fue una posesión, brutal, pasional y llena de deseo. Aún siento los labios ardiéndome cuando me acuerdo de ese momento.

Después, Mason me llevó a casa y se mantuvo alejado de mí durante meses.

—¿Liv?

Alejo ese recuerdo con un gesto de cabeza y me esfuerzo por dejar de mirar a Mason y a su novia. Apartir de ahora, él tendrá que reservar a ella todos sus besos. Yo no pienso interferir más entre ellos dos. O, al menos, intentaré no hacerlo, por muy doloroso que me resulte mantenerme al margen.

—¿Mmmm?

—¿Volvemos con Grace? Me quedaré un rato con vosotras. Estoy demasiado gorda como para seguir el ritmo de los niños. Corren como conejos.

Con expresión risueña, muevo la mirada hacia Rachel, quien lleva un maxi vestido de seda en un verde tan intenso como sus ojos. Apenas se le distingue la barriga. Además, hay en su rostro una expresión de felicidad y un ligero rubor que hace que luzca guapísima. Con el pelo suelto movido por la brisa y esa amplia sonrisa iluminando sus ojos, parece una niña, libre y feliz.

—No digas chorradas. Estás estupenda. El embarazo te sienta de maravilla.

—Mmmm. Eso dice Tommy, pero yo sigo viéndome gorda.

—¿Has pensado en ponerte gafas? —mascullo mientras caminamos hacia el puesto de mi madre.

Rachel ríe a mis espaldas.

—Pues ahora que lo dices, no veo muy bien de lejos.

—¡Ya iba siendo hora, cariñito!

Mi madre, ruborizada, despeinada, pero alegre, parece algo desbordada por todos los clientes que hacen cola delante de su puesto.

—¿Mamá, por qué no vas a ver a Fiona y a Rosie mientras yo me quedo despachando?

Resopla aliviada.

—Pensé que nunca lo dirías. Te traeré un café a la vuelta.

Me da un beso antes de irse. Yo la sigo con la mirada, sonrío y luego me dispongo a atender a los clientes.

—Siéntate, Rach —le indico una silla—. Buenos días y bienvenida a *Gracealicious* —le sonrío a la mujer rubia que está de pie delante de mí, acompañada por dos niñas con cara de diablillos—. ¿Qué le pongo?

—Ocho *muffins* —me contesta ella, devolviéndome la sonrisa.

Cojo una bolsa de papel y le preparo el pedido.

—Son dieciséis dólares.

Me da veinte.

—Quédate la vueltas, Liv. Y bienvenida a casa.

La miro con asombro, después la sonrío.

—Gracias. Eres muy amable.

Me devuelve la sonrisa antes de coger a las dos niñas de la mano y alejarse en dirección contraria a la salida. Frunciendo el ceño, le lanzo una mirada interrogante a Rachel, quien, sentada a mi lado, está comiéndose un *muffin*.

—¿Quién era?

—Maggie, la de los bocadillos. Un asunto turbio. ¿Te acuerdas del hermano de Billy?

Hago una mueca.

—Vaya que si me acuerdo. Era un gilipollas.

—Ajá. Sigue siéndolo. Hay gente que nace y muere siendo gilipollas. Jack es uno de ellos. Dejó embarazada a Maggie y luego se esfumó. Encima, le salieron gemelas. Lo está pasando bastante mal, la pobre mujer. No tiene demasiados amigos en el pueblo.

Tras servirle unos *muffins* a una señora, miro de nuevo a Rachel.

—Tal vez debamos hacerle una visita en esto días, mi madre y yo.

¿Trabaja?

—¿Quién va a contratar a una madre soltera en Vail?

Esa contestación me deja sombría. Dedico la siguiente media hora a atender a clientes, hasta que la cola va disminuyendo considerablemente. Si bien hablo, bromeo y río todo el rato, contenta de volver a ver a viejos amigos y vecinos que hacía tanto que no veía, hay cierta sensación angustiosa inundando mi mente. Es algo así como el molesto tic tac de un reloj. Al principio no eres consciente de ese sonido, pero una vez se te ha clavado en la cabeza, resulta desquiciante, dando vueltas una y otra vez.

—¿Y de qué vive? —empiezo de nuevo cuando ya no hay nadie

en la cola.

Por alguna razón, no soy capaz de sacarme de la cabeza la triste historia de Maggie y esas dos niñas abandonadas por su padre.

—Bueno, se dedica al... ya sabes.

Abro la boca.

—¿Es prostituta?

Rachel me mira con los ojos entornados.

—No exactamente. Tengo entendido que da masajes. Eróticos.

—Oh. Me siento fatal por haberle cogido el dinero. Si llego a saberlo, le habría regalado los *muffins*.

Suspira.

—Ay, Liv, siempre fuiste muy buena chica.

—Sí, siempre tuvo muy buen corazón —asiente Mason.

Muevo la vista hacia él. Está con los codos apoyados en mi mostrador. Hay una amplia sonrisa torciéndole los labios. Aduras penas retengo un suspiro. ¡Es tan guapo! ¿Por qué tiene que tener novia?

—Hola, Eric.

Soy incapaz de apartar la mirada de su atractivo rostro. Con ropa de calle, es el hombre más hermoso que he visto jamás, pero con su uniforme es, simplemente, irresistible.

—Vaya, ¿qué celebramos? Me has llamado por mi nombre.

Le dedico una sonrisilla.

—Ya sabes, a veces soy buena chica.

Me guiña un ojo y se inclina sobre el mostrador.

—Solo en ocasiones —me susurra con gesto divertido.

Me muerdo el labio para no reírme.

—Hoy es uno de esos días.

—Mmmm. Entonces lo aprovecharé —musita para sí mismo; acto seguido, sonríe ampliamente—. ¿Cómo van las ventas, chicas?

Rachel se encoje de hombros.

—Anosotras se nos ha acabado la cola. Pero creo que a Grace le

ha ido de maravilla hasta ahora.

—Esas son muy buenas noticias.

Rachel empieza a contarnos algo sobre pintar el no sé qué y yo escucho distraída su trivial conversación con Mason, hasta que los ojos de él se clavan en los míos con una mirada de asombro. Ha debido de percibir algo fuera de lo normal en mi mirada, o tal vez en mi rostro. Me pregunto el qué. ¿Amor? ¿Fascinación? ¿Recelo? ¿Una mezcla de todo eso? Avergonzada por estar mirándolo tan fijamente, bajo la cabeza y finjo observarme la manicura.

—¿Liv, qué haces esta noche?

No me queda otra que volver a mirarle. Sus ojos lucen hoy más azules que nunca.

—Eh, nada en concreto. ¿Por?

Con las manos en los bolsillos, se mordisquea el labio. Parece algo inquieto.

—Me preguntaba si te gustaría ensayar un par de escenas conmigo. ¿Qué me dices?

Es una idea pésima. Además, tienes novia.

—¿Y no sé enfadará tu novia? Me odiaría a mí misma por crearte problemas.

Rachel bufa de pura incredulidad.

—Estará celebrándolo con champán, en realidad —refunfuña por lo bajo.

Si no estuviera embarazada, le daría un codazo. Como no puedo hacer nada de eso, compongo una sonrisa de "atención al cliente", esa clase de sonrisas amplias, falsas, que son de todo menos naturales.

—Ni caso a Rach. Le afectan las hormonas.

Rachel me lanza una mirada fulminante, lo que hace que Mason empiece a reírse a carcajadas.

—Mi novia no supone un problema para ti. Además, solo vamos a ensayar. Nada más. No estoy pidiéndote que te acuestes conmigo.

—¡Claro que no! —de mi tono de voz queda evidente que no me

lo trago—. Igual que anoche, cuando *solo* me llevaste a ver una cabaña.

—¡Ajá! Sabía yo que habíais estado follando. Nadie en su sano juicio diría sobre esa cabaña que es *extraordinaria*.

—¡No follamos! —le gritamos al unísono, mirándola.

Ella entorna los ojos.

—Pues entonces os estuviereis toqueteando el uno al otro, ¿a qué sí?

Enrojezco sin poder evitarlo y Rachel sonrío con triunfo.

—Lo sabía. Si es que se lo dije a Tommy, pero nunca me hace caso. Ya verás cuando lo se cuente. Va a flipar.

—¿Y bien? ¿Qué me dices, Liv? ¿Tenemos una cita?

Sigo pensando que es una idea nefasta.

—Está bien.

¿Qué? O sea, ¿has perdido la puta cabeza? No, Mason, no puedo quedar contigo. Mucho menos a solas. Estoy prometida y voy a casarme. ¡Y tú tienes novia! Gracias por pasarte por aquí. ¿Quieres unos muffins para el camino? ESO era lo que tenía que haberle dicho, maldita sea.

—Te recojo a las nueve.

Sonríó como la boba que soy.

—De acuerdo.

Mason me guiña un ojo, le sonrío a Rachel y se va. De manera sorprendente, mi angustia y todos mis conflictos interiores se van con él. Soy toda una campeona. El plan de mantenerme alejada de él me ha durado exactamente... cuarenta y siete minutos. Impresionante.

Y lo que es aún más impresionante, en vez de sentirme culpable o experimentar alguna especie de cargo de consciencia, empiezo a atender, ¡con repentinas energías!, a las personas que vienen después, mientras elijo mentalmente la ropa que voy a ponerme esta noche. ¡Es una locura! ¿Qué más da lo que me ponga? Solo vamos a ensayar.

Eso no te lo crees ni tú, pienso con mordacidad.

Y esa simple idea, por muy estúpido que eso suene, mejora mi humor aún más.

Con una constante sonrisa sobre los labios, paso el resto del día vendiendo *muffins*. De hecho, ya ni me molesta estar en el mercadillo. Es más, me resulta una actividad fascinante, sobre todo porque Mason está de pie en la otra punta de la calle, mirándome fijamente de ese modo siniestro tan suyo.

Cuando llego a casa, estoy muerta de cansancio, pero como son casi las ocho de la noche, ya no tengo tiempo para echarme un rato. Paso la siguiente media hora sumergida en la bañera, dejando que el agua caliente relaje mis agarrotados músculos y me despoje del cansancio producido por un largo día de trabajo.

Al salir, me depilo (nada indecente va a pasar entre Mason y yo, pero por si acaso), me maquillo y me seco el pelo. Paso de alisarlo. Mi pelo es bastante liso de todas maneras. Además, hoy me apetece dejarlo con algo más de volumen. Por último, regreso a mi habitación, donde saco del armario un vestido de velo amarillo, corto por delante y largo por detrás, cuyo color resalta el tono crema de mi piel.

Llaman al timbre cuando aún faltan diez minutos para que el reloj dé las nueve. A alguien le mataba la impaciencia, me parece a mí. Despidiéndome de mis padres con una sonrisa, voy a abrir. Mason, todo vestido de negro, con camisa arremangada y vaqueros oscuros, silba con apreciación.

—Estás muy guapa —susurra en voz baja y suave—. Recuerdo este vestido. Lo llevaste en la última *Fiesta de los Fundadores*, cuando yo te invité a aquel picnic. ¿Te acuerdas?

Ese es un recuerdo tan agradable que me arranca una sonrisita tonta. Mason organizó ese picnic para nosotros dos solo porque no aguantaba verme rodeada de otros chicos. Mason y sus manías...

—Lo recuerdo perfectamente. Me picó una avispa y te eché la culpa a ti por arrastrarme a ese campo.

Ríe entre dientes.

—Sí que lo hiciste. Pero luego te besé y se te olvidó todo.

—Mmmm. Sí, la cosa se calentó bastante. Y no precisamente porque hiciese sol...

Recuerdo que Mason había estado a un paso de perder el control y hacerme el amor encima de la manta. Me llevé una gran decepción cuando se detuvo.

—Será mejor que no piense en esa parte del picnic —murmura.

Bajando la mirada por su cuerpo, me doy cuenta de que ese recuerdo le excita. Tengo que hacer uso de todas mis fuerzas para dominar un ataque de risa.

—¿Preparada?

—Sip. ¡Nos vamos! —anuncio, elevando el tono para hacerme escuchar por encima del ruido de la televisión.

—¡Pasadlo bien, niños! —resuena la voz de mi madre desde el salón.

Mason mete la cabeza por la puerta para saludar. Mis padres están sentados en el sofá, viendo uno de mis antiguos reportajes.

—Gracias. Prometo traerla de vuelta antes de medianoche.

—Puedes quedártela un par de días si quieres.

—¡Papá! —grito, llena de estupor.

—¿Qué? Estoy cansado de hacer siempre cola para ir al baño. Se pasa horas peinéandose —susurra, como si eso lo explicara todo.

Una profunda carcajada brota del pecho de Mason.

—Bueno, pues ya me la quedará yo. Amí no me importa compartir baño con ella.

—Apuesto a que no —murmura mi padre de lo más divertido.

Noto el calor subiendo por mi cuello al imaginarme como sería compartir el baño con él.

—Esto... ¿nos vamos? Tienes que devolverme antes de medianoche. Nunca trasnocho.

—Por supuesto. Buenas noches —se despide con voz amable.

—Buenas noches, Eric —contestan ellos.

Cogiéndome de la mano (como no), me lleva hasta su coche. Abre la puerta y espera a que entre. Me instalo, pero él no se mueve de ahí, se acuchilla al lado del coche y dedica los próximos instantes a contemplarme con tanta intensidad que empiezo a ponerme nerviosa.

—Gracias —susurra al fin.

Parpadeo confusa.

—¿Por?

—Por quedar conmigo.

Con un débil amago de sonrisa, extendiendo el brazo para rozarle la mandíbula.

—No tienes que dárme las. Lo hago porque echaba de menos pasar mi tiempo contigo.

Suavemente, deslizo los dedos por sus pómulos, por su mentón, por su nariz. Como siempre, él se queda muy quietecito, cierra los ojos y despliega los labios en una sonrisilla. Cuando lo conocí, tenía miedo a las caricias. Era como un cachorro herido cuyo primer instinto era morder la mano que le acariciaba. Debía de pensar que esa mano auguraba palizas. Las cosas fueron mejorando con el paso del tiempo, aunque siempre he tenido la sensación de que no se sentía demasiado cómodo.

—Me gusta que me toques.

—Y a mí me gusta tocarte.

Abre los ojos y me mira con súbito ardor.

—Lo sé, diablillo —susurra, antes de erguirse.

Inclinado sobre mí, apenas roza mis labios con los suyos. En una escala de besos, este es el más casto que me ha dado jamás. Sin embargo, el más estremecedor. Hay tanto sentimiento en ese sencillo gesto, tanto amor en su mirada, tanto sufrimiento en su rostro...

En cuanto se aparta, cierro los ojos y los mantengo así por unos segundos, tal vez con la esperanza de hacer desaparecer de ese modo lo que sentí en los pocos instantes en los que su boca estuvo

encima de la mía. Me llevo una mano a los labios y toco el sitio que han acariciado los suyos.

Por supuesto, ese sitio está quemando.

Pese a que estamos en verano, hay fuego ardiendo en la chimenea de Mason, algo que realmente se agradece. Las noches en el lago son frías y húmedas. Además, la cabaña está vieja y tan mal aislada que el viento se cuela por todas partes. No sé qué demonios hace Mason viviendo aquí.

—Espero que no te moleste que haya preparado algo para picar —su cabeza me señala los platos que ha colocado encima de la mesa, al lado de una botella de vino—. No es una cena romántica, ni nada por el estilo. Solo he comprado unos canapés y un poco de queso porque he llegado tarde del trabajo y no me ha dado tiempo de cenar. Y, bueno, pensé que tal vez a ti podría apetecerte luego picar algo. Ya sabes... conmigo —añade susurrante.

Sonríó ante esa inesperada timidez. Mason nunca se ha comportado de esta forma en el pasado. Él siempre imponía su voluntad. Sin embargo, esta noche actúa como si no quisiera hacer algo demasiado brusco y asustarme. Creo que teme que vaya a salir corriendo en cualquier momento, como un conejo asustado.

—Vaya, Mason, gracias. Es todo un detalle por tu parte haber pensado en mí.

—Pienso en ti cada instante de mi vida.

Mi nerviosismo va en aumento. *¡Dios, qué mala idea ha sido quedar con él esta noche! ¿Por qué no puedo darle la espalda e irme ahora mismo, antes de que pase algo que podamos lamentar mañana?*

—Ya. Ese queso tiene muy buena pinta. ¿Puedo?

Asiente lentamente y me sigue con sus ojos mientras me acerco a la mesa, cojo un trozo y camino hacia la chimenea. Consciente de su

escrudiño, y más nerviosa que nunca, me siento en el suelo, encima de la alfombra de piel de oso.

—Siempre me ha gustado esta alfombra —comento, solo para acabar con este perturbador silencio—. Es... cómoda.

Mason, con una débil sonrisa curvándole la boca, descorcha la botella de vino y sirve dos copas. Se encamina hacia mí, me ofrece una y coloca un plato de comida en el suelo, antes de dejarse a caer a mi lado. Las llamas arrojan un resplandor rojizo sobre su rostro.

—Sí, recuerdo que era una alfombra bastante... cómoda.

¡Yo no quiero recordar nada de eso!

Con las rodillas dobladas y las piernas por debajo del cuerpo, empleo los siguientes minutos en contemplar las silenciosas llamas. Mason, en cambio, los emplea en contemplarme a mí. Y lo hace con tanta concentración que noto cómo me ruborizo. Debe de darse cuenta de ello porque aparta los ojos y se centra en su cena.

—Toma, prueba esto —me acerca un canapé a los labios—. Es de mouse de cangrejo. Creo que te gustará.

Le doy un mordisco y lo mastico lentamente.

—Mmmm, está muy bueno. ¿Dónde los has comprado?

—Hay una tienda gourmet en el pueblo. La abrieron hace un par de años.

—Vaya. Interesante. Yo suelo cenar platos precocinados casi siempre. Odio preparar la cena.

Pone cara de sorpresa, deja el canapé a medio comer encima del plato y se gira hacia mí.

—¿En serio? Si vivieras aquí, yo te prepararí la cena todas las noches —al darse cuenta de lo que acaba de decir, aprieta los labios, bastante avergonzado—. Quiero decir que sí... —se detiene, resopla y mueve la mirada hacia la ventana. Tarda un rato en volver a hablar—. Olvídalo.

Me muerdo la lengua para no sonreír. Durante unos minutos, solo se escucha el crepitar el fuego y el viento soplando con furia en el

exterior.

—¿Liv, puedo preguntarte algo personal?

Dejo la copa de vino encima del suelo de madera y me vuelvo de cara a él.

—Claro. ¿Qué pasa?

No empieza de inmediato, lo cual me permite evaluar la dureza de su rostro. Intento adivinar lo que pasa por su mente, pero me resulta imposible. Solo puedo notar que tiene la mandíbula apretada y el cuerpo bastante tenso. Nada más. Sus ojos brillan tan inexpresivos que es complicado saber lo que está pensando.

—¿Por qué dijiste que sí? ¿Por qué quedaste conmigo hoy? No es que no me alegre, que me alegro —se apresura a decir—. Me alegro mucho de que estés aquí. Pero no me lo esperaba. La última vez que te vi, en casa de Tommy, no nos despedimos de un modo demasiado... agradable, que digamos. ¿Qué ha cambiado en un día?

Es una excelente pregunta que yo misma también me hago desde esta mañana. No sé qué es lo que ha cambiado, no sé qué demonios hago aquí y, lo que es todavía peor, no sé por qué mis piernas flaquean cada vez que pienso en irme a casa. No sé nada, solo que no me es físicamente posible mantenerme lejos de él esta noche.

—Bueno, pues, para empezar, esta no es una cita, así que no te emociones.

—No, claro que no.

—Porque tú tienes novia, con lo que no puede ser una cita.

—Yo no tengo novia —comenta con tranquilidad, antes de llevarse un canapé de crema de queso a la boca.

Lo miro extrañada mientras lo mastica despacio.

—¿Cómo que no? Os vi esta mañana en el mercado. Hacéis muy buena pareja, por cierto. Os doy mi bendición.

—Te la puedes guardar. Cuando nos viste, estábamos cortando.

Parpadeo, sin ser capaz de impedir que mi corazón de un brinco de pura dicha. Aun así, procuro no emocionarme demasiado. Mason es

propenso a tomarme el pelo y no sé a ciencia cierta si habla en serio o si se burla de mí para evaluar mis reacciones.

—¿Cortando? No me dio la sensación de que estuvierais cortando. Tú le susurraste algo al oído y ella se rió.

Pone mueca de diversión.

—Así que por eso estás aquí en realidad. Estás celosa.

Me hago la indignada, aunque es muy posible que lleve razón.

—¿Celosa? ¿Yo? —bufa—. Por favor. No estoy celosa. Tú no eres nada mío, y si quieres convertirte en el semental del pueblo, adelante. No podría preocuparme menos el asunto.

Ríe con ganas.

—Ajá. Lo que tú digas —con repentina seriedad, coge mi mano y atrae mi mirada hacia la suya—. Liv, estaba riéndose porque yo le dije que lo nuestro debía acabar dado que amo a otra mujer.

Noto un hormigueo en el estómago.

—¿Le dijiste eso?

Aparta el plato que nos separa y se me acerca. Estamos cara a cara, con las llamas de la chimenea reflejadas en nuestros ojos.

—Sí, eso fue lo que le dije —susurra, atisbando una sonrisa.

—¿Y qué le resultaba tan gracioso?

Absorto en sus pensamientos, desvía la mirada hacia las llamas.

—Que yo fuese capaz de amar —contesta al cabo de unos segundos.

Mi corazón encoje al percibir ese deje triste en su voz.

—Eh... —cojo su mano y le doy un apretón para atraer su atención—. Sabes que eso no es cierto. Tú eres capaz de amar y los dos lo sabemos.

—Te equivocas. Yo no soy capaz de amar. Solo puedo amarte a ti. Tanto su mirada como sus palabras están llenas de dureza.

—Eric, eso es lo mismo.

—No, no lo es. Pero no tiene importancia. No pretendo hablar ahora sobre los traumas de mi infancia. Deberíamos ensayar.

Se dispone a levantarse, pero lo agarro de un brazo y lo obligo a sentarse de nuevo a mi lado. Si bien obedece, no parece demasiado contento. Mason detesta exponer sus sentimientos o hablar sobre las cosas que andan dando vueltas dentro de su cabeza. Piensa que le hace parecer vulnerable, y nadie detesta más que él la vulnerabilidad y las debilidades.

—No tan rápido. Ahora soy yo la que quiere hacerte una pregunta.

—Asómbrame.

Cojo aire en los pulmones y lo suelto enseguida.

—¿Por qué compraste esto? Según tengo entendido, tu situación financiera es buena. Seguro que podías permitirte una casa mejor.

Omito decirle que estoy al tanto de lo que ha hecho en estos últimos diez años y que sé perfectamente la pasta que cobra un general de los Estados Unidos.

Mason ríe entre dientes antes de beber un sorbo de vino.

—Veo que has hecho un poco de trabajo de investigación desde que estás en el pueblo.

—Me licencié en Georgetown. Es lo que se espera de mí —hago una pausa que él no interrumpe—. ¿Y bien? ¿Piensas contestar?

Aprieta los labios y yo no necesito ver más para saber que le disgusta mi pregunta. Siento que pasa una eternidad hasta que por fin abre la boca.

—Porque era el único lugar donde tú aún estabas presente —confiesa con la voz torturada.

—Mason... —musito conmovida.

Cuando me doy cuenta de mi error, ya es demasiado tarde. Él se ha percatado del brillo de compasión que desvelan mis ojos y me mira como si estuviera a punto de estallar.

—¿Estás contenta? —me lanza una mirada llena de ira retenida, que me hace pensar en un animal acorralado a punto de morderme solo para defenderse—. ¡Dios, es increíble lo mucho que disfrutas

haciéndome sentir mal! ¿Ahora podemos ensayar de una puta vez?

Hace además de levantarse, pero vuelvo a tirarle del brazo, esta vez lo hago con violencia. Gira la mirada hacia mí y sus ojos arden de furia. Sin embargo, yo los sostengo como siempre he hecho. Si dejo que sepa el control que posee, la bestia me devorará. Para domar a Mason, hay que tratarlo con dureza. Eso es algo que aprendí hace mucho tiempo.

—¿Y ahora qué más quieres, en el nombre de Dios? ¿Que hable contigo sobre mis sentimientos y moquee en tu hombro?

Me cuesta mucho esfuerzo sofocar una risa. No quiero cabrearle aún más. Mason es como una caldera a presión que amenaza con explotar en cualquier momento.

—Eh, tranquilo. Solo hay una cosa que quiero hacer antes de ponernos a ensayar.

Me mira exasperado.

—¡¿El qué?! —grita, fuera de quicio.

—Besarte.

Sus ojos, agrandados a causa de la sorpresa, se vuelven abrasadores.

—¿Qué has dicho? —su voz es baja, lenta; aun así, hay un toque intimidante en ella.

Durante el tiempo que dura mi pausa, desvía la mirada. Por unos segundos, se fija en las llamas que danzan delante de nosotros, se alzan y bajan, crecen y disminuyen a causa del viento que castiga la casa.

—He dicho que quiero...

Sus ojos se posan sobre mí otra vez.

—Ya te he oído —me interrumpe, y enseguida su boca se precipita sobre la mía.

Me estremezco entre sus brazos, que me rodean con gesto posesivo, al mismo tiempo que su lengua penetra mi boca de forma erótica, aunque bastante violenta. La agresividad de su beso casi me

hace daño. Gimo, entonces él aprovecha el momento para besarme todavía más fuerte. Cuando al fin me suelta, los dos tenemos dificultades para respirar y las pupilas aumentadas y oscurecidas.

—¿Sabes por qué estás hoy aquí? —murmura entrecortadamente, sin que sus ojos se aparten de los míos.

El corazón me late tan deprisa que oigo el ruido de mi propia sangre corriendo veloz por mis venas.

—¿Por qué? —consigo preguntar, entre jadeos.

—Porque no soportas cuando te rechazan —me contesta, esbozando una arrebatadora sonrisa burlona—. Eres demasiado egocéntrica. Por eso solo has podido amarme a mí entre todos ellos. Porque yo nunca te lo doy todo. Siempre dejo algo apartado para asegurarme de que vuelves a por más. Yo soy la única medicina que tú necesitas, pero solo te dejo que la tomes en dosis minúsculas. Y eso, pequeña mía, te desquicia.

Me saca de quicio que tenga tantísima razón.

—Eso no es cierto —miento.

Su rostro se llena de falsa seriedad. Extiende el brazo y me acaricia la boca con el pulgar. Parece tan concentrado en su tarea que da la sensación de que, más que acariciarme los labios, lo que hace es resolver algún problema de ingeniería aeronáutica.

—Y ahora estás en fase de negación —susurra, con una perversa diversión iluminándole las pupilas.

Lo agarro de la mano y le obligo a parar.

—¡Métete tu psicología barata por el culo! —espeto enervada.

Suelta una risa.

—Y ahora estás furiosa porque sabes que yo tengo razón, como siempre.

¡Demonios! Este hombre consigue hacerme pasar desde la excitación más absoluta a la ira más fulminante. Y, ¡joder!, me conoce mejor que mi propia madre.

—¡Ensayemos, Mason!

Irritada, no sé si con él o conmigo misma, me pongo en pie con gesto brusco, me desplazo al otro extremo de la cabaña y agarro el libro. Empiezo a hojearlo con nerviosismo. Más que verlo, siento cómo se me aproxima por detrás, tan silencioso como un depredador. Posiblemente, igual de letal. Noto todo ese calor que desprende su pecho, huelo ese aroma amaderado que excita mis sentidos, y empiezo a sentir unas emociones tan fuertes que echan abajo mi debilitado autocontrol. Un incendiario deseo corre por mis venas con la rapidez de un arroyo de montaña, y yo no puedo hacer nada para impedirlo. Me he metido sola en la guarida del lobo y algo me dice que ahora deberé pagar un precio por mi inconsciencia.

Sus manos se posan sobre las mías. Quitándome suavemente el libro, lo lanza al suelo. Se me dispara el corazón, aunque no sobresaltado por el ruido del libro cayéndose, sino por la expectativa de lo que, tanto él como yo, sabemos que va a pasar esta noche. Con las yemas de los dedos, me echa el pelo hacia atrás y acerca su rostro a mi oído, hasta que su nariz me roza el cuello. No está tocándome, pero la simple caricia de su aliento me pone el vello de punta.

—Lamento informarte de que he cambiado de opinión —susurran sus labios justo antes de depositar un beso detrás del lóbulo de mi oreja—. Ya no quiero ensayar.

No pienso en lo que estoy haciendo, sencillamente doy un paso hacia atrás y me apoyo contra su cuerpo. Todo ese magnetismo suyo me atrae demasiado como para no buscar su contacto. Entonces, noto la innegable prueba de su excitación empujando contra la parte baja de mi espalda. *¿Oh, Dios, qué estoy haciendo aquí esta noche?*

—Además —prosigue, y su voz ha bajado varias octavas—, me debes un favor por el otro día. Y yo siempre me cobro los favores, bichín. Ya sabes, cuestión de principios.

Sin que su pecho se despegue de mi espalda, lleva las puntas de los dedos a mi mandíbula, la agarra con fuerza y desciende por mi cuello, rodeándolo con los dedos como si pretendiera estrangularme.

No lo hace, solo aprieta suavemente y después empieza a arrastrar la palma hacia abajo, hasta llegar a la altura de los pechos. Su pulgar me roza un pezón a través de la tela del vestido. Cuando este se pone duro, sus labios se curvan contra mi nuca.

—¿Sabes que aún recuerdo cómo tus pezones florecían dentro de mi boca?

La excitación me atraviesa como un latigazo.

—¿Mason, qué vas a hacer?

Sus palmas se colocan en mis hombros, preparadas para arrastrar los tirantes de mi vestido. Sin embargo, no lo hacen. Tampoco contesta. Durante un tiempo bastante largo, me acaricia los hombros y me masajea la nuca con la punta de sus dedos.

—Estás tensa. Relájate.

¡Claro! ¡Voy a relajarme cuando su erección se frota contra mi espalda y su respiración entrecortada cosquillea contra mi pelo!
¿Cómo se le ocurre decirme que me relaje?

—No voy a relajarme. Y no has contestado a mi pregunta.

—Está bien. Contestaré, si es preciso. Para empezar, te quitaré la ropa —me susurra al oído—. Estás mucho más guapa desnuda. Cuando ya estés desnuda entre mis brazos, te tumbaré encima de esa cama, me colocaré encima de ti y deslizaré la lengua por tu cuello. Bajaré poco a poco... centímetro a centímetro... saboreando cada rincón. Pasaré la lengua por tus pechos... rodearé con los labios tus dulces pezones y te los chuparé con suavidad —mientras lo dice, sus pulgares empiezan a trazar círculos sobre mis pezones y yo aprieto la espalda contra su miembro, que golpea contra la tela de sus vaqueros a modo de respuesta—. No te haces una idea de lo mucho que me gusta sentir cómo se endurecen bajo mis lentos lengüetazos. ¿Y sabes qué más pienso hacer?

—¿El qué? —gimo.

Sonríe, sin ser capaz de apartar las manos de mi cuerpo.

—Pienso cubrir todo tu cuerpo de besos. No me dejaré ninguna

zona sin besar, ni voy a andarme con prisas.

Mi vientre se contrae de excitación.

—¿Y después de eso? —susurro con la voz entrecortada.

La boca de Mason, ahora apoyada en mi hombro, se mueve en una sonrisa.

—¿Quieres saberlo todo, eh? Después me quitaré la ropa, te abriré las piernas y me hundiré lo más hondo como me sea posible en tu interior. Y te follaré encima de la alfombra, como la vez pasada.

Su miembro se mueve de nuevo dentro de sus vaqueros y yo no puedo evitar apretarme contra él. Mason deja escapar un suspiro.

—Es increíble lo mucho que te gusta decirme guarradas.

Sus manos se arrastran por mi abdomen, arriba y abajo, y suben hasta rodearme ambos pechos, apretándolos con fuerza.

—Lo que resulta increíble es lo mucho que a ti te gusta escucharlas, amorcito.

Sonrí, cierro los ojos y me quedo quieta mientras él me baja los tirantes del vestido.

—Supongo que hay cosas irremediables.

—Supongo.

El vestido cae al suelo con un suave murmullo. Amis espaldas, Mason gime.

—Cristo...

Me desabrocha el cierre del sujetador, me lo quita y me hace girar entre sus brazos.

—Mírate —sus ardientes ojos se arrastran lentamente por todo mi cuerpo—. La última vez que te vi, aún eras una niña. Ahora eres una mujer.

—Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez.

Nos miramos a los ojos, los dos callados.

—Sin embargo, el tiempo no ha hecho disminuir mi amor por ti. Liv, te quiero más que a nada —me abraza tan fuerte que me corta el aliento—. Nunca he dejado de quererte. En ningún momento. Ni

siquiera en los instantes en los que te odiaba.

—Yo tampoco lo hice. Pero ahora tienes que soltarme antes de que me desmaye.

Deja de abrazarme, agarra mi cabeza entre las manos y su boca se precipita sobre la mía. Si tuviera que catalogar sus besos, este sería sin duda alguna el más intenso que me ha dado jamás. A medida que se suceden los segundos, su lengua se vuelve implacable, despojándome de todo. Esta noche no hay lugar para el control o las reservas, su beso se ocupa de arrancármelo todo de la mente. Esta noche, solo estamos Mason y yo.

Sigue a rajatabla todo lo que ha dicho que haría. Una vez completamente desnuda, me tumba encima de la cama, me hace flexionar las rodillas y se arrodilla entre ellas. Cuando al fin su boca se aleja de la mía, solo lo hace para tomar posesión de las otras partes de mi cuerpo. Me lame la barbilla, el cuello, la clavícula, y se detiene a la altura de los pechos. Pese a que su rostro se mantiene pétreo, hay excitación cruzando la profundidad de sus ojos azules.

—Mmmm. Empecemos.

Despacio, arrastra las palmas desde la base de mi cuello hasta mis caderas. Me toca con mucha concentración y empeño, sus manos suben y bajan por mi torso una y otra vez. Me masajea ambos pechos, me tira de los pezones, me roza el vientre con las yemas de los dedos, y en ningún momento deja de mirarme.

Agarro su mano, me la llevo a la boca y paso la lengua por la punta de su dedo índice.

—Esa es mi chica —jadea.

Me mira con puro deseo carnal mientras chupo su dedo para humedecerlo bien y luego empiezo a frotarme un pezón con él. Guiñándome un ojo, se inclina sobre mí y esta vez emplea la boca, los dientes y la lengua para acariciar mi cuerpo. Ha captado la indirecta.

—Mmmm, ¿lo ves? Tus pezones florecen dentro de mi boca —ronronea, con su boca ciñéndose en torno a uno de mis pechos.

El simple sonido de su voz me llega tan adentro que repercute en mi vientre, aumentando el deseo, de por sí ya bastante potente. Un quejido escapa a través de mis labios cuando los lametazos se vuelven más enérgicos. Dentro de su boca, mis pezones se endurecen hasta tal punto que resulta casi doloroso.

Enredo los dedos en su pelo y atraigo su boca hacia la mía. Me da un beso demasiado breve para mi gusto y, si bien yo intento prolongar el momento, él me da a entender que tiene otros planes para mí.

—Hay otras partes de tu cuerpo que quiero besar ahora
—murmura.

Baja la cabeza y ahora su aliento me acaricia entre los muslos. La expectativa es tan incitante que se me encogen los dedos de los pies.

—Liv...

—¿Mmmm?

Extiende la lengua y le da un lánguido lametazo a mi clitoris, provocando que ondas de excitación se expandan por todo mi cuerpo con la misma potencia que un terremoto. Arqueo la espalda, sin poder evitarlo, y gruño de puro disgusto cuando se aparta.

—¿Qué sientes por Darren?

—¿Qué? ¿Y eso a qué demonios viene ahora?

Me aparto de él bruscamente, fuera de quicio por su pregunta.

—Por hablar de algo.

—¿Mason, por qué quieres hablar sobre mi prometido mientras me follas? —grazno—. ¿Es algún rollo raro que te la pone dura, o qué?, ¿alguna perversa fantasía que nunca has puesto en práctica?

Su rostro adquiere más dureza de lo habitual. Colocando sus fuertes manos en mis caderas, me agarra con brusquedad, me arrastra hacia él y me separa las rodillas. Ahora estoy en la misma postura de antes, con la entrepierna a la altura de su boca, y él me sostiene con tanta firmeza que no consigo apartarme.

—Punto número uno: aún no te estoy follando. Punto número dos: no necesito una charla sobre un gilipollas para que se me ponga la

polla dura. Ya lo está desde que tú te saltaste ese *stop*. Y punto número tres: tengo muchas perversas fantasías que necesito cumplir contigo, pero esa no es una de ellas. Como yo he contestado a todas tus preguntas, creo que me merezco que tú contestes a la mía. ¿Y bien?

Hago otro intento por apartarme, pero de nuevo no consigo nada. Suspiro, rendida.

—¿Quieres saber si le quiero?

Tuerce la boca en plan indiferente.

—Eso me la suda. Lo que quiero saber es si le quieres más que a mí.

Pongo cara de irritación.

—¿Es que eres gilipollas o qué? Déjalo, no contestes. Ya sé la respuesta a eso.

Con una media sonrisa curvando la esquina izquierda de su boca, desliza la lengua por mi sexo una vez más. No debería, y más estando tan cabreada con él, pero no puedo evitar tensar los músculos de mi vientre de puro deleite. Por supuesto que lo nota, y su sonrisa se ensancha.

—No voy a follarte hasta que no me hayas contestado.

—Mejor aún.

—Eres la peor mentirosa con la que me he topado en toda mi vida.

Y vuelve a dar otro lametazo. Me muerdo el labio para no gritar.

Solo está dándome migajas. Es consciente de que mi deseo por él es tan intenso que me abrasa por dentro, pero, así y todo, él elige atormentarme alternando fugaces momentos de placer con infinitos momentos de tormento. Creo que hay una palabra para definir lo que está haciéndome. Y no, no es calientabragas. ES GILIPOLLAS.

—Mason, suéltame.

—Responde antes.

Lo miro exasperada y él saca la cabeza de entre mis piernas para dedicarme una sonrisa lenta y ladeada.

—No voy a responder a eso.

—Está bien —me dice indiferente.

Clava los dedos en mis caderas, baja la cabeza y esta vez traza círculos con la lengua. Se me empiezan a caer los párpados. El placer es tan fuerte que no lo puedo reprimir. Él lo sabe, puesto que mientras pasa la lengua con destreza por los pliegues de mi sexo, me atraviesa con la intensidad azul de sus ojos, solo para medir mis gestos. Cuando se da cuenta de que me remuevo cada vez más, ralentiza el ritmo. Ahora su lengua se mueve de un modo lento, profundo, absolutamente perfecto.

—¿Y ahora vas a contestar, o seguimos?

Es consciente de que estoy a punto de correrme. Aun así, se detiene. Cierro los ojos y los mantengo así.

—Mason, nunca he amado a nadie como te amo a ti —gruño exhausta—. ¿Ahora podemos follar, por favor?

Medio sonrío, es evidente que mi respuesta le satisface.

—Asu servicio, señora.

Se yergue y empieza a desnudarse, obsequiándome con la imagen de su fuerte y bronceado cuerpo. Tras quitarse la camisa, se agacha para descalzarse y es entonces cuando reparo en su espalda. A través de la oscuridad, puedo ver lo que le hicieron, con que crueldad. Me tapo la boca con una mano, cierro los ojos y me esfuerzo, poniendo todo mi empeño, en retener las lágrimas. Su espalda está llena de marcas y yo sé cómo se las han hecho. Latigazos. *Oh, Dios mío, le golpearon con un látigo... No...*

Me acerco a él y lo abrazo por detrás. Necesito transmitirle de algún modo todo lo que siento por él y no tengo otra manera de enseñárselo que estrecharlo fuerte entre mis brazos. Él resopla y coloca las manos encima de mis brazos, que le rodean el torso.

—Mason, te quiero.

—Lo sé, bichín.

Mis labios toman posesión de su espalda. Beso y arrastro la lengua por todas sus marcas, todas las cicatrices, las borraré todas con

mis besos. Él respira fuerte, sin atreverse a moverse. Pensé que tal vez iba a apartarme, o a gritarme que no lo tocara, pero él, más tenso que nunca, se queda quieto, conteniendo el aliento, y me deja hacerlo. Me doy cuenta de la rigidez de sus hombros y de lo apretados que tiene los puños. Esto no le gusta, le inquieta; aun así, se deja tocar por mí. Porque es lo que yo quiero y él una vez juró darme siempre todo lo que yo quisiera.

Al caer en la cuenta de eso, noto un intenso dolor clavándoseme en el corazón. Le hago girar de cara a mí y busco sus labios. Hoy más que nunca necesito sentirlos sobre los míos. Él me rodea la cabeza con los dedos, se lanza sobre mi boca y me besa fuerte.

—Gracias —me susurra, dejando caer la frente sobre la mía.

—¿Por?

—Por no preguntar.

Trago en seco.

—¿Me lo vas a contar algún día?

Asiente lentamente y me da un beso en la frente.

—De hoy en veinte años.

—¿Por qué de hoy en veinte años? —pregunto, desconcertada.

Medio sonrío.

—Así me aseguro de que estarás aquí conmigo. Si satisfago tu curiosidad desde el principio, acabarás aburriéndote de mí.

Le rodeo la nuca con los dedos.

—Jamás.

Y lo vuelvo a besar.

Al cabo de unos minutos, Mason se quita el pantalón y yo, sin poder evitarlo, deslizo los dedos por su grueso e hinchado miembro, haciéndole gemir.

—Y ahora voy a follarte —informa con total tranquilidad.

Me levanta, yo envuelvo su cintura con las piernas, y, conmigo en brazos, camina hacia la alfombra de piel de oso, donde me tumba debajo de él. El calor que desprende la chimenea es tan reconfortante

que dan ganas de ronronear.

—Eres mía, no de Darren —gruñe con brusquedad—. Dilo.

—Soy tuya —gimo, ya que en este momento le diría cualquier cosa que él quisiera escuchar. Me vuelve loca de deseo y no puedo pensar con claridad.

—Mia —repite, y su miembro se hunde en mi interior de una potente embestida.

Tengo que ahogar un grito. El dolor y el placer me atraviesan a la vez. Mi cuerpo necesita unos instantes para aceptar su intromisión. Mason, que se da cuenta de ello, me pone el pulgar sobre el clitoris y empieza a moverlo en círculos. Me agarro más fuerte a sus brazos, sin poder evitar los movimientos de mis caderas, que se agitan en torno a miembro. Cuando ya he acogido dentro toda la longitud de su firme erección, empieza a moverse, llegando hasta lo más profundo de mí ser, golpeando en el sitio exacto.

Me hace rodear sus caderas con las piernas, para conseguir un mejor ángulo de penetración. Su respiración se va acelerando con cada embestida, como si siguiera el ritmo de sus movimientos. Coloco las manos en su espalda y lo insto para que se mueva más rápido, pero él, al sentir que ya me estoy acercando al orgasmo, ralentiza el ritmo.

—No tan rápido.

—Mason...

Tapa mi boca con la suya para acallarme, y su lengua me explora a consciencia. Sus brazos me levantan y me hacen montarme a horcajadas sobre su cintura. Ríe entre dientes cuando uno de mis pechos se acerca hasta la altura de su boca y yo me arqueo contra él, como invitándole a pasar la lengua por mis pezones.

—¿Qué es lo que quiere mi preciosa que haga? ¿Que los chupe?

—Aver, piensa.

Ríe ante la frustración que desprenden mis ojos. Luego, emplea la lengua para calmar las oscuras puntas, duras y algo irritadas a causa de sus anteriores caricias. Con ambas manos agarrándome por las

caderas, me sube y después me deja caer contra su miembro. Al principio, nos movemos pausadamente, pero a medida que pasan los segundos, se adentra cada vez con más intensidad. Gimo, tenso las caderas y me dejo poseer por él mientras su boca sube sobre mí para devorar a la mía con su increíble técnica.

—Me gusta escucharte gemir —murmura, lamiéndome la piel desde la barbilla hasta la zona de los pechos.

Me rodea uno con la boca, clavándome los dientes en el pezón. Emito un gemido abandonado, antes de empezar a moverme con los ojos cerrados para sentirlo mejor. Dejando que su boca se ciña en torno a mis pechos y su miembro se clave en mi interior, muevo las caderas, fascinada por el perfecto modo que tiene de entrar y salir de mí.

—Quiero que te corras con mi polla dentro de ti —murmura, tirándome de los pezones con los dedos.

Sus ojos, nublados de un lascivo deseo, su sucia boca, la excitación que percibo en su tono de voz, me hacen caer. Las oleadas de placer me invaden, una tras otra, y yo grito y me contraigo alrededor de su miembro, mientras las sacudidas del orgasmo se expanden por todo mi cuerpo. Mason se detiene, me aparta el pelo de las sienes y me besa el rostro. Su expresión es ardiente y sus ojos me evalúan colmados de pasión.

—Ahora lo que quiero es correrme dentro de ti —me dice jadeante.

Le sonrío, deseando más que nunca hacerle perder el control.

—Eso puedo arreglarlo.

Sacudo las caderas para invitarle a seguir y él gruñe a modo de respuesta. También responde su miembro, que se tensa en mi interior.

—Esa es mi chica —murmura complacido, con la boca pegada a la mía.

Empieza a penetrarme con impaciencia, usando mi cuerpo para darse placer a sí mismo, sin dejar de besarme apasionadamente. La

sensación de que está utilizándome como a un juguete sexual me excita tanto que noto otro orgasmo apoderándose de mi interior. No es tan potente como el primero, pero sí igual de excitante. Al verme gritar y ondularme sobre su miembro, Mason se corre con un gruñido ronco y los dedos fuertemente clavados en mis caderas. Tras vaciarse por completo en mi interior, cierra los ojos y los mantiene fuertemente apretados.

—Oh, Dios, no vuelvas a dejarme jamás —gruñe, desplomándose sobre mí.

Caemos hacia atrás y Mason pone especial cuidado en no aplastarme bajo su cuerpo.

—Te lo prometo solo si tú me prometes algo a mí.

Abre sus preciosos ojos azules y me mira con una mirada aún nublada de deseo.

—Lo que sea —exhala.

Extiendo un brazo y le acaricio el mentón. Él me coge la mano, la acerca a sus labios y me planta un beso en la muñeca, justo donde me late el pulso, que, por supuesto, se acelera bajo sus labios.

—Asegúrate de estar aquí por la mañana —le susurro, mirándole a los ojos.

Su débil sonrisa se diluye en una mueca de dolor.

—Estaré aquí, mañana y siempre.

—Sí, hazlo.

—Lo haré, amorcito.

Me abraza, haciéndome enterrar el rostro en su cuello, y durante largo rato se limita a acariciarme el pelo. Lo hace con tanta suavidad y tanta ternura, que los ojos se me llenan de lágrimas. Parpadeo un par de veces para contenerme. Soy Oliva Novak. Yo no lloro tan a la ligera. Para conseguir que esas lágrimas se escurran por mis mejillas, se necesitan unas razones muy poderosas. Como que alguien haya muerto... esté en muerte cerebral... o Mason desaparezca a la mañana siguiente después de quitarme la virginidad. A esa clase de razones me

refiero.

—¿Aún tienes hambre? —me susurra, agarrándome la barbilla para buscar mis ojos.

—Solo de ti.

Me dirige una pícaro sonrisa al comprenderlo.

—Eso puedo arreglarlo, amorcito.

Sus caderas se mueven, recordándome que aún está dentro de mí. Al principio no está del todo duro, pero en cuanto empieza a besarme y nuestro beso se vuelve más pasional, noto cómo se endurece en mi interior, cómo su pene cobra vida, entra y sale de mí, me golpea una y otra vez.

—¿Quieres saber lo que voy a hacerte ahora? —jadea.

Lo miro con mala cara, puesto que se ha detenido justo cuando la primera onda de placer estaba atravesándome, y ahora, obviamente, esta ha retrocedido y de nuevo me ha dejado llena de frustración.

—¿Es preciso que me lo cuentes? —refunfuño.

Medio sonrío.

—Es elemental.

Los tórridos labios de Mason se arrastran por mis pechos y yo parpadeo un par de veces antes de abrir los ojos y mirarle. Ya es de día, supongo que bastante temprano todavía, puesto que el sol está aún bajo y deslumbra más que nunca. Cuando una ha dormido menos de cinco horas, resulta muy molesto que a primera hora de la mañana se te claven los rayos en las pupilas con tanta crueldad.

Mason se detiene al sentirme despierta, busca mi mirada y me dedica una sonrisilla, antes de retomar lo que estaba haciendo. Rodeándome un pecho con los labios, lo chupa mientras pasa la lengua por la punta, endurecida de tanta excitación.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —murmuro, todavía medio dormida.

Vuelve a detenerse para poder mirarme a los ojos.

—Lo que la última vez no pude hacer por circunstancias ajenas a mi deseo.

Lo miro y veo que está desnudo y completamente excitado. Pues más o menos como yo...

—¿Y eso se traduce en...?

Me quita la manta que me estaba tapando medio cuerpo y gime ante mi desnudez. Se humedece dos dedos, los introduce en mi interior, solo para asegurarse de que estoy preparada, y sonríe al comprobar que sí. ¡Claro que estoy preparada! A veces tengo la sensación de que Mason sería capaz de hacer que me corriera solo con un beso. Tan fuerte es el control que su cuerpo posee sobre el mío.

—Volver a follarte, por supuesto.

Los músculos de mi vientre se contraen. Él se inclina sobre mí y sumerge la lengua dentro de mi boca, tan controlador y exigente como siempre ha sido. Con las rodillas me separa las piernas, abriéndome para él.

—Levanta los brazos. Así, no te muevas.

Me sujeta fuertemente las muñecas por encima de la cabeza, como si estuviera inmovilizada, y mientras su lengua se adentra una y otra vez dentro de mi boca, su miembro entra en mí. Me acaricia dentro y fuera, moviéndose muy despacio y sin apartar los labios de los míos. Intento bajar las manos para tocarle, pero hace fuerza para que me quede quieta.

—Como sigas moviéndote, te pongo las esposas de nuevo. Esa idea me divierte.

—Quiero tocarte... —protesto.

—No seas impaciente. Confórmate con lo que te estoy dando. Con la boca pegada a mi cuello, me penetra pausadamente.

—¿Te cuento lo que quiero de ti? —jadea.

—¿El qué?

Me pasa la lengua por el hueco de la base de la garganta, me

susurra lo mucho que me ama, y me explica lo que va a hacer para conseguir que me corra...

—...encima de mi polla —concluye, con la voz convertida en un gruñido, al mismo tiempo que da una potente embestida.

Grito, y lo que surge después es tan intenso como un choque de trenes. E igual de imparable. Estallo de placer, pero Mason no se detiene ni por un instante. Embiste una y otra vez, clavándose cada vez más hondo y con más fuerza, furioso e impaciente. Se corre gritando mi nombre. Luego, los dos nos derrumbamos sobre la cama, saciados, abrazos y con las piernas enredadas.

Al cabo de unos minutos, hago ademán de moverme. Mason tensa los brazos a mi alrededor.

—Estás preciosa en mi cama. No se te ocurra levantarte.

—Tengo que ir al servicio.

—Pues te aguantas porque quiero volver a follarte.

—Estarás de coña.

—¿Tengo pintas de estar de coña?

—No. Tienes pintas de estar excitado.

—Toca mi polla y lo verás.

—Solo si la sacas de ahí...

—Uy, lo siento —*que va, no lo siente para nada*—. No puedes tocarla. Está enterrada en tu interior. ¿Y quieres que te cuente un secreto?

—Aver.

—No pienso sacarla de ahí en todo el día.

—Hablas en serio, ¿verdad?

Me mira, todo serio.

—No, la verdad es que no.

Suelto un soplido de alivio.

—Menos mal. Me tenías asustada.

—Lo cierto es que pienso sacarla para meterla dentro de tu dulce boquita.

—¡Mason!

—No te hagas la indignada, sé que te has excitado ante la idea. He notado tu coñito contrayéndose alrededor de mi polla.

Lo miro con los ojos entornados y él, otra vez duro, sonrío y empieza a embestir lentamente.

—Bueno, lo admito. Me excita.

—Quieres chuparme la polla, ¿a que sí?

—No pienso contestar a eso.

Da una potente embestida y yo grito.

—¿A que sí? —insiste.

Clava los dientes en mi labio y tira de él con fuerza.

—¡Sí, joder!

Ríe entre dientes.

—Pero tendrás que darme algo a cambio.

¿Como no!

—¿No te basta con follarme?

—¿Con la polla? No. Pero me bastaría con follarte con la boca.

¿Qué me dices?

—Solo puedo decir una cosa.

—¿El qué?

—¿A qué coño estás esperando?

Riéndose, Mason sale de mí, me empuja hacia atrás en la cama y me separa las piernas con brusquedad. Inmediatamente, su lengua se clava a través de los labios de mi vagina. Enredo los dedos en su pelo, me arqueo y gimo. Solo le lleva unos segundos y un par de movimientos en círculo para lanzarme al éxtasis.

—Y ahora te dejaré que me la chupes. Pero cuidadito, no hagas que me corra. Aún no hemos acabado.

Arrodilladla delante de él, le rodeo el miembro con los labios. Deslizo la boca arriba y abajo por toda su longitud, le acaricio la hinchada punta con la lengua, y en ningún momento rompo el hechizo de nuestras miradas. Gimiendo de placer, me agarra del pelo y me echa

la cabeza hacia atrás para poder penetrarme hasta la garganta. Y me penetra, vaya si me penetra. Nunca pensé que esto podría resultarme tan excitante. Veo la expresión de su rostro mientras se introduce en mi boca, veo la pasión que asola sus facciones, el fuego que brilla en su mirada, y lo único que deseo es darle placer, adorar su cuerpo como si de una obra de arte se tratase.

—Oh, Dios, qué bueno —murmura, moviéndose más deprisa.

Me penetra hasta que, sin previo aviso, intenta retirarse. Le aprieto las nalgas con las manos y lo empujo de nuevo dentro de mi boca.

—Ya es suficiente —sin embargo, yo sigo chupando—. Basta, joder, Liv —sigo chupando—. Oh, joder, me voy a correr. Mierda. Aún no —mi lengua se desliza por la punta de su miembro y mis labios succionan con más fuerza—. Oh, joder... —me agarra la cabeza con ambas manos e incrementa el ritmo de sus embestidas—. Está bien. Tú te lo has buscado. Pues toma.

Y se derrama dentro de mi boca gruñendo y moviéndose con furia. Después, me coge en brazos y me hace tumbarme en la cama debajo de él.

—Sabes que odio cuando no me haces caso, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—¿Y sabes cuáles van a ser las consecuencias?

—No. ¿Cuáles?

—Voy a follarte, Olivia. Y esta vez va a dolerte.

Lo miro con los ojos entornados.

—Bobadas. Me quieres demasiado como para hacerme daño.

—¿Es eso lo que piensas?

—Sí, es eso lo que pienso.

Su rostro adquiere un aire meditabundo.

—Mmmm. Puede que lleves razón. Pero pienso follarte igualmente.

—Pensaba que ya lo habías hecho.

—Y lo habría hecho si te hubieses detenido cuando te lo pedí.

Ahora necesito unos minutos para recomponerme.

—¿Por qué no me hablas de tus ex novias mientas tanto?

Necesito saber delante de quien debo ruborizarme cuando voy a comprar el pan.

Su expresión se endurece.

—Olivia, he dicho que necesito minutos, no días.

Ay, Dios.

Capítulo 5

Unas horas más tarde, Mason detiene su coche, un Mustang negro, que ha conducido de camino a mi casa a una velocidad muy superior a la que obligaban las señales de tráfico.

—Que rápido se ha acabado la noche —se lamenta mientras me ofrece la mano para ayudarme a bajar.

—Bueno, debemos volver a la realidad.

Agarrándome por los hombros, me inmoviliza al lado del coche y me mira sin pestañear.

—¿Y cuál es esa realidad, Olivia? —su voz suena un poco torturada y a mí se me olvida respirar por unos segundos.

—Ahora debemos separarnos, Mason. Ya lo sabes.

Me atrae hacia él y me aplasta contra el ardiente cuerpo que hay por debajo de su camisa blanca. Con una intensa emoción reflejada en sus pupilas, inclina la cabeza y me besa con fuerza. Nuestras bocas deben de tardar minutos enteros en separarse; no lo sé, cada vez que Mason me rodea entre sus brazos, el tiempo corre de modo diferente. O, mejor dicho, se detiene por completo.

—No quiero separarme de ti ahora —musita, acariciándome la cabeza con ambas manos—. Ni nunca.

Me da un beso ávido y profundo, transmitiendo a través de él lo mucho que le disgusta tener que irse.

—¡Eric, cariñito!

Los dos buscamos con la mirada a mi madre, que agita la mano desde la ventana de la cocina para llamar nuestra atención. Mason le dedica una sonrisa reluciente y hace un gesto de saludo con la mano.

—Hola, Grace. ¿Qué tal estás?

—Preparando lasaña. ¿Te quedas a comer?

—Imposible. He de trabajar. Pero prometo pasarme uno de estos días. Aver si me haces esas patatas asadas con bacón.

Los contemplo sonriente. Parecen llevarse de maravilla y lo cierto es que siempre ha sido así. Desde mucho antes de enamorarme yo de

él, mi madre tenía en alta estima a Mason y no perdía una para regañarme por haberle insultado. Solía decir que no hay mejor chico que Mason en todo el pueblo. En aquel entonces yo discrepaba por completo de aquella opinión.

—¿Y cómo es que Liv no va contigo? —inquire.

¡Pero qué buena idea! Miro a Mason esperanzada, pero luego frunzo los labios de disgusto al ver que él sacude la cabeza para negarlo.

—Otro día. Hoy tengo un par de cosas que solucionar.

Vaya.

—Entiendo. Bueno, os dejo para que os despedáis como es debido. No quiero ser un incordio.

—No, mamá, pero si tú eres un cielo —le digo, alzando la voz.

Mi madre refunfuña algo que no consigo escuchar.

—Ten cuidado, Eric.

—Lo haré.

Él le guiña un ojo y ella, parsimoniosa, cierra la ventana. Juraría que está escondida en alguna parte, tal vez entre las cortinas, mirándonos desde las sombras. Es como si sintiera sus agudos ojos clavados en mi espalda.

—Sigue asomada, ¿a que sí?

Mason, riéndose, me agarra por la cintura y me pega de nuevo a su cuerpo.

—Seguramente sí. ¿Dónde estábamos? —sus dedos me recorren el cuello, sus caderas me empujan hasta apoyarme contra el capó del coche y sus labios están de nuevo encima de los míos—. Oh, sí, en la parte en la que yo metía la lengua dentro de tu boca.

Vuelve a besarme. En realidad, lo que me da esta vez no es un beso. Es decir, no es solo un beso. Es más bien una demostración de poder. Está enseñándome lo que puede conseguir de mí con la ayuda de su boca, el control que ejerce sobre mi cuerpo y lo mucho que está disfrutando con ello.

—Luego te veo, nena.

Antes de regresar al coche, me da otro beso, esta vez más corto, pero tan intenso que me deja temblorosa y jadeante. Arranca el motor y me guiña un ojo antes de desaparecer a través de las curvas. En cuestión de segundos es como si la carretera se lo hubiera tragado. De repente, pese a los rayos de sol que me envuelven, cálidos y resplandecientes, siento como un frío atroz se propaga por mis venas. Instintivamente sé que no volveré a sentir calor hasta que vuelva a verle.

Suspiro, resignada, y entro en casa. Mi madre se lanza sobre mí de inmediato y, en la siguiente media hora, mientras comemos, me ataca con un diluvio de preguntas, cada una más incómoda que la anterior. ¿Qué hicimos durante quince horas? ¡Como si no fuera evidente! ¿Hemos estado ensayando? Eso también es evidente: ¡NO! Ahora que he vuelto con Mason, ¿cuándo pienso cortar con ese Darren? Aún no lo sé. Necesito algo de tiempo para tomar esa decisión. ¿No iré a seguir adelante con esa relación, después de todo?

—No lo sé, mamá. ¿Qué parte de *necesito tiempo* no has pillado aún?

—Por cierto, te has dejado el móvil en casa y ese Darren te ha llamado como mínimo diez veces.

Suelto la cucharilla del postre ruidosamente. Mi padre me mira por encima de las gafas, pero no dice nada, solo me lanza una miradita antes de hundir de nuevo la nariz dentro de su periódico. Siempre lee las noticias después de comer; una de esas rutinas a la que las personas se enganchan con el paso de los años, pequeñas manías, supongo.

—¡Mamá! ¿Y por qué no lo dijiste cuando llegué?

Hace una mueca de desdén.

—Bueno, antes había que tratar los asuntos importantes.

Sin replicar a eso, me pongo en pie precipitadamente, lanzo la servilleta encima de la mesa y corro hacia el salón para buscar el móvil.

Acelerada y bastante nerviosa, marco su número mientras doy vueltas de un lado al otro.

—Darren —empiezo en cuanto descuelga—. Lo siento muchísimo. Me he dejado el móvil en casa.

—¿Y no has vuelto hasta ahora? Te llamé anoche sobre las diez, como siempre, y no me lo cogiste. Y luego esta mañana tampoco. ¿Qué pasa, Olivia? Empiezo a preocuparme.

¡Deberías!

—Nada, no pasa nada. Es solo que estoy en casa después de tantos años. Ya sabes cómo son estas cosas —miento; sin el más mínimo descaro, además. No estoy para nada orgullosa de mi actitud.

—No, no lo sé. Cuéntamelo.

Parece bastante cabreado. Darren no suele ser así de brusco, pero me imagino que esta situación acabaría hasta con la paciencia de un santo. Se suponía que su prometida solo iba a estar fuera durante un par de días, el tiempo justo para recorrer los kilómetros que separan Washington de Colorado. Sin embargo, ahora lleva más de una semana fuera y, según parece, piensa prolongar su viaje eternamente. Casi me compadezco de Darren. No se merece nada de lo que nos está pasando. Sé que él jamás me lo haría a mí, lo cual hace que me sienta aún peor. Tal vez debería hacer alguna buena donación a la parroquia y pedirle al cura que rece por mi alma. Aeste ritmo, va mal parada.

—Ya sabes, una ve a amigos y familiares después de tantos años y pierde la noción del tiempo.

Sobre todo, cuando pasa una noche de sexo salvaje con su novio de la adolescencia, la razón de su huida de Vail, el hombre al que nunca ha dejado de amar. Ya sabes, cariño, lo más normal del mundo.

—Entiendo. De acuerdo —resopla, y yo diría que no está muy convencido de lo que acabo de decirle—. ¿Cuando vuelves entonces? Una excelente pregunta.

—Eh... aún necesito un par de días. Ya te lo confirmaré en breve.

¿Qué tal las cosas por Nueva York?

—No es lo mismo sin ti, cariño.

Su voz se vuelve cálida y a mí me invaden las ganas de llorar.

—Lo siento.

—Ya. No pasa nada —se interrumpe, puesto que una mujer está diciéndole algo sobre un mitin—. Escucha, tengo que dejarte. Te llamaré esta noche. Alas diez.

—Mejor hablamos mañana.

—Oh, ¿y eso?

—Me iré a la cama temprano. Estoy muerta. La vida en el campo cansa mucho.

—De acuerdo. Mañana hablamos, pues —hace una pausa y añade, bajando la voz—. Te quiero, nena.

—Yo también.

Cuelgo y me quedo con el teléfono en la mano. Las palabras han brotado de mi boca de modo automático, lo dije sin pensar, fue como un acto reflejo, y ahora me siento fatal por habérselo dicho. Es como si estuviese engañando a Mason, aunque, en el fondo, el engañado es Darren. Vaya mierda todo. Llevo en Vail siete días y ya le he liado parda. Tengo que solucionar esto de inmediato y no tengo ni la más mínima idea de por dónde empezar. ¿A quién elijo? ¿A Mason, a quién amo más que a nada, pese a que no sé nada sobre él? Es decir, las personas cambian. Llevo sin verle demasiado tiempo. ¿Acaso ocho años de guerra y un desamor no son suficientes para oscurecer el alma de un hombre? ¿Y si Mason solo quiere follar conmigo un par de veces y luego pasa página? La lista de las mujeres que han pasado por su cama es escandalosamente grande. ¿Y si yo solo soy una de ellas? ¿Acaso, eligiéndole a él, no estaré tirando mi futuro por la borda? Hay que admitir que Darren ha hecho bien claras sus intenciones antes de dejarme marchar de Washington. Sé que me quiere y sé que se ve envejeciendo a mi lado. Evidentemente, con Darren no tengo ni la mitad de la pasión que tengo con Mason. ¿Pero

es que la pasión lo es todo? ¡Sí!, grita una voccecita dentro de mi cabeza. *¿Cómo vas a poder vivir sin toda esa pasión, que se desliza por tus venas y hace que tu sangre bulla de deseo cada vez que lo ves a él? ¿Quién, sino él, va a hacer que tu corazón palpite de ese modo?*

—Cariñito, acompáñame, vamos a ir a ver a Fiona. Tenemos que juntar las ganancias de ayer y mandarlas a Denver.

Dejo de darle vueltas al asunto en el que estaba pensando, me guardo el móvil en el bolsillo del vestido y me giro hacia mi madre, quien está en el umbral de la puerta, mirándome.

—¿Cuánto has sacado tú?

Sonríe complacida.

—Mil doscientos cuarenta y ocho dólares con setenta y cinco centavos.

—¡Vaya, mamá! Eso es genial, ¿no? ¿Y qué vas a hacer con el dinero?

—Fiona y yo se lo mandaremos a una ONG de Denver.

Ella no menciona para qué, ni yo se lo pregunto. Salimos por la puerta, mi madre, hablando muy deprisa sobre cómo piensan organizar este año la *Fiesta de los Fundadores*, y yo escuchándola muy atentamente. Por lo visto, nuestra obra de teatro inaugurará las tres jornadas que duran las fiestas. Recalca, una vez más, la importancia de que todo salga según lo planeado.

—Por eso es muy importante que os estudiéis el papel.

—Sí, mamá.

Nos montamos en el coche y ella sigue hablando y hablando, pero yo empiezo a tener dificultades para escucharla. Los pensamientos anteriores regresan a mi mente y sus palabras se desvanecen a medida que vuelan los minutos y los kilómetros.

Aparcamos delante de la casa de Fiona, una construcción de madera de una sola planta, asentada en mitad de un verde prado y rodeada de rosales rojos y amarillos, que la trepan hasta la altura de las ventanas. Mientras sigo a mi madre en dirección a la verja negra,

algo maltratada por el paso del tiempo, estoy convencida de haber tomado la decisión correcta respecto a cómo solucionar el lío amoroso en el que me he metido yo solita. Creo que la mejor estrategia es no hacer nada en absoluto. Dejaré que las cosas se solucionen por sí solas. De momento, me centraré en mi relación con Mason (necesito reunir más datos para poder tomar una decisión), estudiaré mi papel en la obra de teatro y disfrutaré de estos días de vacaciones. Cuando acabe la *Fiesta de los Fundadores*, esa misma noche, cuando, a las doce en punto, los fuegos artificiales estén apoderándose del cielo de Vail, decidiré con quién me quedo. Aún tengo siete días. No hay que precipitarse.

—¡Livy, cariño! —Fiona sale a nuestro encuentro y me da un buen acuchón—. ¡Pero qué guapa estás! ¿Y ese diablo de Eric no viene contigo?

Me esfuerzo en sonreír, aunque no me hace ninguna gracia que, antes de las dos de la tarde, todo el pueblo esté al tanto de que Mason y yo tuvimos una cita anoche. Me pregunto vagamente cómo se habrá enterado Fiona tan pronto. ¡Por Dios, si vive en mitad de la nada! ¿Acaso alguien ha llamado para contárselo? Miro a mi madre de reojo y me pregunto si habrá sido ella la chivata.

—Mason está trabajando —comento de camino al porche.

—No pasa nada, así podemos hablar las chicas. Rosie está de camino.

Veo que hoy no hay manera de librarse de la mortífera trinidad. Pero como mi humor es excelente, descubro que esa noticia no me molesta en absoluto. Una tarde de chicas y una noche con Mason es el mejor plan que he tenido en años.

Tras subir unas pocas escaleras de madera, nos desplazamos hacia un rincón medio oculto por las hojas de una parra. En la sombra, hay una mesa redonda de madera con un par de sillas a su alrededor. Fiona, como la perfecta anfitriona que siempre ha sido, ya ha sacado una bandeja con té helado y galletas caseras. En cuanto tomamos

asiento, empieza a servir el té.

—Voy a llamar a Rachel por si quiere pasarse —tomo un sorbito y sonrío al ver que Fiona se ha acordado de que me gusta el té de frambuesa—. Por cierto, ¿alguna de vosotras tiene el teléfono de Maggie?

Mi madre y Fiona, las dos sentadas en sillas de mimbre beige, intercambian una miradita. Yo me he sentado en una mecedora blanca, puesto que siempre me han gustado. Cada vez que me imagino un idílico cuento de hadas, me imagino una mecedora en él. Es una pena que en Washington no pueda tener una. No tengo terraza y poner una en el salón me parece una estupidez. Las mecedoras son para tenerlas al aire libre.

—¿Qué Maggie, cariñito?

—La de las gemelas —aclaro, mordisqueando una galleta.

Fiona se queda pensativa.

—¡Sale en la guía telefónica! —exclama de pronto—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque voy a invitarla a que pase la tarde con nosotras... si no os importa. Me han dicho que no tiene demasiados amigos en el pueblo y es una pena. Me parece muy buena chica. Tal vez podamos integrarla en nuestro grupo.

Mamá y Fiona cruzan una mirada de recelo.

—Liv, ella es...

—Ella es una mujer como cualquier otra, Fiona. ¿Habrás cometido errores? ¿Y quién no? ¿De verdad os parece bien lo que le estáis haciendo? ¡Debería daros vergüenza a las dos!

Parecen estar meditando seriamente sobre su actitud.

—Iré a por la guía —se ofrece Fiona finalmente.

Me regocijo por mi victoria, pero sin que ellas se den cuenta de ello.

—Excelente decisión. Llamaré a Rach mientras tanto.

Maggie llega más o menos al mismo tiempo que Rachel, a quien le

cuesta cada vez más andar. Al cabo de unos minutos de conversación, me doy cuenta de lo poco que se merece ser excluida de los círculos sociales de Vail. ¿Acaso es culpa suya que un gilipollas la engañara? Antes de que acabe nuestro encuentro, las demás deben de llegar a la misma conclusión que yo, puesto que invitan a Maggie y a las niñas a la barbacoa que Tommy y Mason organizan dentro de dos días.

Hundida en mi mecedora blanca, miro ausente a las cinco mujeres que ríen y charlan animadamente a mi lado. Parece mentira lo mucho que he echado de menos esto. La vida en Vail, que antes me parecía demasiado lenta y demasiado aburrida, ahora me resulta increíble. Aquí nunca estás solo, siempre hay alguien dispuesto a hacerte compañía o a echarte una mano. O, sencillamente, a prestarte un poco de sal. Eso apenas pasa en Washington. Allí la gente va a su ritmo y solo se preocupa por sus propios asuntos. Nadie tiene tiempo para preocuparse por los demás. Pero ahora no estoy en Washington, ¿verdad? Estoy en Vail y, por primera vez en toda una década, me doy cuenta de lo mucho que había echado de menos estar en casa.

Admitírmelo a mí misma es como si me hubieran quitado un peso de encima. Aliviada, me integro en una conversación sobre la plaga de pulgones que afecta a los rosales del pueblo. Estoy convencida de no haber escuchado algo más interesante en toda mi vida, ni siquiera durante aquella cena que tuve el año pasado con el embajador de Francia.

Un par de horas después, paseo por la calle en dirección a la oficina del *sheriff*. Si Mohama no va a la montaña...

—¡Buenas tardes, señor Elsing! —saludo enérgicamente.

El anterior alcalde, sentado en una silla blanca, a la sombra de su jardín, me dedica una sonrisa mientras se levanta y se acerca a la valla de madera que delimita su propiedad.

—Olivia, ya me habían dicho que habías vuelto. Debes pasarte un

día por casa a tomar café. La señora Elsing está como loca por verte.

—Lo haré, señor.

Me alejo con una expresión de radiante felicidad en la cara. El sol, ya en su descenso, se oculta detrás de las montañas, bordeándolas con sus brillantes rayos.

—¡Buenas tardes, señora Morrison!

La anciana, que está agachada en su jardín de rosas, levanta la cabeza.

—¡Buenas tardes, bonita! Dile a tu madre que le devolveré el plato de los *muffins* mañana.

—No se preocupe, se lo diré.

Hasta que llego a la oficina, saludo al menos a otras diez personas y me paro a charlar con algunas. Es lo que tienen los pueblos pequeños, conoces a todo el mundo y todo el mundo te conoce a ti.

La oficina del *sheriff* no es un edificio demasiado grande, aunque para un sitio como Vail es perfecta. Abro la puerta de cristal, entro y camino hacia el mostrador de madera dorada.

—¿Olivia?!

Un joven agente de policía levanta la cabeza desde un ordenador y me observa con una mirada entre sorprendida y desconcertada.

—¿Michael?! ¡No me lo creo! ¿Eres el pequeño Mickey?

Él, riéndose, se pone en pie, rodea el mostrador y me abraza.

—¡Sí! —exclama, estrechándome con fuerza entre sus brazos—.

¡Vaya, cuánto tiempo!

Retrocedo para mirarle. Ahora es un joven guapísimo, moreno, de ojos oscuros, que, aunque no pasa del metro ochenta, me parece alto y en muy buena forma física.

—Ya te digo. La última vez que te vi, eras un mocoso.

Ríe entre dientes.

—Un mocoso profundamente enamorado de ti, quieres decir.

—¡Por favor! ¡Si te saco ocho años!

—Cinco —me corrige, tan serio que me entran ganas de reírme.

—¿Qué os pasa a los chicos de hoy en día con las niñas? ¿Es algún mito erótico o qué?

Mordisqueándose el labio, se cruza de brazos.

—Depende de la niña. Después de ti, no volví a enamorarme de ninguna otra.

—Porque cuando yo me fui tenías como... ¡catorce años! ¿Hasta qué edad tuviste niña?

Suelta una carcajada.

—Ya conoces a mis padres. Son gente muy siniestra.

Le doy una palmada en el hombro, riéndome.

—No digas tonterías. Son buena gente. Por cierto, ¿qué tal les va?

—Se han ido de Vail. Ami padre le han dado un trabajo en Denver y ahora viven ahí.

—Vaya. ¿Y tú como es que no te fuiste con ellos?

—Bueno, estaba esperando a ver si volvías tú.

Me entran ganas de reírme, pero él me contempla tan solemne que me abstengo.

—Entiendo. ¿Y qué haces aquí?

—Soy el ayudante del *sheriff*. ¿Y tú?

—Vengo a verle. ¿Está?

—No. Se ha ido a ver a su novia.

¿Se ha ido a mi casa? ¿Y cómo es que no nos hemos cruzado?

—¿En serio? ¿Hace mucho de eso?

—Hará un rato, pero no creo que tarde mucho en volver. El juzgado estará a punto de cerrar.

Frunzo el ceño.

—¿El juzgado?

—Sí, su novia es la nueva jueza del pueblo. Una tía maja. No sé si la conoces.

Noto que está entrándome un mareo que me deja las mejillas

pálidas. Mickey, reparando en la lividez de mi rostro, me coge por los brazos y me lleva en dirección a una silla.

—Eh, ¿estás bien? Siéntate un rato.

—No, no es necesario —consigo esbozar una sonrisa tranquilizadora—. Estoy bien. Tengo que irme.

—Pero... ¿tan pronto? ¿Por qué no tomas un café conmigo mientras vuelve Mason?

—¡No! O sea... no puedo ahora, Mickey. Tengo algo de prisa. Por favor, no le digas al *sheriff* que me he pasado por aquí. Ya hablaré con él en otra ocasión.

Me encamino en dirección a la puerta y Mickey se me adelanta para abrirmela.

—Tenemos que quedar un día tú y yo.

—Sí —murmuro distraída—. Ya te llamaré.

—Hazlo.

Se inclina, me besa la mejilla y se queda ahí plantado, mirándome absorto.

—Realmente tengo que irme ahora.

—Oh, perdón. Claro. Adiós.

Al fin se quita de la puerta para que yo pueda cruzarla. Sé que al salir, me adentraré otra vez en la oscuridad, aquella vieja amiga mía que tantas veces me ha hecho compañía en el pasado.

—Adiós, Mickey.

Me mantengo ausente mientras arrastro los pies de camino al coche, aparcado a tan solo dos calles de distancia. No puedo pensar en esto ahora y me esfuerzo en no hacerlo, pero esos meses posteriores a nuestra separación regresan a mi mente como una pesadilla. Me asalta de nuevo esa agonía, esa inquietud, ese frío apoderándose lentamente de mis entrañas. Durante un instante, me siento más sola de lo que jamás he estado en toda mi vida. No, no voy a pensar más en ello.

Cruzo la calle, desbloqueo el coche y me deslizo dentro. De

camino a casa, conduzco deprisa y, sin prestarle demasiada atención a la carretera, quebranto más de una ley. ¿Dónde está el *sheriff* ahora? Oh, se me olvidaba. ¡Está con su novia!

Mi madre me espera en el salón, sola. Me imagino que mi padre aún no habrá vuelto de su jornada de caza a la que le invitaron sus antiguos compañeros del hospital.

—Cariñito, qué pronto vuelves de tu paseo. Quieres tomar un...

—No. No quiero tomar un nada. Quiero irme a la cama y quiero que nadie me moleste en toda la noche. Voy a dormir.

Se levanta de su butaca y me sigue escaleras arriba.

—¿Qué ha pasado? ¿Con quién te has cruzado que te ha puesto de tan mal humor?

No me detengo en mi caminar, ni ella tampoco me para.

—Con nadie. Tengo un horrible dolor de cabeza, uno de esos que duran días. ¿Cómo se llaman?

—Migrañas.

—Eso. Tengo migraña. Buenas noches.

Intento cerrarle la puerta en las narices, pero ella se me adelanta y se cuelga dentro de mi habitación. Ignorándola por completo, cojo la colcha de la cama, la coloco encima de una silla, y empiezo a quitarme la ropa para ponerme el pijama.

—Tengo unos analgésicos muy buenos para...

—Mamá, no quiero nada. Quiero dormir. Por favor, déjame en paz un rato, ¿quieres?

Me mira con gesto preocupado.

—No tienes migraña. Algo te pasa.

—No quiero hablar de ello —sin llegar a ponerme el pijama, me meto en la cama y me tapo hasta la cabeza con la sábana—. ¡Buenas noches!

Resopla, se da la vuelta y se va, refunfuñando algo sobre lo difícil que es tener una hija adolescente. Me pregunto si debería recordarle que no me queda nada para cumplir los treinta. No, será mejor que

descarte esa idea. Realmente no puedo salir de la cama ahora mismo. ¡Ojalá tuviera una estúpida migraña! Esa clase de dolores que tienes la sensación de que alguien está taladrándote el cerebro, sería lo tuyo ahora mismo. Eso me impediría pensar en Mason.

Tras unos veinte minutos de profunda agonía, decido que necesito tener el cerebro centrado en otras cosas, por lo que cojo el libro de Shakespeare y empiezo a estudiar mis líneas. Creo que ahora mismo el papel de Julieta es lo único que me queda. ¡Eso sí que es triste!

Pasan varias horas hasta que escucho pasos en el pasillo. *Mierda, vienen hacia aquí.* Apago la lámpara deprisa, escondo el libro debajo de las sábanas y finjo estar durmiendo. Mi madre y Mason, al otro lado de la puerta, hablan en susurros, aunque no lo bastante bajo como para que yo no los escuche.

—Yo que tú no entraría. Está de un humor de perros. Además, no hay luz. Creo que está durmiendo.

—Solo voy a entrar un segundo. Necesito verla. Habíamos quedado esta noche y esto no es propio de Liv. Estoy preocupado.

—Alo mejor es cierto que tiene migraña.

—Puede. Voy a entrar a comprobar que todo está bien. Solo le daré un beso de buenas noches y luego me largo. Te lo prometo. Ni se va a enterar de que estoy aquí.

Se abre la puerta y a mí me entran ganas de sollozar. ¿Por qué no se va con su estúpida novia y me deja en paz de una vez por todas?

Camina despacio, sin hacer nada de ruido, y se acuchilla al lado de mi cama. Apenas distingo su rostro a través de las pestañas. Convencido de que debo de estar durmiendo, extiende el brazo para acariciarme la mejilla, pero no llega a rozarla. Los nudillos de su mano se detienen a unos pocos milímetros de distancia. Trago en seco al sentir el calor de su piel, que, pese a que no me toque, abrasa. Minuto tras minuto, Mason permanece ahí, sin moverse, sencillamente mirándome. No sonríe, ni me susurra nada. Se limita a observarme con

intensa concentración.

Pasado un tiempo, se desplaza hacia una silla y se hunde en ella, sin apartar la mirada de mi rostro en ningún momento. No estoy convencida del tiempo que transcurre desde que toma asiento en esa silla hasta que se va, pero calculo que deben de ser más de dos horas. Dos horas en las que no ha hecho nada más que mirarme fijamente. ¿Acaso eso no es amor?

Permanezco en la cama hasta las nueve de la mañana, aún rezando para tener migraña o alguna enfermedad dolorosa. Creo que ese sería un justo merecido por todo lo que le estoy haciendo a Darren. ¿Y para qué? Para estar con Mason, que, en menos de dos semanas, ya me ha roto el corazón de nuevo. ¿Es que nunca aprendo?

Tras un desayuno breve y una charla con mi madre todavía más breve (ella insiste en saber qué es lo que me pasa y yo insisto en decirle que nada), decido ir a tomar el sol. A unos quinientos metros de casa, hay un claro prácticamente desierto. Es justo lo que yo necesito. Campo, sol y nadie que me moleste.

—Llévate esto.

Cojo la cestita que me ofrece y la abro. Dentro hay crema solar, unos trozos de bizcocho envueltos en servilletas, agua fría, té helado y unos melocotones. Conmovida, le doy un beso en la mejilla.

—Mamá... Intentaré ser mejor hija a partir de mañana.

—Eres una hija perfecta. Anda, vete, antes de que el sol quememe demasiado.

Le doy un largo abrazo antes de salir por la puerta. Me despido con otro abrazo de mi padre, quien está cortando el césped de delante de la casa. Perdida en mis pensamientos, arrastro los pies por el camino de tierra que lleva a la zona más aislada de todo el pueblo.

Ahí, extendiendo una manta, guardo la cesta en la sombra de un alto árbol y me quito la ropa. Tumbada encima de la manta, me deshago de

la parte de arriba del bikini. Por aquí no pasa nadie y puedo aprovechar para broncearme bien.

Mientras los rayos del cálido sol me acarician la piel, cierro los ojos y pienso en mis desgracias, hasta que me quedo dormida.

Me despierta un silbido de apreciación.

—Bonitas vistas. ¿Sabías que podría detenerte por exhibicionismo?

Abro los ojos de golpe y veo a Mason sentado encima de una roca, tapándome el sol. Parece un dios vengador rodeado por halos de luz, tan duro luce su rostro.

—¿Qué coño haces aquí?

Me coloco de inmediato el sujetador, esforzándome por abrochar el cierre con dedos lentos y torpes. Mason se levanta de su roca, se me acerca y me lo vuelve a quitar.

—No te apresures. Aún no has tomado bien el sol.

—Ni pienso tomarlo. No contigo mirándome como un perverso.

—¿Por qué no? No es la primera vez que te veo los pechos. Hace dos noches estaba recorriendo todo tu cuerpo con los labios. Por aquí... —me toca la punta del pecho con un dedo y a mí se me endurece el pezón—, por aquí... —baja en dirección al ombligo—, y por...

Agarro su mano y la detengo justo antes de introducirse entre mis piernas, por debajo de la tela del bikini. Resoplando de puro fastidio, alza la mirada y me observa con el ceño fruncido.

—En fin, por ahí —concluye.

—¿Qué quieres, Mason? —pregunto lentamente.

—¿Qué quiero? —clava los ojos en los míos y yo me estremezco, aunque no exactamente en el buen sentido de la palabra—. Quiero saber qué te pasa. Quiero saber por qué me diste plantón anoche. Quiero saber por qué fingiste que dormías, cuando tú y yo sabemos que estabas despierta. Ya sabes, Olivia, todas esas cosas.

¿Cómo demonios se dio cuenta de que fingía? ¿Y por qué no me

dijo nada anoche?

—No sé de qué estás hablando.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando, no te hagas la ingenua. ¿Qué coño pasó desde que te dejé en tu casa hasta las seis de la tarde?, ¿eh? ¿Qué te ha hecho cambiar? ¿Fue tu amado Darren?

—¡No te atrevas a mencionarle!

Sus ojos son implacables. Intento huir de su intensidad, pero me es imposible. Me agarra el mentón y me obliga a mirarle.

—¿Qué pasa por esa cabecita tuya, Olivia? —hay un brillo de lo más siniestro en sus ojos—. A veces me gustaría abrirla y conocer todos tus secretos. Eres el ser más complejo que he conocido en toda mi vida. Nunca sé por dónde vas a darme el golpe. Nunca puedo relajarme estando contigo.

—Entonces, tal vez, no deberías estar conmigo.

Sonríe ante la frialdad de mi voz. Acto seguido, me agarra por la nuca y arrastra mi rostro hacia el suyo hasta que nuestros labios casi se rozan. El momento en sí no tiene nada de erótico, es más bien algo tenso y agresivo.

—Escúchame bien. Tú y yo *siempre* vamos a estar juntos, ¿me has oído? *Siempre* —subraya, y yo trago en seco ante su mirada, violenta y penetrante—. Y ahora dime, ¿quién te ha dicho qué sobre mí?

—Nadie me ha dicho nada sobre ti.

—No insultes mi inteligencia.

—Estás furioso. Tal vez deberíamos hablarlo en otro momento.

—No estoy furioso, estoy tranquilo. Y lo hablaremos ahora. No quiero otros diez años de malentendidos.

Vaya si está furioso. Su mirada está que echa llamas, y habla a través de los dientes apretados.

—¿Por qué no vuelves con tu novia y me dejas en paz?

Desconcertado, frunce el ceño.

—Eso intento hacer. Pero es que mi novia se niega a razonar.

—Me refiero a tu otra novia.

—No tengo otra novia.

Lo dice de un modo tan natural que durante unos instantes pienso que habla en serio.

—Entonces, ¿qué hacías ayer en el juzgado?

Entorna los ojos mientras deja escapar el aire de los pulmones.

—Conque era eso. Hablaste con el imbécil de Michael, que está enamorado de ti desde que tenía siete años.

—Esa no es la cuestión.

—Fui al juzgado para pedir una orden de registro, no para tirarme a la jueza. ¿Contenta?

Me mantengo escéptica. Por si acaso.

—¿No mantienes ninguna otra relación aparte de esta?

—Adiferencia de ti, no, Oliva. Yo sí te soy fiel —contesta con dureza.

Es como si me diera un bofetón. Lo que más me duele es que lleve razón. Estoy montando en cólera cuando soy yo la que tiene un prometido por ahí.

—Lo siento, yo...

No me deja decir nada más. Sus fuertes manos, que me agarran por la cabeza, me aplastan contra su boca. Y entonces me besa con furia.

—No vuelvas a dudar de mí nunca más—gruñe al separarse de mi boca.

Me escuecen los labios y me los noto hinchados.

—Prometo no hacerlo.

—Bien.

Tira de la parte inferior de mi bikini, dejándome completamente desnuda.

—¿Qué... haces? —balbuceo.

Se afloja la cremallera del pantalón y se saca el miembro, ya duro.

—Follarte.

Lo miro con los ojos muy abiertos. Creo que habla en serio.

—¿Y si pasa alguien por aquí?

—Nadie pasa por aquí. Además, pienso ser rápido. No te mereces nada mejor. Has sido mala conmigo. ¡Quién habría dicho que volverías a hacerlo!

Me flexiona las rodillas, se coloca entre ellas y se introduce de golpe. Si se esperaba que me resultara doloroso, lo lleva jodido. Ese beso me ha dejado muy mojada y su miembro se desliza en mi interior sin dificultades.

—Siento decepcionarte, Mason.

Me mira ceñudo y yo le sonrío como una niña buena.

—No te preocupes. Encontraré otro modo de castigarte.

Empieza a moverse con brusquedad, entrando y saliendo de mí, hasta que nos corremos a la vez. No creo que el acto sexual haya durado más de tres minutos, tiempo en el que no me ha besado ni una sola vez. Tampoco lo hace al retirarse. *Pues sí que está enfadado.*

Se yergue, se guarda el pene dentro de los pantalones y se sube la cremallera.

—Te recojo a las nueve. Cenamos juntos.

—Realmente adoro cuando me consultas las cosas —bramo mientras me visto.

—Adiós, Olivia.

Y desaparece entre los árboles. Siguiéndole con la mirada, sacudo la cabeza con incredulidad. Mason y yo debemos tener una conversación muy seria, me parece a mí. Siempre he aceptado sus traumas y sus momentos cuando se cierra y no me deja entrar, pero si pensamos llevar una relación seria, eso debe acabar.

Antes de las nueve Mason ya está plantado delante de mi casa. Esta vez no entra para saludar a mis padres, se queda apoyado contra el capó de su coche hasta que salgo.

—Hola —susurro mientras camino hacia él.

No contesta. Me abre la puerta del coche y la cierra de un golpe en cuanto me monto. Viajamos callados y tensos hasta su cabaña. Por lo que veo, Mason ha decidido castigarme con su silencio.

—¿Piensas hablarme alguna vez?

Sin decir palabra, se limita a mirar al frente, perdido en sus pensamientos. Esta situación es desesperante. Está comportándose como un crío.

—Puede —susurra tras varios segundos.

Detiene el coche, se baja y se dispone a abrirme la puerta, pero antes de que él llegue, ya me he bajado y he cerrado de un portazo. Yo también puedo comportarme así, si es preciso. Caminando enfurruñados y subimos los cuatro escalones de madera que llevan al porche. Mason está guapísimo esta noche, con los ojos tan llenos de ira y el pelo despeinado por el viento. Casi me entran ganas de darle un beso y acabar con esta estúpida pelea. Si no lo hago solo es porque soy demasiado orgullosa como para ser la primera en ceder terreno.

—Siéntate, Olivia. Ahora vuelvo.

—¿No vas a invitarme a entrar?

Mueve la cabeza lentamente.

—No.

Lo miro sin dar crédito y él me sonrío. De mala gana, me dejo caer en la mecedora. Vuelve a los cinco minutos, cargado de cosas, y empieza a andar en dirección a la playa. Supongo que querrá que lo siga. Como no dice nada...

Me levanto, renegando entre dientes, y camino tras él. Los tacones se me hunden en la arena y voy dando trompicones como un borracho. Mason, a diferencia de otras veces, no se dispone a ayudarme.

—Vas demasiado elegante para lo que tengo en mente.

Se para a unos pocos metros del agua y lanza todas las cosas al suelo, levantando una nube de polvo. Me aparto, pero la arena me

salpica las sandalias igualmente.

—¿Cómo iba a saber yo lo que tienes tú en mente? No soy adivina. Y puesto que te niegas a comportarte como un adulto...

Desquiciado, se lanza sobre mi boca, me rodea en un abrazo y me obliga a responder a su beso, que es agresivo, intenso, pero tan excitante a la vez.

—¡Estoy comportándome como un jodido adulto! —me grita, antes de soltarme y retroceder.

Empieza a colocar piedras en forma de círculo a orillas del lago.

—¿Piensas hacer un fuego?

—Qué perspicaz, Olivia.

Resoplando, me dejo caer a su lado en la arena.

—Vas a estropear el vestido —esta vez habla con asombrosa suavidad—. Deberías esperar un momento. Iré a por una manta para que puedas sentarte.

—No quiero sentarme en una manta. Deseo sentarme a tu lado, como siempre he querido.

Está a punto de levantarse, pero entonces se detiene y busca mi mirada.

—¿En serio? —parece sorprendido.

Le rozo la mejilla con los nudillos. Él se queda quieto, esbozando una sonrisa muy débil.

—En serio.

Mueve el cuello para besarme la muñeca.

—Lo siento —musita, buscando mis ojos—. No tenía que haberme comportado así contigo. Es que me desquicio cada vez que siento que te alejas de mí.

Beso suavemente sus labios. Con los ojos cerrados, suspira y me agarra por la cabeza para impedir que me aleje de él.

—No te vayas aún —susurran sus labios, encima de los míos—. Solo quédate así.

—Yo también lo siento. Tenía que haberlo hablado contigo antes

de ponerme tan furiosa.

—Es igual. Bésame.

Y lo beso durante largo rato.

Tras haber solucionado nuestra primera crisis como novios, le ayudo a preparar la cena.

—No puedo creer que me hagas patatas asadas en la lumbre —comento entusiasmada.

—Siguen gustándote, ¿no?

—¡Sí! Llevo diez años sin comerlas.

—Pues hoy las comerás.

Lo vuelvo a besar mientras, los dos sentados en la arena, esperamos a que se asen. El ambiente ha refrescado bastante después de la puesta del sol, pero estamos tan cerca del fuego, tan cerca el uno del otro, que es imposible sentir frío.

—¿Cómo vas con tu papel? —inquiere, mirándome.

—Me estudié ayer. Estaba demasiado dolida y no quería pensar en ti. ¿Y tú?

Me atrae a sus brazos y me hace apoyar la cabeza en su pecho.

—También lo he estudiado. Creo que va a salir bien. Tal vez podríamos ensayar mañana por la mañana.

—Tal vez... —hago una larga pausa—. Mason, ¿cómo es que te convencieron para hacer de Romeo?

Ríe entre dientes.

—No lo han hecho. He sido yo el que ha insistido. Es más, tuve que arrestar a Jimmy para asegurarme de que no podía llevar a cabo el papel.

—¡¿Qué?! —levanto el tono, estupefacta—. ¡¿Por qué?!

—Posesión de drogas. Fumaba porros —informa imperturbable. Lo miro con los ojos entornados.

—No te estoy preguntando bajo qué cargos lo has detenido. Sé que eres perfectamente capaz de inventarte las acusaciones.

—No lo hice. Realmente fumaba porros.

—¡Eso es lo de menos! Lo que quiero saber es por qué demonios detuviste a Romeo. Y no me digas que fue porque eres un tío legal, porque no me lo trago.

Tuerce el gesto. El fuego de la lumbre le ilumina medio rostro y su belleza me hace pensar en un ángel, aunque no en uno de esos ángeles que se pasan el día flotando en una nubecilla, sino en un guerrero; uno de los que son capaces de fulminar a un ejército entero solo con la intensidad de su mirada.

—Porque me dijo tu madre que tú ibas a ser Julieta —se gira de cara a mí y me coloca un mechón de pelo tras la oreja—. Yo solo quería estar cerca de ti —confiesa con la voz ronca, mirándome a través de la oscuridad—. Como siempre he querido.

Mi corazón se detiene y luego empieza a latir frenéticamente ante el intenso tormento que cruza su rostro. Quiero abrazarlo y besarlo, y decirle lo mucho que le quiero, pero no lo hago por cuestión de principios. Al fin y al cabo, me han tendido una trampa entre mi madre y él. Al menos debería tener la gentiliza de mostrar algo de arrepentimiento.

—Así que cuando dijiste que tú y Thelma llevabais meses ensayando...

—Mentí, por supuesto. Una media hora antes había arrestado al anterior Romeo, el que llevaba meses ensayando con Thelma.

Frunzo el ceño y permanezco meditabunda.

—No le habréis roto vosotros la pierna a Thelma, ¿no?

—pregunto de repente.

Mason suelta una carcajada.

—¿Pero por quién nos tomas? —sofoca una risa ante mi mueca de escepticismo—. No, no lo hicimos. Fue el destino.

Lanzo un suspiro de alivio.

—Menos mal.

Me abraza y me besa todo el rostro.

—La cena ya está, *mon amour* —saca las patatas, maldiciendo

entre dientes, puesto que están quemando—. Abre la boca.

—Mason, tengo edad para comer sola.

—He-dicho-que-abras-la-boca.

Obedezco de mala gana y él se empeña en darme de comer como si fuese una niña pequeña. Nos comemos todas las patatas y nos bebemos todas las latas de cerveza fría que Mason había dejado en el agua para que no se calentaran.

—¿Te has quedado con hambre?

—No. Con lo que me has dado de comer, habría sido suficiente para alimentar a todo el pueblo.

—Estás demasiado delgada. Tienes que comer más.

Noto sus brazos a mi alrededor, levantándome del suelo.

—¿Qué haces?

Coloca los labios en mi oreja y me acaricia con la punta de la nariz.

—Esta tarde he sido demasiado brusco contigo —me susurra—. Debo compensártelo.

Empieza a andar hacia la entrada, conmigo en brazos.

—Lo pase bien igualmente.

—No quería que lo pasaras bien, quería castigarte —intento abrir la boca, pero me acalla con un dedo—. No digas nada, sé que soy malo en esto. Dame tiempo, llevo demasiado tiempo sin tener una relación. Estoy aprendiendo.

—No iba a darte una reprimenda. Solo quería decirte que fue sexo intenso y arrasador, pero que yo... bueno, me gustó.

Abre la puerta, me coloca encima de la alfombra y se vuelve para cerrar.

—¿No te hice daño?

—Que va.

Se me olvida respirar cuando se quita la camiseta. Me pongo en pie, me acerco a él y uno nuestros labios en un pasional beso. Suspira, estrechándome fuerte entre sus brazos.

—Vamos a la cama —me susurra—. Esta vez quiero hacerte el amor.

Dejo que me desnude y lo sigo hacia la cama. Besándonos, nos tumbamos el uno al lado del otro. Como Mason aún lleva los pantalones puestos, le desabrocho el botón, le bajo la cremallera y se los deslizo por las caderas.

Inclinada sobre él, paso la lengua por la fina línea de vello que baja por su plano abdomen. Él gime, enreda los dedos entre los mechones de mi pelo y aprieta mi cara contra su cuerpo con tanta fuerza que apenas puedo respirar.

Cuando al fin me suelta, sigo con el recorrido; bajo los labios y los arrastro por la extensión de su miembro.

—Esta vez no hagas que me corra —murmura.

Sonriendo, succiono despacio. Tensa los dedos en mi pelo y mueve las caderas, penetrando mi boca pausadamente.

—Ya está bien.

Me agarra por las muñecas y me hace girar hasta quedar por debajo de él. Con mirada hambrienta, me acaricia el rostro, el pelo, el cuello, con las puntas de los dedos. Me roza los labios antes de descender por mi clavícula. No me toca los pechos, ni el sexo, húmedo y palpitante de deseo por él, y eso hace que me retuerza bajo la presión de su cuerpo.

—Eric...

Su boca, colocada un poco por encima de mi ombligo, se curva en una sonrisilla. Siempre disfruta cuando lo llamo por su nombre, supongo que se debe a que apenas lo hago. Me gusta mucho más llamarle Mason.

—¿Mmmm?

—Necesito que me toques.

Arrastra la lengua por mi vientre, prestando especial atención al ombligo.

—Estoy tocándote, amorcito. ¿Acaso no estoy lamiendo tu piel?

—Estás dándome migajas.

Sus carnosos labios se mueven en una ladeada sonrisa.

—Está bien. Te tocaré, si es lo que quieres.

Se inclina sobre mi boca. Alargo el cuello para besarle, pero él retrocede.

—Pero ahí no —me dice, travieso, acariciándome los labios con las yemas de los dedos.

Se detiene a la altura de mis pechos. Su irregular respiración golpea contra las puntas, dolorosamente duras, y esto repercute tan intensamente en mis entrañas que se retuercen de pura expectativa.

—Aquí tampoco —susurra, y yo vuelvo a estremecerme.

Continúa bajando hasta detenerse entre mis piernas. Ahí se acerca a la resbaladiza hendidura, pero sin tocar nada. Mi deseo se vuelve todavía más intenso. Para mi desesperación, se toma su tiempo, limitándose a acariciarme solamente con el susurro de su aliento.

—Mason...

—¿Es aquí donde quieres que te toque?

Me roza con la punta de un dedo y yo gimo.

—Sí —siseo.

—Mmm...

Vuelve a repetir la operación, frotándome el clítoris con el pulgar.

—Pero quiero más que eso.

—Ya sé que lo quieres todo, amorcito.

Pega la boca a la trémula entrada y desliza la lengua por mi carne, dibujando lentos círculos. Cierro los ojos cuando noto su lengua clavándoseme dentro.

Sus manos suben por mi abdomen y se agarran a mis pechos, acariciándolos y pellizcándolos con las puntas de los dedos. Sin poder estarme quieta, impulso las caderas hacia su boca.

Con cada lengüetazo, me arrastra hacia el éxtasis. Sin embargo, nunca me deja caer. Siempre ralentiza el ritmo justo antes.

—No vas a correrte aún.

Se detiene, y yo abro los ojos y lo miro enfurruñada.

—¿Por qué no?

Con mirada turbia, avanza hacia mi boca y recorre con la lengua el contorno de mis labios.

—Porque quiero atarte —me susurra, tirando con los dientes de mi labio inferior.

Mis hormonas se remueven inquietas ante su sonrisa traviesa. Se yergue, camina hacia el perchero y busca algo dentro de los bolsillos de su pantalón de trabajo. Al darme cuenta de que coge las esposas, un estremecimiento de excitación sacude mi vientre. Con una irresistible sonrisa alterándole sus perfectas facciones, camina hacia mí lentamente, como un cazador que disfruta de tener arrinconada a su aterrada presa.

De pie delante de la cama, ladea la cabeza hacia la derecha.

—¿Muñecas o tobillos? —señala hacia las esposas, que giran en torno a su dedo índice.

—Sorpréndeme.

—Si por mí fuera, te ataría ambas, pero solo tengo un par de esposas. Mañana traeré más.

Se inclina sobre mí y deja resbalar el rostro por mi cuerpo, lamiéndome la piel desde la clavícula hasta el ombligo. Cuando se vuelve a incorporar, hay tanta hambre en sus ojos que se me acelera el pulso dentro de las venas.

—Pon las manos por encima de la cabeza.

Obedezco, y él me guiña un ojo para recompensarme por mi sumisión. ¡Cómo disfruta con esto! Lo veo en su rostro.

—Ahora no te muevas.

Lo miro por debajo de las pestañas mientras cierra las esposas. Su excitación es casi palpable. Por no mencionar la impresionante erección que se yergue entre sus fibrosas piernas. La idea de tenerme atada debe de excitarle más que nada en el mundo.

—Dime una cosa, Mason, ¿siempre has querido atarme?

—Desde que eras una adolescente. No lo hice porque era ilegal.

—¿Atarme?

—Follarte.

—Oh.

Vuelve a introducir su rostro entre mis piernas

—¿Dónde estábamos? Ah, sí, en la parte en la que tú te corrías en mi boca.

Mi cuerpo se contorsiona bajo su experta boca. Es como si yo hubiese dejado de tener el control sobre él. Ahora le pertenece a Mason.

Mete una mano por debajo de mi espalda, me levanta y siento sus dedos deslizándose en mi interior mientras su lengua se mueve sobre mi sexo con languidez. A medida que pasan los instantes, clava los dedos cada vez con más rapidez, más intensidad, aumentando también la presión que su lengua ejerce sobre mi clitoris.

—Cuando te corras, por favor, que sea gritando mi nombre.

Me pasa un pulgar por los pezones y yo me corro más violentamente que nunca.

—Oh, Mason... Mason... Mason...

Mi cuerpo aún es recorrido por las oleadas de placer cuando él entra en mí de una firme embestida y empieza a moverse con insistencia. Con la respiración entrecortada, empuja con fuerza, siguiendo un ritmo irregular.

—Mírame, Olivia.

—Estoy mirándote.

—Bien. Quiero que veas mi cara cuando me vacíe dentro de ti. Quiero que veas lo que provocas en mí.

Reanuda el ritmo de las embestidas. No deben de pasar más de dos minutos hasta que todo empieza a dar vueltas, y yo, abrazada a Mason, me lanzo al vacío.

Jadeando fuertemente, se deja caer a mi lado, boca arriba.

—¿Vas a quitarme las esposas? —inquiero unos momentos

después.

Manteniendo los ojos cerrados, mueve la boca en una sonrisa.

—¿Por qué iba a hacerlo? *¿Oh, quieres dejarme tan poco satisfecho?*

Me río al darme cuenta de que está citando a Romeo. Sí que hablaba en serio cuando dijo que se había estudiado el papel. Decido seguirle el juego.

—*¿Qué satisfacción puedes alcanzar esta noche?*

—*El mutuo cambio de nuestro fiel juramento de amor* —murmura.

Como yo ya no replico a eso, nos quedamos en silencio, los dos ausentes, tal vez atormentados por nuestros propios pensamientos.

—Antes de que salga el sol, te habré follado al menos otras cuatro veces.

Muevo la cabeza hacia él.

—¿Por qué tanto sexo?

Su rostro se mantiene duro, sus ojos cerrados.

—Porque te he echado de menos. Y porque solo sé mostrar mi afecto a través del sexo y de la violencia. Ya sabes, por todo ese rollo de la infancia jodida.

Me gustaría tocarlo, rozar su rostro. Por algún motivo, siento un intenso deseo por consolarlo. Puede que se deba a que, pese a todo ese sarcasmo, he percibido una nota triste en su voz.

—Eric, en algún momento tendremos que hablar sobre lo nuestro. No podemos evitarlo eternamente.

Sus facciones no revelan emoción alguna.

—Lo sé. Pero esta noche, no. Esta noche follaremos.

Capítulo 6

Solo queda un día para la *Fiesta de los Fundadores*; un día para que tome mi decisión. Mason y yo aún no hemos hablado, no en serio, sobre lo nuestro. No sé qué es lo que pretende, ni cuál es su plan respecto a mí. Nos hemos visto a diario, tanto para ensayar como para pasar el rato juntos y, sin embargo, nunca hemos tenido una conversación profunda. Lo intenté incluso durante la barbacoa que organizaron él y Tommy. En un momento, cuando estaba solo en un rincón, ajeno a todo, saqué a relucir el tema sobre sus planes de futuro, pero Mason se limitó a contestar con evasivas y a los dos minutos desapareció porque se necesitaba más leña para la lumbre. Aquello no era cierto y ambos lo sabíamos.

Me saca de quicio su continuo rechazo a hablar sobre los años que pasó en el ejército o cualquier otro acontecimiento de su pasado. En cuanto al futuro, cada vez que saco el tema, me distrae con sexo, como si nada de eso tuviera importancia para él. Dice que ya he vuelto a sus brazos, ¿qué necesidad hay de hacer planes? Según él, ya hicimos planes una vez y nada salió como lo habíamos dispuesto. Para justificar su negativa a dialogar, alega que trae malos augurios planificar el futuro. Eso, sin embargo, no me resulta demasiado convincente. Si voy a dejarlo todo por él, necesitaré algo más que sexo arrasador.

Hay momentos en los que me cuesta encontrar en él a mi Mason, al antiguo, al que yo quise durante tantos años. Algunas veces, este hombre atormentado, tan empeñado en follar duro, en atarme, en dominar mi cuerpo, solo es un desconocido para mí. Pese a todo, le quiero más que nunca y sé que volver a separarme de él me mataría. Pero ¿cómo sería estar con él? ¿Dudar siempre, sentirme siempre insegura, no saber nunca cuál va a ser su siguiente paso? Mason es como un demonio intransigente, empeñado en apoderarse de mi alma.

¡Ojalá no fuera todo tan complicado! Ojalá en los otros aspectos de nuestra vida pudiésemos comunicarnos tan bien como en la cama.

Pero no podemos.

Noche tras noche, le atormentan las pesadillas. Despierta gritando, con el corazón acelerado y el cuerpo ardiente. Empapado en sudor, corre hacia la despensa, donde, con manos trémulas, abre una botella de *whisky* y toma sus buenos tragos, tal vez con la esperanza de que el alcohol borre las espantosas imágenes que deben de rondar por su mente.

Y noche tras noche, yo le pregunto sobre ello. Lo único que obtengo es su silencio, cuyo sonido se vuelve inaguantable. Mason no precisa mi compañía dentro de su infierno personal. Le gusta caminar solo en la oscuridad. Siempre ha sido un hombre torturado y solitario.

El timbre de la puerta me saca de mis pensamientos. Estoy sola en casa, mis padres han salido a cenar con unos amigos. Aparto el libro que descansa sobre mis rodillas. El reloj indica que son las ocho. Por lo que veo, Mason se ha adelantado hoy.

—Llegas pronto —sonríó al abrir la puerta.

—Yo diría que llego tarde.

Fracaso en mi intento de recuperar el aliento. El hombre que está delante de la puerta, con un ramo de rosas rojas entre las manos, no tiene el cabello rubio oscuro, ni los ojos azules, ni viste el uniforme del *sheriff* de Vail. Es moreno, de ojos casi negros, y lleva un elegante traje, hecho a medida por algún diseñador chiflado.

Y, por supuesto, se llama Darren.

—Darren...

Estoy que no puedo hablar. Él, dueño de una estudiada tranquilidad, se inclina sobre mí y planta un beso en mis labios. No puedo evitar comparar esto con los besos de Mason. Ahora me doy cuenta de que los besos de Darren son demasiado fríos. Tras casi dos semanas separados, Mason me habría arrancado la ropa, me habría apoyado contra la puerta, y habría poseído mi boca y mi cuerpo, con fuerza, durante toda la noche. Darren, en cambio, se limita a rozarme los labios.

—Hola, cariño. No veas lo que me ha costado encontrar esto. Está en el culo del mundo. El GPS se ha vuelto loco.

Asus espaldas se ve un Mercedes gris, aparcado al lado de mi coche.

—¿Vienes solo?

Lo que se traduce en: ¿y tus guardaespaldas?

—Sí. Toma, esto es para ti. Están algo mustias.

Las flores no son las únicas mustias por aquí. Distante, me echo hacia un lado para que pueda entrar.

—Mmmm, qué idílico. Parece una casa de montaña.

Lo sigo de camino a la cocina.

—Eso es porque realmente es una casa de montaña —mascullo de espaldas de él.

Sin cobrar consciencia sobre nada de lo que estoy haciendo, agarro un florero, me desplazo hacia el grifo y meto las rosas en agua. Después, me giro hacia Darren, quien ha tomado asiento en la butaca de mi padre, colocada al lado de la ventana. Debería decirle algo, pero no sé el qué.

—¿Quieres tomar algo?

¡Prometedor comienzo! ¡Sigue así!

—Agua estaría bien. Pero, por favor, que no sea del grifo.

De camino a la nevera, entorpeco los ojos. Creo que nunca me han irritado más sus pijadas. Saco una botella pequeña de agua y se la lanzo, casi con ira. La atrapa, asombrado por mi actitud.

—¿Y vaso?

—Bebe de la botella —lo insto con brusquedad.

Me mira con extrañeza, pero no protesta.

—Y bien, ¿vas a contarme qué haces aquí?

Mientras espero una respuesta, me cruzo de brazos en actitud defensiva. Esto me resulta muy violento, no sé por qué. Maldita sea, no es así como lo había planeado dentro de mi mente. No entraba entre mis planes que Darren se presentara aquí. Se suponía que aún me

quedaba esta noche para tomar mi decisión.

—Te echaba de menos, nena —deja la botella en el suelo, se levanta y se me acerca para rodearme en un abrazo—. Eh, ¿qué te pasa? Estás irascible últimamente.

Me sostiene la barbilla y no me queda otra que mirar sus oscuros ojos.

—No me pasa nada, solo que me ha sorprendido verte aquí en plena noche.

—Son las ocho de la tarde, cariño.

—Como sea.

—Tenía la sensación de que algo iba mal entre tú y yo y quería arreglarlo. He dejado colgada la campaña, y me he recorrido medio país para venir a verte. Al menos podrías darme un abrazo.

Lo miro arrepentida. Me siento horriblemente culpable por todo este desastre que he creado. Él ha cruzado el país para pedirme una explicación. Algo que Mason nunca hizo. Vale, tengo que dejar de compararlos. Esto no me lleva a ninguna parte.

—Darren, lo siento...

—Lo sé. No eres tan mala como pareces.

Riéndome, lo rodeo entre mis brazos y apoyo la cabeza contra su pecho. El olor de Darren es sofisticado, como una colonia de alguna casa francesa de prestigio. Mason, en cambio, huele a algo terrenal, algo parecido al aire, al agua. Algo tan peligroso y tan excitante como él. *¿No habíamos quedado en que no ibas a compararlos?*

—¿Qué tal va la campaña? —pregunto en cuanto me suelta.

Él regresa a su sitio y yo me quedo apoyada contra la encimera, como si no me atreviera a acercarme.

—Creo que puedo dar por ganado el estado de Nueva York.

—¿En serio? ¡Es una excelente noticia!

—Lo es —asiente, flemático.

Durante varios minutos, sus ojos me estudian con languidez. Yo trago en seco, algo nerviosa por tal escudriño.

—¿Has cenado? —quiero saber de pronto.

Rezo para que diga que no. Al menos así estaré ocupada preparándole algo.

—No, aún no.

—¡Magnífico! —exclamo, lo cual hace que me mire confuso—. Es que... me hace mucha ilusión prepararte la cena —añado con nerviosismo.

Frunce el ceño.

—¿De verdad? Estaba convencido de que detestas hacer la cena.

—Y lo hago, lo hago, pero esta es una ocasión especial.

—¿Qué tiene de especial?

Posiblemente, antes de que acabe la noche, sabrás que soy una zorra infiel que, en ocasiones, bebe más de la cuenta. Esta va a ser una de esas ocasiones, pienso, mordaz, mientras descorcho una botella de vino tinto.

—Bueno, estás en Vail. La hospitalidad de los lugareños es impresionante —le alargó una copa de vino, antes de regresar al refugio de la encimera.

Después de beber mi copa de golpe, me echo otra y me dispongo a preparar la cena. Darren permanece sentado, mirándome con mucho interés. Mientras pico la cebolla, el ajo y el pimiento rojo, me pregunto en qué estará pensando. Es evidente que hay algo dando vueltas por su cabeza. ¡Oh, ojalá los hombres de mi vida no fueran como una jodida caja fuerte!

—¿Qué estás preparando? Huele bien.

Doy vueltas al sofrito, añado el pollo y giro la cabeza hacia atrás para mirarle.

—Una receta mexicana. Te gustará.

—¿Picante?

—Picante —asiento.

—Me gusta lo picante.

Los dos sabemos que no se refiere a las comidas.

—Ya.

El sonido del timbre hace que me tense de cabeza a pies. Por la hora que es, solo puede ser Mason. ¡Esta vez sí que estoy jodida! Mason no tiene ni una pizca de decoro. Desatará el apocalipsis en cuanto vea a Darren. ¿Y a quién demonios voy a llamar yo cuando las cosas se desquicien, si el *sheriff* es el que monta el escándalo?

—Voy a abrir.

—¡No! —grito enloquecida—. Ya abro yo. Tú remueve eso para que no se pegue.

Darren, que no parece estar muy de acuerdo, cierra la boca y se dispone a cumplir con mis exigencias. Me seco las manos en un trapo y camino hacia la puerta, fingiendo normalidad. Abro con unas manos tan temblorosas como mis rodillas.

—Hola, amorcito.

Hace además de besarme, pero yo me aparto y miro hacia atrás, para asegurarme de que Darren sigue removiendo el sofrito.

—Chissss. No me llames así.

El rostro de Mason se nubla. Alza una ceja de forma interrogante.

—¿Por?

—Cariño, el sofrito ya está —oigo sus pasos acercándose a la puerta—. Oh, buenas noches, *sheriff*. ¿Va todo bien?

Se detiene a mis espaldas y me rodea con un brazo, de un modo posesivo poco habitual en él.

—Buenas noches. Eso es lo que a mí me gustaría saber. ¿Va todo bien, Olivia?

La voz de Mason resuena tranquila. Demasiado tranquila. *La calma antes de una tormenta*, me susurra una voz. Sé que algo está tramando y sé que ese algo tendrá dimensiones bíblicas. La imagen de una caldera a presión acude a mi mente, pero la aparto con un leve movimiento de la cabeza.

—*Sheriff*, este es mi prometido, Darren.

Si va a explotar, que sea ahora. Entrecierro los ojos y me preparo

para un impacto parecido al de una bomba de uranio. El impacto, sin embargo, no se produce. Asombrada, abro los ojos y miro a Mason, quien permanece de pie delante de mí, con el rostro tan impassible como las rocas.

—Encantado —dice con una frialdad similar a la que desvelan sus azules ojos.

Darren, haciendo uso de su habitual cortesía, tan típica entre los políticos, le tiende la mano. Para mi sorpresa, Mason la coge y la aprieta.

—El placer es mío. ¿Y venía usted a algo en particular? No es muy habitual que el *sheriff* se desplace por asuntos de escasa importancia. O tal vez en Colorado sí, lo cierto es que lo desconozco.

Se sostienen la mirada el uno al otro, y yo, atrapada entre ellos dos, me acobardo a medida que transcurren los segundos. Cuando se cruza de brazos, la camisa de Mason desvela lo fuertes que son sus hombros y sus brazos. Podía aplastarnos a Darren y a mí, si quisiera. Durante un instante, el siniestro brillo que ilumina sus oscurecidas pupilas me dice que es una opción que está tanteando.

—Un problema con unos zorros —miente, tan sereno—. Nada que yo no pueda manejar.

Darren nos mira confuso.

—¿Unos zorros?

Me dispongo a abrir la boca, pero Mason se me adelanta.

—Sí. Esos pequeños hijos de puta que pretenden apoderarse de cosas que no les pertenecen. Ya sabe usted como son los zorros. No hay animal más malvado sobre la faz de la tierra.

Vale, Mason no se refiere a los zorros ni de coña. Le lanzo una miradita de reproche y él sonríe de modo encantador.

—¿Y qué piensa usted hacer con esos zorros? —pregunta el muy ingenuo de Darren, quien sigue sin darse cuenta de que las alimañas a las que Mason hace mención llevan trajes de miles de dólares. O sea, él.

—Ahora mismo, nada. Olivia va a invitarme a cenar. Luego me ocuparé de los condenados zorros.

Le dedico una mirada fulminante. Lo que me faltaba. Cenar con Darren y con Mason.

—Oh, ya veo. Sois amigos.

—Íntimos —se enorgullece Mason.

—Es mi primo —me apresuro a declarar.

Los dos hombres me miran, uno más sorprendido que el otro.

—¿Primos? —Darren, desconcertado, mira atentamente al *sheriff*, supongo que en busca de algún parecido físico.

Miro suplicante a Mason.

—Primos —confirma él tras un largo instante de tormentoso silencio—. Podría decirse que nuestra relación es casi incestuosa —añade, inclinándose hacia el oído de Darren con gesto cómplice.

Le patearía las espinillas por haber dicho eso. ¡Las dos!

—Lo que quiere decir el *sheriff* es que nos llevamos muy bien. Es un bromista. Ni caso. Entremos.

Darren se echa a un lado para que yo pueda pasar. Lo hago, seguida por ellos dos. ¿Por qué Dios no me fulmina con uno de sus rayos ahora mismo?

—¿Quiere una copa de vino, *sheriff*?

—¿Cuántos años tiene usted, Darren?

—Treinta y uno.

—Yo tengo treinta y cinco. Creo que podemos tutearnos.

Con el rostro torcido en una mueca, me giro de espaldas a ambos y continúo con la tarea de preparar la cena. Darren, haciendo gala de buenos modales, le sirve a Mason una copa de vino. Acto seguido, se sientan los dos en el otro extremo de la estancia y empiezan a hablar sobre política. Estoy convencida de que Mason me la liará esta noche. Lo que no sé es cómo, ni cuándo. Pero lo veo venir. Se vengará por esta y creo que su ira y su crueldad no tendrán límite.

Cuando al fin tengo la cena hecha, llevo los platos a la mesa de

madera, donde Mason ya ha colocado los cubiertos, las copas y otras dos botellas de vino, que ha sacado del armario. Se mueve con una familiaridad que asombra a Darren. Mientras me siento a la derecha de mi prometido y en frente de mi amante, me pregunto si este último está comportándose así aposta, solo para demostrarle a Darren el gran conocimiento que tiene sobre la casa. Algo me dice que disfruta mucho haciendo que el recién llegado se sienta como un intruso.

—Bueno, pues... recemos por este estupendo plato que Olivia nos ha preparado.

Bufo.

—No sabía que fueras tan religioso.

—Hay taaaantas cosas que no sabes sobre mí, querida prima...

Nos sostenemos la mirada, yo con las pupilas encogidas y seguramente más oscuras de lo habitual, y Mason con un brillo malvado danzando en las suyas.

—Querido Dios —empieza, solemnemente, cerrando los parpados—. Gracias por este... esto... —abre un ojo— pollo con guisantes, zanahorias, pimiento verde, cebolla...

—Mason, no hay que bendecir todos los ingredientes de la cena —interrumpo irritada.

—Ajo... chili... ¿le has echado también laurel? —le doy una patada por debajo de la mesa y él prosigue, igual de solemne— lo del laurel no está claro, querido Dios. La oveja descarriada se niega a contestar... —le doy otra patada, más violenta aún—. ¡Me cago en la puta!

—¿Todo bien, *sheriff*?

—Fantástico. Es que me inquieta lo del laurel. En fin —vuelve a cerrar los ojos—. También te damos las gracias por este pan, horneado por Grace esta misma mañana. Grace es la madre de Liv —le susurra a Darren, y este asiente—. Oh, y por el vino. Sobre todo por el vino. Gracias, Dios, por esta maravillosa cena. Ahora podemos cenar.

Los primeros diez minutos transcurren en silencio, todo el mundo se

concentra en su cena. Los dos caballeros, por llamarlos de algún modo (sobre todo a Mason), comen como si fueran a empezar la Cuaresma después de esta noche. Yo, sin embargo, apenas pruebo bocado. No puedo bajar la guardia con Mason aquí. Sigo pensando que algo está tramando y sigo pensando que ese algo es malo. O, al menos, malo para mí.

—Muchacho, no me bebas nada. Anda, apura ese vino.

Darren obedece y Mason le llena otra vez la copa. Desde que está aquí, ya se han debido dos botellas entre los dos. A Darren se le notan los efectos del alcohol, se le ve bastante achispado. Mason, por el otro lado, está tan fresco como si estuviera bebiendo agua. Me pregunto si su plan maestro es emborrachar a Darren para asegurarse de que no va a pasar nada entre él y yo esta noche.

—Bueno, Darren, ¿y cuánto tiempo llevas con mi querida prima?

Darren bebe un poco de vino antes de contestar.

—Hará un año desde que...

—Dos —le corrijo yo, adusta.

Para suavizar su metedura de pata, coge mi mano por encima de la mesa y me besa los nudillos.

—El tiempo pasa volando a tu lado, cariño.

—Oh, qué tierno es el amor —comenta Mason con melindrosa dulzura—. ¿Y cuándo es vuestro aniversario?

—Creo que el once de enero.

—Veintisiete de mayo —gruño yo.

—Vaya, no doy una esta noche. Debe de ser el vino —se justifica, de lo más avergonzado.

—Mmmm, puede ser. Sabes, yo recuerdo perfectamente la fecha en la que el amor de mi vida y yo empezamos a salir —continúa Mason, mirándome fijamente a los ojos—. Fue el uno de noviembre. Nunca se me olvidaría ningún detalle. Ella solo llevaba una camisa vaquera. Estaba muriéndose de frío. Acababa de empezar a nevar. Yo me acerqué a ella y le di mi chaqueta de cuero. Entonces, la cogí entre mis

brazos y la besé. Y cuando la besé, supe que ella sería mía a partir de ese momento.

Darren lo mira impresionado.

—Vaya, qué bonito, tío.

Mason se limpia la boca con la servilleta, coloca los cubiertos encima del plato vacío y sonríe melancólico. Su sonrisa solo tarda unos segundos en diluirse en una mueca casi de dolor. Eso me conmueve más que nada en toda mi vida.

—Sí, lo fue —musita, distraído.

—¿Y dónde está ella ahora? ¿Os casasteis?

Mason, perdido en sus pensamientos, mueve la cabeza, no sé si para apartar algún pensamiento o, tal vez, la pesadumbre. Pasan varios segundos hasta que le dirige una mirada a Darren, quien bebe cada vez más vino, pese a que ya se le está trabando la lengua.

—No, aún no, pero tal vez lo hagamos en cuanto hayamos solucionado el problema de los zorros.

Trago saliva. Desde que regresé a Vail, es la primera vez que Mason habla sobre un futuro conmigo; la primera vez que lo dice en serio.

—¿Los zorros? — Darren parpadea confuso—. ¿Qué tienen que ver los zorros con eso?

Mason hace un gesto con la mano.

—Oh, ya sabes cómo son esos pequeños cabroncetes. Ahora solo puedo centrar mis energías en echarlos del pueblo. Luego, tal vez, le pida matrimonio a mi chica. ¿Tú qué opinas, prima? Estás muy callada. ¿Crees que debería pedirle matrimonio?

Me aclaro la voz, me la noto a punto de quebrarse.

—Puede que ella necesite un poco más de tiempo —contesto, con voz más bien baja.

—Yo diría que ha tenido todo el puto tiempo del mundo. A estas alturas, ya sabrá si me ama o no.

—Estoy convencida de que te ama más que a sí misma, pero

puede que ella piense que debáis conoceros mejor.

Darren mueve el cuello de derecha a izquierda, intentándome pillar algo que claramente se le escapa.

—Es irónico, porque nos conocemos de toda la vida. Cuando la vi por primera vez ella tenía tres meses y yo seis años. La cogí en brazos y me pareció una niña adorable. ¿Y sabéis qué pasó? —nos mira con los ojos más abiertos de lo habitual.

Darren parece impaciente por conocer el desenlace de la historia.

—¿El qué? —inquire, cada vez más excitado.

Busco los ojos de Mason y, en cuanto los encuentro, es como si todo lo demás se desvaneciera, tan fuerte es la conexión de nuestras miradas. Nunca había oído esa historia. Ni siquiera sabía que se acordara de la primera vez que me vio.

—Me vomitó encima —contesta, mirándome muy serio.

Darren estalla en carcajadas.

—¡No! ¿En serio?

Mason asiente con la cabeza.

—Sí. Eso fue lo que hizo. Recuerdo que la miré disgustado y pensé que, en cuanto creciera, me casaría con ella solo para castigarla por haberme jodido mi única camiseta buena.

No puedo evitar reírme.

—No es una historia demasiado romántica, Mason —remarco, risueña.

Él hace una larga pausa, en la que sus ojos no se apartan de los míos.

—Es igual. La quiero, así y todo.

Darren, cuyo rostro luce acalorado, se desabrocha los primeros botones de la camisa.

—¡Puf, qué calor! Mira que es fuerte el vino este.

Mason sonríe burlonamente.

—En Colorado todo es más fuerte que en Washington, amigo mío. Y no, no se refiere al vino.

—Desde luego, el aire y el vino lo son. ¿Os importa si voy a echarme un rato en ese sofá? Estoy un poco mareado.

Mason se pone en pie y se dispone a ayudar a Darren, quien se tambalea lo bastante como para no ser capaz de andar solo los dos metros que lo separan del diván.

—Por Dios, no. ¡Faltaría más! Además, voy a llevarme a tu prometida para enseñarle cómo funcionan las trampas para los zorros. Tú quédate aquí tranquilo, que ahora te la devuelvo.

Un agradable cosquilleo se apodera de mi estómago. No sé lo que tiene Mason en mente, pero la espera es muy excitante.

—Pero tened cuidado —aconseja Darren, mientras Mason le hace tumbarse y le tapa con una manta, como a un niño pequeño.

Sofoco una risa preguntándome si tiene también intención de darle un beso de buenas noches.

—No te preocupes, soy un tío fuerte. Me las arreglo con los zorros. Buenas noches, chaval. Mañana tómate un par de aspirinas.

—Gracias, *sheriff*. Eres un tío legal.

Mason ríe entre dientes.

—Sí, por eso soy el *sheriff*. Tú duerme y descuida. Yo me haré cargo de tu novia.

Y disfrutará haciéndolo.

—Solo me echaré un ratito. En unos momentos estaré bien.

Mason se me acerca y me susurra:

—Dormirá como un tronco hasta mañana al mediodía. Vamos.

Me agarra de la mano y me arrastra hacia la puerta trasera de la cocina. Salimos en silencio, caminando hacia el corazón del bosque, que se alza en la parte de atrás.

—Mason, yo...

—No hables. Ahora no quiero hablar.

Mantiene una expresión distante durante todo el paseo. Anuestro alrededor, el viento gime fuerte, sacudiendo la tela de mi vestido. Cuando nos hemos alejado lo suficiente de la casa, me aferra

súbitamente de los hombros y me empuja contra un árbol. Sus fuertes manos, alrededor de mi cabeza, me aprietan con fuerza mientras su lengua, violenta y muy insistente, empuja para abrirse paso a través de mis labios. Gimo de forma involuntaria y Mason me besa con más ira.

Sus manos se deslizan por debajo de mi vestido, me bajan las bragas y empiezan a tocarme.

—Mason...

—Te-he-dicho-que-no-hables-ahora.

Dos de sus dedos se introducen en mí interior y él me penetra con ellos. Me derrito, tanto por sus caricias, como por sus besos.

—Voy a follarte para que te acuerdes de que eres mía, no de ese gilipollas pijo que no es capaz de aguantar una botella de vino sin desmayarse.

Apenas consigo sofocar la risa que me produce esa descripción de Darren. Mason se baja la cremallera del pantalón con manos trémulas y libera su erección. Me la mete dentro mientras su boca, encima de la mía, me absorbe incluso el alma.

—¿Me sientes dentro de ti? —grita, empujándose con fuerza.

—Ssssí.

—¿Me sientes? Bien, porque ese es mi sitio, ¿me has oído?

—Oh, Mason...

—¿Qué?

Me encojo de placer a su alrededor.

—Voy a correrme —y apenas lo digo, ya lo hago.

—Entonces, yo también —murmuran sus labios.

Da dos embestidas más, y se corre, gruñendo y clavándome los dedos en las caderas.

—Mira lo que me obligas a hacer.

Deja caer la frente encima de la mía y suspira, acariciándome el rostro con su aliento, aún irregular.

—¿Por qué no has cortado con él?

Abro los ojos y lo miro. Una expresión de tormento le cruza el

rostro mientras espera una explicación.

—No he tenido tiempo —susurro—. Acababa de llegar. Y ahora, lo has dejado demasiado borracho como para tener una conversación seria con él esta noche. Debe esperar a mañana.

Me coge la cabeza entre las manos y baja la mirada hacia mis ojos.

—¿Pero cortarás con él?

Yo también cojo su cabeza entre las manos y la aprieto con fuerza.

—Mason, te quiero, ¿lo entiendes? Te quise la última vez y te quiero ahora. Y créeme, no hay ningún Darren en este planeta como para cambiar lo que siento por ti. Y, no me malinterpretes, hay momentos en los que me gustaría no quererte. Sobre todo cuando te cierras en banda y no quieres hablar conmigo, pero...

Me lanza una mirada repleta de dolor.

—Dios, ¿cómo contártelo? Hice cosas muy malas desde que me dejaste, y hablar de ello... supone revivirlo de nuevo. Tener que recordar esa época sería como abrir las puertas del infierno, ¿lo entiendes? Hay mucha oscuridad en mí y si la dejo salir, es posible que me venga abajo. Puede que en veinte años lo haya superado y pueda compartirlo contigo, pero ahora no puedo. ¿Crees que podrías amarme sin conocerlo todo sobre mí?

Le acaricio una ceja con el dedo.

—No hay nada en el mundo que no haría por ti, Mason. Te amaría si fueses alcohólico... o loco... o invalido. Te amaría si vivieras debajo de un puente. Creo que puedo amarte incluso siendo un asesino a sueldo al servicio del gobierno de Washington.

Sus ojos se dilatan de dolor y yo sé que he puesto el dedo sobre su herida.

—¿Lo sabes? —musita.

Entrecierro los ojos ante la agonía de su rostro, y asiento.

—No me importa —deslizo las manos por su rostro casi con desesperación. Tal vez así lo entienda—. Nada me importa. Te quiero.

Resopla aliviado y me abraza con fuerza.

—Gracias, Dios mío...

Pasamos así muchos minutos, simplemente aferrándonos el uno al otro.

—Vamos, te devolveré a tu casa, no vaya a ser que tu prometido se inquiete.

Le pongo mala cara mientras me agarro a su brazo y empezamos a andar de vuelta a casa. No mediamos palabra alguna hasta la puerta de la cocina. Una vez ahí, Mason alarga la mano para abrírmela, pero entonces se detiene y busca mis ojos.

—Ah, Liv, una última cosa antes de que se me olvide.

—¿Qué?

—No te duches. Quiero que me sientas dentro de ti durante toda la noche.

Me tiemblan las manos tan fuerte que tiro unas cuantas gotas de café encima del mantel blanco de la mesa del salón. Disgustada, uso la servilleta para limpiar, pero la mancha no desaparece.

—¿Cariñito, seguro que está vivo?

Mis padres, los dos sentados en el sofá, me miran inquietos. Me llevo otra vez la taza a los labios, esforzándome por no tirar el líquido esta vez.

—Tal vez debemos llamar al *sheriff*, bichín.

—¡El *sheriff* le indujo el coma etílico anoche! Solo está dormido. Ya se despertará.

—Son la doce.

—Ya. Ya veo que son las doce, mamá, gracias.

—De nada.

Desvío los ojos hacia la ventana y contemplo el horrible día que hace hoy. Menuda inauguración de las fiestas. Espero que deje de llover esta noche. O que al menos cese el viento. No es para nada divertido que esté diluviando y, encima, que las ráfagas de viento te

arranquen el paraguas de las manos.

El péndulo del reloj se mueve demasiado despacio. Las gotas se aplastan contra las ventanas y el techo, mientras que un viento casi sobrenatural sopla fuerte, castigando los árboles y los muebles de jardín.

Tengo la sensación de que pasa toda una eternidad hasta que Darren abre los ojos. Convenientemente, mis padres desaparecen, no sé si suben a su habitación o si van al sótano; el caso es que nos dejan el salón despejado para que podamos hablar. Dominada por el nerviosismo, me ofrezco a prepararle el desayuno, pero él decide tomar solo un café.

—No puedo pensar en comida. Tengo el estómago muy revuelto. Ha debido sentarme mal la comida mexicana.

—O el vino.

Permanezco sentada en la mesa del salón. Él, desde el sofá, toma el café a sorbitos, de vez en cuando lanzándome alguna miradita. Parece muy avergonzado.

—Liv, yo...

—Darren, tenemos que hablar.

Se calla y me mira.

—Ya lo sé. Solo puedo decir que no estoy orgulloso. No es así como pretendía conocer a tus padres.

Me humedezco los labios. Dios, lo que echo de menos la época en la que yo soltaba las cosas tal cual, sin nada de tacto. Era menos angustiante.

—No es de eso de lo que quería hablar contigo —cojo una honda bocanada de aire, cierro los ojos y me quedo callada mientras reúno las fuerzas para continuar.

—¿Qué pasa, cariño? Empiezo a preocuparme.

Abro los ojos para mirarlo.

—No puedo volver contigo a Washington.

Parpadea azorado.

—¿Qué quieres decir? ¿Necesitas más vacaciones?

Muevo la cabeza lentamente.

—No, Darren. Lo que quiero decir es que nuestra relación debe acabar ahora.

—¿Acabar? ¿Cómo que acabar? —lo niega—. Nuestra relación no puede acabar. Estás confusa, cariño —se levanta, se me acerca y me agarra por las muñecas—. Solo estás confusa y...

y... ¡cansada! Eso es, confusa y cansada. Solo necesitas unas vacaciones. Tomate más días y cuando se te haya pasado...

—Darren, esto no es temporal. No es como un dolor de cabeza que viene y se va. No se me va a quitar. Es... definitivo.

Aturdido, se queda mirándome fijamente a los ojos, evaluándose.

—Así que le amas a él, ¿eh? —susurra al acabo de unos minutos de completo silencio.

Vacilo y luego asiento con la cabeza.

—No es tu primo.

—No.

Me muestra una sonrisa triste.

—La mujer de la que él hablaba, el amor de su vida...

—Soy yo.

—Ya.

Me da la espalda y, con las manos en los bolsillos, se coloca delante de la ventana, observando cómo el violento viento agita las puntas de los árboles.

—Es un pueblo precioso. Tal vez algún día venga a visitarlo.

Tengo la garganta cerrada y los ojos llenos de lágrimas.

—Te gustaría —mi voz se rompe.

—Eso creo yo —resopla, antes de girarse hacia mí.

Ahogo un sollozo al ver su rostro, teñido de dolor, y ese brillo tan agónico que desvelan sus ojos.

—Bueno, debería irme.

Asiento, tragándome las lágrimas.

—Darren, lo siento.

Se me acerca, se inclina y me besa el pelo.

—No, no lo sientas. Soy yo el que siente no haber podido dártelo todo.

Rozo su mejilla con los nudillos y sus labios registran una casi imperceptible sonrisa.

—Creo que ahí está el problema, Darren. Realmente me lo diste todo.

Me saco el anillo del dedo y se lo ofrezco. Lo mira, me mira a mí y luego vuelve a mirarlo.

—No... —sacude de cabeza—. Quédatelo.

—Darren...

—Por favor. Así te acordarás de mí algunas veces.

Cierro los parpados y los aprieto con fuerza, pero las lágrimas brotan igualmente.

—Me acordaré de ti siempre —consigo balbucear.

—Yo también. Hubo una época en la que fuimos felices —me seca una lágrima y sonrío con amargura—. Espero que él sepa que no hay que dártelo todo.

—Lo sabe —el dolor me debilita la voz.

—Adiós, Livy.

—Adiós.

Me mira por última vez antes de darme la espalda. Solo quiero que se vaya para poder echarme a llorar. Da el primer paso y a mí se me escurre una lágrima por la mejilla. Da otro paso y se me escurre otra. Y cuando la puerta se cierra a sus espaldas, mis lágrimas se han convertido en un arroyo.

Afortunadamente, ha dejado de llover. Es más, sobre las seis de la tarde, el sol consiguió perforar la cortina de nubes y brillar más resplandeciente que nunca.

Ahora es casi media noche, pero el pueblo bulle de actividad, hay cientos de personas invadiendo las calles de Vail. Casi todo el mundo lleva ropa de época. Las mujeres mantienen el rostro oculto por abanicos de color, mientras los hombres, distinguidos y con porte de caballeros, intentan cortejarlas. Alegres risas se difuminan por todo el casco urbano. Mason y yo, vestidos con nuestras ropas de Romeo y Julieta, pese a que la función acabó hace aproximadamente una hora, paseamos cogidos de la mano. Falta muy poco para los fuegos artificiales.

—Has renunciado a todo lo que te importaba para estar conmigo. Lo miro y veo que su rostro luce tan triste como el mío.

—Soy consciente de ello.

—Liv, has dejado tu trabajo, tu casa, tu...

—Lo sé.

—Y te has parado a pensar en que tal vez yo...

—Ni se te ocurra —lo interrumpo antes de que lo diga—. Ni se te ocurra decirlo.

Me detiene y me abraza con tal fuerza que no puedo respirar.

—Gracias por confiar en mí —musita con el rostro enterrado en mi pelo.

Retrocedo para poder mirarlo a los ojos.

—Renunciaría a todo por ti. Iba a hacerlo también la vez pasada. Asiente.

—Ahora lo sé. Ven. Sentémonos un rato en el césped. Los fuegos artificiales están a punto de empezar.

Cogiéndome de la mano, me lleva a una zona apartada. Como el césped está mojado, se quita el chaleco y lo pone encima de la hierba para que yo pueda sentarme. Se coloca a mi derecha, me insta a poner la cabeza en su regazo y empieza a acariciarme el pelo. Los dos nos volvemos ausentes con el paso de los minutos.

—He matado a miles de personas —me dice de pronto.

Alzo la mirada hacia él.

—Eh, si no quieres hablar de ello...

Mueve la cabeza.

—Tal vez más. Yo solo cumplía mis órdenes. Nunca rechisté. Si se me decía que debía apuntar el objetivo hacia una escuela de los rebeldes, sencillamente lo hacía. No desobedecí nunca una orden. Disparé contra hospitales... contra tiendas... básicamente contra todo cuanto me rodeaba. Niños, mujeres y ancianos caían como moscas a nuestro paso. Nunca me rebelé contra mis superiores. Hasta aquel día —rechinando los dientes, hace una larga pausa—. Aquel día me dijeron que apartara la mirada. Peleé con ellos, les dije que solo eran niños, independientemente de su color de piel, pero nos dijeron que eso no era asunto nuestro, que una intervención habría puesto en peligro nuestra misión.

Consciente de que acaba de abrir las puertas del infierno por mí, acaricio con los dedos la áspera barba que cubre su rostro. Cierra los ojos.

—No sigas, Mason. No te hagas esto a ti mismo. Puedo vivir sin saberlo.

—Es demasiado tarde, amorcito. Ya es como si estuviera ahí de nuevo. ¿No puedes escuchar los bombardeos? ¿Acaso no ves a los moribundos tirados en la calle, sin manos, sin piernas? ¿No ves sus rostros, llenos de sangre, o las miradas acusatorias de sus ojos?

—callado, mueve la cabeza mientras curva los labios en una sonrisa aterradora, una mueca de locura, casi—. No, claro que no. Tú no estabas ahí. Solo estaba yo, *qatal*, y la destrucción que causaba.

Cae en un silencio contemplativo que yo no me atrevo a interrumpir.

—¿Qué significa *qatal*? —pregunto de pronto.

—Asesino —precisa en tono apagado—. Es lo que soy. No puedes ni imaginarte las atrocidades que he cometido. Causé tanto dolor... Tantas familias destrozadas... ¿Y para qué? ¿El bien mayor? No hubo nada de eso.

Agarro su rostro entre las manos y él gira sus ojos, ahogados en tristeza, hacia mí.

—Nada de lo que pasó ahí fue culpa tuya.

Bufo.

—Yo nunca me rebelé. Nunca cuestioné las órdenes. Yo solo... apretaba el gatillo porque... —traga en seco y susurra— no me importaba para nada el daño que causaba. Sentía un dolor tan intenso corroyéndome por dentro que quería que los demás también lo sintieran. Torturé y maté a gente, rebeldes o inocentes, ¿quién coño lo sabe a ciencia exacta?

—Pero un día decidiste que era suficiente.

—Alguien debía gritar *¡suficiente!*

—Y ese alguien fuiste tú. Aún había algo humano dentro de ti, sabes que llevo razón. Puede que estuvieras en un lugar inhumano, pero no te convertiste en un monstruo.

Suelta una risa, pero, desde luego, no es de alegría.

—Oh, claro que lo hice. Es más, me gustó ser un jodido monstruo. Luego me arrepentí e intenté lavar mis manos de sangre, ¿pero sabes qué, Liv? El agua del océano no hubiera sido suficiente.

—Oh, Mason... Lavaste tus pecados rescatando a esos niños, ¿no lo ves?

Leo una mezcla de agonía y burla en su rostro.

—Es irónico. Yo no quería lavar mis pecados ese día. Solo quería acabar con todo. Entrar, abatir a unos cuantos hijos de puta y que ellos acabaran conmigo. Yo ya no tenía nada que me importara... nada que perder.

Me incorporo, lo abrazo con más fuerza y me esfuerzo por ocultarle las lágrimas que nacen en mis ojos.

—¿Y qué pasó? —pregunto con un hilo de voz.

—No lo sé. De algún modo, salí vivo. Mis recuerdos están muy mezclados. Oigo gritos, veo sangre, balas volando, no sé si mías o tuyas. Realmente no sé cómo salí vivo de ahí. Ni siquiera sé por qué.

—Yo sí lo sé.

Baja los ojos hacia mí, extrañado.

—¿Lo sabes?

—Tenías que volver a mí.

Su boca se mueve en una sonrisa de ternura.

—Sí, bichín, tenía que volver a ti. Mira, ya empiezan los fuegos
—señala hacia el cielo.

Dejo caer de nuevo la cabeza en su regazo y, mientras él mira las chispas con el entusiasmo de un niño, yo paseo la mirada por sus facciones. Es mío. Después de todo lo que nos ha pasado a los dos, al fin es mío. Y no me importa quién sea o lo que haya hecho, solo me importa lo que es cuando está a mi lado. Y cuando él está a mi lado, sigue siendo ese niño al que se le han negado las caricias; ese niño a quien yo llegué a amar de un modo tan incuestionable, tan irrevocable, tan inevitable.

Capítulo 7

Algunas veces me siento culpable por ser tan feliz. Pienso que la vida me golpeará cuando menos me lo espero. Nadie puede tenerlo todo sin pagar un precio. Pero no quiero pensar en eso ahora. Tras cuatro semanas de reforma, Mason ha acabado la obra de nuestra casa.

—Mason, a partir de hoy, viviremos juntos —murmuro, emocionada.

Vestido con un mono de trabajo color azul, se apoya contra una de las columnas de manera que separan la cocina del salón, y me contempla con una irresistible sonrisa. Sus ojos brillan repletos de amor.

—Sí, bichín, lo es. ¿Te gusta cómo ha quedado?

—¿Que si me gusta? ¡Me encanta! ¡Y no puedo creer que hayas puesto un horno de leña!

Suelta una suave risa.

—Querías una casa de montaña, ¿no? ¿Cómo iba a ser una casa de montaña sin un enorme horno de granito en mitad de la cocina?

Salgo corriendo hacia él y me lanzo a sus brazos. Me rodea con fuerza, me aprieta contra su pecho y me da un largo beso.

—Bienvenida a casa, amorcito.

Sus manos se arrastran por la curvatura de mi espalda, esparciendo fuego por el camino.

—Gracias, Mason.

Lo vuelvo a besar.

—Ven. Quiero que veas algo en la parte de atrás.

La casa de la tía Joy, al igual que la de mis padres, es una propiedad aislada, sin vecinos. Se accede siguiendo un estrecho camino de gravilla, y en torno a los dos mil metros cuadrados que forman la parcela, no hay más que bosques y altas montañas. Atadas a los cuatro nogales que delimitan la entrada, hay dos hamacas blancas.

—Me encanta las hamacas y las mecedoras del porche.

—Lo sé, pero no era eso lo que quería enseñarte.

Cogidos de la mano, rodeamos la casa. La luna está en fase

creciente y hay algo así como un millón de estrellas brillando en el cielo, aunque con menos intensidad que los ojos de Mason.

—¡Oh Dios mío! ¡Lo has hecho!

Se echa a reír ante mi entusiasmo.

—Sip. Ahí está. Todo tuyo.

A unos cinco metros de la puerta trasera de la cocina ha construido un enorme cenador de madera, con una mesa y sillas de mimbre blanco, tarros de cristal llenos de velas encendidas y finas cortinas blancas en lugar de puertas.

—También tiene puertas, pero solo las pondré cuando empiece a nevar —me explica—. He puesto calefacción, para que podamos usarlo también en invierno.

Mis ojos brillan de pura felicidad.

—No puedo creer que hayas hecho esto por mí.

Me coge de la cintura y me arrastra hacia él.

—Haría cualquier cosa por ti —me susurra, acariciándome el cuello con la nariz.

Empiezo a respirar aceleradamente cuando los dedos de Mason empiezan a recorrer la sensible zona de mi clavícula. Lo hace mirándome de un modo intensamente sexual.

—Aún no has visto los dormitorios —sus dedos suben por mi barbilla y se apoyan contra mis labios—. Por no decir que aún no hemos inaugurado la casa.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Y vamos a inaugurarla ahora?

Sus grandes manos me recorren la espalda, se agarran a mis caderas y me pegan a las suyas, de forma que puedo notar lo excitado que está.

—Puedes apostar, amorcito.

Me coge en brazos, según él porque es así como debo cruzar el umbral (no sirve de nada recordarle que ya lo he cruzado a pie hace diez minutos). La escalera de madera accede a la primera planta,

donde hay cuatro dormitorios y dos baños. Entramos en el dormitorio principal, envuelto en madera y con enormes ventanales. Me coloca encima de la cama. Sonríe al ver fuego en la chimenea.

Hay un ligero temblor en sus manos mientras me desnuda. Se quita la ropa, se inclina sobre mí y me da un lánguido beso.

—Esta es nuestra primera cama —murmura, y su rostro se arrastra por mi pecho, rascándome con su barba incipiente.

Arqueando la espalda, hundo los dedos en su pelo.

—Lo sé.

Se mete uno de mis pechos en la boca. Desliza una mano entre mis piernas y empieza a acariciar despacio.

—Será divertido tenerte solo para mí a todas horas.

Pasa la punta de la lengua por su barba, dibujo la línea de su mandíbula, y él gime. Se lleva dos dedos a la boca, los humedece y vuelve a metérmelos entre las piernas.

—Liv, tengo que confesarte algo.

Sus dedos se deslizan en mi interior y yo empiezo a mover las caderas siguiendo su lento y enloquecedor ritmo.

—¿Qué pasa?

Su boca baja sobre la mía, su lengua se hunde lenta y carnalmente. Transcurren varios minutos hasta que se aparta. Sonríe picarón.

—Tengo varios pares de esposas en los bolsillos de esos vaqueros de ahí. Hoy no tienes que elegir entre muñecas y tobillos.

Lo miro con los ojos algo más dilatados de lo habitual y él asiente solemnemente.

Mason y yo tenemos que salir de urgencia al hospital. Alas cuatro y cuarto de la madrugada, Rachel da a luz a una niña preciosa. Tommy está que se sube por las paredes. Dice que otra niña es justo lo que necesitaban.

—Los siguientes sois vosotros —vaticina, mientras tomamos un café en la cafetería del hospital.

Sonrí, incómoda. Lo cierto es que Mason y yo no hemos hablado sobre eso. De hecho, no hemos hablado sobre nada. Nunca más ha vuelto a tocar el tema del matrimonio, ni yo lo he mencionado. Creo que los dos queremos dejar que las cosas fluyan por sí solas.

—Creo que vamos a esperar un poco —le digo.

Mason se gira de cara a mí y me escruta con el ceño fruncido. Sin embargo, se mantiene callado, como si la cosa no fuera con él.

Son las ocho de la mañana cuando regresamos a casa, los dos muertos de sueño.

—Dios, pienso dormir hasta las tres de la tarde —farfullo mientras lanzo los zapatos por el aire.

Me dejo caer encima del colchón y miro a Mason, quien abre el armario para sacar su uniforme.

—¿Qué haces?

—Eh... ¿vestirme? Hoy me toca trabajar.

—¡Pero si no has dormido!

—Díselo a los delincuentes.

Se viste deprisa, se inclina sobre mí, que ya estoy en la cama tapada con la sábana, y me da un beso.

—Luego te veo, amorcito. Descansa. Tengo planes para nosotros esta noche.

—¿Qué planes?

—Te mata la impaciencia, ¿eh?

Me besa otra vez, larga y apasionadamente, antes de irse. Suspiro, cierro los ojos y dejo de pensar en nada.

Me despierta el sonido del teléfono. Parpadeo un par de veces, sin ser capaz de abrir los ojos, mientras tanteo mi mesilla en busca del móvil.

—¿Diga? —rezongo tras varios segundos de maldiciones.

—¿Olivia Novak?

Abro los ojos ante la formalidad de esa voz y me incorporo.

—Sí —dudo.

—Soy Benjamin Doyle, de la Casa Blanca. No sé si te acordarás de mí. Coincidimos hace un par de meses en un mitin por los derechos humanos.

Benjamin Doyle, el político más destacado de su generación. Llegó a la Casa Blanca con tan solo veinticinco años y ya lleva ahí seis, ocupando el puesto de asesor del presidente. Moreno, alto, ojos verdes, muy guapo. Como para no acordarse de él.

—Claro —respondo con una cierta rigidez provocada por el asombro—. ¿Qué tal está, señor Doyle?

—Por favor, llámame Benjamin. Sé que te resultará algo extraña mi llamada.

—Eso es quedarse corto —murmuro, más bien para mí misma.

Se ríe.

—Sí, supongo que lo es. Verás, Olivia, el presidente y yo llevamos un tiempo siguiendo tu trayectoria profesional. Recientemente nos han informado de que has dejado tu trabajo en el *Washington Post*. Tengo entendido que tus jefes lamentan profundamente tu partida.

—Necesitaba un cambio.

—Todos lo necesitamos. Bien, supongo que estarás inmersa en proyectos de lo más fascinante, pero aun así, me gustaría ofrecerte un puesto de trabajo en la Casa Blanca.

Durante unos instantes, no soy capaz de reaccionar.

—Un... ¿puesto? —balbuceo.

—Secretaria de prensa. Queremos que seas nuestra portavoz.

—Secretaria de prensa de la Casa Blanca... —repito, casi con escepticismo.

—Sé que es algo precipitado, no tienes que contestar ahora. Llámame dentro de una semana y dime algo, ¿de acuerdo?

De algún modo, consigo recomponerme lo bastante como para murmurar un *de acuerdo*.

—Ah, Olivia, casi se me olvida... Asegúrate de que ese *algo* sea un sí —y cuelga.

Me quedo petrificada, con el teléfono aún pegado al oído. Esta es la oportunidad que llevo toda la vida esperando. Y llega ahora, cuando yo estoy en Vail, Colorado, empezando una nueva vida al lado de Mason.

Un aire sensual envuelve el salón. En la radio suena *Don't cry*, que da la casualidad de que sea nuestra canción. La habitación está a oscuras. Mason me tiene con la espalda pegada a la pared y está dentro de mí, empujando y retrocediendo, siguiendo el hipnótico ritmo de la música. Su rostro muestra una concentración asombrosa. Tengo la sensación de que, más que hacerme el amor, lo que hace es analizarme, como si percibiera que algo ha cambiado en mí desde esta mañana, pero sin conseguir identificar qué hay de diferente.

—Olivia... —exhala, rozándome los labios—. ¿Qué pasa por esa cabecita tuya? ¿Por qué no estás aquí, conmigo?

Muevo las caderas igual de despacio que él.

—Lo estoy.

Sus ojos brillan en la penumbra y yo me estremezco por ese destello tan siniestro que muestran. Coloca las manos alrededor de mi cuello y, por un instante, pienso que lo hace para estrangularme. Luego me doy cuenta de que solo está acariciándome y casi me río ante esa estúpida idea. Mason nunca me haría daño. Debería saberlo a estas alturas.

—No, no lo estás. Tu cuerpo responde, pero tú mente no.

—Mason, no hables ahora...

—No, no lo haré...

Sus embestidas se aceleran y su lengua se enreda con la mía. La conexión de nuestros cuerpos es tan intensa que, con cada movimiento, la habitación se desvanece a nuestro alrededor. Los dos

estamos cerca, respiramos con dificultad, nos movemos con ansia, luchamos por alcanzar la liberación. Al menos, la física. Las venas de la frente y el cuello de Mason se hinchan mientras me penetra más profundamente.

—Solo... falta... un... suspiro —murmura, acariciándome el cuello con los labios.

—Oh, Mason...

—Te tengo. Te tengo —enreda los dedos en mi pelo y me atrae hacia su boca—. Te tengo —repite, justo antes de dar una última potente embestida, la que me lanza al vacío.

Entonces se detiene y sale de mí. La intensidad de las olas de placer que sacuden mi cuerpo disminuye considerablemente.

—¿Qué haces? —lo miro preocupada al ver que empieza a vestirse—. No vas a...

—No. Quiero saber qué te pasa.

—Mason, no me pasa nada.

Se pone unos vaqueros viejos.

—Olivia, deja de insultar mi inteligencia.

Tras meterse el cuello de una camiseta blanca por la cabeza, se torna de cara a mí y termina de vestirse. Doy un respingo cuando me fijo en cómo su hermoso rostro se ha contraído de dolor y tristeza. ¿Por qué tengo la sensación de que estamos reviviendo el pasado, y no precisamente las partes buenas? Resoplo, rendida. No voy a repetir esos errores.

—No puedo mantener esta conversación desnuda. Voy a vestirme. Luego te lo contaré todo.

Me mira, sin decir nada, y después de unos segundos de vacilación, hace un gesto afirmativo. Me pongo un camisón para tapar mi desnudez y me acerco a él. Retirando una silla de madera de debajo de la mesa, me invita a sentarme. Se produce una larga pausa. Sé que su mirada está clavada en mí, pero no me atrevo a buscarla y a sostenerla.

—No sé por dónde empezar.

—Por el principio.

Cojo aire en los pulmones y lo suelto despacio, haciendo todo lo posible por aplazar esta conversación. Cuando ya no puedo evitarlo, lo miro. Se deja caer en una silla frente de mí.

—Me llamaron esta mañana de Washington.

Mason mantiene una mirada distante durante el tiempo que empleo para relatar la conversación con Doyle.

—¿Quieres ese trabajo? —articula las palabras despacio, da la impresión de que no le importa mi respuesta.

Me asombra su serenidad. Pensaba que iba a ponerse a rugir o a destrozarse el mobiliario, como la vez pasada. Sin embargo, se mantiene distante, algo rígido, y sostiene mi mirada. Por algún motivo, siento que en este momento solo somos dos extraños. La intimidad que había entre nosotros se ha disipado por completo.

—No puedo perderte.

—No es eso lo que te he preguntado, Olivia. Haz buen uso de tu inteligencia y contéstame a esto: ¿quieres el jodido trabajo?

Le devuelvo la mirada, sin saber exactamente lo que le voy a contestar a eso.

—Sí —la palabra sencillamente brota. En cuanto sale por mi boca, desearía no haberla formulado jamás.

En completo silencio, se levanta, igual de impassible como se ha mantenido durante nuestra conversación, y se dispone a salir por la puerta.

—¿Mason, qué es lo que crees que estás haciendo? —lo interpele, agarrándolo de un brazo.

—Ir a dar una vuelta. Algunas veces me gusta salir a pasear.

—Mason...

—Aparta.

—Mason, venga, háblame.

—Aparta, Olivia.

—Por favor...

—No me obligues a apartarte yo.

Me callo y retrocedo dos pasos ante la agresividad de su mirada. Nunca he visto algo más violento que esa combinación de voz serena y mirada despiadada. Sale, sin decir nada, sin mirarme, sin gritarme. Prefería al Mason que exteriorizaba su ira. Al menos así sabía lo que sentía. Ahora, no tengo ni idea de qué es lo que pasa por su mente.

Cuando regresa, a la mañana siguiente, me encuentra en la cama. Solo son las siete, pero estoy despierta. No he podido pegar ojo en toda la noche.

—Tenemos que hablar —me dice desde el umbral.

Me incorporo y, sin demasiado éxito, intento ocultar mi inquietud. Durante un segundo, me pregunto si él ha reparado en mis ojos, enrojecidos de tanto llorar. Luego me doy cuenta de que, si lo ha hecho, no le importa en absoluto.

—¿Dónde has estado toda la noche?

Desquiciantemente tranquilo, arrastra una silla y se sienta delante de la cama.

—Eso no es asunto tuyo —contesta con dureza.

Durante un minuto o más, se limita a mirarme. No sabría decir si me mira como si me viera por primera vez o si lo hace como si fuera la última.

—Mason, por favor, habla conmigo.

Arrancado de su contemplación, exhala con fastidio.

—Esa es la idea. Verás, Olivia, voy a contarte una larga historia y necesito que no me interrumpas. Puede que te suene familiar, pero por favor, mantente callada hasta que la haya acabado. ¿Crees que podrás hacerlo por mí?

—Supongo... —musito con inseguridad.

—Con un suponer me basta.

Me examina con ojos indiferentes y, bajo su mirada, de algún modo, el aire se vuelve sofocante. Estoy casi segura de que él puede escuchar cómo mi corazón late frenético dentro de mi pecho. Y estoy segura de que eso tampoco le importa ahora mismo.

—Una vez, hace mucho tiempo, hubo un chico pobre. De pequeño, todos los niños se metían con él por su condición. Solían llamarlo *el hijo de la zorra y del borracho*. Sus padres no fueron precisamente un modelo a seguir dentro de su comunidad, supongo. Al principio, las palabras de esos niños le dolían, le hacían pasar noches enteras llorando, pero poco a poco dejaron de afectarle, hasta que ya nada le importó.

Los puños cerrados, los labios apretados y la mirada endurecida sugieren furia en su estado más intenso. Sin embargo, sus palabras indican todo lo contrario.

—Creo que eso no es cierto. Le importaba, y mucho.

—Te he dicho que no hables. En fin, el chico fue haciéndose mayor. A medida que crecía, iba ganándose el respeto de los demás, básicamente a base de palizas. Los demás niños le tenían demasiado miedo como para seguir metiéndose con él. Pero, verás, Olivia, había una niña que no le temía. Es más, ella se enfrentaba a él muy a menudo. Dime una cosa: ¿por qué ella no le temía?

Intento adivinar qué es lo que pasa por su mente, pero la expresión inescrutable de su rostro imposibilita mi tarea.

—¿Ahora puedo hablar?

—Adelante.

Me quedo pensativa.

—No lo sé. Supongo que era una niña valiente.

La boca se me tuerce en una sonrisa cruel.

—Yo diría que era una niña insolente. ¿Y sabes qué es lo que nuestro chico opinaba sobre la insolencia, Olivia? —tragando en seco, le digo que no—. Opinaba que debía ser castigada. Lo cierto es que esa niña se merecía una lección que no se le olvidara en la vida.

Sus palabras impactan contra mí con la fuerza de un gigantesco mazo. Lo miro. Mis pulmones están vacíos de aire. Mis ojos, llenos de horror.

—No sigas... Por favor, no sigas.

—Y eso fue lo que hizo. La mintió, la engañó, la enamoró y luego la castigó por su insolencia —lanza una risa despiadada—. ¿Acaso pensabas que te amaba? ¿Piensas que en algún momento sentí algo por ti, Olivia? —sus ojos se clavan en los míos y su frialdad me hiela la sangre—. Te dije miles de veces que yo soy incapaz de amar, pero tú fuiste lo bastante egocéntrica como para creer que suponías una excepción. ¿No crees que tanta vanidad se merezca un castigo?

Sacudo la cabeza, con las lágrimas escurriéndoseme por las mejillas.

—¡Mientes! —grito, furiosa porque las lágrimas no dejan de brotar—. ¡Eres un jodido mentiroso! Eres un mentiroso... no eres más que un jodido mentiroso... —me detengo, con el corazón desbocado, y respiro hondo para calmarme—. ¿Por qué estás haciéndome esto?

Me mira crispado.

—¿Por qué?! —ruge mientras sus ojos me espetan, desorbitados—. ¡Porque ya he conseguido lo que quería! Ya te he jodido la vida, Olivia. No quiero seguir con esta farsa.

Mi perplejidad va en aumento con cada palabra que sale de su boca.

—¿Farsa?

Mi cerebro ha debido de colapsarse, puesto que soy incapaz de asimilar nada de lo que está contándome.

—Nunca he sentido nada por ti —dice en voz gélida—. Siempre he estado fingiendo. Y ahora me he dado cuenta de que lo único que me inspiras es indiferencia. Ya ni siquiera quiero castigarte. Lo único que quiero es no volver a verte.

Se pone en pie, coloca la silla en su sitio y se gira de cara a mí. Mi corazón estalla en pedazos al ver el deprecio que brilla en sus ojos.

—Hazme un favor. Vete de Vail, ¿quieres? Sigue con tu vida donde la habías dejado. Vuelve con Darren, o no lo hagas, lo cierto es que me da igual. Solo quiero que no te acerques más a mí.

Agarra su cazadora vaquera, la que ayer dejó encima de una butaca, y se encamina hacia la puerta. Se detiene antes de salir.

—Por eso no fui a buscarte hace diez años, Olivia. Porque no me importabas lo bastante —añade, de espaldas a mí.

Cierro los ojos. Escucho sus pasos resonando por el pasillo. A medida que él se aleja de mí, me adentro en el abismo del que solía hablarnos el cura durante las misas de los domingos. La única diferencia consiste en que en este infierno no hay llamas, ni chispas. Ni siquiera hay demonios. Oh, ¿por qué maldita razón nadie me dijo que en el infierno solo hay frío y soledad?

Mason cierra la puerta de la entrada a sus espaldas. Apretando los párpados con fuerza, dejo que mis lágrimas, calientes y silenciosas, rondan por mis mejillas. El dolor fluye velozmente por mis venas hasta clavármelo en el corazón. Ya nada tiene sentido ahora. Nada volverá a ser como antes. Yo nunca volveré a ser como antes.

En la emisora rock que Mason ha sintonizado en nuestra radio suena *Don't cry*. Estoy tendida boca arriba en la cama, la mente el blanco y los ojos clavados en las sombras que danzan sobre el techo. Llevo así unas veinte horas. Las ráfagas de viento golpean contra las ventanas, agitando con furia las ramas de un árbol, lanzándolas contra el cristal. Durante un instante, pierdo el sentido de la realidad y me parece que lo que golpea no es una rama, sino la mano de un esqueleto. Trato de poner orden en mis pensamientos, intento comprender qué es lo que ha sucedido, pero mi corazón siente tanto dolor que no permite que los pensamientos coherentes afloren dentro de mi mente. Dejo de pensar y empiezo a tararear la canción. Nuestra canción.

—*Por favor, recuerda que nunca te mentí, y por favor, recuerda*

cómo se sentía conmigo adentro, cariño. Deberás lograrlo por ti misma, pero te irá bien, corazón. Te sentirás mejor mañana, cuando llegue la luz del día, amorcito. Y no llores esta noche.

Esa letra despierta una especie de eco dentro de mi mente. Por favor, recuerda que nunca te mentí... Y por favor, recuerda cómo se sentía conmigo adentro, cariño... Deberás lograrlo por ti misma...

La voz de mi padre resuena en mis oídos.

—¿Pero y si alguien le encerrara en una jaula solo para retenerlo a su lado? ¿Qué crees que pasaría entonces, Olivia?

—Moriría.

En ese momento, la niebla se dispersa y todo se vuelve nítido.

—¡¿Pero será hijo de puta?!

La primera vez que perdí a Mason, me ahogué en un mar de agonía. En cambio ahora, las fuertes olas que se estrellan contra mi cuerpo, haciéndome tambalear, no son de dolor. Son de cólera.

Nunca me he sentido tan furiosa. Me levanto de la cama, me calzo unas manoleínas y me pongo una chaqueta de Mason por encima del camisón. Tal y como estoy, con los ojos hinchados y rojos, salgo por la puerta. Conduzco como una demente de camino a casa de mis padres. Detengo el coche en la entrada y, de un golpe, cierro la puerta. Atravieso el jardín a grandes zancadas. Llamo con impaciencia, consciente de que el sol no ha salido aún.

—¡Papá! —con una mano pulso el botón del timbre, mientras que con la otra golpeo la madera—. ¡Papá! Abre. Quiero hablar contigo.

Se enciende la luz en la habitación de mis padres. Oigo unos pasos apresurados bajando la escalera y solo pasan unos segundos hasta que se abre la puerta. Tanto mi madre, como mi padre, los dos en pijama, me miran de lo más preocupados.

—¿Olivia, qué ha pasado? ¿Y Mason?

Mis ojos resplandecen con una ira tan intensa que prácticamente noto escozor.

—¡¿Mason?! ¡Qué se joda ese capullo! No vengo a hablar de

Mason, mamá. Solo quería decirle algo a papá antes de abandonar este estúpido pueblo en plena madrugada.

Mi padre frunce el ceño.

—¿Qué pasa, bichín?

—¿Te acuerdas de ese pájaro que volaba en círculos y que no podía ser encerrado en una jaula? ¿El que había que dejar libre porque retenerlo habría significado matarlo lentamente?

Mi madre nos mira sin entender nada.

—Eh... sí —duda.

—Déjame que os diga algo a Mason y a ti. Ese pájaro no quiere ser libre. Quiere que alguien le encierre en una jodida jaula, le dé de comer y le acaricie las jodidas plumas. Y, para tu información, no volaba en círculos porque estaba disfrutando de su libertad.

Mi padre, con el ceño todavía más arrugado, se cruza de brazos.

—¿Entonces por qué lo hacía, Olivia?

—¡PORQUE ERA UN PAJARRACO GILIPOLLAS! ¡BUENAS NOCHES!

Giro sobre mis talones y salgo pitando, dejando a mi padre riéndose a carcajadas y a mi madre confusa. Si no hubiese estado tan furiosa, yo misma me habría reído.

Arranco el coche, piso el acelerador con fuerza y cojo la carretera que conduce a la autopista más cercana. Esta vez sí miro por el retrovisor. Oh, vaya si miro. Y no solo que miro, sino que les hago una peineta a las puntas de las Montañas Rocosas. ¡Al demonio con todo el mundo! ¡Las montañas incluidas!

Lo primero que hago al llegar a Washington es darme una ducha. Llevo días con este jodido camisón. En cuanto salgo del baño, con el pelo mojado y una ancha camiseta que huele a Darren, me preparo un enorme bol de cereales con leche. Es impresionante lo hambrienta que te deja la ira. Y los viajes de miles de kilómetros.

Cuando me acabo todo el bol, me dispongo a solucionar mi vida,

si es que a este caos se le puede llamar vida. Lo primero de mi lista es llamar a Doyle.

—Señor Doyle, soy...

—¡Olivia! ¡Qué grata sorpresa! Veo que te ha llevado menos de una semana decidirte.

—Lo cierto es que lo decidieron por mí.

—Qué bien. ¿Cuándo puedes incorporarte?

—Nunca. No quiero el trabajo, pero muchas gracias por haber pensado en mí.

Siento la magnitud de su perplejidad a través del teléfono.

—¡Olivia, estás diciéndole no al presidente de los Estados Unidos! ¿Sabes la oportunidad que...?

—¿Me estoy perdiendo? Oh, sí, señor, soy consciente de lo que ese puesto supone. Quince horas al día metida en la Casa Blanca, rodeada de papeleo y muerte del asco. No he nacido para eso. Yo trabajaba sobre el terreno, me desplazaba a los lugares más peligrosos del mundo, ponía mi vida en peligro una y otra vez solo para sentir la adrenalina corriendo por sus venas. No he nacido para dar ruedas de prensa todos los días, afirmando cosas en las que ni siquiera creo. Así que, ¡sí!, señor Doyle, sé a lo que le estoy diciendo que no. ¡Buenas tardes!

Hala, asunto arreglado. Suspiro satisfecha y marco otro número de teléfono.

—*Jean Pierre Trésor, bonjour.*

—*Jean Pierre, je suis Livy.*

—*¡Oh, Olivia! ¡Quelle surprise! ¿Comment ça va?*

—Quiero vender mi *loft* —anuncio, así, de golpe.

No hay tiempo para cortesías.

—¿Vender? —repite con su seductor acento francés.

—Vender. Tienes dos semanas. Hala, *bonjour.*

Marco el tercer número de teléfono.

—Kors Associates —contesta una mujer con voz metálica.

—Hola. Soy Olivia Novak. ¿Está John Kors?

—Un segundo.

Realmente pasa un segundo hasta que oigo la voz de mi abogado.

—¡Olivia! ¡Cuánto tiempo!

—Quiero que te ocupes de que se vendan todas mis propiedades en Washington. Luego, me ingresarás el dinero en una cuenta que te enviaré la semana que viene.

—¿Qué ha pasado?

—Nada que pueda afectarte a ti. ¡Buenas tardes!

Complacida por mis rápidas gestiones, me dejo caer en mi enorme sofá con forma de L, y enciendo la tele. Echan *CSI*. ¡Mira qué bien! Ver a polis es acción es precisamente lo que yo necesitaba. Cambio de canal hasta que acabo viendo *Tom y Jerry*, que es mucho más adecuado para mi estado de ánimo. Me impide reflexionar sobre lo que acabo de hacer.

Las historias siempre acaban tal y como empezaron. Supongo que eso es inevitable. La vida es algo parecido a una enorme noria que te da infinitas vueltas por el aire, te marea, te confunde, te asusta, y luego te devuelve al punto de partida. Mi historia empezó cuando crucé la frontera de Vail. Debe acabar del mismo modo.

El Alfa Romeo se desliza por la carretera de montaña que conduce a Vail, aunque yo no le presto demasiada atención a la conducción. No miro el paisaje que me rodea. Estoy demasiado ocupada berreando con todas las fuerzas de mis pulmones una canción de Linkin Park.

—Lo intenté con fuerza, y llegué tan lejos, pero, al final, ni siquiera importa. Tenía que caer para perderlo todo, pero, al final, ni siquiera importa.

Paso como un rayo por delante del *stop* que hay nada más entrar

en el pueblo. Voy a cumplir treinta años. Tengo el rímel en su sitio, los zapatos limpios, sin nada de barro, y el corazón... quizá algo oscuro, pero entero.

Veo por el retrovisor que el coche patrulla me da las luces rojas. Señalizo hacia el lado derecho de la carretera.

—Detenga el vehículo en el lado derecho de la carretera y permanezca en el interior.

Hago una mueca de aburrimiento. El *sheriff* se baja de su coche y, con las manos en los bolsillos, se me acerca perezoso. En Vail, todo se desarrolla a un ritmo más lento que en las grandes ciudades. Aquí se vive la vida más despacio, tal vez para disfrutarla mejor.

Se detiene delante de la ventanilla del conductor y me indica con un gesto de la mano que la baje. Obedezco, por supuesto. No quiero acabar detenida por desobediencia a la autoridad.

—¿Señorita Novak, sabe usted por qué la he detenido?

Miro ese rostro duro y bronceado, contemplo la intensidad de su mirada azul hielo. Hago un gesto afirmativo.

—Me he saltado el estúpido *stop* que algún gilipollas colocó en una carretera donde solo pasan tres coches cada hora.

El *sheriff* se muerde el labio inferior para retener la sonrisa.

—Ese gilipollas he sido yo.

—Ahora todo cobra sentido —farfallo.

No consigue frenar la sonrisa.

—Pero no la he detenido por eso.

—¿Y entonces por qué lo hizo usted, oh, señor todopoderoso?

Me dedica una mueca de advertencia.

—No sé si lo sabe, señorita Novak, pero en el estado de Colorado y, en concreto, en Vail, hay una ley que prohíbe que los ciudadanos sean tan atractivos.

—Y esa absurda ley también la aprobó usted, me imagino...

Adopta un aire de orgullo masculino.

—Se imagina usted bien.

Apoyo el codo contra el cristal bajado y ladeo la cabeza para poder mirarle a los ojos.

—¿Y cuándo piensa usted aprobar una ley que les prohíba a los ciudadanos ser tan capullos y tomar decisiones que afectan la vida de los demás?

Frunce el ceño.

—Estamos trabajando en ello, señora.

—Háganlo. Y es señorita, no señora. Ahora, o me multa de una puta vez o se quita del medio porque tengo un sueño del demonio. Llevo sin dormir dos días.

Se pasa la punta de la lengua por los labios y se los muerde.

—¿Puedo verte esta noche cuando haya acabado el turno? —ha abandonado todo aire formal y ahora me habla con suavidad, como a un viejo amigo.

—Negativo.

—¿Mañana...?

—Más negativo aún.

—Tal vez... ¿pasado?

Resoplo hastiada.

—Mason, no quiero hablar contigo nunca más. La jodiste, ¿de acuerdo? Se acabó.

—Liv, lo que te dije...

—¡Ya sé que no era cierto, pedazo de imbécil! —estallo—. Tuviste un único momento altruista en toda tu vida y pensaste que dejarme libre era lo mejor que podías hacer. Creíste que aceptar ese jodido trabajo era lo que a mí me haría feliz. Pues déjame decirte algo: ¡TE EQUIVOCASTE! ¡BUENAS NOCHES!

Furibunda, clavo el pie en el acelerador. El coche sale dejando a Mason envuelto en polvo.

Ahora solo es cuestión de tiempo hasta que la noria me devuelva al punto de partida. Es decir, que vuelva a estar encadenada a su amor. Yo lo sé, él lo sabe... No compliquemos más las cosas.

Siento su presencia. Estoy en un estado de semiinconsciencia, tengo los ojos cerrados, pero, de algún modo, sé que él está aquí, observándome. Hago un gran esfuerzo por entreabrir los párpados. Y, efectivamente, está sentado en una silla, rígido y absorto en su contemplación.

—¿Sabías que el allanamiento de morada es ilegal? —me esfuerzo por murmurar.

—En Vail, la ley soy yo.

—Y el abuso de autoridad también es un delito. ¿Qué haces aquí? Encogiéndose de hombros, tuerce la boca en un gesto de desdén.

—Ya sabes que solo puedo estar en los sitios donde estás tú.

Se levanta, con las manos hundidas en los bolsillos, y se acerca despacio a mi cama. Observo fascinada cómo la luz de la luna cae sobre sus cabellos, con qué ardor brillan sus ojos en la penumbra, y me doy cuenta de lo mucho que echo de menos su contacto, sus abrazos por la noche, sus labios acariciando a los míos.

Como si hubiese adivinado mis deseos, se inclina sobre mí y me toma los labios. Se mueve sin prisas, con lánguida destreza, lamiendo el interior de mi boca. Sus manos se deslizan por la curva de mi espalda, bajan hasta las caderas, me acarician los muslos, y luego vuelven a subir. Esta noche más que nunca, necesito sentirlo dentro de mí. Tengo que asegurarme de que él está realmente aquí, ahora. Mi lengua invade su boca con necesidad, con intensidad, haciéndole llegar la magnitud de mi deseo a través de este acto. Pero él parece ignorar las señales de mi cuerpo. Sin previo aviso, interrumpe el beso y deja caer la frente contra la mía.

—Mason... —musito.

Levanta la cabeza para mirarme a los ojos.

—Eric.

Su dedo índice parte desde mi mentón y me recorre las puntas de

ambos pechos, que se endurecen y empujan contra la tela que los cubre. No soy la única que se ha excitado. Su más que evidente erección parece luchar por liberarse del encierro de los vaqueros.

—Eric...

—¿Mmmm?

No puedo controlarme, bajo la palma por su pecho y me detengo sobre ese bulto de sus vaqueros. Él deja escapar un pequeño gruñido, estremeciéndose bajo mi caricia, e impulsa la pelvis hacia mi mano. Separa los labios para dejar salir su entrecortada respiración.

—¿Ahora somos novios?

Mirándome con ojos llenos de deseo, curva la boca en una sonrisilla.

—No, bichín, no lo somos.

—¿Por qué no?

Su abrasadora mirada, posesiva, repleta de algo siniestro y oscuro, busca la mía a través de la oscuridad. Sus manos se colocan en mis hombros y me bajan los tirantes del camión. Cuando ya estoy desnuda, me hace darme la vuelta, obligándome a tumbarme boca abajo en la cama.

—Levanta las rodillas, amorcito —me susurra al oído.

Me recorre un escalofrío al escuchar su voz, profunda y rasgada. Estamos muy cerca el uno del otro y su olor me vuelve loca. Siempre he estado enganchada a su olor.

—¿Vas a contestarme?

—En cuanto levantes las rodillas.

Obedezco, con el corazón laténdome exaltado. Mason se inclina sobre mi espalda y, con una mano enredada en mi pelo, me echa la cabeza hacia atrás y recorre con la lengua la zona de mi cuello, donde el pulso me late acelerado. La tensión que siento en mi interior solo va en aumento, hasta que se vuelve casi insoportable.

—Porque quiero casarme contigo. Apartir de ahora, estamos prometidos —me susurra, acariciando con el dedo índice la húmeda

entrada de mi cuerpo.

Solo es un débil roce, una migaja. Si me tocara de nuevo, estoy casi segura de que explotaría, pero no me toca. Su respiración, caliente y profunda, está junto a mi oído, su lengua se desliza por la vena de mi cuello y su ardiente pecho está apoyado contra mi espalda.

—No quiero hablar de eso ahora —jadeo.

Mientras arrastra los dedos de una mano por mis labios, entreabriéndolos, escucho cómo se baja la cremallera del vaquero. No me giro para mirarlo, aunque le oigo quitarse la ropa.

—No hay nada de qué hablar, amorcito. Nos casaremos. Punto. Mañana pienso declararme. Todo muy romántico. Iré bien peinadito y con el traje de los domingos puesto. Y tú me dirás que sí. Pero eso será mañana. Ahora quiero tener mi polla dentro de ti hasta el amanecer.

Y la hunde dentro de mí, vaya si lo hace. Tengo que respirar por la boca cuando se clava hasta la base, sale y vuelve a entrar. Siento como si los pulmones estuvieran ardiéndome. Sus manos me encuentran los pechos y me pasa suavemente las yemas por los pezones. Durante un momento, se limita a moverse con desenfreno, sin decir nada. Con la cabeza echada hacia atrás, me abandono por completo a este momento.

—Liv...

—¿Mmmm?

Su ritmo se vuelve suave. Apoya las manos en mis caderas, para guiarme, y se inclina sobre mi espalda.

—¿Me has echado de menos? —toma el lóbulo de mi oreja entre los labios y tira de él—. Porque yo sí lo hice.

Se detiene, sale de mí y me gira de cara a él. Inmediatamente vuelve a deslizarse dentro, con las dos manos acariciando mis nalgas, moviéndome contra él. Atrapa mis labios y me besa apasionadamente, mientras me reclina sobre la almohada.

—¿Lo has hecho? —insiste.

Sin dejar de mirarme a los ojos, me penetra con lentitud. Mi mente

está tan nublada por el inminente éxtasis que tardo unos instantes en reaccionar.

—Mason, te he echado de menos todos los días de mi vida. Nada ha sido igual sin ti.

—Te prometo que no volverás a echarme de menos nunca más. Frunzo el ceño ante ese aire tan serio que adopta.

—¿Por qué no?

—Porque estaré aquí. Hoy y siempre. Te quiero, bichín.

Lo beso suavemente en los labios.

—Y yo te quiero a ti... Eric.

Dicen que lo único indiscutible es la muerte. Todo lo demás, puede ser controlado por la voluntad humana. También dicen que el paso del tiempo lo altera todo. Eso es erróneo. Hay algo que ni el paso del tiempo puede disminuir: la intensidad de nuestro amor, que siempre perdurará tan fuerte, tan inamovible, tan inalterable como las Montañas Rocosas.

Epílogo

Mason se declaró tal y como prometió: de rodillas, bien peinadito y con el traje puesto. Casi parecía un ciudadano ejemplar. Tuve que decirle que sí, puesto que soy incapaz de vivir sin él. Y también porque estaba convencida de que si le hubiera dicho que no, me habría detenido, encerrado en alguna oscura mazmorra y obligado a recapacitar. Así es Mason, tan parecido a mi madre. Cuando se les mete algo en la cabeza, ni el mismísimo diablo se lo puede arrancar. Amí me pasa exactamente lo mismo. Hace muchos años se me metió en la cabeza que quería a Mason y esa idea me ha perseguido a lo largo de mi vida.

Como ya es mío, ahora puedo descansar. Nos casamos en la parroquia de Vail. Estuvo presente todo el pueblo. ¡No podía ser de otro modo! ¿Cómo, sino, iban a poder cuchichear después? Mi madre se ocupó del banquete, junto con sus amigas Rosie, Fiona y Maggie. Ahora ya no puedo llamarlas trinidad. Son cuatro.

Mason y yo vivimos ahora en la casa de la tía Joy, que es más que suficiente para una familia como la nuestra. Nos hemos comprado un perro, Satán le hemos llamado, porque es negro. Bueno, y porque la cara del cura es todo un poema cada vez que nos escucha llamarle. Podríamos haberle puesto Bobby, o Scooby, pero habría sido menos dramático, ¿verdad?

Intenté ser ama de casa y tener a Mason bien atendido, pero lo único que se me daba bien era entretenerle en el dormitorio. Vaya que sí lo entretenía. Por desgracia, todo lo demás resultó un desastre. Sobre todo, la plancha. Tuvo que renovar todas las camisas de trabajo. Estaban quemadas. Ante ese estrepitoso fracaso, medité seriamente y entonces tuve claro lo que quería hacer con mi vida: quería ayudar a los demás. ¿Y cómo ayuda una a los demás, si vive en Vail, Colorado? ¿Montando una consulta psicológica? ¡Pues claro que no! Para eso está el cura, que es gratis. En Vail, Colorado, puedes ayudar a los demás abriendo una pastelería.

Así empezó *Gracealicious*. Al principio, contaba con pocas

empleadas: yo (relaciones públicas, marketing y diseño de la página web), mi madre (elaboración de productos) y Maggie (atención al cliente). Ahora, acabamos de inaugurar la decimoquinta pastelería. Esta vez, en la Quinta Avenida de Nueva York. Eso sí que es ir a por todas.

Solo me queda una última cosa para estar completa.

—¿Cómo que gemelos?! —gritamos Mason y yo a la vez.

Cuando decía que me faltaba una cosa, realmente quería decir UNA cosa, no dos. En fin, supongo que no se puede tener todo en esta vida...

Escuché un sonido sordo a mi derecha y pensé que Mason se había desmayado. Pero no, cuando miré, él estaba de pie, boquiabierto. Lo que se había caído era la agenda del médico.

—No... espere... ahora que lo estoy mirando mejor, parece que vienen tres.

—¡Pues deje usted de mirar! —le grité al pobre hombrecillo, que no tenía la culpa de nada.

Mason soltó una carcajada.

—Discúlpala. Está muy alterada últimamente. Yo solo quiero saber una cosa: ¿hay alguna niña por ahí?

El médico enfocó la mirada.

—No estoy muy seguro, Mason, pero yo diría que son todos niños.

—Oh, mierda... tres mini yo...

Lo miré parpadeando.

—¿Eso es malo?

—Malo para ti, amorcito.

El médico se rió.

—Que es broma, hombre. Solo viene uno y yo diría que es niña.

Mason lo fulminó con la mirada.

—¿Pero serás hijo de puta? ¡Casi me da un infarto!

—Eso te pasa por multarme la semana pasada.

Gruñendo cosas entre dientes, el *sheriff* de Vail condujo al médico

a la puerta. Cerró a sus espaldas y echó el cerrojo, antes de girarse de cara a mí, con la boca curvada en una media sonrisa.

—Dime, amorcito, ¿lo habías hecho alguna vez en la consulta del médico?

Abrí los ojos de par en par. Si no queríamos que la historia de los trillizos se convirtiera en realidad, debíamos dejar de hacer eso.

—Estás de broma.

—¿Tengo pinta de estar de broma? —me preguntó mientras se desabrochaba la camisa.

Tragué en seco.

—Tienes pinta de estar excitado.

—Mira esto —miré lo que él estaba indicándome, y lo hice con los ojos desorbitados. Realmente era algo extraordinario—. ¿Qué te parece?

—Que estás *muy* excitado.

—Ajá.

—¿Y si vuelve el médico?

—Pienso ser rápido.

—Oh, Mason, ¿siempre vamos a estar tan locamente enamorados?

—Puedes apostar a que sí. Y ahora ven aquí, bichín, y deja que te bese.

Y me fui a sus brazos. ¿Por qué? Sencillo. Porque era el único lugar donde realmente quería estar. No en Washington, ni siquiera en Vail, sino allá donde él estuviera.